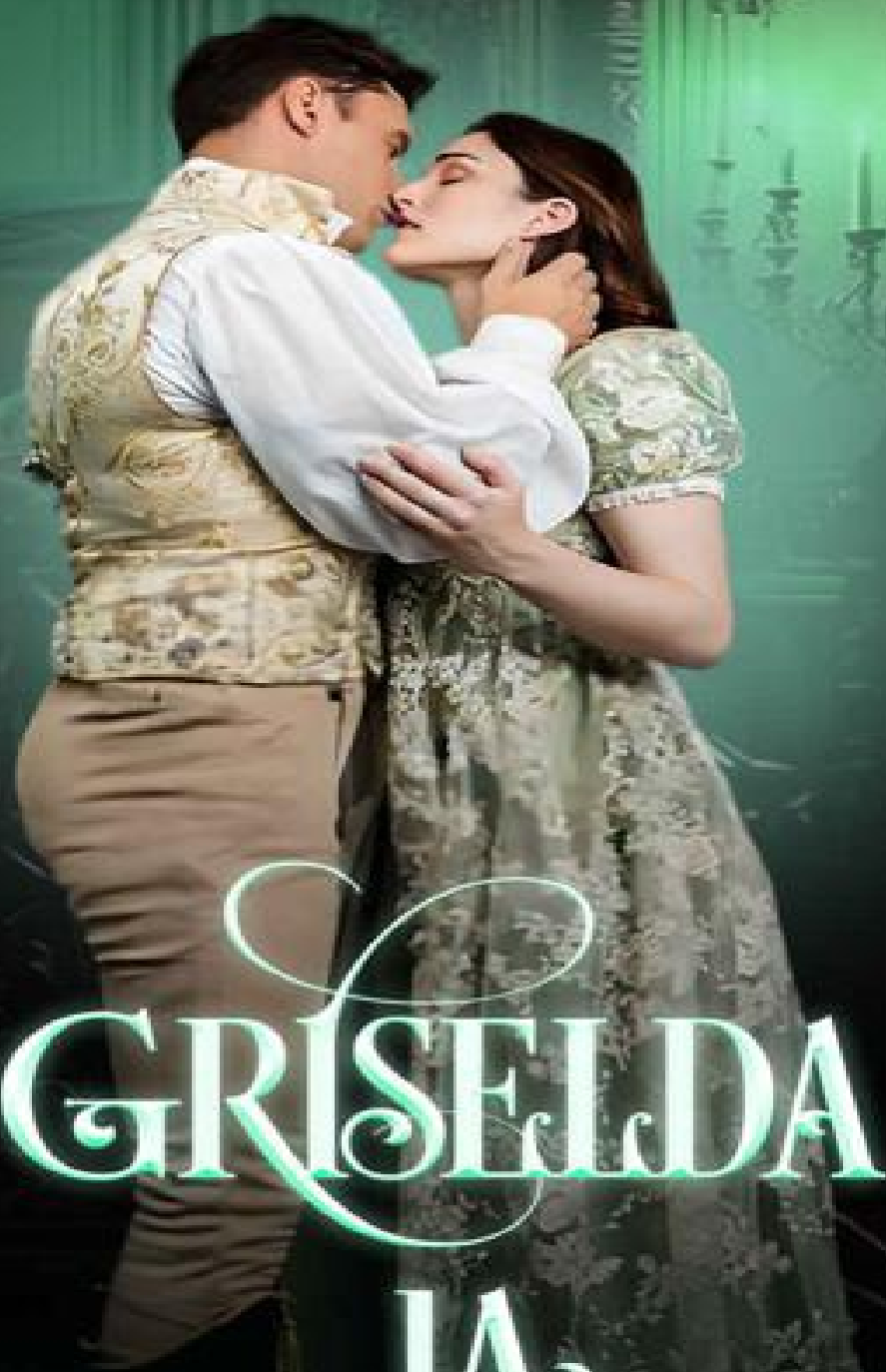


Harriet Smart



GRISELDA

LA

TEMERARIA

Griselda la temeraria

Harriet Smart

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Sobre la autora](#)

Otros libros de Harriet Smart

The Butchered Man: Northminster Mystery 1
The Dead Songbird: Northminster Mystery 2
The Shadowcutter: Northminster Mystery 3
The Hanging Cage: Northminster Mystery 4
The Ghosts of Ardenthaite: Northminster Mystery 5
The Echo at Rooke Court: Northminster Mystery 6
The Fatal Engine: Northminster Mystery 7
The Witches of Pitfeldry: Northminster Mystery 8
Moonshine and Mercury: Northminster Mystery 9
Tarleton's Coffin: Northminster Mystery 10
The Wounded Oak: Northminster Mystery 11
Mummer's Night: A Northminster Novella
Carswell's First Case: A Northminster Novella
Emma Vernon's Northminster Ghost Stories
The Dolls at Heron's Reach
The True Value of Pearls
The Daughters of Blane
Green Grow the Rushes
The Wild Garden
The Lark Ascending
Griselda la temeraria
A Tempting Proposal

Publicado por Anthemion

© Harriet Smart 2010

Cuarta edición

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares, marcas, medios de comunicación e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. El autor reconoce la condición de marca registrada y a los propietarios de marcas registradas de varios productos a los que se hace referencia en esta obra de ficción, que han sido utilizados sin permiso. La divulgación y uso de dichas marcas no está autorizada, asociada o patrocinada por los propietarios de las mismas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo por escrito del editor.

ISBN 978-1-907873-00-3

[Diseñada con Jutoh](#)

Capítulo 1

Norfolk, Inglaterra, 1816

Al cabo de cinco noches, Griselda se había acostumbrado a dormir en zanjás.

La primera noche la idea le había parecido espantosa, pero no tuvo otra elección. No había ninguna posada en millas a la redonda y estaba tan exhausta que no pudo hacer más que envolverse en los anchos pliegues del viejo abrigo de tiro de su padre, utilizar su saco como almohada y esperar lo mejor. Se quedó dormida antes de poder darse cuenta. El hecho de que la noche fuera tranquila y cálida ayudó, y se despertó con las primeras luces del amanecer; un poco agarrotada, pero con más energía de lo que hubiese imaginado. Desde luego, se sentía más descansada que en la desagradable posada de Kings Lynn.

Habiendo sobrevivido a aquello, Griselda decidió que era preferible caminar y dormir donde eligiera en lugar de viajar en el carruaje del correo. El clima de final de agosto era agradable, y con un tiempo similar, Griselda no pudo imaginar nada peor que estar encerrada dentro de un carro. Estaba acostumbrada a hacer ejercicio vigoroso y se alegró al comprobar que su cuerpo no le fallaba. Además, siempre le había gustado pasear por su cuenta y su espíritu se deleitaba con la completa libertad que ahora tenía a su disposición. Su chaqueta y sus pantalones ya no le parecían una rareza indecorosa, sino meramente su atuendo, que era bueno y adecuado para su propósito. Nunca había imaginado que la ropa de hombre pudiera ser tan cómoda. La falta de corsé constituía una revelación y era un placer no tener que cargar con enaguas. Ahora estaba convencida de que llevaba puestos los viejos pantalones, la casaca de tiro y aquel sombrero de ala ancha y copa baja con verdadera convicción, pues nadie la había interrogado con mayor suspicacia. Comenzó a desear poder seguir vagando de esa manera indefinidamente.

Pero debía dirigirse a Cromer y presentarse ante su hermano.

Por fin estaba a un día de camino de su destino, de acuerdo con la inscripción en la piedra miliar de la última aldea. Ahora, ante la bifurcación del camino, se preguntaba si su reticencia a avanzar se debía al temor de que Hugh no la acogiese de buen modo. Después de todo, habían pasado diez años desde la última vez que lo vio. Griselda era una niña de once años cuando él zarpó hacia el Cabo de Buena Esperanza con su regimiento, y solo lo conocía por los cálidos recuerdos que de él conservaba y por las cartas que habían intercambiado. Le había escrito tan frecuentemente y con tanta extensión que estaba segura de que él comprendería enseguida por qué se había visto obligada a dejar Glenmorval y embarcarse en aquel viaje, o más bien tenía la ferviente esperanza de que la comprendiese.

Se quedó de pie en el límite de aquel paraje, observando cómo una vieja carreta avanzaba con lentitud en su dirección.

—¿Es este el camino que lleva a Cromer? —inquirió ella, adoptando su tono más hosco y varonil.

—Así es —replicó el conductor del carruaje—, pero se ahorrará una o dos millas si se va por los campos. —Señaló a la derecha, apuntando a una abertura en el seto que presumiblemente conducía a un sendero local que debía conocer bien—. Y haría bien en hacerlo, pues la lluvia se avecina.

El camino era de buen pasar y Griselda avanzó por él, atravesando un campo de rastrojo limpio y trepando por un paso de ganado para alcanzar el pastizal que se extendía detrás. No compartía la certeza del hombre del charrete de que llovería, pues hacía mucho calor y el cielo

estaba demasiado despejado para tales temores. Comenzó a desear ver el mar por primera vez, porque le parecía más propicio pensar en ello que preocuparse por lo que diría Hugh cuando la viera.

El camino se volvió sinuoso y se transformó en un refugio de agradable sombra. Griselda trotó por él, se quitó el sombrero y se deleitó con la luz del sol y el fresco aroma dulzón del bosque. Incluso encontró unas cuantas moras maduras con las que remató su modesto desayuno de pan y queso, mientras se proponía dejar atrás las preocupaciones y disfrutar de las que, sin duda, serían sus últimas horas de libertad. Tan pronto como llegara a Cromer se vería obligada a volver a ser la señorita Griselda Farquarson de Glenmorval y a comportarse en consecuencia.

Llegado el final del matorral, el sendero la condujo a lo largo de un alto muro de grandes piedras recubiertas de hiedra que, a su juicio, debían de tener cierta antigüedad. Se preguntó qué habría detrás, y entonces supuso que quizá sería el parque de alguna residencia señorial. Hugh le había contado en su primera carta que envió desde Cromer que había numerosas mansiones que visitar en la zona, pero que le parecía que remojarse en el mar y contar con un par de libros buenos serían suficiente distracción para él en aquel momento. Al recordarlo, Griselda sintió un leve remordimiento por estar a punto de perturbar su tranquila convalecencia.

El muro se transformó de repente en un arco de grandes dimensiones y Griselda se detuvo para mirar al otro lado. Descubrió que había estado rodeando una antigua ruina venerable. Entró corriendo con el corazón palpitante, asombrada por su hallazgo: era una vieja abadía cubierta de enredaderas, con un maravilloso aire melancólico y teñida por la brillante luz y las sombras que proyectaba sobre ella la arboleda que la cercaba. Justo enfrente se alzaba medio claustro en ruinas, con arcos tallados y grietas en el suelo de piedra dentro del que se enquistaba hierba alta. Unos escalones conducían a la capilla sin techo, cuyos viejos ventanales estaban adornados con intrincados diseños de tracería de piedra. Griselda se imaginó a los monjes desfilando por la edificación; pero luego pensó que probablemente no fuesen monjes, sino monjas.

Sintió deseos de ver el interior de la capilla, por lo que cruzó el claustro pero se detuvo en la entrada al percatarse de que no estaba sola. Había un hombre de pie en la antigua nave, mirando hacia el extremo este de la capilla. Llevaba un cuaderno abierto y dibujaba con esmero la ventana oeste.

Griselda frunció el ceño, pues no le apetecía compartir este lugar exquisito con nadie más. Merecía ser disfrutado en perfecta soledad. En cualquier momento, estaba segura de que aparecería un clérigo prosista, con su mujer y su hija apoyadas en los brazos, para poner fin al silencio con observaciones banales.

Suspiró, pero hizo ruido, de modo que el hombre miró a su alrededor.

Tenía una abundante cabellera de un castaño dorado, con unas ondas sueltas que hacían que cada mechón se reflejara en la luz. El pelo le caía con delicadeza sobre la frente, dejando al descubierto unas cejas altas y definidas, así como unos ojos azules diáfanos y deslumbrantes que eclipsaban el resto de las facciones de su bien esculpido rostro. El hombre la miró fijamente durante unos instantes; no sonrió, pero su expresión se tornó perpleja mientras continuaba observándola. Griselda se sintió perturbada por su escrutinio y apartó la mirada, consciente de que le había escudriñado con el mismo detenimiento. Volvió a ponerse el sombrero y entró en la capilla con la mayor valentía que pudo reunir, aunque se sintió aliviada al ver que él había reanudado su dibujo.

No pudo concentrarse por completo en la capilla, pues no dejaba de mirar al hombre de pie en mangas de camisa de lino blanco, con su monótona chaqueta de montar verde oliva tirada en el suelo junto a sus pies. Dibujaba con gran energía y seriedad. Griselda se preguntó si sería un

artista profesional, pero decidió que su vestimenta era demasiado refinada para ello. Sus botas de montar habían sido pulidas minuciosamente y aún resplandecían a pesar del polvo que habían cogido. «Tiene a alguien que se ocupe de pulírselas», pensó Griselda, y entonces se percató de que su chaleco y sus pantalones de montar, sobrios como su abrigo, eran de excelente corte y se ajustaban muy bien a su complexión larga y delgada, lo que sugería la intervención de un sastre costoso. No cabía duda de que era una persona de recursos considerables. Griselda se convenció de ello cuando vio su caballo atado bajo un árbol en el campo contiguo: era una elegante yegua alazana, exactamente el tipo de caballo que ella misma habría elegido de haber dispuesto de las guineas necesarias.

Decidió perdonarle por estar presente, pues un caballero anticuario dibujando en una abadía en ruinas añadía cierto pintoresquismo a la escena. Griselda podía imaginársela plasmada en blanco y negro en un grabado en acero exhibido en el escaparate de una imprenta.

«¿Y qué soy yo en este cuadro?», caviló, mientras se sentaba en lo que antaño debió de ser la escalinata del presbiterio. Sus botas ya no tenían lustre, es más, estaban igual de sucias que sus pantalones. También había mugre bajo sus uñas, observó, y el puño de su vieja camisa estaba deshilachado, un detalle mínimo que hacía resaltar a la perfección el desgastado fustán de la casaca de tiro. Se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo que se había cortado descuidadamente unos días atrás. Sabía que debía de tener un aspecto lamentable. Lo más probable es que el caballero se estuviese preguntando si iba a atacarle y robarle o simplemente fastidiarle con su impertinencia pueblerina.

Miró al cielo, volviendo la cara hacia el sol, y no le importó si se ponía más morena o si la piel se le ponía más áspera. El daño ya estaba hecho y no iba a estropear sus últimas horas de libertad con tales consideraciones.

La tormenta que el hombre del carruaje había vaticinado era ahora perceptible, aunque todavía se encontraba lejos. Había una sensación de pesadez en el ambiente y los insectos estaban agazapados, como si supieran lo que estaba por venir. Sabía que debía proseguir su viaje, pero no encontraba la voluntad de moverse. Ya no deseaba llegar a su destino; nada importaba, excepto este momento de quietud y silencio, de absoluta perfección estival, en el que podía sentarse con disimulo y sin que la perturbasen. No podía negar el placer que le producía comportarse escandalosamente en presencia de un caballero como aquel. Estaba segura de que él se escandalizaría al saber que era la hija de sir George Farquarson de Glenmorval.

Se recostó y se tendió sobre la hierba seca, mirando al cielo entre los dedos entrelazados de las bóvedas de piedra, que eran lo único que quedaba del tejado de la capilla. Apoyó la cabeza sobre sus manos juntas y contempló durante un rato el vertiginoso despegue de una alondra que iba en ascenso. Luego cerró los ojos, cedió a la apacible insistencia de su cuerpo extenuado y se quedó dormida.

~

Fue el trueno lo que la despertó. Un instante después sintió la primera gota de lluvia en el rostro y oyó la voz de un hombre que decía, muy cerca de su oído:

—¡Ah, maldita sea!

Griselda abrió los ojos y se incorporó rápidamente para ver al artista sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Miraba su cuaderno y limpiaba con la manga las gotas de lluvia que caían sobre las páginas. Luego fijó la vista en ella, volvió a fruncir el ceño y cerró el cuaderno.

—Será mejor que busquemos refugio —dijo poniéndose en pie. Le tendió la mano para ayudarla a levantarse, pero en vez de aceptarla se levantó sola.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Griselda.

—La retrataba. Estaba haciendo una pose muy bella. Lo siento, no pude resistirme... —Se interrumpió y añadió—: Señorita. —Pero entonces vaciló y volvió a decir, esta vez interrogativamente—: ¿Estoy en lo correcto?

Ella no contestó, sino que se volvió para recoger su sombrero y su saco. El hombre parecía decidido a ayudarla con esto último.

—Gracias, señor, pero puedo apañármelas a la perfección —dijo ella, subiéndoselo al hombro—. Lo he traído yo misma hasta aquí.

Él levantó las manos un momento para demostrar que no iba a fastidiarla más, cosa que ella agradeció. Se preguntó cuál sería la mejor manera de escapar y dónde empezaba de nuevo el camino que había emprendido antes de comenzar a cruzar la capilla de prisa.

—Hay una especie de techo sobre la antigua sala capitular —exclamó él—. Creo que tendrá que ser... —Un relámpago blanco y dorado interrumpió sus palabras, por lo que ambos se detuvieron, y Griselda contó en silencio hasta que sonó el trueno.

—Está a unas tres millas, con suerte —dijo, poniéndose su abrigo de montar—. No sería prudente aventurarse por campo abierto por un buen rato.

Ella vaciló al verlo subir el cuello del abrigo; luego, el hombre recogió su equipo de dibujo y atravesó una abertura en la pared que presumiblemente conducía a la antigua sala capitular. Con la lluvia arreciando, sabía que no tenía más remedio que esperar, así que echó a correr tras él.

El tejado de la sala capitular no era más que un metro y medio de viejas tejas agujereadas que formaban un pequeño dosel. El hombre ya se encontraba debajo del refugio, secándose el rostro con las manos.

—He sido un insensato al salir hoy —dijo—. Mi criado dijo que llovería.

—Hemos tenido mucha suerte con el tiempo esta semana —señaló ella, y sintió que en sus labios se esbozaba una sonrisa.

—Bueno, al menos la cosecha ya se ha recogido —finalizó él.

Griselda no pudo contener una carcajada ante la incongruencia de la conversación.

—Perdóneme —se explicó ella—. No esperaba tener una conversación propia de un salón.

—Ni yo —dijo él con una sonrisa, luego dudó un momento y añadió—: Y quizá no deberíamos tenerla, tampoco.

—No, quizá no —aceptó.

—Si bien sospecho que debe conocer a fondo los salones, no me parece que sean su ambiente natural —dijo.

—Por necesidad he tenido que estar en ellos, pero debo admitir que prefiero un lugar como éste al más espléndido salón, incluso si está lloviendo.

Griselda miró al hombre para captar su reacción. Él sonrió, y aquella sonrisa desprendía una calidez que iluminaba todo su rostro y hacía que aquellos gloriosos ojos parecieran más brillantes y cristalinos que antes.

—Entonces es usted una verdadera hija de la naturaleza —concluyó, con cierta satisfacción.

—Sí, parece que sí.

—¿Quién es usted? —inquirió el hombre, y luego añadió—: No, no debo preguntarle eso para no pecar de impertinente.

—Gracias, señor —replicó ella—. Preferiría no decirlo.

—Y, aun así, ansío tanto conocer su historia. En cuanto la vi, supe que había algo diferente en usted: me bastó con una mirada para saber que no era la criatura tosca que sugería su vestimenta, pero no salí de dudas hasta que se quedó dormida. Entonces comprendí que estaba

disfrazada y deseé despertarla para que me explicase su propósito. Sin embargo, se veía tan perfecta en su sueño que no quise perturbarla, así que me tomé la libertad de dibujarla y entonces fue el trueno lo que la despertó.

La recorría con los ojos mientras hablaba, y su voz desprendía una curiosidad viva y cálida. Griselda se ruborizó y apartó la mirada. Se dio cuenta de su entusiasmo y de que le había provocado una gran emoción, una emoción que comprendió perfectamente, pues algo parecido se había despertado en su interior.

—Solo puedo esperar que su situación no sea producto de una tragedia terrible —dijo entonces con un tono de más seriedad.

—No, no es exactamente el caso —dijo ella—. Puede estar seguro de ello. Estoy aquí porque... —vaciló—... porque estoy aquí.

—Esa respuesta deja mucho que desear, pero tal vez sea mejor que mi curiosidad quede insatisfecha.

—Ah, estoy de acuerdo —dijo Griselda—. Si supiera quién soy y cuáles son las circunstancias, se vería obligado a comportarse de manera muy diferente, al igual que yo. Eso es precisamente lo que deseo evitar a toda costa.

—Bien dicho. Lo que dice es algo que he pensado a menudo, pero que nunca he conseguido. En cambio, usted sí ha podido.

—Mucha gente no lo consideraría un logro —señaló Griselda.

—Pero yo sí —dijo—. Créame, me inspira más de lo que se figura.

Griselda nunca había tenido una conversación similar en su vida. Todo lo que había pasado antes se desvanecía en la insignificancia al estar en este sitio con este joven resplandeciente. Él continuó:

—Parece la encarnación misma de la libertad. No es usted humana, ¿es la libertad! —Entonces rio, con una risa profunda, agradable y burlona, tras lo cual sacudió la cabeza y habló de nuevo—: La tormenta me ha puesto eufórico.

—No, la euforia proviene de nuestro interior —dijo Griselda, con su propia emoción a flor de piel—. Proviene de nuestros corazones, de nuestras almas.

Soltó una risa mientras hablaba y sintió un extraordinario regocijo.

El hombre la miró fijamente.

—Creo que es usted la criatura más hermosa que haya contemplado —le dijo. Extendió la mano y le tocó la mejilla con los nudillos, su mano se desplegó como una flor al tocar su piel—. Y es real. Puedo sentir la calidez de su piel.

Nunca antes Griselda se había sentido tan consciente de su cuerpo como en aquella primera y tierna caricia. Él volvió la mano y le pasó los dedos por el cuello, lo que provocó en ella un leve temblor, pues su dedo meñique le acariciaba la garganta con total delicadeza. Griselda separó los labios y abrió los ojos, observándole mientras la tocaba. Él había cerrado los ojos y, al igual que un ciego, parecía explorar con delicadeza un objeto que no conocía con una sonrisa apenas perceptible en los labios.

De repente se oyó otro potente tronar y el sonido de un relincho angustiado.

—¡Mi caballo! —exclamó el hombre y seguidamente salió corriendo de la sala capitular.

Griselda lo siguió y pronto advirtió la causa del ruido: la yegua se había soltado y corría libremente por el campo, amenazando con cruzar un seto.

Él se adelantó para alcanzar a la yegua, pero en cuanto la tocó el animal se dio la vuelta e intentó arremeter contra Griselda, quien no tuvo más remedio que saltar a buscar la brida y hacer lo posible para sujetarla, aunque por un momento tuvo la sensación de que el animal la revolcaría

y arrastraría por el campo enlodado.

—Tampoco le atemorizan los caballos —señaló él cuando volvió al lado de Griselda y le quitó la brida.

—No podría temer a una criatura tan perfecta —respondió Griselda, observando con cierta admiración cómo volvía a calmar a la yegua con toda tranquilidad.

—¿Le gustaría montarla?

—¿Con este tiempo?

—Bueno, deberíamos intentar encontrar un refugio decente. Me parece que hay una posada aceptable no muy lejos de aquí donde al menos podríamos secar nuestras ropas —dijo, y tras apartar la mirada un momento, prosiguió—: Pero, por supuesto, no deseo ser una molestia de ninguna manera y es posible que prefiera continuar su viaje a donde sea que se esté dirigiendo. ¿Va a Samarcanda, Arkangel o...?

—No, una posada aceptable me vendrá muy bien. Empiezo a sentirme incómoda teniendo la ropa mojada.

Aceptar su sugerencia era, por supuesto, el colmo de la indecencia. Pero, al parecer, no estaban siguiendo tales reglas. Estaban jugando a otro juego, uno que a Griselda le parecía demasiado apasionante como para ponerle fin.

El hombre procedió a atar el saco de Griselda a la yegua, junto con su equipo de dibujo, y la subió a la silla. Supuso que montaría a horcajadas, hecho que la incomodó fugazmente, pues nunca lo había hecho. Pero se sintió un poco más segura cuando él se subió detrás de ella y, tomando las riendas con una mano, le rodeó la cintura con el brazo.

—Estoy convencido de que es una famosa amazona —dijo—, pero no tiene el beneficio de los estribos.

—Ah, no tengo objeción alguna —dijo ella, como si tener su brazo rodeándole la cintura y su cuerpo junto al suyo fuese lo más natural del mundo. Todo lo contrario: era tan íntimo, emocionante y francamente peligroso como el galope salvaje al que había empujado a la yegua. Cabalgaron a toda velocidad, como si estuvieran en medio de una cacería, e incluso dieron un par de saltos.

—Le encanta saltar —explicó él, aferrándose con más fuerza a la cintura de Griselda.

Por momentos parecía que la andanza terminaría con alguno de los dos rompiéndose el cuello, pero el viaje hasta la posada se llevó a cabo sin ningún percance. Cuando el caballo aminoró la marcha, Griselda exclamó sin aliento:

—¡Oh, habría podido seguir así toda la vida!

—También yo, pero Su señoría no nos los permitirá —replicó él—. Puede oler un buen establo seco. Además, es una criatura de corazón delicado y no le gusta la lluvia.

Capítulo 2

La posada era un establecimiento viejo, agradable y laberíntico en el que crecían arbustos de lavanda a ambos lados del portal. Un muchacho salió corriendo para guardar al caballo en el establo mientras Griselda y el caballero entraban.

No cabía duda de que era un caballero, aunque uno bastante inusual. Sus modales y su forma de dirigirse a los demás despertaron al instante la atención y el respeto de la dueña, que salió corriendo a recibirlos.

—Por supuesto, señor, disponemos de un salón privado. Nuestra mejor estancia privada se encuentra en el piso superior, con una alcoba adyacente. ¿Le sería de agrado, señor?

—Perfectamente. Y por favor, haga traer una jarra de clarete y algún platillo de carne blanca, si tiene algo parecido en la despensa.

—Desde luego que sí, señor, ¿y le apetece una buena tarta de ciruelas? Tenemos un árbol en el huerto que siempre da frutos antes de tiempo.

—Una tarta de ciruelas sería excelente —terció él, mirando por encima del hombro y sonriéndole como un estudiante a Griselda. Esta última había procurado fusionarse en las oscuras sombras del armarero de roble, con la esperanza de que la dueña la confundiese con la servidumbre—. ¿No te gusta la tarta de ciruelas?

La dueña se quedó mirando a Griselda con suspicacia por un largo rato cuando pasó a su lado y empezó a subir las escaleras.

El espejo ennegrecido que colgaba entre las dos ventanas del salón privado dejaba perfectamente claro el motivo. Griselda contempló en él su extraño aspecto: tenía el pelo apelmazado por la lluvia, y sus ropajes viejos, ahora empapados, tenían un aspecto espantoso. No parecía en absoluto la criada de un caballero; más bien lucía flaca, demacrada y desesperada. En pocas palabras, como un alma en pena. Sin embargo, el hombre había dicho que era lo más hermoso que había visto en su vida.

Y ahora, mientras la dueña avivaba las llamas en la chimenea, él la observaba de nuevo como si fuese lo único que existiera en aquella estancia. Absorto en su contemplación, permanecía de pie, con el abrigo empapado apenas sostenido sobre los hombros.

Consciente del escrutinio de la dueña y del caballero también, Griselda recogió su saco y entró en la alcoba contigua.

La habitación era de dimensiones generosas, bien amueblada y con una gran cama de roble viejo que acaparaba toda la atención al entrar. Las sábanas, meticulosamente hechas, eran de tejido de chintz y tenían motivos de jardines chinos. Todavía hacía calor por la luz del sol que había disipado la tormenta, y el fuego no tardó en añadir su alegre resplandor. Había una pila de toallas limpias junto al lavabo, un pequeño caldero humeante con agua caliente y un olor a lavanda, cera de abejas y humo de leña.

Al terminar de inspeccionar el sitio, Griselda se volvió y vio al caballero de pie en la puerta.

—¿Quiere una toalla? —inquirió ella.

—Gracias —dijo él, tomando la que ella le ofrecía—. Le permitiré asearse —añadió con una leve inclinación antes de cerrar la puerta tras de sí.

Por un instante, Griselda consideró la posibilidad de echar la llave, pero luego decidió que podía confiar en su sentido del honor.

Se despojó de la ropa y la tendió sobre varios muebles para que se secara antes de proceder a lavarse bien. Luego, envuelta solo en una toalla, desempacó su bolsa. Había confeccionado esta

última con una antigua manta escocesa que había cumplido su cometido, pues aunque el contenido estaba frío, no se había mojado. Adentro estaba su atuendo de montar en tonos terrosos y las prendas íntimas que había descartado antes de disfrazarse aquella mañana en Perth: una camisa suelta, una enagua de franela, su atuendo de montar y su corsé. Dejó la camisa frente al fuego para airearla durante unos minutos y acababa de pasársela por la cabeza cuando tocaron con suavidad a la puerta.

—He pedido chocolate —anunció el caballero—. ¿Le apetece tomar un poco?

—Sí, me encantaría —exclamó Griselda. El chocolate era un lujo que no solía verse muy seguido en la mesa de la casa de su padre, y descubrió que tenía un hambre voraz. Se apresuró a vestirse por completo, abrochándose el último botón de la chaqueta con una mano mientras con la otra se peinó los rizos enmarañados lo mejor que pudo.

Satisfecha con el resultado, ingresó al salón en silencio. Llevaba los pies calzados en medias, pues sus botas aún estaban muy mojadas como para volver a ponérselas.

El caballero se encontraba sentado junto al fuego, aparentemente ensimismado, por lo que no se percató de su entrada. Se había quitado las medias, los calzones y las botas, y estaba vestido solo con la camisa y los pantalones de lino, con un pie descalzo apoyado en la rodilla. La habitación estaba en penumbra a la luz de la tormenta, de modo que el fuego resplandecía, proyectando sobre su rostro un inquietante e intenso brillo dorado que combinaba a la perfección con la melancólica expresión de su semblante.

Una violenta ráfaga de viento sacudió los marcos de las ventanas y, al levantar la vista, la vio de pie en un rincón. La contempló por un momento y luego sonrió, se levantó y la saludó como un anfitrión respetable, a pesar de su falta de ropa tan poco convencional.

—Señorita —le dijo, y le acercó una silla a la chimenea.

Griselda tomó asiento, como si estuviera haciendo una visita matutina a un vecino de Glenmorval, y cruzó las manos sobre el regazo. Él le sirvió una taza de chocolate, pero justo cuando se la entregaba, sus miradas se encontraron y sus dedos se rozaron. La taza tintineó al hacer contacto con el platillo, y el sonido persistió, pues Griselda se dio cuenta de que temblaba de un modo inexplicable. El hombre no se apartó cuando le entregó la taza, sino que se quedó observándola. Ella dejó la taza sobre la mesita de trípode y estaba a punto de volver a juntar las manos, cuando él alargó el brazo y la tomó de la mano derecha.

El caballero se agachó y le besó la mano, acunándola entre las suyas. Luego, presionó su rostro contra su palma, como si aquel contacto fuera lo que más anhelaba en el mundo. Griselda, desconcertada pero no ofendida, tragó saliva, sin encontrar motivo alguno para apartar la mano.

Al levantar la vista para mirarla, encontró su semblante serio, sus ojos azules clavados en los suyos con una intensidad inquebrantable. Ella alargó la mano y le apartó el pelo que le caía sobre la frente. Una sonrisa afloró en los labios del caballero, y Griselda se dio cuenta de que era la respuesta a su propia sonrisa de placer. Su cabello era tan suave como lo parecía y, al sucumbir al irresistible impulso de hundir los dedos en él, descubrió que tenía una textura sedosa como el pelaje de un spaniel, pero más abundante. Desenredó con desgana los dedos del último mechón.

Entonces, él le puso las manos en las mejillas y la besó en los labios, con una calidez y avidez tal que, por un momento, Griselda no supo qué hacer. Mejor dicho, su mente no sabía qué hacer. Su cuerpo, al parecer, lo sabía a la perfección, pues le correspondió el beso. Se sintió como un pájaro que únicamente había volado en el limitado compás de una prisión dorada, pero que sabía en su alma cómo elevarse en las alturas. Le cogió por los hombros y dejó que le rodeara la cintura con los brazos y la pusiera en pie. Sus labios seguían cálidos contra los de ella,

y ahora que estaban junto al fuego, sus cuerpos estaban tan cerca como sus labios.

Las palabras eran superfluas, tan innecesarias como conocer su nombre. Solo sintió la llamada insistente de su propio deseo por él, fuerza que parecía trascenderlo todo. Nunca se había sentido tan viva como en aquel momento: cada sensación se magnificaba, incluso su camisa de lino, a la que sus dedos se aferraron en medio de un espasmo involuntario, le pareció más suave y fina que cualquier otro material que hubiera tocado antes.

El caballero cada vez se acercaba más a ella, fundiendo su cuerpo al suyo con una insistencia silenciosa y repetitiva. Incluso a través de la gruesa falda de su atuendo podía percibir la urgencia de su pasión, y ahora, podía olerlo con claridad: su sudor mezclado con el aroma de la leña que ardía en la chimenea.

Le desabrochó los botones de la chaqueta del atuendo de montar y se inclinó para besarle el seno, abriendo los volantes de tela fina que adornaban su camisa de vestir. Sus besos eran suaves y sugerían urgencia, como el roce de la lluvia de verano en el exterior. Posó sus labios donde ningún hombre la había tocado siquiera, en el delicado valle entre sus pechos, y sintió la punta de su nariz tan fría como cálidos eran sus labios. Entonces le desabotonó la falda, que cayó al suelo junto con las enaguas, liberándola así de la apretada chaqueta de montar. No había vuelto a ponerse corsé pues no había tenido doncella que la ayudara a abrochárselo, y la blusa que se había puesto apenas ocultaba sus pechos de su ansiosa exploración. Nunca había imaginado que aquella parte de su cuerpo fuera tan sensible, pero cuando él le rozó los pezones con los dedos, sintió un cosquilleo en lo más profundo de su ser que la hizo apretar los músculos con anhelo.

—¿Vamos? —preguntó con un gesto hacia la puerta de la alcoba.

Con la garganta seca, Griselda asintió.

Tendida en la cama, recostada contra un grupo de almohadas, se sintió relajada hasta el punto de entregarse. Permitió que el caballero hundiera la cara en sus pechos y le acarició el pelo mientras él se los besaba con suma delicadeza. Entonces se sintió más atrevida, le metió las manos por debajo de la camisa y le acarició la espalda, cálida y firme, a medida que exploraba cada uno de sus huesos y músculos, y observaba cómo su rostro se estremecía de placer al tocar alguna zona particularmente sensible. Inclinandose sobre ella, el caballero apoyó la mejilla contra la suya y le rogó que continuara. Ella deslizó las yemas de los dedos bajo sus pantalones de lino, sintiendo el calor de su carne desnuda. Tras unas suaves caricias, él comenzó a gruñir de placer y empezó a besarla de nuevo con pasión, aunque con cierto desenfreno, y se extendió a su lado, estrechando sus cuerpos.

Luego el caballero, impacientándose por las demás barreras que quedaban entre ambos, se levantó, se despojó del resto de la ropa y, ya completamente desnudo, se sentó a horcajadas sobre ella.

Ella levantó la vista y contempló su desnudez magnífica. El sol había vuelto a salir de entre las nubes y, durante unos minutos, bañó la habitación con una exquisita luz dorada. Él era como el magnífico héroe de un cuadro antiguo: musculoso, delgado y noble. Podía imaginárselo a la luz del sol en algún claro clásico: un Teseo o un Alejandro descansando un momento entre esfuerzos heroicos. Sin embargo, un solo vistazo reveló a Griselda cuánto habían omitido aquellos viejos artistas, a quienes todo lo que se les permitía mostrar era una espada desenvainada, estrictamente alegórica, tendida en el suelo junto al héroe.

Griselda había oído las conversaciones abiertas y sin tapujos de los criados. Había vivido en el campo toda su vida, así que podía ser inexperta, pero no del todo ignorante. Y ahora parecía que su curiosidad iba a verse satisfecha.

El caballero hizo una breve pausa, deteniéndose para sostenerle ambas manos y besárselas

con inesperada galantería. Era como si le estuviera pidiendo permiso para continuar. Griselda, que en aquel momento habría caminado descalza por el mundo si tan solo él se lo pidiese, no pudo hacer más que sonreírle, y luego estiró de nuevo la mano para apartarle el pelo que parecía caerle siempre sobre los ojos.

Él le levantó el dobladillo del camisón. Se inclinó y le depositó un beso en el vientre desnudo, lo que la hizo reír y temblar, pues su pelo le hacía cosquillas. Luego le subió la bata y la besó más abajo, acción que la dejó rígida y asombrada por un momento nada más, porque a medida que él proseguía, ella se daba cuenta de que no podía evitar revolverse y sacudir las caderas. Sin pensarlo, levantó las rodillas y abrió las piernas ante su devastadora invasión. Reconocía las sensaciones que le provocaba: de vez en cuando, por la noche, cuando estaba inquieta y sentía pasión, se había tocado allí y había descubierto que podía llegar a un estado dulce y un tanto vergonzoso de excitación placentera. Pero no era nada comparado con esto. Sencillamente, no podía hacer otra cosa que quedarse tumbada y permitir que todos los sentimientos que le provocaba aquella caricia tan íntima la recorrieran sin control, como llamas que engullen un trozo de yesca seca. De repente, la excitación se volvió prácticamente insoportable. Gimió, deseando a medias que se detuviera, pero sabiendo que no podría soportarlo si llegase a hacerlo. Entonces la alcanzó una explosión ardiente y profunda en su vientre que la hizo sonrojarse y proferir una exclamación.

El hombre se acercó y volvió a besarle los labios, oprimiéndose contra ella. Sintió su erección pétrea contra su muslo e identificó la urgencia en sus ojos. Se introdujo en su interior y ella no pudo oponer resistencia: quería sentir su fuerza dentro de ella, sentir cómo la penetraba hasta su mismísimo núcleo. Él dio una gran estocada y ella sintió cierta incomodidad y dolor, que la hizo jadear ligeramente. Por un momento él se detuvo, sorprendido.

—Eres... —empezó a decir.

Ella posó un dedo en sus labios.

—No me importa —dijo ella—. Te quiero a ti.

Él cerró los ojos y la penetró de nuevo, con la sensación de un hombre al que se le concede algo que apenas se siente capaz de merecer. Griselda sintió la reverencia de lo que le hacía. No había nada ordinario o rastrero en ello. ¿Cómo podía serlo este profundo e íntimo encuentro entre hombre y mujer? Se estiró y le rodeó las piernas con las suyas propias, sintiéndose destrozada y a la vez renovada con cada lenta y profunda embestida, a la vez que le masajeaba los omóplatos. De pronto, él aceleró sus movimientos y ella vio cómo la tensión reprimida nublaba su rostro. Hizo una mueca con la que pareció intentar contenerse un momento, pero no lo consiguió y conectaron por última vez.

Ella lo sintió, sintió su espasmo mientras se desplomaba jadeante sobre ella.

Unos instantes después, él se retiró de su interior y se tumbó a su lado, boca arriba. Mientras ella miraba el roble tallado del dosel de la cama, las ennegrecidas guirnalda de madera de lirios y granadas, le oyó decir:

—Ojalá supiera quién eres.

—No —dijo ella—. No, eso lo echaría todo a perder.

Capítulo 3

Cuando Tom Thorpe despertó, encontró el lecho a su lado vacío. Ella se había marchado. Se incorporó apoyándose en los codos y escudriñó la alcoba en busca de algún rastro de su presencia, pero no encontró más que una pila de toallas arrugadas junto al lavabo.

Salió de la cama con paso vacilante, cuestionándose cómo había podido dormir tan profundamente. Por lo general le resultaba imposible conciliar el sueño durante el día, incluso tras semejantes esfuerzos de pasión, sin embargo, se vio embargado por una fatiga narcótica, como si hubiera probado opio de sus labios. Nunca recordaba haberse sentido tan abrumado por el acto como en esta ocasión. Se había sentido totalmente satisfecho, pero ahora su cuerpo le exigía su presencia.

Entró en el salón para comprobar si estaba allí. No tuvo éxito, pero notó que se había servido un poco de carne y un trozo de la tarta de ciruelas. La botella de clarete, por otro lado, estaba intacta. Reflexionaba sobre aquel hecho y, a la vez, se servía un pedazo de la tarta —pues había descubierto que estaba hambriento—, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —anunció distraídamente.

Era la dueña, quien de inmediato profirió un grito de horror al ver a un hombre desnudo comiendo tarta de ciruelas con los dedos.

—¡Señor, por favor! —exclamó, desviando la mirada con énfasis mientras Tom alcanzaba su abrigo y se lo ponía frente a él—. Le ruego que tenga en cuenta que este es un establecimiento respetable, señor —dijo ella, atreviéndose ahora a mirarle.

Tom no pudo evitar ruborizarse ligeramente, pues se sintió como un estudiante al que han pillado in fraganti. Afortunadamente, la honorable señora que tenía delante no podía obligarlo a presentarse ante su tutor para que le diera una azotaina.

—¿Ha visto a la persona joven que me acompañaba? —inquirió.

—Ha salido a tomar el aire, señor —dijo, y añadió—: Hace una hora.

—¿Qué hora es?

—Pasadas las tres.

—¿Las tres? —exclamó Tom, horrorizado. Le esperaban en casa de lady Amberleigh a las cinco para cenar—. Por casualidad... —tartamudeó—, ¿ha dicho cuando volvería?

—No, señor —contestó la dueña—. Llevaba su saco consigo. Si yo fuera usted, creería prudente verificar si aún posee su cartera. Ese hombre, si es que era un hombre, no daba muy buena espina.

—Señora, su comentario es muy insolente —dijo.

—Diré lo que crea necesario. No toleraré que mi establecimiento sea utilizado como un vulgar burdel.

—Está usted mal informada —dijo Tom, tan inocentemente como pudo.

—Debe pensar que soy ingenua, señor —replicó ella—. Solo espero que tenga los medios para pagar.

—Le pagaré ahora, porque partiré inmediatamente —dijo Tom. Palpó la cartera que guardaba en el bolsillo trasero de su abrigo de montar y notó que seguía allí, tan pesada como al momento de guardársela esa misma mañana. Le entregó dos guineas, tras lo cual la mujer volvió a mostrarse respetuosa y servicial. Parecía que podía tolerar una inconveniencia flagrante si la compensaban debidamente—. Haga que traigan mi caballo, por favor.

Mientras galopaba hacia Cromer esperaba alcanzarla, sin embargo, ¿qué razón tendría ella

para tomar el camino a Cromer? No había dado indicio alguno de dirigirse hacia allá. Por lo que él sabía, bien podría estar camino a Londres.

Regresó cabalgando con rapidez, sintiéndose un tanto febril. Todo el incidente no parecía del todo real, aunque podía recordar vívidamente el olor de su pelo y la suave sensación de su piel bajo las yemas de los dedos. Era como un sueño, una manifestación de sus fantasías más profundas. Nunca había tenido una experiencia similar con una mujer y se consideraba un juez razonable en tales asuntos.

Tom Thorpe tenía veintisiete años, venía de buena familia y poseía una muy buena renta. A los dieciocho, recién graduado de Eton, había entregado su virginidad a una bella condesa de treinta y cinco, que luego se había aburrido de él al verle demasiado enamorado. La convalecencia por la condesa se extendió por un tiempo, y fue algunos años después, tras su paso por Cambridge, cuando una cantante italiana cuya figura eclipsaba su voz le había permitido a Tom ser su protector. Sin embargo, resultó tener un temperamento escandaloso y un esposo parasitario al que Tom se negó a mantener. Esto le causó mucho menos pesar que la pérdida de la condesa, pero se había vuelto un tanto cínico respecto a tales asuntos y mucho más circunspecto en su conducta.

Mientras subía las escaleras de su alojamiento en Cromer, se cuestionaba si su conducta extraordinaria de aquel día era el resultado de una excesiva escrupulosidad. Otros hombres tenían amantes y se sentían cómodos con ellas. Sin duda, habría sido preferible adquirir el afecto de alguna dama tranquila y amable, y mantenerla en circunstancias respetables, en lugar de tratar de suprimir su apetito por completo. No habría actuado con tanta imprudencia si contara con una mujer como la que su primo segundo, lord Hunscliffe, tenía en una casa de campo en Putney. Había cenado allí una o dos veces y admirado al hijo pequeño de Hunscliffe, que aunque no heredaría el título noble de su padre, indudablemente había heredado su nariz y parte de su carácter enérgico. La señora Harte, quien se hacía llamar con el apellido Hunscliffe, había sido excelente opción para Hunscliffe, quien de otro modo habría terminado por contagiarse la viruela a fuerza de visitar prostitutas indiscriminadamente.

Tom siempre se había considerado mejor que Hunscliffe, pero empezaba a preguntarse si tal actitud no era más bien arrogante por su parte. Aquel día había actuado sin escrúpulos ni titubeos. El hecho de que la mujer no le hubiera revelado su identidad no debería haber justificado su insensatez, sino que debería haberla evitado del todo. Y luego descubrir que era virgen y haber continuado de todas formas... ¿Pero cómo podría haber hecho otra cosa en aquel punto? Nunca se había sentido tan halagado en su vida.

Su criado, Gough, lo aguardaba en el rellano, nervioso y preocupado, como suelen estarlo los ancianos por los jóvenes a quienes quieren. En tiempos pasados Gough sirvió al padre de Tom, y al haber estado con él desde la muerte de su padre y conocerlo desde su infancia, su bienestar era un asunto serio para él.

—Estaba convencido de que se había caído del caballo, sir Thomas —dijo—. Porque cabalga esa yegua como si el mundo se fuera a acabar mañana.

—No, Gough, no me he caído, ni tampoco me ha alcanzado un rayo. —Pero incluso al afirmarlo, se preguntaba si ella no sería una suerte de relámpago, un espíritu de tormenta que habían enviado para perturbar su mente—. He pasado la mayor parte del día durmiendo en una posada. Nada podría haber sido menos peligroso.

Gough arrugó la nariz.

—¿Usted durmiendo por la tarde, sir Thomas? —inquirió el criado con suspicacia.

—Me atrevería a decir que me he fatigado dibujando —dijo Tom, preguntándose por qué

debía dar cuenta de sus actos a su propio criado. Se sentó y dejó que Gough le quitara las botas —. ¿Has traído mis cartas?

—Por supuesto, sir Thomas. Hay una carta de su señora madre.

—Ah —replicó Tom, que no deseaba en lo más mínimo leer lo que su madre tenía para decirle. Gough le entregó las cartas de todos modos y luego se retiró para prepararle un baño.

Tom rompió el sello y miró la dirección. Seguía en Felsham, lo que no presagiaba nada bueno. Para empezar, estaba demasiado cerca de Cromer. Ojeó la carta.

Querido hijo mío:

no sé muy bien cómo interpretar tu última carta. No puedo creer que te hayas permitido apegarte de semejante forma. Debo repetirte que no considero que estés en condiciones de ofrecer tu mano a la señorita Rufford, y espero que no le hayas hecho creer que tienes la libertad para hacerlo. Lady Mary se considera comprometida y está, como siempre, ansiosa por satisfacer los deseos de tu padre y los míos. Confío en que tu propio sentido del deber también prevalezca en ello.

La señorita Rufford puede ser una muchacha atractiva y encantadora, y no te tengo en tan poca estima como para no entender cómo puede haberte atraído. Sin embargo, cualquier sentimiento que ella pueda despertar en ti debe considerarse totalmente impropio debido a tu posición en relación con lady Mary. Así es la situación y no se puede evitar. Sería extremadamente perjudicial para tu reputación, por no hablar de la de la señorita Rufford, si actuaras con base en lo que sientes e insistieses en tus empeños de matrimonio. Sabes perfectamente que Caroline Rufford nunca podrá ser tu esposa sin enajenar los corazones y repudiar las buenas opiniones de aquellos que te aman más profundamente - y en esto debo incluir a lady Mary.

Perdona mis duras palabras, pero te escribo desde la más profunda preocupación. También he escrito a la señorita Rufford explicándole tu situación.

Con cariño, tu madre, Arabella Thorpe

—¡Qué! —exclamó Tom, tirando la carta—. ¡Por todos los diablos!

—¿Qué sucede, sir Thomas? —preguntó Gough.

—Debo vestirme e ir a ver a la señorita Rufford inmediatamente.

~

Lady Amberleigh y su hija habían asegurado una mansión finamente amueblada con vistas al paseo marítimo, a meros minutos de distancia del alojamiento de Tom, y este último se dirigió hacia allá enérgicamente en cuanto estuvo vestido a satisfacción de Gough. Sin embargo, al llegar a la casa, vaciló. Miró hacia el ventanal del salón del primer piso, donde sabía que Caroline le estaría esperando. A través de la ventana abierta captó el sonido de su arpa y se encontró a sí mismo volviéndose hacia el mar.

Eran casi las cinco y el sol se abría paso entre el cielo gris, reflejándose en el mar con sus espectaculares rayos de luz. El viento seguía soplando y el mar, embravecido, embestía contra las rocas y los diques con una fuerza implacable. Caroline entonó una melodía, mientras su voz dulce y clara le llegaba a los oídos, una letra italiana sobre el amor constante. Era la canción que ella había cantado la noche en que él decidió que la haría su esposa.

Se alejó hacia la orilla en un intento de concentrarse en Caroline, pero ni siquiera el sonido de su voz era capaz de avivar su imaginación. Solo podía pensar en la muchacha cuyo nombre desconocía, en sus rizos rojizos y dorados desparramados sobre la almohada, en las pecas que salpicaban su mejilla y en el brillo vivaz de sus ojos verdes.

Caroline terminó su canción y Tom se encaminó a la entrada de la casa, procurando apartar de su mente el recuerdo de la tarde, como un hombre que guarda bajo llave las cartas de un viejo amor. No podía permitir que aquello le confundiera. Le había propuesto matrimonio a Caroline y ningún hombre con sentido de la decencia o del honor podría retractarse de un compromiso semejante.

~

—Bien, sir Thomas —comenzó Lady Amberleigh luego de unos minutos, cuando las formalidades se hubieron de cumplir y él estuvo sentado con ella en el salón—. Tal parece que alguien ha interpretado erróneamente la situación, y espero por el bien de mi hija que sea su madre.

—Así es —aseguró Tom—. Mi madre desea que contraiga matrimonio con lady Mary y con nadie más. Pero, le aseguro, señora, que nunca he dado ni a mi madre, ni a lady Mary, ni a su padre lord Wansford motivos para creer que accedería a tal arreglo.

—Entonces, le ruego que me explique cómo es que ha podido convencerse de que usted ha consentido —dijo lady Amberleigh. Podía ser una viuda bien vestida, pero su manera de replantear la cuestión no habría deshonrado a un letrado—. Debe haberle dicho algo para sugerirle que la idea del matrimonio no le parecía aborrecible.

—No, siempre me he opuesto rotundamente a ello. ¿Acaso piensa que me habría dirigido a su hija como lo he hecho, si no me creyera libre de hacerlo?

—No lo sé, sir Thomas —dijo lady Amberleigh—. Ah, aquí está Caroline.

Al parecer, Caroline había salido del salón durante unos minutos tras su anuncio, presumiblemente para recobrar la compostura. Tom pensó que parecía conmovida. Estaba más pálida que de costumbre; su habitual tez rosada lucía desvanecida, pero ingresó en la estancia con su gracia acostumbrada.

Él se levantó de la silla para saludarla y hubiera deseado tomarle la mano, pero advirtió que lady Amberleigh fruncía el ceño. Caroline se limitó a hacer una reverencia y tomó asiento junto a su madre.

—¿Qué concepto debe tener de mí? —preguntó Tom, acercando un poco más su silla a ella—. He intentado tranquilizar a su madre, pero ¿puedo qué puedo decir para convencerla a usted?

—Su madre debía de tener muy buenas razones para escribir tal como lo hizo —sentenció Caroline después de un buen rato.

—Porque no desea que nos casemos —dijo Tom—. Ese es el asunto en pocas palabras. Es una mujer mundana y espera que busque ventajas mundanos.

—¿Pero y si los afectos de Lady Mary han sido correspondidos? —inquirió Caroline mirándolo. Tenía ojos castaños oscuros y había una cierta melancolía en ellos que él no había percibido antes.

—Entonces no ha sido mi intención —replicó Tom—. Le aseguro que no he hecho nada para hacerle creer que era más que un conocido. Me parece que mi madre ha logrado convencerla de que siente algo por mí. Lady Mary es una señorita muy fácil de influenciar... y también muy joven. Apenas tiene diecisiete años. No sabe lo que siente.

—No obstante —prosiguió Caroline—, sus sentimientos se han visto comprometidos y sus expectativas han sido confirmadas por aquellos cuyas opiniones ella valora. Si ese es el caso, me parece que tiene una clase de derecho sobre usted. No deseo tener en mi conciencia el corazón roto de otra mujer. Ella tiene un derecho previo sobre usted, sir Thomas, y eso debo reconocerlo.

—No diría eso si la hubiera visto —dijo Tom—. Es una niña muy joven que no sabe nada de nada, sino que se limita a hacer lo que le impongan.

—Lo cual es un signo de virtud —opinó lady Amberleigh.

—No puede tildarse de virtud el fingir amor simplemente porque su padre así lo exige —dijo Tom—. ¿O cree lo contrario?

Lady Amberleigh se levantó de repente y dijo:

—Puede que tenga usted razón. Pero me preocupa más la posibilidad de que esté utilizando a mi hija para librarse de un enlace desagradable. Mi interés es que mi hija esté bien casada, y

con eso me refiero a que el hombre que tenga la fortuna de ser su marido sienta por ella un afecto fuerte y sincero. Si usted se ha fijado en Caroline como solución a sus propios dilemas...

—No, señora, le aseguro que no es el caso —dijo Tom.

—Me alegra escuchar sus palabras, sir Thomas, pero aún no estoy tranquila. Las palabras de su madre fueron duras y no puedo concebir que las haya escrito con tanta aspereza sin razones justificadas. Este asunto no le hace honor, señor, y necesitaré más pruebas de su buena fe antes de dar mi consentimiento a este matrimonio. Espero que no lo considere una exigencia poco razonable.

Mientras lady Amberleigh hablaba, Tom la contemplaba. En ese momento, tuvo la extraña impresión de que se parecía a la muchacha de la abadía. Una fugaz similitud cruzó por el rostro armonioso y de mediana edad de lady Amberleigh. Algo en sus pómulos y en la forma de su nariz le recordaba a ella y se sintió momentáneamente aturdido, incapaz de responderle.

—¿Sir Thomas? —llamó ella.

—No, no es irrazonable —respondió Tom, parpadeando—. Estoy dispuesto a hacer todo cuanto esté a mi alcance para devolverle su buena opinión de mí.

Ella asintió y Tom vio que el parecido se desvaneció tan pronto como había surgido. Se sintió aliviado, aunque le quedó una leve inquietud.

—Les dejaré a solas hasta la hora de la cena —dijo y salió de la habitación.

Cuando se hubo ido, Caroline se levantó y se asomó al ventanal, de espaldas a él, junto a su arpa.

—La he escuchado tocar mientras entraba —dijo—. Me quedé afuera y escuché.

Ella se volvió con una sonrisa, pero él volvió a ver en sus ojos esa melancolía que no había percibido antes. ¿Acaso esperaba que se mostrase afectuoso, que la consolara?

Una parte de él deseaba sincerarse con ella. Era el tipo de mujer con la que sentía que podía hablar con franqueza, una de las razones por las que se había sentido atraído por ella y había decidido desposarla. Sin embargo, ahora que estaba allí, entrelazando los dedos con inconsciente ansiedad, Tom ya no podía disfrutar de su compañía reconfortante.

A principios de aquel verano, mientras se hospedaban en la casa de su hermano, floreció entre ellos una amistad desinteresada, plácida y agradable. Con el transcurso del tiempo, se convenció de que lo que sentía por ella era amor. Sin embargo, ¿podía acaso ser amor cuando tan prontamente se había precipitado a los brazos de otra mujer tan poco tiempo después de haberle pedido la mano? ¿Había confundido las conversaciones juguetonas de una visita a una casa de campo con amor?

—Soy un hombre libre, Caroline —logró articular, esperando no sucumbir de nuevo a la tentación y jurándose a sí mismo que cumpliría su compromiso. Le había prometido matrimonio, por lo que no podía decepcionarla—. Por favor, créame.

—Lo sé —dijo ella y le tendió la mano—. Ya lo sabía en mi corazón. Usted es incapaz de mentir.

A medida que la muchacha hablaba, Tom se dio cuenta de que sí era capaz de hacerlo. Por el rabillo del ojo pudo ver una silueta oscura en la playa, que se remontaba por el estrecho margen que creó la marea alta. Se volvió para observar mejor.

Era la silueta de un muchacho alto cuyo rostro estaba oculto bajo un sombrero de ala ancha; vestía un redingote anticuado, el cual dejaba abierto para que ondease con la brisa, y llevaba un saco al hombro. Tom se cuestionó si en verdad era un hombre libre.

—¿Qué está mirando? —preguntó Caroline, mirando detrás de ella.

—A nadie —contestó Tom, pues ahora que miraba bien la figura había desaparecido—. Quiero

decir, nada. Nada de nada.

Capítulo 4

Griselda encontró la residencia de Hugh sin mayores contratiempos, pero no se presentó allí de inmediato. Prefirió pasar la hora de la cena paseando por la playa en un intento por aplacar sus nervios. Se sentía sumamente desbocada por la emoción, desgarrada por el pesar y confundida en extremo para dedicarse a otra cosa que no fuera recorrer la orilla y esperar encontrar algo de serenidad.

Sin embargo, la luz del día empezaba a desvanecerse y ya no había manera de evadirlo. Tenía que llegar a su residencia antes de que la oscuridad la rodeara.

Una robusta mujer de semblante severo le abrió la puerta.

—¿Sí?

—Deseo hablar con el coronel Farquarson —dijo Griselda.

—¿Y quién es usted? —inquirió bruscamente la casera.

—La señorita Farquarson —contestó. La mujer no parecía convencida. Griselda continuó —: Soy la hermana del coronel. Por favor, dígame que estoy aquí.

—Está bien, señorita —concedió la mujer—. Lo que usted diga.

Tras una breve demora, la mujer indicó a Griselda que pasara y la acompañó hasta la puerta entreabierta de un salón que daba al vestíbulo.

—La señorita Farquarson, señor —dijo la mujer empujando la puerta.

—¿Griselda? —dijo Hugh, mirándola fijamente mientras entraba—. No lo comprendo. ¿Pero qué...? —Él luchaba por levantarse de la silla y su esfuerzo le resultaba angustioso a Griselda. Él, naturalmente, había restado importancia a la herida de la cadera y la pierna, pero ella podía ver cuán incapacitado estaba a causa de las mismas.

—No, por favor no te levantes. No debes molestarte —intervino ella, acercándose a él y rodeándolo con los brazos.

—¿Y cómo pretendes que no lo haga? —dijo, apartándose—. ¿Si te presentas así, vestida de una manera tan indecorosa?

—No es indecorosa. Creo que mi vestimenta es muy sensata —afirma ella—. No hay nada mejor para viajar. Deberías intentar viajar con ropa de mujer, Hugh.

Hugh se hundió en su asiento. Parecía muy alarmado.

—¿Qué has hecho?

—Simplemente he viajado desde Glenmorval —contestó—. Tenía que venir a hablar contigo en persona, no se me ocurría qué otra cosa hacer.

—¿No habrás viajado sola desde Escocia? —preguntó al cabo de un momento—. Dime que no lo has hecho.

—Lo he hecho y no tengo miedo a decirlo, porque siento que no tengo nada por lo que disculparme.

Hugh se había llevado una mano al rostro, presumiblemente para ocultar su estupor. Sacudió la cabeza.

—No puedo creer que hayas podido hacer algo semejante —dijo.

—Pues piensa lo que deseas. Lo que importa es que estoy aquí, sana y salva, ¡y que por fin veo a mi querido hermano!

—¿Esperas que disfrute de nuestro reencuentro en tales circunstancias? —exclamó él.

—Por supuesto —contestó—. ¿Es que acaso no estás contento de verme?

—No, nada podría ser más angustiante. Es evidente que has perdido el juicio.

—Más bien me parece haberlo encontrado. Quedarme habría sido totalmente irracional. Era necesario actuar y eso hice.

—¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Es que algún hombre ha...? ¡Dímelo!

—Es padre —dijo—. Ha decidido casarse.

—¿Qué? —dijo Hugh—. ¿Eso es todo? ¿Esperas que crea que ésa es la causa de este comportamiento de lo más escandaloso? No, no puede ser. Debe haber algo más para que pierdas todo sentido de la decencia y te pasees así por el país, para que arriesgues tu reputación... si es que aún te quedaba algo de ella cuando te fuiste de la casa de padre.

—¿Cómo te atreves a acusarme de algo así? —reclamó Griselda con enfado. No le gustaba nada su tono, que no se parecía en nada a sus largas y afectuosas cartas. Y después de aquella tarde se sentía como si la punta de una daga le estuviese tocando el corazón—. Me conoces muy bien para creer tales insinuaciones. —Era una defensa endeble y ella lo sabía.

—Está claro que no —replicó con frialdad—. Eras una niña la última vez que te vi. ¿Quién sabe lo que has sido estos últimos diez años o en qué te has convertido? Ahora dime la verdad, o me desilusionaré todavía más.

—Te estoy diciendo la verdad —dijo ella, agachándose junto a su silla—. Padre se va a casar de nuevo y hay que impedirselo.

—No hay nada en tus palabras que justifique tan extraordinaria conducta...

—Hay motivos de sobra —protestó ella—. Créeme, Hugh, es la más horrenda de las situaciones. Se trata de la viuda de uno de los señores del tabaco de Glasgow que tiene una fortuna enorme, y él solo se casará con ella por su dinero.

—No puedo creer que hiciera eso.

—Créelo —dijo Griselda—, porque lo hará a menos que intervengamos. Su ambición se ha vuelto desmedida y esa es su única preocupación. Ya se pavonea como un hombre a la moda, acumulando cuentas pensando en lo que le espera.

—Debes estar equivocada.

—De ninguna manera. Lo convertirá en el hazmerreír... no, ¡ya se ha convertido en uno! La señora Skene es la criatura más odiosa y necia que puedas imaginar. Lo único que busca es tener su prestigio, que la llamen «señora mía» y embaucar a otros pobres y desdichados hombres para que se casen con sus horribles hijas. Y a padre no le importa, pues será rico. Es tan interesado, tan indigno de él; me resulta increíble que se rebaje a tal cosa. Nos las hemos arreglado sin dinero antes, ¿por qué no ahora?

—A veces, un hombre encuentra irresistibles los halagos de una mujer, Grizzy —intervino Hugh—. ¿Es atractiva?

—Sí, supongo que sí, y su apariencia goza de todas las ventajas que su fortuna le puede proporcionar. De hecho, diría que la moda es lo único que se toma en serio.

—Me imagino que toma muy en serio su riqueza —comentó Hugh.

—¿Cómo podría? En tal caso no se casaría con padre, porque él dilapidará su dinero lo más rápido que pueda. Acumulará chalecos de seda, pipas de oporto y caballos de carruaje de mala calidad. Si fuese una mujer sensata, habría elegido que la despose un hombre de su clase, y casar a sus hijas de la misma manera. ¡Es tan repulsivo! Y padre..., oh Hugh, ¿cómo puede hacer tal cosa?

—Tal vez desea que todos estemos más acomodados —dijo Hugh—. Quizá piensa en ti con su decisión.

—Sí, habla sin cesar sobre que debo casarme bien, cosa que sabes que nunca haré. No puedo tolerar la sola idea.

—Eres demasiado joven para tomar una decisión así.

—¿Por qué no? Lo que veo del compromiso de mi padre no me da razón para querer estar en una situación similar. Todo ese falso afecto es la mayor hipocresía. Y descubrir que mi propio padre, a quien he estado dispuesta a respetar y considerar como guía en todas las cosas importantes...

—Mera retórica —interrumpió Hugh con brusquedad—. No estarías aquí si realmente le considerases tu guía.

—¿Y qué más podía hacer? —exclamó ella—. ¿Quedarme callada y aceptarlo todo? ¿Es ese el papel que debe desempeñar una mujer, aun sabiendo que podría derivarle un mal muy grande?

—No lo sabes con certeza —dijo Hugh—. ¿Cómo sabes que no se preocupan el uno por el otro, que no se entenderán de maravilla? No sabes si nuestro padre podría estar actuando por el bien de nuestra familia. Por mi parte, me alegra que su situación mejore. No me gustaría que Glenmorval se viera paralizado por las deudas. Me gustaría que se resolviera, y si esta mujer es la manera de lograrlo...

—¡Hugh, no! —gritó Griselda—. No puedes estar hablando en serio. Si es así, eres tan malo como él, y no podría soportarlo. Dime que no lo estás diciendo en serio.

—Lo único que digo es que no puedo juzgar cuando no he conocido a la dama...

—No es una dama —replicó Griselda con firmeza.

—Eso está por verse —continuó él—. Tampoco he oído la versión de nuestro padre. Todo lo que tengo es tu versión apasionada y destemplada, lo cual ninguna persona racional consideraría prueba suficiente para emitir un juicio.

—¿No confías en mi palabra? —preguntó ella.

—¿Cómo podría? Tu propia conducta me sugiere que has perdido el juicio.

Furiosa, Griselda replicó:

—¿No se te ocurre que jamás me habría comportado de tal manera, a menos que la situación fuera desesperada?

—Una carta urgente habría servido igual —dijo él.

—No, no lo creo. No te habría despertado de tu complacencia ni motivado a actuar.

—Estás muy equivocada —dijo—. Una carta bien fundamentada me habría hecho actuar. Tus cartas anteriores me impresionaron; por ellas te había imaginado una joven inteligente, con una mente organizada y sensata. Unas cuantas páginas bien escritas expresando tus dudas habrían bastado para alertarme de los peligros de la situación. Entonces habría escrito a mi padre y pedido que expusiera su versión del asunto. El mero hecho de escribir podría haberte hecho ver que tus violentas objeciones están completamente fuera de lugar.

—Intenté escribir, pero no pude plasmarlo en el papel. Tenía que verte en persona. Querido Hugh, no me decepciones. Esto debe detenerse y solo tú puedes hacerlo.

—Lo dudo mucho —dijo Hugh—. No sé qué te hizo pensar que podría detenerlo.

—Si le hubieras oído hablar de ti como yo lo he hecho, lo sabrías. No hay nadie en el mundo más querido para él.

—¡Ay, Griselda, ojalá no hubieras hecho esto! —exclamó él de repente—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—No me harás regresar —dijo ella, viéndolo ceder—. No viviré con él si se casa con ella, debes entenderlo. Y tú tampoco serás capaz de tolerarla.

Hugh suspiró y terminó su copa de vino.

—Eso está por verse. Lo primero que debemos decidir es qué hacer contigo, mi rebelde e insensata niña. No puedes quedarte aquí luego de esta noche. Mañana irás con tu tía.

—¿Tía Amberleigh? ¿Está aquí? No me lo habías mencionado.

—No, no lo sabía hasta esta mañana —dijo Hugh—. Y es una suerte para ti que lo esté.

—Una suerte muy grande —dijo Griselda sonriendo.

—Esta travesura no le hará gracia.

—Pues la travesura de su hermano le hará aún menos gracia —dijo Griselda con calma.

—Supongo que, al menos, debería estar agradecido de que no hayas sufrido daño alguno en tu viaje —dijo—. No es necesario dar detalles a nadie sobre la forma en que lo has hecho. Diremos que viniste con unos amigos escoceses que estaban haciendo un viaje de placer por Norfolk. Eso debería satisfacer la curiosidad de nuestra tía.

—¡Gracias, Hugh! —dijo ella, besándole—. Lamento todo esto, pero no tenía otra opción.

—Bien, lo que puedes hacer ahora es sentarte y escribirle a nuestro padre. Debe atormentarle la preocupación. Piensa en eso, Griselda: piensa en la angustia que le debes haber causado.

—Entonces confío en que esté reflexionando mejor sobre sus actos —replicó Griselda, levantándose y acercándose al talud de escritura que yacía sobre la mesa.

—Cómo deben de haber discutido. Este es un asunto amargo. —Hugh suspiró y apartó la mirada de ella, su disgusto silencioso era evidente.

—Estás decepcionado de mí —dijo ella.

—Siento decirlo, pero es verdad —dijo su hermano—. No esperaba volver a verte así. Durante tanto tiempo he esperado el día en que te vería convertida en una mujer. Cuando enfermé en el viaje de vuelta de Nueva Orleans, mi único consuelo era imaginarme conduciendo un carruaje hasta Glenmorval y verte de pie vestida de blanco aguardando mi llegada. Porque llevabas un vestido blanco el día que me fui. ¿Lo recuerdas? —Griselda asintió—. Me rogaste que te llevara conmigo, ¿no es así?

—Quería ser tamborilero en tu regimiento.

—Y yo que creía que habías superado tus fantasías infantiles.

—Si yo hubiera sido niño, no habrías pensado que eran fantasías infantiles —dijo Griselda, pues sintió que debía señalarlo—. Las habrías alentado. De hecho, estoy segura de que cuando tenías once años soñabas con ser soldado.

—Sí, pero yo era un niño y tú no lo eres. Es un hecho innegable. Debes aceptar lo que eres.

—¡No tienes idea de la esclavitud que es ser mujer! —dijo Griselda haciendo un gesto con la mano.

—No, claro que no —dijo Hugh con suavidad—. Pero sé lo que es ser un hombre y no te lo desearía, mi querida niña. Porque noto un espíritu muy temerario en ti, Grizzy, que, si fueras un hombre, probablemente ya te habría matado.

—Tal vez sería la muerte de un héroe en el campo —dijo Griselda.

—No deseas tal cosa —dijo Hugh con una seriedad repentina—. No sabes lo que significa y espero que nunca lo sepas.

Capítulo 5

—¿Has perdido todas tus pertenencias? —dijo lady Amberleigh—. Qué infortunio.

—Había muy poco de valor en ellas —dijo Griselda; sin embargo, pensó que si hubiera traído su propia ropa, habría querido deshacerse de ella. No se había percatado de lo raída y ordinaria que era. Tan solo contemplar el elegante vestido de día de su prima Caroline le hizo desear haberse quedado con los pantalones y causar un escándalo. Con su camisa marrón oscuro, solo se veía poco arreglada.

—Es una suerte que tengamos casi la misma complexión y estatura, así que puedes pedirme prestado todo lo que necesites —dijo Caroline—. Aunque creo que eres un poco más alta que yo, prima Griselda.

—Y me atrevo a decir que hay una modista tolerable en Cromer. Haré algunas averiguaciones —añadió lady Amberleigh. La miró detenidamente y luego sacudió la cabeza—. Te pareces mucho a mi hermano, niña. Es una lástima que tuvieras que cortarte ese pelo tan bonito. Espero que ya estés recuperada. —Lady Amberleigh supuso que había estado enferma; ¿por qué otra razón se cortaría el pelo una mujer?

—Sí, ya estoy mucho mejor. El viaje desde Escocia me ha hecho mucho bien.

—Me parece que tu cabello es perfecto tal y como está. Es muy griego —intervino Caroline.

Griselda no pensaba que aquello fuera del todo cierto. Caroline tenía el pelo oscuro y brillante, bellamente recogido en un moño alto y envuelto en un pañuelo de gasa blanca. Lucía como la encarnación de todo lo griego. Y ciertamente pareció impresionar a Hugh, pues se había quedado sentado mirándola como si fuera una escultura en una galería.

—Siempre y cuando no lo considere gótico —comentó Hugh secamente.

Caroline rio.

—El cabello corto para las damas está muy en boga ahora, coronel Farquarson —dijo.

—Debo estar de acuerdo contigo, sobrino —dijo lady Amberleigh—. No me gusta. Un pañuelo como el tuyo, Caro, disimularía un poco el daño. No creo que a mi hermano le plazca verte con un aspecto tan excéntrico, incluso en un lugar tan tranquilo como Cromer.

—¿Es Cromer tan tranquilo? —dijo Griselda.

—Pareces decepcionada —dijo Caroline sonriendo—. Es una pena que no estemos todos en Bath.

—Oh no, no creo que Bath me agrade en absoluto —dijo Griselda—. Me interesaría visitarlo, por supuesto, pero este lugar es muy hermoso y el mar siempre deleita a quien tiene un mínimo de sensibilidad poética.

—¿Tan solo un mínimo? —dijo Caroline—. No puedo creer que tú tengas tan poca.

Hugh parecía divertido con tal afirmación.

—Me atrevería a decir que tengo demasiada —dijo Griselda.

—¿Cómo te va con los baños de mar, sobrino? —inquirió Lady Amberleigh, volviéndose hacia Hugh.

—Parecen sentarme bien —respondió él—. De hecho, debo excusarme y retirarme ahora para continuar mi tratamiento. —Comenzó a levantarse dolorosamente de su silla.

—Por supuesto. Confío en que cenarás con nosotras esta noche.

—Será todo un placer, señora.

—Sir Thomas Thorpe también nos acompañará —dijo Lady Amberleigh—. ¿Le conoces?

—No, no he tenido el placer.

—Entonces tendremos una gran fiesta, ahora que su querida hermana está con nosotros —dijo Caroline—. Espero que sepas tocar y cantar, prima Griselda, pues no hay nada que le guste más a sir Thomas que la música.

—Un poco —respondió Griselda con aprensión. Odiaba tener que actuar en un salón. No confiaba en su talento y sospechaba que su prima era muy talentosa. En el salón había un arpa y un piano abierto.

—Espero que tengamos el placer de oírla tocar —dijo Hugh a Caroline—. De hecho, recuerdo lo bien que tocó aquel verano que pasé en Weningsford.

—No puede ser que lo recuerde —dijo Caroline, riendo—. Tenía trece años, coronel, y estoy segura de que toqué bastante mal. Eso es mera adulación.

—Por supuesto que debe ser modesta —dijo Hugh—. Pero tocó como todo un prodigio y, a menos que haya dejado de practicar desde entonces, solo puedo esperar escucharla con el mayor interés.

—Admitiré ser diligente, pero en cuanto a haber mejorado, solo usted puede juzgarlo.

Se despidió de las damas, adicionando un beso en la mejilla para Griselda y suplicándole entre susurros que no se deshonrara.

—¿Cree que sufre mucho? —preguntó Caroline a Griselda en cuanto se quedaron solas en la habitación que iba a ser su alcoba—. No puedo evitar preocuparme. La última vez que lo vi era tan activo, tan enérgico...

—Ha subestimado mucho el asunto en sus cartas —dijo Griselda—. Debo confesar que me sorprendió.

Caroline se sentó en el taburete junto a la ventana y dijo:

—Aun así me alegro de volver a verle. Nunca me había asombrado tanto como ayer cuando le vi en el paseo marítimo. Apenas podía creer que fuera él, pero hay algo en su expresión que nunca se olvida. Diez años lo han cambiado tanto y, sin embargo, tan poco.

Griselda reflexionó un momento sobre el asunto y se sentó en el borde de la cama que, siguiendo la última moda, había sido arrimada a la pared y tenía encima un dosel de chintz a rayas color cereza. Cuando pensó en su dormitorio de Glenmorval, con sus muebles anticuados y su tapicería mohosa, no pudo sino disfrutar de la frescura de aquella habitación, con su ventana que daba a la bahía y sus mobiliario escaso y discreto.

—Nunca olvidaré el día en que se despidió de nosotros en Weningsford —continuó Caroline—. Se marchó muy temprano, pero yo estaba decidida a despedirme de él. Me dio un beso de despedida, y yo estaba segura de que esos besos eran para ti, porque hablaba de su hermana con tanto afecto. Me costaba imaginar que un hombre de veinte años pudiera tener esos sentimientos por una niña. Me sentí un poco culpable por haberte suplantado. Ojalá tu padre te hubiera llevado a Weningsford. Quizá podríamos haber sido amigas durante estos diez años.

—Más que amigas, tal vez —dijo Griselda, correspondiendo a la calidez de los modales de su prima—. Como hermanas, incluso.

—Sí, en efecto. Pero no es demasiado tarde para enmendarlo, espero.

—No, creo que no.

—Bien —dijo Caroline levantándose—. Espero que la habitación sea de tu agrado. Me temo que es bastante pequeña, pero estoy justo al lado —dijo abriendo la puerta.

Griselda la siguió hasta su habitación, que era espaciosa y estaba decorada con elegancia, con satén azul, flecos y borlas.

—Madre y yo estamos encantadas con esta casa —comentó Caroline—. Parece sacada de

un muestrario de tapicería. Está tan a la moda que roza lo vulgar, lo cual es lo último que uno esperaría en un lugar como Cromer. Pero el propietario es, al parecer, un comerciante muy rico de Norwich que la mandó a construir para su nueva esposa, pero ella no la encontró de su agrado y la rechazó, así que nos la alquila a nosotras y está muy contento de tener a una vizcondesa como inquilina. Tanto que nos cobra un alquiler exorbitante. Mira esos volantes de muselina que tienen los cojines. ¿No son absurdos? Adorables para una prenda, pero absurdos en un cojín.

—Es como la habitación de una heroína en una novela —declaró Griselda.

—Entonces será mejor que te la ceda a ti —dijo Caroline—. Porque tú tienes muchas más posibilidades de ser una heroína que yo.

—¿Qué te hace pensarlo? —dijo Griselda, ligeramente alarmada.

—Sencillamente porque mi existencia es muy previsible y no sé nada de la tuya, salvo que has vivido toda tu vida románticamente en una finca de las Tierras Altas, y que has tenido la desventura de perder su equipaje. Bastan esos dos hechos para calificarte como una heroína.

Riendo, Griselda se acercó a la ventana y contempló la playa. El día era luminoso y soleado, aunque seguía habiendo viento, y olas de tamaño considerable arremetían contra los laterales de las casetas de baño que había en el agua.

—¿Los señores se bañan alguna vez aquí? —inquirió Griselda.

—Uno o dos lo hacen, creo —respondió su prima.

—Me parece que sería bastante agradable —dijo Griselda.

—Demasiado frío, sin duda —opinó Caroline con un escalofrío—. Ahora... —continuó, volviéndose hacia el guardarropa—. ¿Cuál es tu preferencia en cuanto a vestidos? He mandado a Hill a que ventile ropa para ti y debemos decidir qué ponerte, ya que a madre le gusta salir en el carruaje y tomar un poco de aire a esta hora, y se sentirá decepcionada si no nos acompaña.

Griselda se dejó guiar por el buen gusto de su prima y terminó llevando un vestido blanco de muselina con falda amplia y una elegante spencer de terciopelo verde oscuro con polainas de estilo militar. Caroline afirmó que debía quedarse con la chaqueta, pues le quedaba mucho mejor. El conjunto se completó con un sencillo pero elegante sombrero de paja, atado con una cinta de terciopelo a juego, y Griselda pudo ocupar su lugar en el landó de su tía sintiendo que no deshonoraba el escudo de armas de la puerta.

—El principal atractivo de Cromer —explicó lady Amberleigh mientras se alejaban—, es que hay muchas rutas encantadoras para recorrer en carruaje en los alrededores.

—Y senderos para caminar —añadió Caroline—. Espero que te guste pasear, prima. No, estoy segura de que así es. Soy una gran caminante, como ves.

—Sí, será agradable tener a alguien con quien puedas pasear, Caro, pues a mí no me fascina ejercitar —dijo lady Amberleigh—. Pero no falta mucho para que puedas salir a pasear con tu marido.

Griselda miró a Caroline, quien sonrió.

—Todavía no está decidido —continuó lady Amberleigh—. Pero tenemos esperanzas de que así sea en breve. —Tomó la mano de Caroline y dijo—: Reconozco que anoche fui un poco dura con él, pero fue por tu bien, querida. Sentí que tenía que poner a prueba su coraje.

—Y no creo que te haya decepcionado —replicó Caroline—. A mí no me decepcionó.

—No, debo decir que no. Es un joven excelente —dijo Lady Amberleigh y añadió con una sonrisa—: Debemos ver si podemos encontrarte uno parecido, Griselda.

—Oh, no creo que sea de mi interés... —comenzó a decir Griselda.

—Tonterías. Ya es hora de que empieces a pensar en tu futuro; después de todo, ya tienes veintiún años. Mi hermano querrá que te establezcas bien.

—Sí —admitió Griselda.

—No hay nadie adecuado cerca de Glenmorval, por supuesto. Cuando yo era niña siempre hubo escasez de gente de buena sociedad, y por ello mi padre me envió con su primo a Londres. Me atrevería a decir que mi hermano debería haberte enviado con nosotras hace mucho tiempo —dijo lady Amberleigh—. Aun así, pondremos remedio a eso e intentaremos ampliar un poco tu círculo de amistades.

El carruaje salió de Cromer y Griselda se dio cuenta de que estaba atravesando la misma localidad que había recorrido a pie el día anterior, aunque en circunstancias muy diferentes.

—¿Quién será el caballero? —se aventuró a preguntar Griselda.

—Sir Thomas Thorpe —contestó lady Amberleigh—. Es todo un partido, si me lo permites; aunque, naturalmente, no apruebo los matrimonios motivados por el interés.

—¿No los aprueba, señora? —preguntó Griselda.

—No, un hombre debe valerse por sus méritos como tal, además de poseer fortuna y posición. Y debe tener un sincero respeto por su futura esposa, sin dejarse influir por consideraciones mundanas.

—No podría estar más de acuerdo con usted —coincidió Griselda, sorprendida de encontrar a su tía tan agradablemente idealista.

—Entonces debes permitir que te ayude a encontrar marido —dijo lady Amberleigh—. Te aseguro que no te presionaré a que escojas ningún hombre. Tal tipo de comportamiento es imperdonable.

—Creo que le resultará difícil —dijo Griselda—. Dado que no tengo fortuna y mi aspecto es más bien poco llamativo.

—Eres una Farquarson de Glenmorval —contradijo lady Amberleigh—. Eso bastó en mi caso. La fortuna no lo es todo. Y en cuanto a la apariencia, tienes todos los beneficios que la juventud y la salud te ofrecen. La tendremos bien acomodada antes de fin de año, ¿no lo crees, Caroline?

—Tal vez, madre —dijo Caroline—. Pero no sé dónde encontraremos a alguien que iguale a sir Thomas en tan poco tiempo.

—Espero que nunca, por tu bien, prima —dijo Griselda—. Ningún hombre debería compararse con él.

—Tienes toda la razón, Griselda —dijo lady Amberleigh.

—Pero por tu bien, desearía que pudiéramos encontrar a alguien semejante —dijo Caroline—. No quisiera que tuvieras nada inferior.

—Ansío conocerle —dijo Griselda—. Ha de ser un hombre excelente.

Sin embargo, en privado, dudaba que pudiera compararse con el caballero que había conocido en la abadía.

—Sí, lo es —dijo Caroline—. ¡Ah, mira, madre, allí está esa encantadora posada que tanto admiramos el otro día! Esa rosa trepadora en la pared sur es simplemente maravillosa, para que aún esté en flor en agosto. ¿De qué tipo será?

Era la misma posada de su aventura el día anterior, y Griselda temía que Caroline, en su entusiasmo, detuviera el carruaje y decidiera entrar para descubrir el nombre de la rosa. Se le vino a la mente la terrible idea de tener que ocultarse en un rincón del carruaje, con la cara vuelta bruscamente mientras Caroline y lady Amberleigh discutían con la dueña.

Afortunadamente, lady Amberleigh dijo:

—No puedo entender tu pasión por la jardinería, Caro. Para tal cosa se emplean a los jardineros.

—Sé que piensas que soy una excéntrica, madre —dijo Caroline—, y te escandalizarás cuando te enteres de que estaré en Priorscote con un delantal de lana, recibiendo lecciones de poda del jardinero jefe. Priorscote es la residencia de sir Thomas —explicó a Griselda.

—Es su residencia principal —corrigió lady Amberleigh—. También tiene una propiedad en Cambridgeshire que ha heredado de su abuelo materno, ¿no es así?

—Sí, pero a él no le gusta. Dice que la campiña es demasiado monótona para su gusto. No es que desprecie el lugar, pues tal parece que la casa es el doble de grande, pero Priorscote es la casa de su padre y luego donde él mismo creció.

—Entonces es normal que la prefiera —dijo Griselda—. ¿Dónde queda?

—En Rutland. Cerca de Stamford, donde hay reuniones muy respetables, así que nunca faltarán oportunidades para bailar. Ah, madre, ya estoy pensando en que Griselda se quede con nosotras este invierno.

—Deberías ser un poco más prudente —dijo Lady Amberleigh—. Podrías recibir otra carta desagradable de lady Thorpe.

—De suceder, no me sentiré herida por ello —dijo Caroline, con firmeza—. Ya he oído su versión de los hechos y confío plenamente en él.

Todo esto resultaba muy misterioso e interesante, pero Griselda no tenía la confianza suficiente como para seguir indagando. Además, ya habían llegado al objetivo de su viaje: una abadía en ruinas que le era muy familiar. Griselda sintió un ligero estremecimiento al bajar del carruaje. ¿Y si él estuviera allí de nuevo con su cuaderno de dibujo?

—¿Sería demasiado para ti que volviéramos andando desde aquí? —inquirió Caroline—. Son apenas tres millas y el día es tan hermoso... Ayer no caminé nada debido a la tormenta.

—No, me encantaría hacer un poco de ejercicio —dijo Griselda, mirando a su alrededor con el corazón palpitante.

—Madre, ¿podrás arreglártelas sin nosotras? —preguntó Caroline a lady Amberleigh, que permanecía sentada en el landó.

—Perfectamente, querida —dijo lady Amberleigh—. Disfruten de su ruina a su antojo. Nunca podré comprender lo que ustedes, los jóvenes, ven en las ruinas. No me llama la más mínima atención. No, yo voy a visitar a la señora Halbourne en Synde Place, donde al menos estaré segura de tener un techo sobre la cabeza.

—Mi queridísima madre —dijo Caroline mientras el carruaje se alejaba—, no tiene sentido de lo pintoresco. Pero estoy segura de que la vieja abadía te fascinará. Estaré muy decepcionada si resulta al contrario.

Griselda, sin confiar del todo en su propia voz, la siguió hasta la capilla.

—¡Y tenemos el lugar para nosotras solas! —exclamó Caroline—. Así es como debe ser siempre.

Griselda, que aún no sabía si se sentía decepcionada o aliviada, asintió con la cabeza y se volvió para estudiar la tracería rota de la ventana del este, la ventana que él había estado dibujando con tanta diligencia. De hecho, le pareció estar en el mismo lugar en el que él había estado, y al darse cuenta de ello, una especie de aflicción la invadió. Entonces lamentó haberse marchado, porque ¿quién sabía lo que estaría haciendo en ese mismo instante si se hubiera quedado en sus brazos y le hubiera visto despertar? Ciertamente se sentía muy atraída por el nuevo mundo en el que se había catapultado, pero no lo había elegido por mano propia. Sin embargo, había elegido ir a aquella posada con él y dejar que le hiciera el amor, y eso parecía marcar la diferencia. Siempre tuvo el control; incluso en el momento de mayor osadía sintió que habría sido capaz de detener las cosas si lo hubiera querido. Pero no quiso detenerse. Había

tomado su decisión y no podía arrepentirse. Lo único que lamentaba era que probablemente nunca volvería a tener la oportunidad de concederse una libertad similar.

—Pareces muy melancólica —dijo Caroline—. ¿Acaso piensas en esas horribles historias sobre las monjas a las que encerraban por haberse enamorado?

—No, no —dijo Griselda—. Pero eso es horrible, absolutamente horrible.

—Debes alegrarte de que vivamos en una época racional.

—¿Estás segura de que lo es? —inquirió Griselda.

—Es una pregunta interesante —contestó Caroline, juntando las manos a la espalda—. Quizá no del todo. Pero es mejor consolarse pensando que lo es.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Griselda—. Es sobre tu compromiso con sir Thomas Thorpe. ¿Por qué la incertidumbre? Perdóname si te parece una pregunta impertinente de mi parte...

—No, en absoluto. Me alegro de poder hablar de ello con alguien imparcial. Nos conocimos en casa de mi cuñado, en Derbyshire, en julio, donde estuvo por quince días. A mi hermana le place organizar comitivas numerosas y me parece que le invitaron a conocerme, así que nos vimos obligados a pasar mucho tiempo juntos y trabajamos amistad. Le preguntó a mi hermano si tenía alguna objeción a que llevara el asunto más lejos, cosa a la que por supuesto no se negó. Después se fue a Priorscore a supervisar la cosecha, y yo seguí en casa de mi hermana hasta agosto, cuando nos vinimos a Cromer. Escribió a mi madre preguntándole si podía venir a visitarnos, y ya lleva aquí dos semanas. Anteayer me pidió que me casara con él y yo acepté. Pero parece que su madre se opone.

—¿Cómo es posible?

—Porque, y es esto lo que tanto nos ha consternado, la madre sostiene que está comprometido con lady Mary Liston, la hija de lord Wansford, su única hija.

—¿Es una heredera, entonces?

—De una fortuna muy asombrosa, sí. Y lady Thorpe parece haber influido de algún modo en lady Mary, pues le ha hecho creer que sir Thomas está prendado de ella y que debe considerarse comprometida. Ella me escribió diciéndome que cualquier propuesta que sir Thomas me hiciera no era honorable ya que no era libre de actuar.

—Ha debido de ser terrible para ti. ¿Qué habrás pensado?

—Lo pensé todo. Estaba dispuesta a poner fin a nuestro compromiso en ese mismo momento, pero vino a cenar y, cuando le vi, supe que no podía ser culpable de semejante cosa. Me ha hablado con toda propiedad y ahora estoy completamente tranquila. Por supuesto, no necesita el consentimiento de su madre, pero intentaremos obtener su bendición. Puede que no sea fácil.

—La dará en cuanto te conozca —dijo Griselda.

—Eso espero —replicó Caroline—. Porque he decidido, y permíteme ser impetuosa al decirlo, que debes instalarte en una buena casa con un buen esposo, a no más de diez millas en carruaje de Priorscore, porque estoy convencida de que serás una muy buena vecina.

Capítulo 6

Tom no podía conciliar el sueño. Era incapaz de dejar de pensar en la muchacha. Le parecía que su roce lo había horadado con fuego y que le habían quedado quemaduras agonizantes de las que no podía encontrar alivio.

A pesar de la larga caminata, no estaba cansado y, tras pasar horas en un duermevela miserable, acabó levantándose a las tres de la madrugada. Se sentó a leer a Shakespeare, decantándose por Antonio y Cleopatra, una mala elección que no le ofreció distracción alguna; finalmente, el cansancio le venció con las primeras luces del alba. Durmió hasta las diez y únicamente se despertó porque entró Gough. Dado que estaba ya habituado a la rutina de su señor, Gough se había alarmado cuando Tom no lo llamó a las siete como de costumbre. A las diez ya no podía esperar más y entró para comprobar que Tom no estuviese inconsciente o en una condición peor.

—Permítame llamar a un médico, señor —dijo Gough, que se había puesto muy nervioso—. Estoy seguro de que ayer cogió una fiebre. Ha dicho que la tormenta lo ha dejado empapado.

—No tengo fiebre —dijo Tom—. Y no debería consultar a un médico en un lugar como Cromer, porque son de los que recomiendan estar una silla de ruedas y tomar eméticos de por vida.

—Una purga, señor, podría ser lo que necesita —sugirió Gough—. Su difunto padre solía tomar una mezcla de...

—¡No Gough, por favor! —exclamó Tom—. No necesito purgas, necesito una esposa.

Gough parecía desconcertado, pero Tom no le hizo demasiado caso. Estaba fuera de sí y muy abatido por el deseo como para pensar en nadie más que en sí mismo.

—Iré a bañarme.

—¿Y su desayuno, señor?

—Lo tomaré cuando regrese.

—El mar parece muy agitado hoy, señor —dijo Gough.

—Entonces me arriesgaré —dijo Tom y luego, viendo la angustia en el rostro del anciano, dijo en un tono más apaciguador—: Tranquilízate, sabes que soy muy buen nadador. Piensa en cuánto bien me hará.

Gough tenía razón: el mar estaba embravecido, pero Tom tenía ganas de vigorizarse y, con gran entusiasmo, se zambulló en el agua desde los escalones de la caseta de baño. El agua estaba gélida pero le daba una sensación estimulante, y en cuestión de minutos nadó hasta estar a cierta distancia de la caseta. Se detuvo a nadar y contempló la orilla y el extraño aspecto de las casetas de baño, las cuales habían metido en el agua y parecían cabañas flotantes. Delante de cada una había personas inválidas que flotaban y chapoteaban con la ayuda de un guía, y solo había otro bañista que se había lanzado al mar por su cuenta como Tom. Nadaba con un potente estilo libre y Tom, deseoso de un desafío, decidió acercársele nadando y proponerle una competencia.

Sin embargo, no fue fácil alcanzarlo y Tom quedó impresionado por semejante exhibición de fuerza. Pero entonces el nadador frenó de repente: Tom comprendió enseguida que estaba en grave peligro. Se impulsó hacia adelante, viendo que el hombre había sufrido un calambre y se había quedado inmóvil en el agua, a punto de ser arrastrado mar adentro por el siguiente oleaje. Rápidamente, Tom lo rodeó con los brazos y empezó a llevarlo a la orilla. Era un hombre grande y fornido, por lo que arrastrarlo resultaba prácticamente llevar peso muerto consigo. Tom empezó a temer que el hombre ya se hubiese ahogado, pero a medida que se acercaban a su

cabina, empezó a toser y a balbucear.

Tom lo levantó con esfuerzo, colocándolo sobre la pequeña plataforma situada al final de la caseta. El hombre se desplomó sobre el suelo de madera y vomitó violentamente. Claramente mortificado, intentó ponerse en pie, pero tropezó a mitad de camino.

—No se esfuerce, señor —dijo Tom, agachándose a su lado y ofreciéndole una toalla—. No se encuentra nada bien.

—Soy un tonto —dijo el hombre— ¿Por qué intento siquiera estas cosas...? Gracias. Es usted muy amable.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Pero los pobres lisiados no deben nadar más allá de su capacidad y luego obligar a otros a rescatarlos. Le pido disculpas, señor.

—No ha sido nada. De hecho, estaba intentando alcanzarle para proponerle que compitiéramos.

—Habría sido un placer —dijo el hombre, esbozando una sonrisa.

—Quizá otro día —dijo Tom.

—Sí —dijo el hombre—. ¿Puedo saber el nombre de mi salvador?

—Thomas Thorpe —dijo Tom.

—Yo soy el coronel Hugh Farquarson a su servicio —respondió el hombre.

Tom terminó de secarse y empezó a vestirse.

—Iré a decirle al mozo que traiga sus cosas —dijo—. Y luego, ¿me haría el honor de desayunar conmigo? Siento que debo honrar a un deportista tan determinado.

—Estaría más que agradecido, señor —dijo Farquarson.

~

Tom comprendió que haberlo invitado a su alojamiento había sido una buena decisión. Aunque estaba decidido a no darle importancia, el coronel cojeaba notablemente y tenía que apoyarse en un bastón. Era evidente que su experiencia en el agua lo había dejado exhausto. Admitió que su residencia estaba colina arriba, junto a la iglesia, mientras que la de Tom estaba convenientemente situada frente al mar.

Gough se contentó mucho al saber que no era su señor quien había estado a punto de ahogarse. De haber sido así, habría estado vergonzosamente agradecido con el impresionante caballero militar. Como no había sido el caso, se contentó con preparar la mesa del desayuno hasta que Tom sintió que debía despacharlo antes de perder los estribos con él, cosa que no deseaba hacer delante del coronel. Notó que Farquarson sonreía cuando Gough se retiró y dijo:

—Voy a procurarle una cabaña en mi propiedad y le regalaré un cofre de boticario con una placa de plata para demostrarle mi agradecimiento. Es un excelente sirviente, pero yo no soy un anciano que necesite una aya, función en la que, de hecho, sirvió muy bien a mi padre.

—Entonces tal vez debería hacerme cargo de él, sir Thomas —dijo Farquarson.

Tom, que se estaba cortando otro trozo de ternera, negó con la cabeza.

—Acabo de salvarle la vida, no es mi intención meterle en un aprieto. Además, estoy convencido de que ya debe tener un muy buen criado. Los militares siempre tienen buenos criados.

—Tuve uno muy bueno, sí —dijo Farquarson—. Pero el regimiento sufrió numerosas pérdidas en nuestro último combate y Archie fue una de ellas. Era tan buen soldado como mi sirviente.

—Lo siento —dijo Tom—. ¿Cuál es su regimiento?

—El 93.º de los Highlanders de Sutherland —respondió el coronel.

—¿Entonces estuvo en Nueva Orleans? —inquirió Tom.

El coronel asintió y Tom tragó saliva. Había leído relatos sobre aquella batalla. Por lo que había leído, era extraordinario que el coronel hubiera sobrevivido. Había sido un encuentro muy sangriento que costó muchas vidas.

—No puedo ni imaginármelo —dijo—. Nunca he tenido el coraje para permitir que la guerra me ponga a prueba.

—No dudo de que se habría destacado —respondió el coronel.

—No estoy convencido de ello —dijo Tom—. Todo en mi vida siempre me ha sido sencillo. Tengo dinero, posición y una salud excelente. He sido muy afortunado. Nunca he tenido que luchar y sufrir por algo más importante que mi propio ser. Por eso, me pregunto si, llegado el momento, haría lo que debería.

—Hoy ha hecho lo que debía.

—No fue el coraje lo que me impulsó —dijo Tom—, sino la necesidad.

—Permítame asegurarle que hay más necesidad que coraje en el campo de batalla —dijo Farquarson, bebiéndose toda la copa.

—Entonces brindemos por la necesidad, ya que parece que puedo felicitarle por ello —dijo Tom, tomando la jarra y rellenando el vaso del coronel.

El coronel sonrió y levantó su vaso.

—Dígame, sir Thomas, ¿qué es lo que le trae a Cromer? He de suponer que no está usted aquí por su salud —preguntó.

—No, estoy aquí para desposarme —contestó este.

—Entonces, ¿debo felicitarle?

—Sí, parece ser un hecho prácticamente definitivo, aunque todavía no hemos iniciado los preparativos. Me refiero a que la señorita ha aceptado la propuesta, pero nuestras familias aún no han dado su consentimiento.

—¿Cree usted que no lo harán?

—Mi madre se opone. No la considera adecuada para mí, lo cual, por supuesto, es una tontería. —Al oír esto, el coronel había adoptado una expresión afable y diplomática—. Ah, ya puedo imaginar lo que está pensando, señor, pero no es el caso. No me he enamorado de la hija de un tendero. No, la dama en cuestión es la hija de un vizconde y me parece que dispone de veinte mil esterlinas, aunque no me importaría que no tuviera ni un penique. Sin embargo, a mi madre le importa, le importa mucho.

—Creo que conozco a la dama. —Sonrió el coronel—. ¿Es posible que estemos hablando de la señorita Rufford?

—Sí —confirmó Tom, sorprendido.

—Entonces debería haberle conocido en la cena de esta noche, sir Thomas —dijo Farquarson—. Ahora recuerdo que mi tía mencionó que le esperaba.

—¿Lady Amberleigh es su tía? —inquirió Tom—. Debe ayudarme a disipar sus temores. Está convencida de que utilizo a Caroline para librarme del compromiso que mi madre desea para mí, lo cual no es para nada cierto. La señorita Rufford es su prima, coronel, usted la conoce y sabe que un hombre jamás podría utilizarla para tal fin.

Se ruborizó mientras hablaba, sospechando que Farquarson se horrorizaría si supiera cómo se había comportado.

—Ahora la conozco poco —explicó Farquarson—. La conocía mejor cuando era niña, pues llevo diez años fuera del país.

—¿Cómo era de niña?

—Encantadora —contestó Farquarson sin vacilar—. Sí, tiene usted motivos para recibir mi enhorabuena.

Tom se sintió claramente incómodo. La admiración del coronel era evidente y muy natural. En otros tiempos, Tom sabía que habría sentido un gran placer al haber asegurado a una mujer capaz de suscitar la admiración de otros hombres, pero ahora no sabía qué hacer con las felicitaciones de Farquarson. Envidiaba la franqueza del coronel en reconocer los considerables encantos de Caroline, porque él ya no encontraba esa respuesta en sí mismo sin hacer un esfuerzo consciente.

Con cautela, dijo:

—Se lo agradezco, señor, y espero ser digno de su encantadora prima.

—Estoy seguro de ello —dijo Farquarson—. También tendré el placer de presentarle a mi hermana esta noche.

—¿Vive con usted aquí?

—No, se queda con mi tía. Ha llegado ayer.

—La señorita Rufford no mencionó que aguardase visita.

—No, así es. El grupo con el que viajaba mi hermana se vio obligado a hacer otros arreglos y su viaje se vio interrumpido. Ha sido una suerte que lady Amberleigh estuviera aquí.

Llamaron a la puerta y entró Gough.

—Perdóneme por interrumpirle, señor, pero tenía que subir directamente a decírselo. Su Señoría, su madre, ha venido. Y lord Wansford y lady Mary también. Están bajando del carruaje en este mismo momento.

—¡Maldición! —exclamó Tom—. Debes estar equivocado, Gough.

—¿Cómo podría equivocarme, señor? —dijo Gough.

—Claro que no —dijo Tom, acercándose a la ventana—. ¿En qué está pensando?

—¿Qué debería hacer con los señores, señor? —inquirió Gough.

—Lo mejor será despejar la mesa —dijo Farquarson con calma, observando los restos de su desayuno—. Y usted, sir Thomas, será mejor que se ponga el abrigo.

Tom agradeció esta muestra de implacabilidad y se hizo respetar como Farquarson sugería, aunque no estaba seguro de que Wansford mereciera tal deferencia.

En cuestión de instantes llegaron lady Thorpe, lord Wansford y lady Mary Liston.

—¿Quién es? —preguntó lady Thorpe indicando a Farquarson.

Tom hace las presentaciones necesarias.

—Coronel, encantada de conocerle —dijo lady Thorpe con lánguida indiferencia, tras lo cual miró alrededor de la habitación—. En verdad, este lugar es bastante insulso. Supongo que encontrará divertido un sitio semejante. Mary, querida, no te escondas entre las sombras. Ven a mostrarle a Thorpe qué bonito es tu sombrero nuevo. ¿No está exquisita? Ha crecido una pulgada desde la última vez que la viste, y sostengo que no hay rostro más agraciado en el mundo. —Lady Mary, perdida en la costosa magnificencia de unos vestidos completamente inapropiados para una muchacha de diecisiete años, se acercó con nerviosismo, mientras que lady Thorpe la empujaba hacia los brazos de Tom—. Por favor, esta no es manera de saludar a tu futura esposa. No tienes por qué ser tan ceremonioso con nosotros. Bésala.

—Madre, debo decirle que el coronel Farquarson es primo de la señorita Rufford —dijo Tom.

—¿Ah, sí? —preguntó lady Thorpe, sin muestra alguna de vergüenza—. Es una suerte. ¿No lo crees así, Wansford?

—En efecto —contestó lord Wansford, que había recogido de una mesa de centro un

fragmento de azulejo medieval que Tom había encontrado en una de sus expediciones anticuarias —. Veo que sigues escarbando en el barro en busca de basura, muchacho mío.

Había pocas cosas en el mundo que irritaran más a Tom que el hecho de que lord Wansford, a quien detestaba de todo corazón, se dirigiera a él como «muchacho mío». Su estado de ánimo no mejoró cuando Wansford arrojó el azulejo a la rejilla vacía. Afortunadamente, Farquarson lo atrapó hábilmente y evitó su destrucción.

—Me atrevería a decir que Mary le hará abandonar esa tonta costumbre. ¿Verdad, querida? —dijo Wansford, sentándose en una silla.

—No lo sé, padre —replicó lady Mary.

—Gough, tráeme una copa de jerez, ¿quieres? —dijo Wansford—. Y un poco de ratafia para las damas. —Arrugó la frente y observó al coronel—. Farquarson. ¿De dónde me suena ese nombre? ¿Quién es su padre?

—Sir George Farquarson de Glenmorval —replicó Farquarson.

—Me parece que estuvimos juntos en Harrow —dijo Wansford—. Eso sí, en mis tiempos había una cantidad de nobleza escocesa venida a menos en Harrow. Sin embargo, recuerdo a un hombre excepcionalmente orgulloso, largo y pelirrojo como usted. ¿Así que es su heredero?

—Lo soy, mi señor.

—¿Y qué hereda, me pregunto? ¿Una casa con goteras en el tejado? Nunca he estado en una mansión escocesa donde uno pudiera considerarse cómodo. —Miró a su hija—. Mary, no te quedes ahí parada como un pasmarote. Ve y siéntate. Siéntate junto a Thorpe en el sofá del rincón y sé amable con él, ya que está actuando como un bruto testarudo, y si no logramos persuadirle de que cumpla con su deber, será mejor que lo hagas tú.

—Le agradecería, señor —comenzó Tom—, y también a usted, madre, que no confundiera al coronel en cuanto a mi posición.

—Entonces lo dejaré perfectamente claro. Mi hija y Thorpe tienen intenciones de casarse —dijo Wansford.

—¿No haremos tal cosa! —estalló Tom.

—¿Qué he dicho? Un bruto testarudo. Deberías haberme permitido disciplinarle más, señora mía —dijo Wansford a lady Thorpe—. Habría sido capaz de disuadirle de sus tonterías si me hubieras dejado darle un buen escarmiento cuando niño.

La agonizante humillación de aquellas ocasiones en que lady Thorpe lo había permitido seguían frescas en la mente de Tom, y ahora le llevaban a estar a punto de golpear a lord Wansford.

Afortunadamente Farquarson tomó la palabra, en el tono más diplomático imaginable.

—Señor mío, perdóneme que le diga esto, pero no puede obligar a un hombre adulto a casarse con su hija. ¿Qué amenaza puede imponerle para que lo haga?

—Puede que sea usted un buen soldado —dijo Wansford levantándose—, pero no parece estar versado en la ley o en los detalles del caso. Le demandaré, por supuesto, por incumplimiento de promesa. Y ganaré. Tengo documentos que lo prueban.

—Entonces son falsedades —dijo Tom—. Le juro, Farquarson, que está mintiendo.

—Eso está por verse —dijo lady Thorpe—. Vamos, querida Mary, vayamos a ver si este espantoso pueblo puede ofrecernos algo remotamente parecido a un alojamiento civilizado.

Cuando se hubieron ido, Tom empezó a protestar por su inocencia, pero Farquarson lo interrumpió:

—¿Viajan en grupo? —preguntó el coronel, mirando por la ventana cómo se alejaba el carruaje.

—Sí.

—Su madre y lord Wansford son muy... —vaciló.

—Ah, no hay necesidad de ser delicado al respecto —dijo Tom—. Sí, son amantes. Lo han sido desde que yo era niño. Los han aceptado como pareja en algunos círculos. Wansford tuvo mujer hasta hace un año, y me atrevería a decir que están esperando que transcurra un tiempo prudente antes de casarse.

—¿Y esperaba que se sometiera a él como un hijastro?

—Exactamente —afirmó Tom—. Puede imaginarse cuánto lo aborrecía. Lo peor de todo es que me parece que su unión apresuró la muerte de mi padre, y por eso nunca podré perdonarlos. Y en el momento en que alcancé la mayoría de edad estaba decidido a no dejar que Wansford me gobernara más, cosa que no puede perdonarme.

—Sin embargo, quiere que se case con su hija. Sería una alianza ventajosa para usted.

—Más que ventajosa. Lady Mary es hija única y los bienes no están vinculados.

—Santo cielo —dijo Farquarson—. Eso me sorprende. ¿Así que se queda con todo?

—Ciertamente. Es una heredera *sans pareil*. Creo que siente cierto aprecio por mi madre y esta es su peculiar forma de complacerla, obligándonos a lady Mary y a mí a pasar por el altar. A mi madre le agradaría mucho, pues espera incluso que esto pudiera otorgarme un título nobiliario como resultado.

—¿Hasta el punto de forjar documentos?

—Espero de corazón que no haya llegado a tanto.

—No, me parece que lo ha dicho solo para asustarle: una amenaza sin peso real —dijo Farquarson.

—Entonces, coronel, ¿cómo se podría contraatacar?— preguntó Tom—. Suponiendo que considere que valga la pena defender mi postura.

—Bien, dado que me salvó la vida esta mañana, no tengo más remedio que corresponderle y ayudarle a mantener su posición. Además, utilizar a una señorita de esa manera es abominable.

—Sí, es ella la verdadera víctima. Y ya que no me casaré con ella, pienso que al cabo de unos meses se la anunciará a los cuatro vientos por toda la ciudad y se la venderá al mejor postor.

—Pobre criatura.

—Quizá debería ofrecerse como pretendiente, entonces. Wansford estaría contento de ser su suegro. Mejor aún, convénzala para que se fugue con usted —añadió con una sonrisa.

—No, gracias —dijo Farquarson—. Sin ofender a la señorita, por supuesto. Es atractiva, pero no corresponde con mi estilo. Demasiado rubia y pálida para mi gusto. Prefiero el cabello oscuro, ojos oscuros y un aspecto más sonrosado. Eso es lo que siempre he admirado, junto con una manera de ser elegante y abierta, y una gran dosis de jovialidad.

El coronel describía a Caroline Rufford al pie de la letra.

Capítulo 7

Caroline había vestido a Griselda con sofisticada sencillez en seda blanca y una enagua de gasa plateada bordada. Además, había enviado a su criada para que arreglara su cabello y disimulara los estragos de las tijeras con un pañuelo de gasa plateada a juego. Griselda, sintiéndose ahora como una desconocida para sí misma con semejantes galas, se sentó sola al piano, recordando diligentemente la melodía de *Caro me bene* en caso de que no pudiese librarse de tocar esa noche. La melodía sonaba más melancólica y lastimera que de costumbre mientras ella elegía laboriosamente cada nota. Acababa de decidir que se negaría a tocar, cuando la puerta tras ella se abrió y un criado anunció:

—Sir Thomas Thorpe.

Se levantó y se volvió, dispuesta a disculparse por la ausencia de su prima y su tía. Pero entonces se dio la vuelta por completo, se encontró frente a frente con el caballero y vio claramente quién era el famoso sir Thomas Thorpe.

Era su desconocido, quien ahora demostraba en todos los sentidos que era el caballero de nacimiento y fortuna que se había imaginado. Estaba impecable con la discreta elegancia de su traje de noche; sus medias de seda negra y la sutil figura de un chaleco de marfil proclamaban su calidad y su posición. Griselda sintió que su propia estupidez y vergüenza le encendían las mejillas y deseó salir directamente de la sala.

Por un instante pensó que él no la había reconocido, pero luego se dio cuenta de que la sorpresa le había paralizado las facciones. Había entrado en la sala con una expresión anodina y educada que se le había quedado grabada en el momento en que se enfrentaron.

—¿Usted... usted es sir Thomas Thorpe? —inquirió ella, rompiendo finalmente el silencio—. Bueno, señor, esto es muy interesante. Verá, sé cuál es su relación con mi prima. Sé que le ofreció su mano el día antes de encontrarse conmigo en la abadía. —Las palabras salían como a borbotones y Griselda no las pudo contener—. Oh, sí, ahora sé mucho sobre usted, sir Thomas, ¡quizá demasiado! Incluso sé que hay algunas dudas sobre si usted está disponible para pedir su mano. Se ha hablado de alguna relación anterior.

Esperaba que al decirlo se disipara la terrible sensación de decepción que la invadía. Enfrentarse a lo que él era y ser valiente al respecto parecía la única forma de afrontarlo, pero cada palabra le producía agonía. Deseaba tanto que cada palabra fuera falsa. No quería que él fuera sir Thomas Thorpe. Quería recuperar a su angelical desconocido, no a este hombre al que tenía que juzgar y encontrar tristemente inaceptable. Lo que había parecido glorioso, ahora era de mal gusto. No sabía cómo había podido mirar a Caroline a la cara.

—¿Y usted es la señorita Farquarson de Glenmorval? —se aventuró.

—Sí —dijo y luego añadió con fastidio—: ¿Cómo lo sabe?

—He conocido a su hermano. Me ha dicho que usted estaba aquí. —Tom hizo una mueca mientras hablaba, pasándose ambas manos por el pelo—. Pero, ¿cómo puede usted ser esa mujer? —añadió miserablemente.

—Preferiría que yo no fuera la señorita Farquarson, por supuesto —dijo.

—¡Evidentemente! ¿Cree que habría...?

—¡No! —exclamó ella—. Si hubiera sabido quién era yo, no se habría atrevido. Habría reprimido cualquier sentimiento natural. O quizá no habría sentido nada en absoluto. Tal vez toda la fascinación que desperté en usted se debía al hecho de que creía que no era esa clase de mujer.

—Me parece injusto que me acuse de lo mismo que usted ha hecho —contestó él con indignación—. Si hubiera sabido quién era yo, el resultado habría sido exactamente el mismo. No se habría atrevido a hacer lo que hizo.

—¿Y cree que no adiviné exactamente lo que usted era? —preguntó ella, con cierta audacia—. Créame, señor, había muy poco misterio en usted.

—Pero usted no conocía nada de mis circunstancias ni de mi carácter —prosiguió Tom—. Podría haber sido un hombre casado, un libertino empedernido. Podría haber sido cualquier cosa.

—¡Sí, y son siempre tontas las mujeres que confían en los hombres! —replicó Griselda acaloradamente—. Supongo que los hombres nunca harían nada malo si se les pudiera persuadir a las mujeres de no fiarse de ellos.

—Usted se negó a decirme quién era —dijo Tom—. ¿Qué iba a hacer? Confiaba en usted.

—Confió en que yo no era respetable —dijo ella con vehemencia—. Y eso es lo que marca la diferencia para mí.

—Las mujeres respetables no actúan como usted lo ha hecho —dijo en voz baja—. ¿Qué iba a pensar? Esto es increíble. ¡No puedo creer que haya hecho algo semejante!

—Pero no ve nada extraño en su propia conducta —terció Griselda—. Muy interesante. ¿No hay nada extraño en traicionar a la mujer con la que ha prometido casarse el día anterior? ¿O no cuenta como traición porque no me consideraba respetable?

—No, lamento amargamente mi comportamiento. Fui perverso al permitirme tal libertad y pagaré el precio por ello el resto de mi vida, sabiendo que he sido la causa irreflexiva de su ruina.

Griselda lo miró fijamente. No se consideraba a sí misma arruinada y no era una descripción que le agradase, pues contenía demasiados juicios superficiales. Sintió que ella no significaba más para él que una pieza de fruta que él podría tomar para el postre y luego desechar a medio comer.

—No derrame lágrimas de cocodrilo por mí, señor —pronunció Griselda con la mayor frialdad que pudo—. Me atrevo a decir que no valgo la pena. La virtud de una mujer nunca puede rescatarse, después de todo.

—¿Cómo puede tratar un tema semejante con tanta ligereza! —exclamó Tom.

—¿No recuerda nada de lo que me dijo? —gritó ella, exasperada—. Me ha definido como una perfecta hija de la naturaleza. ¿Qué espera de mí ahora? ¿Remordimientos convencionales? ¿Lágrimas? Nunca he actuado así en mi vida y no comenzaré ahora.

—¿Debería habérmelo imaginado! Debí haber comprendido lo que era usted —dijo Tom—. No sé lo que pensé, pero debió haber sido perfectamente claro para mí. ¿Por qué me permití...? —Se interrumpió y la miró, como había hecho el día anterior; luego frunció el ceño, como si estuviese enfadado consigo mismo—. Debería haberla dejado bajo la lluvia, señorita Farquarson. Eso es lo que debería haber hecho.

—Y ojalá lo hubiera hecho —finalizó Griselda, que se acercó al ventanal y le dio la espalda con evidente desdén.

En ese mismo momento la puerta se abrió y entraron lady Amberleigh y Caroline, y Griselda se libró de tener que seguir conversando en privado con Thorpe.

~

Finalizada la cena, las señoras se retiraron, dejando al coronel Farquarson y a Tom con una jarra de oporto y el acuerdo tácito de que no beberían más de uno o dos vasos cada uno y que subirían deprisa al salón para tomar el té. Tom tuvo la tentación de beber hasta quedar inconsciente, como en los viejos tiempos, pero el coronel, siendo un hombre de impecable corrección, no habría

permitido semejante desliz.

No tendría más de treinta años, calculó Tom, pero su experiencia de la vida y del mundo le había dotado de una seriedad que, en las circunstancias actuales, hacía que Tom se sintiera aún peor. Si Farquarson se enterase de lo sucedido entre su hermana y él... bueno, las consecuencias de tal cosa no eran dignas de consideración. Tom sabía que valía la pena estar en términos favorables con el coronel y que sería una fortuna poder considerarle un amigo. Sin embargo, no parecía haber muchas posibilidades de ello; dadas las circunstancias, sería un error insistir en tener mayor intimidad.

Durante la cena, la señorita Farquarson se había sentado a su lado, por lo que no tuvo que mirarla constantemente al otro extremo de la mesa. Aun así, seguía estando demasiado cerca para su comodidad. Podría haberle puesto la mano en el muslo y solo su considerable autocontrol se lo había impedido. De vez en cuando, no resistía la tentación de mirarla: notaba cómo se acariciaba con los dedos los cortos rizos de la nuca y luego se tocaba distraídamente el lóbulo de la oreja que él había besado con tanto placer. Sus gestos estaban colmados de sensualidad. Incluso observarla sorber su vino le perturbaba.

No era bella en el sentido convencional, como Caroline. Probablemente tenía el rostro muy delgado; sin duda era demasiado alta y su complexión estaba lejos de ser perfecta. Pero poseía una presencia fuerte, lo que la hacía cien veces más deseable que antes. Saber quién era y lo que sentía por él debería haber mitigado los sentimientos de Tom, pero a medida que avanzaba la comida, al mirarla y escucharla hablar, y peor aún, al oírla reír, no podía evitar desearla más. Se había convertido en lo único interesante de la estancia para él. E incluso ahora, mientras tomaba vino con el coronel Farquarson, se encontró mirando su lugar vacío en la mesa, imaginándola allí una vez más.

Cogió la jarra y volvió a llenarse la copa. Nunca había pensado en Caroline de esa forma.

—Tranquilícese —dijo Farquarson, sonriéndole—. La situación no es tan adversa. Puede que las probabilidades no parezcan favorables, pero el premio merece la pena.

—Sí, en efecto —respondió Tom, saliendo de su sopor.

—Téngalo en mente.

—Lo haré —dijo Tom y bebió un sorbo grande de oporto—. Solicitémosle a la señorita Rufford que cante. Canta más bonito de lo que se pueda imaginar.

No mentía. Caroline era una artista consumada y Tom decidió que le pediría que cantara todas aquellas canciones que le habían encantado por primera vez. Se sentaría ante ella e intentaría no pensar en nadie más que en ella.

Subieron al salón, pero lo primero que vio fue a la señorita Farquarson, de pie junto a la chimenea, con el codo apoyado en la repisa y un libro abierto en la mano. Cuando Tom entró, la muchacha le miró y sonrió. Por un momento le invadió una confusa alegría, pero pronto se percató de que la sonrisa iba dirigida a su hermano.

—Ha de ser poesía, sin duda —dijo Farquarson, acercándose a ella y examinando su libro.

—De sir Walter Scott —confirmó Griselda.

—Por supuesto —dijo Farquarson. —¿Sabes que ha escrito una novela?

—¿Una novela? —preguntó la señorita Farquarson con impaciencia—. Estoy ansiosa por leerla.

—Tengo un ejemplar en Cromer —dijo Tom, incapaz de resistirse—. Ya lo he terminado de leer. Puedo prestárselo y traérselo mañana.

—Le agradezco, pero no es de gran importancia —contestó con frialdad la señorita Farquarson—. Dispongo de muchos libros que leer en esta casa.

Griselda se alejó de la chimenea, con el evidente deseo de poner distancia entre ambos. Luego fue a sentarse junto a Caroline en el sofá del ventanal. Caroline se había puesto a bordar mientras la luz lo permitía, y la señorita Farquarson prosiguió su lectura durante unos minutos, mientras lady Amberleigh servía té a los caballeros.

—Es una escena encantadora, ¿no le parece? —observó lady Amberleigh en voz baja, mientras le entregaba una taza a Tom.

Tom asintió, pero se percató de que estaba mirando a la mujer equivocada. En ese momento, Caroline levantó la vista de su labor y le sonrió, invitándolo a acercarse. No podía negarse, así que cogió su taza y se sentó cerca. La señorita Farquarson se levantó enseguida para sentarse con su hermano y lady Amberleigh.

—Hay algo que debí haber mencionado en la cena —dijo en voz baja a Caroline—, pero preferí hablar con usted primero. Mi madre ha venido a Cromer y ha traído a lady Mary consigo.

—Oh, cielos —respondió Caroline, dejando su trabajo—. Es un asunto grave.

—Me temo que hay más —dijo Tom, apartando la mirada y encontrándose accidentalmente con los ojos de Griselda. Rápidamente volvió a mirar a Caroline—. Lord Wansford también las acompaña y está haciendo acusaciones infundadas sobre los documentos que prueban que me he comprometido con su hija. Amenaza con emprender acciones legales y demandarme por incumplimiento de promesa.

—¿Incumplimiento de promesa? —repitió Caroline, alzando la voz. Todos los demás la oyeron y la conversación se generalizó de inmediato—. Es una falsedad, ¿no es así?

Tom miró a su alrededor y vio a Farquarson incorporándose sobre su bastón. Cruzó cojeando la estancia para acercárseles.

—Prima Caroline, tenga la certeza de que considero que lord Wansford actúa de mala fe. De hecho, creo que miente.

—¿Cómo puedes saberlo con tanta certeza, Hugh? —preguntó lady Amberleigh.

—Tengo cierta experiencia en este tipo de situaciones —dijo el coronel—. Un oficial de regimiento aprende a leer a los hombres. No puedo saberlo a ciencia cierta, naturalmente, pero puedo evaluar la situación y me inclino a pensar que, con toda probabilidad, Su Excelencia está tratando de amenazar a sir Thomas para que se case con la hija. Sabe que un juicio público es desfavorable para sir Thomas.

Mientras Farquarson hablaba, Tom miró una vez más a Griselda. Había apretado el libro abierto contra su pecho y quedado inmóvil, con una expresión de disgusto evidente hacia él. Era la visión más dolorosa que había presenciado en un día de penosos descubrimientos. Sintió un fuerte deseo de arrodillarse a sus pies e intentar explicarse. Habría hecho cualquier cosa para que ella no le mirara de esa forma.

—Sería deplorable para todos —dijo lady Amberleigh.

—Perdóneme por intervenir cuando no me corresponde, señora —comenzó Griselda, levantándose—. Pero quizá un tribunal de justicia sea el mejor lugar para resolver este asunto. Si sir Thomas es inocente como sostiene, no debería tener temor alguno.

—Tiene usted una fe conmovedora en la justicia, señorita Farquarson —no pudo evitar decir Tom.

—Desde luego —contestó ella, con los ojos ardiendo de indignación—. No conozco el mundo lo suficiente como para creer lo contrario.

—No, no lo conoces lo suficiente —dijo Farquarson, pasando por alto la ironía que la joven había dirigido únicamente a Tom.

—¿Qué haremos? —preguntó Caroline—. ¿Qué debemos hacer ahora? —Mientras

pronunciaba esto, miraba a Tom y luego a Farquarson.

Fue lady Amberleigh quien habló:

—Me parece que lo mejor en este momento sería considerar su compromiso concluido.

—No, madre, por favor —dijo Caroline levantándose—. Comprendo su reserva, pero no obtendríamos ventaja alguna. Lo único que haríamos sería caer en su juego. ¿Cómo podría romper el compromiso? Sería visto como una condena pública de sir Thomas. La gente creería que lo considero culpable y eso es lo último que deseo. No, me inclino a pensar que deberíamos anunciar nuestro compromiso —dijo volviéndose hacia Tom.

—Es una medida audaz —dijo Farquarson, con un tono de aprobación afable. A Tom le habría gustado compartir su entusiasmo. Le habría gustado apreciar la lealtad que la muchacha le estaba demostrando.

—Y estoy de acuerdo con Griselda —prosiguió Caroline—. Los tribunales son el lugar más adecuado para resolverlo. Permita que limpien su nombre, sir Thomas, y tenga la seguridad de que estaré a su lado en todo momento. Sé que no tenemos nada que temer.

Todas las miradas en la sala parecían estar centradas en Tom, y este último se dio cuenta de que esperaban que respondiera a aquel homenaje. Se levantó de la silla y, tomando ambas manos de Caroline, se inclinó sobre ellas y las besó. Era la declaración de afecto más vistosa que las circunstancias podían permitir, y comprendió que en ella se sellaba un contrato. Sus promesas a Caroline se hicieron explícitas con aquel beso. Sin embargo, sabía que aunque su nombre quedase limpio tras las acusaciones del falso compromiso a lady Mary, su carácter seguiría mancillado. Nada podía cambiar los hechos del caso: se había involucrado en un enredo indebido. Había hecho promesas y luego se había dejado cautivar por otra mujer que no conocía su verdadera posición. Griselda tenía toda la razón. No podía atribuirle la culpa a su conducta, pues la culpa era suya y de nadie más.

Y lo peor de todo era la certeza de que volvería a hacerlo si se le presentaba la oportunidad. El único consuelo era que probablemente Griselda no le concedería tal libertad, porque una cosa estaba clara: ella le despreciaba.

~

«No lloraré», se dijo Griselda a sí misma. «No vale la pena derramar ni una sola lágrima por él».

Estaba agazapada en un rincón de la cama con dosel, aferrada a la almohada y con el rostro oculto, mientras intentaba luchar contra la mezcla de desesperación y rabia que la embargaban. Entonces, para aliviar sus sentimientos, recurrió a la almohada reconfortante y le asestó un par de fuertes golpes.

La puerta se abrió con suavidad y Caroline apareció sosteniendo una vela y mirando a su alrededor. Griselda, que en aquel punto estaba de rodillas y se desquitaba con el almohadón exaltadamente, fingió una sonrisa de bienvenida.

—No hay nada que deteste tanto como un almohadón con una superficie irregular —dijo poniéndolo a un lado.

—Y sin duda debes ser susceptible a las superficies irregulares, después de un viaje tan accidentado desde Escocia. Siempre encuentro difícil dormir las primeras noches después de un viaje largo. Es como si el cuerpo aún pensara que está en el carruaje.

—Exactamente —dijo Griselda, aunque anhelaba confiarle a Caroline las circunstancias reales de su viaje. Nunca antes había tenido una confidente femenina, y Caroline habría sido, con toda seguridad, la oyente comprensiva e inteligente que necesitaba. El hecho de que se hubiese presentado en camión y vela en mano parecía indicar que estaba dispuesta a escuchar cualquier

cosa que Griselda quisiera contarle. Ansiaba abrirle su corazón, pero ¿cómo podría? Sus propias acciones lo habían hecho imposible. Debía enmascarar toda verdad y distanciarse de una amistad que verdaderamente deseaba.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Caroline, dejando la vela a un lado.

—Claro que sí —dijo Griselda.

Caroline se sentó en la cama y apoyó la barbilla sobre las rodillas.

—No puedo conciliar el sueño —admitió—. No sé por qué. Bueno, tal vez lo sepa. Debo estar lamentándome de mi imprudencia.

—¿Por haber asumido el asunto legal?

—Sí —dijo Caroline—. No es poca cosa quedarse de brazos cruzados y ver cómo el futuro marido de una es demandado por incumplimiento de promesa. —Suspiró y miró a Griselda—. Se termina por pensar las cosas más desagradables —dijo en voz baja.

—¿Dudas de él? —inquirió Griselda, con la garganta seca.

—No deseo hacerlo. Es imperdonable cuestionarlo, pero... oh, Griselda, la acusación es tan grave. ¿Por qué lord Wansford haría semejante amenaza a menos que estuviese convencido de tener la razón? Cuando estoy con Tom, no tengo dudas, pero cuando estoy sola no puedo evitar pensar... —Caroline arrugó el rostro, y acto seguido se cubrió la mueca con las manos—. ¿Qué opinas tú de él? Sé que solo le has visto esta noche, pero las mentes inteligentes suelen tener percepciones agudas.

Griselda se mordió el labio y buscó las palabras adecuadas.

—Sus modales parecen ser correctos —dijo—. Pero los modales no son el mejor indicador de la conducta. —Se preguntó si Caroline se daría cuenta de que se sonrojaba al decir esto.

—Cierto es. Por otra parte, alguien como tu hermano... nunca podría imaginar que sus modales contrasten con su conducta. Debe inspirar la confianza de todos los que lo conocen.

—¿Y no eres capaz de pensar lo mismo de sir Thomas?

—No lo sé. Siempre he pensado que tiene un carácter abierto y afable. La falta de franqueza no parece formar parte de su carácter y, sin embargo, este asunto lo proyecta bajo una luz incierta. Tal vez sea demasiado severa en mi juicio, pero una mujer debe ser cautelosa. El matrimonio no es algo que deba tomarse a la ligera. No podría tolerar descubrir que me he casado con un hombre al que no puedo respetar.

—Entonces, serán los tribunales los que determinen si puedes respetarle o no —dijo Griselda—. Y si el fallo le es desfavorable, entonces quedarás libre de él. Pero si encuentra que ha prometido casarse con lady Mary, entonces deberá desposarla.

Caroline se apoyó en la pared y miró hacia el dosel de la cama.

—Sí —respondió con seriedad—. Es cierto. Será la prueba más concluyente. No tenemos otro medio de saberlo con certeza, y tampoco pruebas suficientes. ¡Pero cuán terrible es tener que juzgar al propio amante!

Griselda volvió a aferrarse a su reconfortante almohada. Las pruebas que Caroline necesitaba se las podría ofrecer ella misma en cuestión de minutos. Sería tan fácil, y Griselda reconoció la simple satisfacción que le brindaría denigrar el carácter de sir Thomas.

Pero no podía hacerlo. No se trataba únicamente de su propia reputación, sino de Caroline. Porque Caroline lo amaba, y de eso no cabía duda alguna. Nunca habría aceptado casarse con un hombre al que no amaba. Sus dudas y sus temores eran indicios de un corazón genuinamente apegado, y no sería Griselda la causa de un corazón roto.

No, solo había una persona que debía rendir cuentas de las acciones de Thomas Thorpe ante Caroline, y ese era el propio Thomas Thorpe... si es que podía convencerse de que se

comportara con decencia, lo cual Griselda dudaba mucho. Pero haría el intento. Aunque los tribunales lo absolvieran de la acusación de incumplimiento de su promesa, aún quedaba la importante cuestión de su comportamiento en la abadía. Caroline no podía amar a un hombre que se había conducido de tal forma solo un día después de haberle propuesto matrimonio. Sería una desilusión dolorosa, pero absolutamente necesaria. Tom no era digno de Caroline y ella no debía casarse con él. Griselda estaba decidida.

—Ay, cuánto me alegro de que estés aquí, Griselda —dijo Caroline—. No habría sabido qué hacer si no hubiera podido hablar contigo esta noche. Solo espero poder corresponderte algún día.

Griselda consiguió sonreír, pero agonizaba ante su propia hipocresía.

Cuando volvió a quedarse sola, se dio cuenta de que ya no podía evitar llorar en su almohada: derramó lágrimas calientes y lacerantes. ¿Por qué había sido tan tonta y había cedido a su deseo por él? ¿Y cómo era posible que aquel ángel de hombre se hubiera revelado como un lamentable y vulgar demonio?

Capítulo 8

—¿Qué opinas de sir Thomas? —le preguntó Hugh a Griselda a la mañana siguiente mientras caminaban juntos por el paseo marítimo.

—¿Deseas saber si pienso que es culpable? —dijo ella.

—No, no quise decir nada de eso. Estoy convencido de su inocencia y tú también deberías.

—Caroline no —dijo Griselda—. Ahora está nerviosa.

—Uno siempre está nervioso cuando se juega con fuego —dijo Hugh, con calma—. Eso es bastante comprensible.

—Pero ¿qué sentirías si resulta ser cierto? —inquirió Griselda—. Piensa en lo infeliz que eso haría a Caroline. No querrías que se le rompiera el corazón, ¿verdad?

—Nada me enfadaría más, pero no me parece que sea el caso —respondió Hugh—. Caroline y Thorpe parecen ser el uno para el otro, por eso les deseo mucha felicidad.

—Debes considerarlo un buen caballero, porque es evidente tu aprecio hacia Caroline —no pudo evitar decir Griselda.

—Siempre la he tenido en alta estima, es cierto, pero no hay más que eso, Griselda.

—No lo creo —respondió ella—. Y me habría gustado que sir Thomas Thorpe se hubiera casado hace tiempo con su desdichada lady Mary y nunca hubiera venido a molestar a nuestra querida prima. De ser así serías libre de amarla.

—No la amo —replicó Hugh con un tono malhumorado en la voz.

—¿Ah, no? —le preguntó ella—. ¿No la amabas cuando era una niña?

—Tal vez, pero amar a una niña es muy diferente que amar a una joven de veintitrés años.

—Pero diría que podrías amarla muy fácilmente si no existiera sir Thomas. Y ella también podría amarte a ti.

El rostro de Hugh permaneció impasible y dijo, con su típica calma:

—Pero Thorpe existe y se ha ganado su afecto. Un joven podría albergar esperanzas, pero ya soy lo bastante viejo y sensato como para protegerme de tales sentimientos. Es algo que aprenderás con el tiempo.

—¡Nunca! —exclamó Griselda.

—Eso demuestra que jamás has amado ni te han roto el corazón, como me ocurrió a mí. Si conocieras ese tipo de dolor, no lo desearías para ti misma.

Griselda intentaba formular una respuesta adecuada cuando se vieron interrumpidos por un carruaje grande y lujoso, tirado por cuatro bellísimos caballos grises, que se acercaba hacia donde estaban.

—Vaya —dijo Hugh—. El enemigo está dando la cara.

—¿Quién?

—Son lord Wansford y su hija —dijo Hugh, quitándose el sombrero y haciendo una leve reverencia. Wansford le hizo señas a su cochero para que se detuviera—. Me pregunto qué querrá de mí —expresó cuando el carruaje se detuvo junto a ellos.

—Buenos días, Farquarson —saludó lord Wansford, bajando del carruaje y ayudando a su hija a bajar—. Mi hija y yo íbamos a dar un paseo. ¿Podríamos tener el placer de su compañía?

Por lo que Griselda pudo ver, el caballero iba vestido con elegancia, su porte era alto y tenía buena figura. En conjunto, era un hombre de mediana edad con buen aspecto, y no el del tipo de persona que falsificara documentos. Por otro lado, lady Mary era pequeña y delicada, y en ese momento se encontraba vistiendo una pelliza de sarga de seda azul y una cofia igualmente

elegante, lucía como una muñeca francesa costosa y preciosa. Sin ninguna dificultad, Griselda podía imaginarse a sir Thomas Thorpe acercándose a ella con intenciones más que amistosas, pues con semejante aspecto y una suntuosa herencia es capaz de tentar a cualquier hombre que se le aproxime.

—Estoy encantado de conocerla, señorita Farquarson —dijo lord Wansford, ofreciéndole el brazo—. Debo decir que me gusta lo que este aire de mar hace a la tez de las jóvenes, Farquarson. Les da un aspecto prodigiosamente saludable.

Hugh sonrió asintiendo con la cabeza, como si nunca hubiera sospechado que lord Wansford tuviera intenciones ocultas. Griselda consiguió sonreír también y de esta forma los cuatro comenzaron a caminar: Griselda yendo delante junto a lord Wansford, mientras Hugh escoltaba a lady Mary.

—¿Es su primera vez en Cromer, señorita Farquarson?

—Sí, mi señor.

—¿Y le ha gustado?

—Muchísimo.

—Me atrevo a decir que a todas las jóvenes les gusta la costa. A mi hija parece gustarle mucho, teniendo en cuenta que es la primera vez que ve el mar. Debe entender que ella ha estado en la escuela hasta hace poco, y en todo ese tiempo ha visto muy poco del mundo.

—Pero tengo la ligera sospecha de que su viaje hasta Cromer no es únicamente por placer —comentó Griselda.

—No, desde luego —dijo lord Wansford—. Usted es prima de la señorita Rufford, después de todo, y estoy seguro de que ella confió en usted.

—Bueno... —empieza a decir Griselda, algo asombrada.

—Si es usted su amiga, no querrá verla herida, por eso debe pedirle que deje al señor Thorpe.

—No creo que me corresponda...

—No aceptaré excusas —espetó Wansford—. Debe usted saber que es mucho mejor para ella que su relación no vaya más lejos de lo necesario. Thorpe le pertenece a mi hija, tan sencillo como eso. Perdóneme usted por hablarle de este modo, pero conocí a su padre en Harrow, y me pareció un hombre espléndido, así que siento que puedo ser sincero en nuestra conversación.

—¿Por qué cree usted que él está comprometido con su hija? —preguntó Griselda al cabo de un momento.

—Le ha escrito —afirmó Wansford—. Media docena de las cartas de amor más bonitas que una joven pueda esperar recibir. Sí, al joven Thorpe se le dan bien las palabras. Lo heredó de su madre, me atrevería a decir.

—¿Y lady Mary le enseñó las cartas? —inquirió Griselda.

—Por supuesto, es una buena hija. No le pedí que me las enseñara, claro está —afirmó antes de continuar—: No soy tan anticuado, pero ella quería mi consejo. Entiendo que es muy duro para usted decírselo a su prima —añadió lord Wansford—. Pero no le hago esta petición a la ligera, le hablo como un padre preocupado por la felicidad de su hija.

—¿No le preocupa el hecho de que sir Thomas haya permitido que esta situación se descontrolara? —preguntó Griselda—. ¿No le preocupa que su hija pueda sentirse decepcionada por causa de él?

—Ah, bueno, verá, conozco a Thorpe desde que era un niño. Sé que para tratar con él lo mejor es mantenerlo a raya. Esta situación no es más que un capricho temporal. Pero una vez que se case con mi hija, hará lo que le corresponde. Por lo tanto, no es tan grave.

—Lo es para la señorita Rufford —señala Griselda.

—Entonces eso recaerá en la conciencia de Thorpe, pero debo proteger a mi hija. Estoy seguro de que usted lo entiende, señorita Farquarson.

—Sí, por supuesto, milord —dijo Griselda sin saber qué pensar. Luego voltea a ver a Hugh, que avanza lentamente junto a lady Mary—. Un padre no podría hacer otra cosa.

—Veo que su excelente padre le ha inculcado todas las virtudes del sentido común. Dígame, ¿ha venido a Cromer con usted? Me encantaría poder conocerle mejor.

—Me temo que no —responde Griselda sin ningún pesar, pensando que, bajo la funesta influencia de la señora Skene, sir George no habría perdido tiempo en adular a Wansford terminando por causarle una pésima impresión.

—Es una pena —dijo lord Wansford—. Bueno, confío en que llegaré a conocer a su hijo y a su hija. Y sé que mi hija se sentirá honrada de iniciar una amistad con una muchacha tan sensata y bella como usted. Todavía no ha salido mucho, así que le haría usted un gran favor si pudiera hacerle compañía.

—Diré que ha sido una gentileza por parte de lady Mary, el que ella se ofreciera a hacerme compañía a mí —consigue decir Griselda, algo desconcertada por lord Wansford.

—¿Cenará con nosotros entonces? —Se detuvo, volviéndose hacia Hugh y lady Mary—. Farquarson, usted y su hermana cenarán con nosotros, ¿verdad? Esta noche: insisto en que lo hagan.

La invitación era tan apremiante que ninguno de los dos pudo negarse. Afortunadamente habían llegado a la iglesia, y Hugh y Griselda pudieron presentar sus excusas y despedirse.

Se detuvieron un momento para que Hugh recuperara el aliento, pues parecía un poco agotado, y observaron cómo los Wansford volvían hacia su carruaje.

—Su amabilidad es extraordinaria —comentó Griselda.

—Mucho —dijo Hugh—¿Qué puede estar tramando ese hombre?

—Eso no lo sé. ¿Por qué habría de estar tan a favor de este matrimonio? ¿Crees que lady Mary puede estar realmente enamorada de él? ¿Te ha dicho algo en la caminata?

—No, no es muy conversadora, así que solo podemos imaginar cuáles serán sus verdaderos sentimientos. Thorpe me dijo que ella es muy obediente y que se ha enamorado bajo orden.

—Claro que diría eso —replicó Griselda—. Me atrevo a opinar que diría cualquier cosa para dar una mejor impresión de lo que realmente es. Ciertamente, lord Wansford debió haber advertido ese hecho. Dice que quiere que su hija sea feliz. ¿Cómo puede ella ser feliz con Thorpe?

—No te agrada, ¿verdad? —dijo Hugh—. Estoy muy sorprendido. Habría pensado que era exactamente el tipo de hombre que admirarías.

—No, no puedo admirar a nadie que esté metido hasta el cuello en algo tan infame. De hecho, pienso que tanto Caroline como lady Mary no deberían tener nada que ver con él. Eso resolvería el problema, ¿no?

—¡Qué pronto le juzgas! —dijo Hugh con asombro.

—Tan pronto como tú crees en su inocencia —señaló Griselda.

—Tengo que creer en él; después de todo, me ha salvado la vida.

—¿Que hizo qué?

—Ayer me salvó de morir ahogado. Lo habría mencionado antes, pero me dijo expresamente que no lo hiciera. ¿Te parece igual de infame ahora?

Habían llegado a la puerta del alojamiento de Hugh.

—No, pero...

—Sé exactamente lo que vas a decir, Grizzy, pero no te lo permitiré. Lo considero un hombre honrado y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

Griselda lo siguió hasta el vestíbulo, cuestionándose si era el momento de confesar detalladamente en lo que había sucedido en la última etapa de su viaje. Pero Hugh se detuvo al pie de la escalera, con la mano en el pilar.

—¿Puedes excusarme una media hora? —dijo—. Debo acostarme y descansar un poco. Hay un montón de libros en el salón, y la señora Collins te hará una taza de chocolate si eres cortés con ella.

—Sí, claro. ¿Estás adolorido? —preguntó Griselda, preocupada.

—No es nada que un descanso no cure —respondió—. Ve y siéntate.

Griselda se sentía demasiado agitada para estarse quieta. Cogió un libro tras otro de la mesa, sin decidirse por ninguno, a pesar de que Hugh tenía un gusto excelente y poseía muchos de sus libros favoritos. La señora Collins trajo la prometida taza de chocolate y, con la taza en la mano, se asomó a la ventana para observar el ir y venir de la calle, tan ajetreado como la inquietud de su mente.

—Se lo contaré todo a Hugh —decidió, entrando de nuevo en la habitación y sentándose en una silla—. No me importa lo que piense de mí, pero debo hacerle ver qué clase de hombre es Thorpe en realidad. —Sería una tarea miserable, pero sintió que debía emprender algún tipo de acción. No podía permanecer en silencio por más tiempo.

La señora Collins entró.

—Señorita Farquarson, sir Thomas Thorpe está en la puerta preguntando por el coronel. ¿Le pido que espere?

Su primer instinto fue echarle, pero luego lo pensó mejor.

Cuando Tom entró, se sorprendió al verla allí. Se encontraba lleno de fango y su cabello estaba despeinado, vestía ropa de montar y tenía la cara enrojecida por el ejercicio.

—Buenos días —dijo.

Griselda no se levantó de la silla para saludarle.

—No estará enfermo su hermano, ¿verdad?

—No, solo un poco cansado —dijo ella—. Nos acompañará en breve.

—Bien, quería pedirle consejo.

—Le vendría muy bien uno —replicó Griselda, dando rienda suelta a su enfado.

—Supongo que sí —dijo Thorpe al cabo de un momento—. Por eso lo valoro tanto.

—Y él le tiene en gran estima a usted —dijo Griselda—. No puede concebir que usted sea capaz de las cosas de las que se le acusa.

—Eso es porque su hermano es incapaz de hacer ese tipo de cosas —respondió él, sentándose.

—¿Y usted? —No pudo resistirse a preguntarle. Él no dijo nada—. No contesta, tal vez porque no puede.

—Sería una esperanza vana esperar que usted crea algo de lo que digo.

—Lo sería. He conocido a lord Wansford esta mañana.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Tom, sospechando al instante.

—Que usted le ha escrito cartas de amor a lady Mary.

—¿Y usted le creyó?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Porque el hombre es un... —Se interrumpió—. ¿Acaso no puede ver lo que es? Su hermano lo notó enseguida. Vamos, dígame qué más le dijo.

—No lo haré si me habla de esa forma —protestó Griselda.

—No es momento para ser cortés —dijo Thorpe—. Estoy en serios problemas.

—¿Y crees que voy a ayudarlo a resolverlos? —cuestionó Griselda, incrédula.

—Por favor, dígame que más le dijo. Se lo ruego

—Muy bien. Me dijo que le dijera a Caroline que perdiera las esperanzas de casarse con usted, que todo está arreglado entre usted y lady Mary. Dijo que debía proteger la felicidad de su hija y verlos llegar juntos al altar.

—¿Y no le pareció extraño? —preguntó Thorpe—. ¿Que le dijera esas cosas a una perfecta desconocida?

—Dijo que conoció a mi padre en Harrow.

—¡Al diablo con Harrow! —exclamó sir Thomas—. Eso no significa nada. Estuvo muy mal por su parte hablarle a usted sobre esto y, lo que es peor, esperar que usted fuera a actuar de parte de él. Me temo que es una conducta típica de su persona, pero eso no lo hace menos repugnante. ¡Qué impertinencia!

—En comparación con otras transgresiones —comentó Griselda—, las suyas me parecieron bastante moderadas.

—¡Griselda! —exclamó, con una expresión de dolor que la alegró.

—Es muy cierto. Los pecados de lord Wansford parecen humildes en la bitácora de errores masculinos que me encuentro recopilando últimamente.

—Habla tan a la ligera, como si lo nuestro no significara nada para usted.

—No, hablo de esa forma porque significó mucho para mí —respondió Griselda tajante—. No es algo que se hiciera a la ligera.

Griselda le vio negar con la cabeza. Él alargó la mano y cogió uno de sus guantes de la mesa donde los había dejado.

—Voy a ser condenado a la miseria por culpa de usted —dijo simplemente, mirando el guante y no a ella.

—No, no es verdad. Tendrá a una bonita heredera o a mi hermosa prima. La mayoría de los hombres no desdeñan tales premios.

—¿Y si digo que ya no los quiero?

—Entonces es usted tan tonto como yo —le responde ella—. Un tonto y un desagradecido. —Él la miró, con sus ojos azules brillando en la penumbra marrón del salón, y eso la hizo temblar de rabia—. Oh, ¿por qué hizo usted tal cosa? ¿Es que acaso no la ama? —exclamó—. ¿No ama a Caroline?

—Ya no lo sé —dijo, levantándose de modo que se cernió sobre ella—. La olvidé en el momento en que la vi a usted, tan simple y complejo como eso. El resto del mundo dejó de existir para mí y solo existió usted. Que me perdonen por ello, pero así fue. —Volvió a dejarle el guante y se quedó mirándola intensamente—. Pero la realidad es que no me arrepiento. De todo lo demás, sí, lo hago, pero ¿cómo puedo arrepentirme de algo tan real? Antes leía las obras de Shakespeare y me preguntaba si podía existir un amor así, el amor entre Orlando y Rosalind, el de Viola y Orsino. Esas mujeres disfrazadas de hombres siempre habían llamado mi atención, y cuando la vi a usted, y vi cómo era realmente... —Volvió a coger el guante y lo retorció entre sus dedos. Luego la miró—. No he podido dormir estas dos últimas noches por pensar en usted.

Él avanzó un paso hacia ella y, sin saber que hacer, ella permaneció en su asiento. La misma atmósfera de la posada parecía haber invadido la habitación y ella sintió que su resistencia era más débil que un tallo de cebada al viento. Pero hizo un esfuerzo.

—Esas son solo palabras. Bellas palabras, sí, pero solo palabras. Lord Wansford me dijo

que usted sabía decir frases bonitas. Me pregunto qué le dijo a lady Mary en las cartas que le escribió.

—No hay cartas, nunca he escrito una carta de amor en mi vida.

—Oh, ¿cómo espera que crea semejante cosa? —dijo Griselda, levantando las manos—. ¿Cómo?

—Sin embargo, le escribiría cartas a usted. Cielos, podría llenar una resma por usted. Pero no soy bueno con las palabras, debería ir a preguntarle a mis amigos. Tienen suerte de que les escriba dos veces al año. Wansford le mintió. Si falsifica esas supuestas cartas mías, será el hazmerreír. Tom Thorpe no escribe cartas salvo para los negocios.

—Algunos dirían que escribir cartas de amor a una heredera es un negocio —replicó Griselda.

—Está usted decidida a verme condenado —dijo.

—Por supuesto —contestó ella—. Sé lo que es usted.

—Y yo lo que usted es, recuérdelo. Ambos somos iguales. Y eso no puede negarlo. Puede negármelo a mí, pero no puede negárselo a usted misma. Es demasiado inteligente para hacerlo.

—¿Puede devolverme mi guante? —preguntó Griselda levantándose de su asiento. La forma en que le daba vuelta entre sus dedos la inquietaba.

—Preferiría quedármelo —le respondió él.

Griselda alargó el brazo para arrebatárselo, pero él le cogió la mano y habría apretado sus labios contra la palma de ella si no la hubiera cerrado formando un puño. Entonces Tom le besó los nudillos, mientras ella intentaba apartar la mano. Pero él la tenía sujeta, y de pronto le rodeó los hombros con el brazo. Griselda no podía retroceder y él estaba decidido a besarla: sus labios estaban contra los de ella, pero no había dulzura en aquellos besos, sino una furiosa pasión que la comenzó a enfurecer. Sintió que Tom estaba decidido a someterla, a doblegarla como a un perro desobediente y a demostrarle exactamente quién era el amo.

Reunió fuerzas y lo apartó de un empujón.

—Oh, ¿así que cree que le perdonaré todo solo por un beso? ¿Qué será su esclava? —inquirió ella, alejándose de él—. ¿Es así como cree que soy, Thomas Thorpe? Recuerde que soy una Farquarson de Glenmorval, señor, la hija de un caballero. Espero que no vuelva a olvidarlo.

—No, no me atrevería —habló él, arrojando el guante sobre la mesa con disgusto—. ¿Cómo podría hacerlo si nunca en mi vida me había sentido tan desilusionado? Me gustaba mucho más la valiente criatura sin nombre. —Recogió su sombrero—. Salude a su excelente hermano de mi parte, señorita Farquarson.

Capítulo 9

—Bien, Thorpe, ¿conoce usted a la señorita Farquarson? —inquirió Wansford.

Griselda estaba sentada en el sofá junto a lady Mary. De nuevo hacía el papel de joven inocente, y llevaba un favorecedor vestido de seda gris plateado con lazos verdes.

—Ya he tenido ese placer —dijo Tom, inclinándose ante ella.

Tom no había querido ir a cenar con su madre y los Wansford, pero le había sido imposible evitarlo. Y aquí estaba Griselda Farquarson, inclinándose ante él, toda modestia y encanto. Aunque esto último era algo innegable.

Aunque Tom hubiera afirmado que no le gustaba Griselda en el papel de la hija de un caballero, no lo dijo precisamente en serio. La había encontrado deseable con sus harapientos pantalones, pero con su vestimenta de moda la deseaba aún más. El escote de su corsé dejaba entrever la encantadora curva de sus pechos y la suave seda de sus faldas se ceñía a sus largas y fuertes piernas. Nada de lo que Griselda le haya dicho podía alterar el hecho de que su rostro y su figura le resultaban hipnóticamente interesantes. Si la hubiera conocido en circunstancias convencionales, estaba seguro de que le habría causado una impresión devastadora. Seguiría sintiendo ansías de besarla y, lo que era peor, tomarse libertades con ella. Nunca había sentido un deseo tan urgente por Caroline ni por ninguna otra mujer de su clase, ni siquiera por la condesa.

Su madre presidió aquel llamativo salón alquilado como si fuera el suyo propio, aun cuando lady Mary era la anfitriona en teoría. El «querido Wansford», como ella siempre lo llamaba, se mostraba, como de costumbre, agradablemente elegante con los desconocidos, y Tom se preguntaba qué pretendía hacer al invitar a Griselda y a Farquarson a cenar con ellos. Probablemente su plan se trataba de hacer que fueran ellos quienes informaran a los Rufford sobre el evidente afecto de lady Mary hacia Tom. Y, naturalmente, Wansford insistió para que Tom para se sentara con las dos jóvenes.

—¿Qué opina de Cromer, lady Mary? —preguntó Griselda Farquarson—. Acaba de llegar, ¿verdad?

—Sí, lo encuentro encantador. Nunca había visto el mar, por lo que estoy muy contenta de estar aquí.

—Hay algunos lugares excelentes donde pasear por los alrededores —continuó Griselda—. ¿No es cierto, sir Thomas? Creo que hay una magnífica abadía en ruinas a una o dos millas de distancia. ¿Le gustan las ruinas, lady Mary?

La pregunta confundió a lady Mary, que al escucharla se volvió a mirar a Tom en busca de orientación, como si ya fuera su esposa, un gesto del que evidentemente se percató la señorita Farquarson.

—Oh, no lo sé —dijo lady Mary—. No creo ser lo bastante lista para entender esas cosas. Aunque me gusta contemplar las casas modernas —añadió como una ocurrencia bastante atrevida, y soltó una risita.

—Entonces es usted una conocedora de todo lo cómodo y práctico —aseguró Griselda—. Y con eso hará muy feliz a su marido.

—¡Mi marido, oh! —exclamó lady Mary—. Pero no tengo uno, señorita Farquarson.

—Pero lo tendrá, estoy segura —afirmó Griselda—. Muy pronto ¿quizás?

—Tal vez —dijo lady Mary mirando nuevamente a Tom, mientras se ruborizaba. Griselda le dirigió a este una sonrisa mordaz y enarcó una ceja.

—Nada me gustaría más en el mundo que estar casada —continuó Griselda—. Qué delicia

debe ser, tener el amor y el respeto de un caballero y ocupar el lugar que le corresponde a una en el mundo como lady fulana de tal.

—El hombre que se case con la señorita Farquarson será afortunado —dijo Tom—, porque sabrá que ella aprecia todo lo que él puede darle.

Griselda lo fulminó con la mirada por un momento, pero luego se conformó con sonreír dulcemente, de forma satírica.

—Pero un hombre nunca debe estar tan agradecido como su mujer. Porque, ¿qué es una mujer sin marido? —respondió ella—. Nada, nada en absoluto. Él le da un apellido, un lugar en el mundo y una ocupación. Todo se lo debe a él. Mientras que, para un hombre, una esposa es un consuelo, un adorno y una valiosa distracción de las preocupaciones de su vida.

—Subestima los beneficios que aporta a los hombres, señorita Farquarson —reclamó Tom—. El matrimonio forja el carácter de muchos hombres.

—Entonces deberíamos tener mucho cuidado con la persona que pide nuestra mano en matrimonio —responde ella con acritud—. ¿No lo cree de esa forma, lady Mary?

Mary volvió a poner cara de desconcierto, como solía hacer cada vez que la conversación se desviaba de temas como el patrón de las mangas o el adiestramiento de un perro de compañía. Tom, en aquel momento, habría cambiado la conversación a un tema igualmente inofensivo, pero debido al estado en que se encontraba Griselda, le hacía sentir como estuviera esgrimiendo un *maitre d'armes* usando un palo de escoba. Entonces le vino a la mente la imagen de ella vestida con pantalones, manejando un florete, dispuesta a hacerle una cicatriz en la cara, y se sintió enfermo por el deseo de poseerla de nuevo.

Afortunadamente, en ese momento el criado anunció que la cena estaba servida.

~

Como la noche anterior, Griselda se encontró sentada junto a Thorpe. El comedor era más íntimo y tenía una mesa más pequeña, así que no había manera en que ella pudiera ignorar al hombre. Aunque había decidido rechazar su beso, todo a su alrededor parecía haber perdido vitalidad desde el momento en que lo apartó, y por más que quisiera convencerse de lo contrario, le resultaba dolorosamente agradable estar tan cerca de él. Su presencia era suficiente para quitarle el apetito, y al parecer también a él, porque cuando ella le ofreció los platos de la esquina, él los rechazó y Griselda se dio cuenta de que lo único que estaba consumiendo era el vino.

Lord Wansford empezó a quejarse en voz alta a los camareros de lo insípida que estaba la comida mientras retiraban el segundo plato.

—Este chef no tiene la menor idea de cómo aderezar el fricasé más sencillo. Le pido disculpas, señorita Farquarson —dijo lord Wansford, volviéndose hacia ella—. Invitarla a cenar para que le sirvan esto... —Negó con la cabeza, como si fuera el mayor problema del mundo.

—¿Puede un fricasé ser simple, señor? —preguntó Griselda—. Ciertamente nunca le pediríamos a nuestro cocinero en Glenmorval que intentara prepararlo.

Notó que Tom Thorpe sonreía brevemente al oír aquello.

—Es usted muy sabia, querida —dijo Wansford—. Tales comidas están fuera de la competencia de un cocinero normal. Pero este establecimiento dice tener un chef de origen francés.

—Entonces probablemente sea tan francés como usted y como yo —comentó Thorpe, volviendo a llenar su vaso—. Y se haría un gran favor a sí mismo si no le avergonzara cocinar como un inglés. Aunque supongo que el mundo actualmente exige la comida francesa, lo que nos

convierte en víctimas de nuestro propio deseo de estar a la moda.

—No tienes por qué reflejar tu humor en la cocina, Thorpe —reclamó lady Thorpe.

—Bueno, aquí viene el postre, señora —dijo Thorpe—. Prometo ser tan dulce como el sillabub.

Griselda se había dado cuenta desde que empezó la reunión que entre madre e hijo apenas intercambiaban palabras afectuosas. Lady Thorpe solo se dirigía a él como «Thorpe» y él no había sido menos formal.

El postre era extravagante: un bizcocho esponjoso con forma de castillo en un mar de sillabub batido, decorado con violetas confitadas, almendras doradas y banderines de papel que dejaron en el centro de la mesa, rodeado de dos grandes fruteros de plata.

—Justo lo necesario para satisfacer el apetito de una joven —dijo lord Wansford—. ¿Tomará un trozo, señorita Farquarson?

—Solo fruta, gracias. No sería capaz de destrozar un bizcocho como ese.

Eligió un higo y se dio cuenta de que Tom Thorpe había elegido lo mismo.

—¿Es su fruta favorita? —preguntó este en voz baja.

—Sí.

—Hay dos grandes árboles de higos en Priorscode. Deben de tener por lo menos cien años. Son muy productivos, yo solía trepar en ellos cuando era niño. Los higos que dan esos árboles son los mejores que haya probado en mi vida.

Hugh, que había estado ayudando a lady Mary a servirse un poco de sillabub, sonrió y dijo:

—Eso me hace pensar en el albaricoque de Glenmorval. Solía soñar con él cuando estuve en África, aunque allí teníamos los frutos del paraíso. Dime, Grizzy, ¿aún da frutos?

—Este año no, creo que ya está un poco viejo.

—Entonces plantaré uno nuevo apenas regrese —dijo Hugh.

—Debes preguntarle a nuestra prima Caroline qué tipo sería el mejor —respondió Griselda—. Es experta en este tema, ¿no es cierto, sir Thomas?

—Sí, me parece que es muy aficionada a la jardinería.

Griselda creyó ver un destello de fastidio en el rostro de lady Thorpe, antes de que se volviera bruscamente hacia lady Mary.

—Mary, querida, esta mañana he recibido una carta muy dulce de la duquesa. —Le dijo—. Está decidida a organizar un baile en la ciudad para celebrar su boda. Siempre les ha tenido mucho cariño a Thorpe y a ti. No podría estar más contenta de saber que ustedes están por contraer matrimonio.

Thorpe, que se estaba llevando el vaso a los labios, lo bajó.

—¿Le escribiste a la duquesa de Renfrew? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto, es una amiga muy querida —dijo lady Thorpe antes de dirigirle la palabra a Griselda—. ¿Quizás la conozca usted?

—No, no he tenido el honor de conocer a Su Gracia —respondió Griselda. Había oído hablar de la duquesa, por supuesto. Era una de las mujeres más brillantes y distinguidas de la sociedad, una anfitriona legendaria y una mecenas a la que era mejor no hacer enfadar. En realidad, era alguien a quien Griselda nunca esperaba ni quería conocer.

—Entonces deberíamos organizar una reunión —anunció lord Wansford—. A Kitty Renfrew le encanta rodearse de jóvenes inteligentes, y ahora que todas sus hijas están casadas, está falta de ocupación. La bella hermana de un héroe de guerra sería de su gusto, ¿no te parece, mi querida lady Thorpe?

—Yo había pensado exactamente lo mismo —dijo lady Thorpe—. Todavía no ha tenido la

oportunidad de participar en la temporada social, ¿verdad, señorita Farquarson? Eso debe remediarse, en efecto debe remediarse. Coronel, debe dejar de ocultar a esta encantadora criatura. Convenza a su padre para que le permita ir a la ciudad. Se casará con alguien de prestigio, estoy segura.

«Intentan seducirme», pensó Griselda asombrada, «quieren comprarme con promesas» Era bastante extraordinario, pero también estaba claro que lord Wansford intentaba tentarla para que fuera desleal a su propia prima con todas aquellas atenciones halagadoras.

—Ah, y también debes encontrarle una esposa al coronel —añadió lord Wansford—. ¿Alguna de las muchachas Petersham, quizá? Son las hermanas más guapas que he visto, coronel, y todas disponen de cincuenta mil libras cada una.

—La mayor dispone de sesenta mil —comentó lady Thorpe comiéndose una uva.

Hugh, totalmente tranquilo y sonriente, dijo:

—Estoy seguro de que son encantadoras.

—Oh, lo son. ¿Verdad, Thorpe? —inquirió lady Thorpe. Sir Thomas no contestó, sino que se concentró en beberse su vaso—. Bueno, por supuesto que mi hijo no está en posición de llamar encantadora a ninguna otra mujer que no sea la querida Mary. Es demasiado galante, ¿verdad, querida?

Lady Mary se sonrojó adecuadamente y bajó la vista hacia los restos de su sillabub.

«¿Por qué no se defiende?» pensó Griselda observando a Tom, quien se encontraba inmóvil mirando las devastadas murallas del bizcocho. Tal vez no lo hacía porque no podía. Tal vez había escrito aquellas cartas, y en presencia de lady Mary no podía negar que el matrimonio iba a celebrarse. Solo podía negarlo ante otras personas. Ahora Griselda no podía dejar de recordar con disgusto la forma en la que Tom había besado las manos de Caroline en público la noche anterior y todas las aparentes palabras tranquilizadoras que le había dicho. O en como esta misma tarde le había afirmado a la misma Griselda que no le importaba Caroline y había intentado besarla de nuevo. ¿Quién podía saber de qué cosa era capaz?

Griselda se alegró mucho cuando lady Mary sugirió que las damas dejaran a los caballeros con sus copas de vino. Esperaba que demoraran degustándolo.

Lady Thorpe y lady Mary no eran la compañía ideal para Griselda, pero estaba decidida a sacar partido de la situación e intentar averiguar la verdad del asunto.

Así que, mientras lady Mary servía el té, preguntó:

—¿Ha comprado ya su traje de novia, lady Mary?

Lady Thorpe sonrió gustosa ante aquello.

—No, todavía no —respondió lady Mary—. ¿Pero lo haremos pronto, cierto, lady Thorpe?

—Muy pronto, querida —aseguró lady Thorpe—. Incluso podríamos ir inmediatamente a París para adquirirlo. Quizá debería venir con nosotros, señorita Farquarson. Estoy segura de que le gustará ver París.

—Oh, me gustaría mucho.

—Veremos lo que podemos hacer —dijo lady Thorpe.

—Aunque habría pensado que lady Mary querría reservar París para su viaje de bodas —dijo Griselda, aceptando una taza de té.

—Oh, quizá. No había pensado... —lady Mary se interrumpió, y volvió a mirar temerosamente a lady Thorpe en busca de orientación—. Sir Thomas aún no ha hablado del viaje de bodas. Ni siquiera hemos fijado una fecha.

—Esa es una mera formalidad —dijo lady Thorpe.

—Lleva usted un vestido muy bonito, señorita Farquarson —comentó repentinamente lady

Mary.

—Gracias, es de mi prima —respondió Griselda sin poder resistirse a añadir lo último.

—Ya veo —dijo lady Thorpe—. Es una muchacha encantadora, desde luego. En lo personal no conozco a la señorita Rufford, pero en todos lados hablan de ella de manera muy favorecedora. Me preocupa bastante que haya podido caer en tan desagradable malentendido respecto a Thorpe. Espero que pueda aclarar el asunto con ella, señorita Farquarson.

—Intentaré hacer lo que pueda —dijo Griselda.

Lady Thorpe sonrió aún más al oír aquello y luego se levantó, dirigiéndose a la mesa de juego y empezando a prepararse una partida de solitario.

—¿Por qué no pasean juntas por la habitación? —les pidió—. Deseo verlas hacerse amigas una de la otra.

Era más una orden que una petición, por lo que Griselda tomó a lady Mary del brazo y se vio obligada a dar varias vueltas por la larga habitación, mientras lady Thorpe se preocupaba por las complejidades de su juego de solitario. En ese momento Griselda aprovechó la oportunidad para intentar alejar a lady Mary de lady Thorpe, por lo que la llevó junto a la ventana, en el extremo más alejado de la habitación.

—Debe estar usted muy emocionada por casarse —le dijo—. Sir Thomas es muy guapo.

—Lo es —afirmó lady Mary.

—Y que la duquesa de Renfrew dé un baile en su honor... Estoy segura de que será muy romántico. Debería pedirle que sea un baile de máscaras.

—¿Cree usted que deba pedírselo?

—Sí, así puede pedirle a su marido que se vista como le corresponde. ¿Cómo se lo imagina? ¿Cómo algún héroe galante del pasado, quizás?

—No lo sé. Ahora mismo no se me ocurre nada, aunque considero que es una idea divertida.

—Mucho —dijo Griselda—. Quizá se vista del corsario de Byron, o de un héroe de la señora Radcliffe. O incluso de sir Charles Grandison. ¿Qué cree? Aunque eso no sería muy bonito para una fiesta de disfraces.

—Oh, es usted es muy lista, señorita Farquarson —dijo lady Mary—. A mí nunca se me ocurrirían esas cosas.

—Pero sí piensa en él —cuestionó Griselda con cierta osadía—. ¿No es así?

Lady Mary se sonrojó y se mordió el labio. Susurró que sí, que en efecto, pensaba en sir Thorpe.

—Dígame, lady Mary —susurró Griselda—. ¿Cómo es estar enamorada? Yo nunca lo he estado.

—¡Oh! —exclamó ella, ruborizándose un poco más, pero sonriendo—. Oh, no sabría decirlo. Es muy bonito, creo, muy bonito.

—¿Él le escribe cartas? —preguntó Griselda—. ¿Cómo debe sentirse recibir una carta de amor de un caballero?

Lady Mary palideció repentinamente. Estaba tan pálida como su vestido blanco. Luego vaciló y dijo, antes de ponerse roja nuevamente:

—Sí me ha enviado cartas.

La puerta se abrió y los caballeros ingresaron. Consciente de ser la anfitriona, lady Mary se alejó rápidamente y se ocupó de servir la bandeja del té.

Griselda se quedó durante unos minutos junto a la ventana, observándolos a todos. Lady Thorpe y Wansford eran buenos mentirosos porque estaban acostumbrados a cómo funcionaba la

sociedad y tenían práctica mintiendo, pero lady Mary acababa de salir de la escuela, por lo que a Griselda no le parecía que fuera buena mentirosa. Su padre seguramente no habría amenazado con llevar el asunto a los tribunales si eso significaba que su propia hija tendría que cometer perjurio.

Thorpe cruzaba la habitación hacia donde estaba Griselda, por lo que se volteó rápidamente hacia la ventana, decidida a no mirarle. Pero él tenía intención de hablar con ella, mientras los demás estaban sentados a la mesa de juego.

—He oído que ha estado usted preguntando por el traje de novia —dijo en voz baja.

—Por supuesto que sí. Es lo que las mujeres suelen preguntar cuándo se habla de matrimonio. Usted debió haber estado conversando con lord Wansford sobre el acuerdo. Dígame, ¿cuánto le aportará?

—No me aportará nada, porque no voy a casarme con ella.

—Puede haber convencido a mi hermano de su inocencia, así que claro que él debe creerle, pero yo no puedo hacerlo.

—Es usted muy insensata al creer cualquier cosa que oiga de Wansford —replicó él—. No sabe con lo que está tratando.

—Ah, yo creo que sí. Conozco cómo son las muchachas inocentes que recién han salido de la escuela, sir Thomas. Sé que no las educan para mentir. Me dijo que tenía cartas suyas.

Él guardó silencio un momento, jugueteando con su anillo de sello. Griselda detestaba aquel silencio.

—¿Qué se supone que debo pensar de eso? —estalló.

—Yo no le escribí, desearía que pudiera creerme.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque su buena opinión me importa en demasía.

—Bueno, ya es demasiado tarde para preocuparse por eso. —Terminó la conversación yendo a la mesa de juego.

Al hacerlo, se encontró con lord Wansford, que se había levantado de la mesa de juego y abría el piano.

—Tengo un deseo urgente de un poco de música —le dijo a Griselda, tomándola del brazo y llevándola al piano—. Mire, una partitura de melodías escocesas... ¡qué apropiado! ¿Nos podría tocar una pieza, señorita Farquarson?

—Me temo que debo negarme por el bien de los oídos de todos los presentes.

—Entonces debe cantar... Seguramente sabe cantar, ¿verdad? Nunca conocí a una joven que no cantara. Vamos, Mary, ven y acompaña a la señorita Farquarson. Deseo oír alguna de esas canciones escocesas entonadas por una escocesa de verdad.

Griselda sintió que se ruborizaba y que el corazón le latía con rapidez debido a la ansiedad. Le gustaba cantar, pero no en salones; nunca había estudiado canto y tener que actuar ahora la dejaría en evidencia.

Miró a Hugh, guardando esperanza de que la ayudara, pero, para su consternación, él sonrió y dijo:

—A mí también me gustaría oír cantar a mi hermana, lord Wansford. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que la escuché y puedo dar fe de que tiene una voz dulce.

—En ese entonces, quizá —comenzó Griselda—, pero ahora...

—Adelante, debe usted cantar para su hermano —dijo lord Wansford—. No puedo creer que tenga tan poco espíritu familiar.

Lady Mary ya había ocupado obedientemente su lugar ante el instrumento y estaba mirando

los acompañamientos.

—¿Qué canción debo tocar? —inquirió.

Lord Wansford fue a su lado y hojeó las partituras.

— *Duncan Gray Came Here To Woo*: suena encantadora. ¿Lo es?

—Sí —respondió Griselda—, pero no estoy segura...

—Vamos, vamos, querida. Está usted entre amigos —dijo lord Wansford, entregándole su parte.

Cruzó la habitación y se sentó, expectante. Hugh le dedicó una sonrisa alentadora. Y Griselda se aseguró de evitar mirar hacia la zona de la habitación en la que Thorpe permanecía de pie inmóvil junto a la ventana. No quería alterarse más de lo que ya estaba.

Lady Mary comenzó el acompañamiento en el piano a un ritmo acelerado que desprendía confianza. La melodía era compleja y Griselda no estaba familiarizada con ella, por lo que pasó por alto la parte en la que debía empezar a cantar. También entró con cierto retraso en la segunda estrofa, y sabía que no estaba del todo afinada y que cantaba a destiempo. Estaba muy concentrada en la música, pero sabía que no fue su imaginación que lady Thorpe levantara una ceja de forma desdeñosa. Eso hizo que se desconcentrara de forma espectacular en el siguiente pasaje. De fondo, podía escuchar que lady Mary seguía tocando a un ritmo implacable, y en un tono que para Griselda era el equivocado.

Acababa de empezar la segunda estrofa cuando se sorprendió al ver a Thorpe a su lado, intentando mirar su copia. En el segundo de *Ha, ha the wooing o't*, el hombre la acompañó con una voz áspera y decidida que compensaba cualquier falta de delicadeza con su volumen. Griselda se dio cuenta de que sir Thomas la estaba cubriendo deliberadamente, y en su asombro se olvidó de cantar la siguiente línea. Thorpe continuó, y ella movió su partitura para que él pudiera verla bien. Cuando volvió a empezar, se dio cuenta de que era mucho más fácil cantar con Thorpe a su lado ayudándola. Tenía un buen dominio del enérgico ritmo de la melodía y, para ser inglés, se desenvolvía muy bien con las frases escocesas. De hecho, cantó la línea *Shall I like a fool, quoth he, for a haughty hizzie, die*, tan bien, que Griselda se encontró sonriendo.

En la última estrofa, se olvidó por completo de sus temores. El espíritu de la música era contagioso y el carácter de las palabras irresistible. Sintió que su actuación no habría deshonrado una reunión en Glenmorval. No fue una exhibición impecable, pero sí fue vigorosa y honesta.

—¡Bravo! —exclamó Hugh cuando terminaron, y se impulsó sobre su bastón—. No deberías tener tanto miedo de tu voz, Grizzy. Es preciosa.

—Sí, lo es —dijo Thorpe, afectuosamente.

—¿Volverán a cantar? —preguntó Hugh—. ¿Juntos?

—¿Lo soportaría, señorita Farquarson? —preguntó Thorpe—. Para mí sería un gran placer. Había una cierta sinceridad en su voz que ella no pudo ignorar.

—Muy bien —aceptó con una sonrisa.

—Entonces, ¿qué canción será? —dijo Thorpe, hojeando el cancionero—. ¿*Los De'ls Away With The Exciseman*? Tiene un aire animado.

—*Awa* —le corrigió Griselda en escocés.

—¿*Awa*? —preguntó él con una sonrisa cautivadora y deslumbrante que le dirigió solo a ella—. ¿Así está mejor?

—Sí, señor, lo pronunció bastante bien —dijo Griselda—. Para ser un inglés.

—Lo tomo como un gran cumplido, señorita Farquarson —dijo, y se volvió hacia lady Mary para ayudarla a encontrar su parte entre las partituras.

Así que empezaron a cantar *The De'ls Awa With The Exciseman* con más entusiasmo que

estilo. Era obvio que a Thorpe le gustaba mucho la melodía y Griselda no pudo evitar reírse del modo escandaloso en el que cantaba. Y cuando Tom la tomó de la mano y la balanceó con la suya para enfatizar las palabras durante el estribillo final, Griselda no pudo enojarse, porque le pareció lo más natural del mundo.

Terminaron con una especie de grito de júbilo, y Thorpe levantó la otra mano en un gesto espléndido y extravagante. Griselda negó con la cabeza, mientras tenía los ojos rebosantes de lágrimas de pura risa. Hugh prorrumpió en un aplauso de fascinación, pero entonces Griselda, recapacitando, vio de inmediato que lady Thorpe y lord Wansford no se estaban divirtiendo en lo más lo más mínimo. Sobre todo, porque Thorpe seguía sosteniéndole la mano mientras hacían una pequeña reverencia.

—Por más encantador que esto pueda parecernos a algunos —dijo fríamente lady Thorpe—, a mí me gustaría oír a lady Mary tocar para nosotros. Su talento superior se desperdicia siendo acompañante.

—Ah, no me molesta hacer de acompañante —replicó lady Mary.

—Permítenos oír esa sonata bellísima de Pleyel que estabas practicando por la mañana —dijo lady Thorpe—. Además, no queremos fatigar la encantadora voz de la señorita Farquarson.

La observación fue bastante clara y Griselda sintió que se ruborizaba de nuevo.

—No, tiene razón, las cosas preciosas no deben desperdiciarse —dijo Thorpe, sosteniendo el brazo de Griselda y dirigiéndose al sofá del otro extremo de la habitación. Ella se sentó y lo miró, confusa. El cumplido fue extravagante, pero había calidez y franqueza en él. Tenía motivos para estar enfadada con él y, sin embargo, la amabilidad de sir Thomas amenazaba con hacer flaquear su molestia.

Thomas se sentó a su lado, en el otro extremo del sofá, mientras lady Mary había empezado a tocar su sonata. Griselda cruzó las manos sobre el regazo y trató de concentrarse en la música y en recuperar la compostura. Pero, ¿cómo podía a hacerlo con Thorpe sentado a su lado?

Le contempló. Tom estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla apoyada en las manos entrelazadas. Parecía estar escuchando la música, pero de repente frunció el ceño, se enderezó y la miró directamente. Ella volvió a mirar al frente, avergonzada por haberse visto descubierta. Se dio cuenta de que él se había acercado un poco hacia ella en el sofá.

—Voy a pedirle a la señorita Rufford que ponga fin a nuestro compromiso —dijo en voz muy baja—. Parece lo único que puedo hacer dadas las circunstancias.

—¿Y le dirá por qué desea ponerle fin? Ella querrá saberlo.

—No seré específico, a menos que usted desee que lo sea.

—No, aunque por lo menos intente ser un poco honesto.

—Le diré que mis sentimientos han cambiado —continuó él—. O más bien que los he malinterpretado. Lo que yo creía que era amor, no lo era. Confundí nuestra amistad con amor.

—Y, sin embargo, ella le sigue queriendo —señaló Griselda—. Ese sentimiento permanecerá, haga lo que haga.

—Lo sé. Es algo cruel pedirle a una mujer que rompa un compromiso. Pero proceder tal como están las cosas sería mucho peor.

—Me alegra que pueda ver la gravedad de la situación —dijo Griselda.

—Tiene usted una manera muy efectiva de hacer que un hombre vea las cosas con más claridad, señorita Farquarson —comentó Tom al cabo de un momento, y luego se levantó para marcharse.

Capítulo 10

Griselda no sabía qué decirle a Caroline. Sentía que debía hablar, pero no sabía por dónde empezar. Estaban sentadas a solas en el encantador comedor de la planta baja, terminando de tomar el desayuno. Griselda sostenía un panecillo mientras Caroline, que tenía el don de estar siempre ocupada, cosía.

—Pareces cansada —comentó Caroline de repente—. ¿No has descansado?

—No muy bien. Fue una noche complicada.

—Estoy segura que sí —dijo su prima—. ¿Cómo es lady Thorpe?

—Me gustaría tener algo positivo que pueda decir, pero me resulta imposible, salvo que es muy agraciada y viste a la moda. No podría llegar a encariñarme con ella. —Griselda quiso añadir: «pero no tendrás que preocuparte por tenerla como suegra porque Thorpe pretende dar por terminado su compromiso. No tardará en llegar para romperte el corazón».

En cambio, se levantó de la mesa y se acercó a la ventana, situándose cerca de donde Caroline se entretenía con sus labores. Miró hacia la calle, esperando ver a Thorpe acercándose a la casa, pero en su lugar vio otra figura familiar.

—Ah, ahí viene Hugh —dijo ella—. Ha llegado temprano.

Cuando mencionó su nombre, notó cómo Caroline sonreía. Era una cosa inconsciente, pues la prima continuó plácidamente con su costura. Quizá la pérdida de Thorpe no le resultara tan amarga. Hugh entró en el salón unos minutos después.

—Tengo malas nuevas para ti, Grizzy —dijo de inmediato, entregándole una carta—. Se han casado.

Griselda miró la carta: era la letra de su padre.

—Oh, no puede ser...

—Está tan claro que es innegable —dijo Hugh, sentándose trabajosamente a la mesa—. También lo lamento, porque preferiría que me hubiera consultado.

—No, evidentemente no habría hecho tal cosa —dijo Griselda con ímpetu—. Porque sabe que ha hecho mal, lo sabe muy bien. —Hugh pareció sorprendido por la observación y miró a Caroline, que seguía sentada tranquilamente con su labor. Griselda empezó a leer la carta—: *Estoy convencido de que una vez que conozcas a lady Farquarson estarás de acuerdo con mi elección. Es, en todos los aspectos, todo lo que un hombre desea de una esposa, y mi estima por ella crece día a día.* —Le devolvió la carta con disgusto—. No puedo tolerarlo más.

Volvió a entrar en la habitación y vio que Caroline había interrumpido su trabajo y estaba sumida en sus pensamientos.

—Debes tolerarlo, Griselda —dijo Hugh.

—No —respondió esta, negando con la cabeza—. Y no volveré a esa casa.

—Es tu casa —replicó su hermano simplemente.

—Ahora no puedo pensar en ella como tal —dijo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Caroline.

—Esa es la razón por la que estoy aquí —dijo Griselda—. No viajaba con amigos. Estaba huyendo. Estaba desesperada. Desde el mismo momento en que mi padre me dijo que iba a casarse con esa horrible mujer.

—Griselda, no debes expresarte de ella así —dijo Hugh.

—Pero es difícil de aceptar —dijo Caroline—. Y lo es mucho más para una mujer que para un hombre, porque el hogar significa mucho más para una mujer. Es la esfera principal de su

existencia, y el carácter de aquellos con quienes debe compartirla es primordial. Para un hombre, que siempre está en el mundo exterior con ocupaciones y afanes propios, una madrastra complicada sería un inconveniente, pero para una mujer, es una tragedia.

Hugh pareció sorprendido y Griselda vio que Caroline se ruborizaba.

—Perdóneme si lo que he dicho está fuera de lugar —murmuró.

—Lo que dice es cierto —dijo Hugh después de un momento—. No había pensado en el asunto en esos términos.

Se quedó mirando el fuego.

—Me parece —comenzó Caroline, levantándose y dirigiéndose a Griselda—, que mi madre estaría encantada de permitirte vivir con ella todo el tiempo que quisieras. Y... —añadió, volviéndose hacia Hugh—, eso no se considerará un desaire a la esposa de su padre. Más bien, sería visto como Griselda ayudando a mi madre. Además, si desea un buen matrimonio para su hermana, sus posibilidades mejorarían en tales circunstancias. Si lady Farquarson es como Griselda la describe, no puede ser beneficioso que la asocien con su madrastra.

Hugh miró a Caroline con atención, apoyando la barbilla en los dedos entrelazados.

—Es muy amable de su parte —dijo Hugh—, pero no creo que nuestro padre acepte. Si lees el resto de la carta, Grizzy, verás por qué. Lee el último párrafo.

—*Acabo de recibir tu carta sobre Griselda* —leyó Griselda—. *No la pierdas de vista. lady Farquarson y yo partimos hacia Cromer esta mañana y pensamos llevarla a la ciudad con nosotros. Cuanto antes se case y se vea obligada a comportarse, mejor para todos.* —Griselda bufó con disgusto y arrojó la carta sobre la mesa—. Pues yo, desde luego, no iré a Londres.

—Tendrás que hacerlo —dijo Hugh—. Lo siento, Grizzy, pero se trata de tu padre.

—¡Ah, esto es intolerable! —exclamó Griselda—. Comprenderás exactamente por qué en el momento en que la conozcas, Hugh. Entonces me apoyarás.

—Ya veremos —dijo Hugh.

—Siempre estás dispuesto a ver lo mejor en los demás —continuó Griselda—. Hubiera pensado que con toda tu experiencia del mundo sabrías lo decepcionante que puede ser la gente.

—No, me parece mejor dar a las personas el beneficio de la duda. Sí, de vez en cuando decepcionan, pero eso no es nada comparado con el peligro de ser cínico y amargado.

—No corro ningún peligro, Hugh. Gracias —dijo Griselda.

—¿Ah sí? —dijo Hugh suavemente, y se volvió hacia Caroline, que había reanudado su labor de costura—. ¿Qué es eso en lo que trabaja con tanta concentración?

—Estoy haciendo ropa de bebé para una vieja criada. Está esperando su primer hijo. Se casó con uno de los jardineros, lo cual no puedo más que aprobar.

Griselda los dejó. No podía soportar hablar; estaba sumamente enfadada. Subió a su habitación y comenzó a deambular de un lado a otro, incapaz de asimilar la idea de tener que irse a Londres con su padre y la señora Skene, a la que llamaba de esa manera porque no podía ni quería considerarla como lady Farquarson. Y tampoco le gustaba la perspectiva de pasar todo el invierno en la ciudad. Sabía poco de la vida citadina, pero lo que había visto no le hacía pensar que Londres le resultara atractivo. Quería campo abierto, libertad y soledad, en lugar de compromisos para cenar y conversaciones corteses. No quería pasar el tiempo con gente como lady Thorpe y lord Wansford. Nunca podría encontrar la felicidad teniendo una vida semejante.

Abrió el cajón inferior de la cómoda, donde había guardado su ropa de viaje, lejos de la mirada de su tía y su prima. Se alegró de no haberla dejado en casa de Hugh, sino de haberla metido en el baúl de viaje que éste le había prestado para que tuviese un aspecto respetable. Se preguntó qué podría impedirle desaparecer nuevamente. Parecía lo más razonable.

Y lo más importante, no tendría que volver a ver a sir Thomas Thorpe. Todo aquel incómodo y confuso asunto quedaría atrás. Con el tiempo, estaba segura de que olvidaría la sensación de sus besos y el cautivador brillo de sus ojos. También olvidaría que él no tenía talento para cantar y que, cuando él reía, ella se sentía obligada a reír.

Sí, sería mucho mejor alejarse de todo eso.

Se recordó a sí misma que Caroline descubriría pronto que él no era el caballero que aparentaba ser. Hugh sería libre de cortejar a Caroline y llevársela a Glenmorval para plantar albaricoqueros mientras su padre y la señora Skene ascendían por las resbaladizas pendientes del mundo de la moda londinense. Nadie la extrañaría mucho y al menos tendría una vida que podría considerar suya. Incluso si en algún momento había partes desagradables y se quedaba sin vestidos bonitos o novelas nuevas, o incluso si llegaba a pasar hambre, al menos sabría que estaba labrándose su propio camino, por los medios que fueran.

Encontraría una ocupación. Quizá pudiera enseñar en una escuela... no, demasiado miserable. Podría ser criada: después de todo, había dirigido Glenmorval durante años sin sirvientes. Sabía exactamente cómo manejar un hogar. Ese era un plan tan bueno como cualquier otro, además de práctico. Las criadas siempre tenían habitaciones cómodas y los sirvientes capaces y honestos siempre eran apreciados por sus empleadores. Podría irse a Norwich o a Londres y se inscribiría en alguna agencia de servicio doméstico. Incluso se cambiaría el nombre. Se había hecho pasar por un hombre antes y podía hacerse pasar por una sirvienta de alto rango. Podría decirle a cualquier empleador que había trabajado para los Farquarson de Glenmorval, lo cual sería referencia suficiente. Si era necesario, podía falsificar una referencia de su padre, o incluso una de ella misma, en cuyo caso no sería una falsificación.

Estaba muy contenta con el plan que tejió. Decidió que iría poco a poco hacia el sur, siguiendo la costa a pie con su saco a espaldas y disfrazada de hombre una vez más. El clima seguía siendo bueno. Volvería a vivir su aventura. No veía hora para ponerse en marcha.

~

Después de un largo paseo matutino, Tom pasó el resto del día encerrado en su alojamiento, redactando y revisando una carta, un proceso miserable que parecía hacerse más difícil cuanto más se aplicaba. No había exagerado cuando le dijo a Griselda que solo escribía cartas por asuntos de negocios... y si bien el mensaje era indudablemente por un asunto de negocio, las palabras no fluían con facilidad. Después de todo, no se trataba de una misiva a su mayordomo en Priorscode para encargar un proyecto de drenaje.

Estaba escribiendo a Caroline, lo cual era acto sospechoso en sí mismo, pues sabía que haría mejor yendo a hablar con ella directamente en lugar de esconderse detrás de un escrito. Podía imaginar lo que Griselda Farquarson diría al respecto: «¡Qué cobarde esconderse detrás de un pedazo de papel!».

Leyó lo que había escrito hasta el momento e hizo una mueca. No importaba cómo lo expresara, era algo brutal.

Querida señorita Rufford:

le escribo para pedirle lo que nunca debería pedirse: en pocas palabras, que me libere de los términos de nuestro compromiso. Las circunstancias, tal como se han desarrollado, no pueden más que causarle sufrimiento, y eso es lo que deseo evitar por encima de todo.

En los últimos días he llegado a la conclusión de que no soy una persona adecuada para convertirme en su esposo. He descubierto defectos en mi carácter que me hacen incapaz de

asumir el papel que tan precipitadamente me ofrecí a desempeñar para usted y no puedo permitir que las cosas continúen de esta manera. Debe conocer qué clase de hombre soy en realidad. No soy ni constante ni honesto; soy débil de voluntad y complaciente conmigo mismo. En resumen, no soy digno de una mujer como la señorita Rufford.

No busco excusar mi conducta o mi carácter. Solo puedo esperar enmendar mis errores de alguna manera, una de las cuales es liberarla de cualquier obligación hacia mí.

No le pido que me libere por la oposición de ciertas personas ante usted. Sus afirmaciones han sido infundadas y puedo asegurarle que no contraeré ningún tipo de compromiso con lady Mary. No busco liberarme por cuestiones materiales, le ruego que lo comprenda.

Créame, señorita, lamento profundamente las circunstancias de esta misiva, así como también la angustia que inevitablemente debe causarle la misma.

*Como siempre, su devoto servidor,
Thomas Thorpe*

Gough entró y tosió para llamar su atención.

—Señor, ¿desea vestirse ahora? Me parece que le esperan en casa de lady Amberleigh para cenar.

—¿Qué hora es?

—A las tres, señor.

Tom se frotó el rostro. No había olvidado por completo que se había comprometido a cenar en casa de lady Amberleigh; más bien lo había relegado a un rincón de su mente en un intento de ignorarlo.

—¿Señor? —le llamó Gough, esperando su respuesta. Tom se miró las manos manchadas de tinta y luego la pila de papeles arrugados sobre la mesa.

—No me vestiré —dijo, levantando de nuevo su pluma y tomando un nuevo trozo de papel. Empezó a garabatear un mensaje, pues la pluma se le estaba gastando.

Sir Thomas Thorpe saluda a lady Amberleigh y las señoritas Rufford y Farquarson. Lamentablemente debe informarles de que se encuentra indispuesto y le será imposible acudir a la cena de esta noche.

Dobló la nota y la selló. Llegó a la conclusión de que algunas cartas eran más fáciles de escribir que otras: las que contenían mentiras y no la verdad.

—Lleva esto a casa de lady Amberleigh —dijo, entregando la misiva a Gough.

—Sí, por supuesto, señor. ¿Hay algún otro mensaje?

Tom cogió la carta para Caroline y se quedó pensativo un momento.

—No, Gough, por ahora no —dijo.

Gough se marchó y Tom dobló la carta, la selló y le puso la dirección. Aún no había decidido si era correcto enviarla. Su instinto le decía que sería más honorable presentarse ante Caroline la mañana siguiente.

Se levantó de la silla, entumecido por pasar tanto tiempo sentado. Dejó la carta en la repisa de la chimenea como *memento mori*, para obligarse a mantenerse firme y hacer lo correcto por una vez en la vida. Luego se volvió hacia la ventana, levantó la hoja y se asomó al pequeño balcón de hierro fundido que, siguiendo la última moda, decoraba la edificación. Una refrescante y penetrante ráfaga de aire marino lo envolvió y Tom se apoyó en el marco de la ventana, respirando profundamente y disfrutando del alivio momentáneo que le procuraba.

Miró hacia el mar, hacia la extensa playa de guijarros donde la otra noche había creído ver a Griselda vestida de hombre, antes de saber quién era. Ahora miraba esperanzado, con el deseo de

verla de nuevo y sentir hacia ella aquel arrebató de atracción sin complicaciones ni obstáculos.

Pero en el fondo sabía que era imposible, pues ella misma se lo había dicho.

Capítulo 11

—Necesito su ayuda, Thorpe —dijo Hugh Farquarson—. El Cielo sabe que ya estoy en deuda con usted, pero se trata de un asunto serio.

—Dígame —dijo Tom, ayudándole a sentarse en una silla—. Gough, tráele un poco de jerez al coronel. Tiene un aspecto terrible.

Tom estaba terminando de desayunar. Eran poco más de las nueve y había planeado visitar a Caroline de inmediato.

—Mi hermana se ha escapado —dijo Farquarson—. Otra vez.

Tom se sirvió una copa generosa de jerez a sí mismo y a Farquarson.

—Ya veo —dijo—. ¿Con algún hombre? —añadió tan inocentemente como pudo. Se preguntó si debía contárselo todo a Farquarson, pues era muy probable que ella hubiera huido por su culpa. Le asaltó la desagradable idea de que Griselda podría haber descubierto que estaba encinta. Bebió un buen trago de jerez.

—No —dijo Farquarson—. Bueno, sí. Es por padre. Mi padre ha decidido casarse de nuevo y Griselda, voluntariosa como de costumbre, muestra su descontento con la unión escapándose, primero aquí y ahora, bueno, quién sabe dónde. Necesito que me ayude a buscarla antes de que se meta en aprietos. Se cree muy fuerte, pero ignora muchas cosas del mundo. Me parece que se ha disfrazado de muchacho. Una presunción absurda.

—Ciertamente ayudaré. ¿Cómo sugiere dar inicio a la búsqueda?

—Yo iría en caballo, es más rápido, pero mi estado no me lo permite. Voy a alquilar un vehículo y seguir la carreta del correo a Norwich. Griselda se marchó ayer justo después de cenar. Mi tía y la señorita Rufford creyeron que se había retirado a la cama con dolor de cabeza. Puede haber tomado la carreta de la noche.

—O quizá vaya a pie —volvió a sugerir Tom, tan inocentemente como pudo.

—Es posible —admitió Hugh—. Aunque no parece probable, pues aunque es una buena caminante, no intentaría un viaje así a pie. Por otra parte, estamos hablando de mi hermana testaruda. Si es así, podría haber ido a cualquier parte.

—Tal vez haya ido en dirección a Londres, cruzando el campo —sugirió Tom.

—Sí, tal vez. Entonces, ¿podría intentar alcanzarla a caballo? Estará vestida escandalosamente, pero no creo que pueda confundirla por mucho tiempo.

—No, no tiene un rostro que uno pueda olvidar con facilidad.

—Gracias al Cielo —dijo Hugh—. Eso facilita enormemente nuestra tarea.

Tom asintió, terminó su jerez y envió inmediatamente a Gough para que ensillara y trajera a Juno.

—Y también el carruaje, Gough, para el coronel. Ah, y asegúrate de que la señorita Rufford reciba esto —añadió, tomando la carta de la repisa de la chimenea. Gough recibió la carta, luego se fue, y Tom tuvo un momento de intensa incomodidad sobre si aquello sería lo correcto. Pero al menos ella lo sabría, y eso era lo más importante.

—Es muy amable por su parte poner su carruaje a mi disposición —dijo Hugh.

—Irá mucho más rápido con mis caballos que con los cocheros de por aquí. Y Andrew, mi cochero, es un hombre sensato y astuto, precisamente el tipo de persona que se necesita en un caso como este.

Se separaron poco después: el coronel en el carruaje hacia Norwich por la carretera principal, mientras Tom recorría la costa con Juno, siguiendo su instinto de que Griselda no

querría perder el mar de vista para así guiarse hacia el sur.

Tom cabalgó con la sensación de haber recibido órdenes de su general. Se alegró de permitirse esta presunción porque le impedía pensar, al menos por un rato, en la razón por la que realmente perseguía a Griselda Farquarson por el campo. Pero no podía dejar de preguntarse por qué había huido. Dijera lo que dijera Farquarson sobre la aparente razón de Griselda para marcharse, Tom no podía evitar sospechar que él era el verdadero responsable. Estaba seguro de que ella debía estar escapando de él, y el pensamiento le resultaba insoportable.

~

Griselda sintió que la suerte estaba de su parte.

El primer día, a una o dos millas de Cromer, en la carretera de la costa hacia Yarmouth, un carretero con un carro vacío la llevó de buena gana a su pueblo, a cinco millas de distancia, sin pedirle nada a cambio, aunque ella se ofreció a pagarle. A cambio, el hombre le preguntó si sabía leer. El carretero la confundió, como ella esperaba, con un estudiante necesitado que se dirigía a Londres. Además, le pidió que leyera y explicara algunos documentos relacionados con el arrendamiento de su casa de campo. Griselda aceptó gustosamente, y se alegró de informarle que el casero que les había estado dando problemas no tenía derecho a hacerlo. El tejado era responsabilidad suya y no de ellos, por lo que escribió una breve nota exponiendo el caso y firmándola, con bastante orgullo, como *G. Nisbet, estudiante de Derecho, Edimburgo*. Nisbet era el apellido de soltera de su madre y su familia era de abogados.

El resultado fue una buena cena a base de pan, queso y cerveza que le ofreció la mujer del carretero, y también un espacio en el establo para dormir. Partió al amanecer, con el desayuno ya preparado por su amable anfitriona la noche anterior, sintiéndose satisfecha de su capacidad para vivir tan magníficamente gracias a su ingenio. El tiempo era perfecto para un viaje de esa índole: el comienzo del otoño mantenía el aire fresco y propicio para caminar, pero el sol continuaba brillando y el paisaje se mostraba suave y benevolente. No había montañas que escalar ni páramos desolados que atravesar. Si había que subir una colina, la recompensa era una vista agradable en la cima y un descenso fácil.

Hacia el mediodía del segundo día, Griselda disfrutaba de una de esas vistas. Se había detenido a comer lo que quedaba de pan con queso y algunas manzanas y moras que había metido en el sombrero. Se había salido de la carretera, un sendero pequeño y polvoriento, y disfrutaba de la vista desde la sombra de un magnífico roble. Se preguntó cuánto había caminado. Últimamente no había visto ninguna piedra miliar: la carretera era demasiado pequeña para tales marcas de civilización. De hecho, era un lugar tan tranquilo que se sorprendió al oír el trote de un caballo que subía la colina detrás de ella. Por curiosidad, se levantó y miró a su alrededor para ver quién pasaba. Esperaba un carro grande o un granjero solitario montado en su poni.

En su lugar, vio una yegua alazana, grande y hermosa, que reconoció demasiado bien.

Griselda se apresuró a recoger sus pertenencias. Cabía la posibilidad de que no la viera si permanecía el tiempo suficiente escondida entre la maleza cerca del árbol. Se agachó lo mejor que pudo, sin atreverse a asomarse. ¿Qué hacía él aquí? Estaba muy lejos de Cromer para estar montando a caballo por mero ejercicio.

Se dio cuenta de que debía estar buscándola.

El trote se detuvo y ella tragó saliva. Por supuesto que se había detenido para disfrutar la vista. Cualquiera lo haría. Volvería a bajar la colina en cualquier momento.

—Tranquila, preciosa —le escuchó decir, y luego se oyó el ominoso sonido de sus botas al

hacer impacto contra el suelo—. Juno, mi amor, es hora de que descanses. —Le oyó acariciar su flanco y acto seguido el relincho de agradecimiento de la yegua. Luego, el crujido de cascos y botas sobre la maleza mientras él la conducía hacia la sombra del árbol.

Se aventuró a levantar la cabeza levemente, sin atreverse a respirar. Afortunadamente no estaba muy cerca. Había elegido el otro roble, más joven, para atar a Juno. Entonces, como estaba acalorado, se quitó el abrigo de montar y lo tiró al suelo. Se alejó de Juno y contempló la vista durante un momento de brazos cruzados. Inmediatamente se volvió y Griselda temió que fuera a buscar su cuaderno de dibujo para sentarse y capturar el paisaje. Pero, en su lugar, se acercó al roble y, para horror de Griselda, procedió a desabrocharse los calzones.

Griselda miró hacia otro lado. No estaba más que a dos o tres metros, lo suficiente para oírlo todo.

Con los ojos cerrados y el rostro arrugado por la vergüenza, Griselda se agachó entre la maraña de arbustos y zarzas, aferrándose a su saco y con la mitad de una manzana sin comer a sus pies. Se maldijo por haberla tomado, como si fuera algo infinitamente más valioso que una manzana ácida. Estaba segura de que iba a caerse y rodar ruidosamente, así que tensó todos los músculos de su cuerpo para evitarlo. Sin embargo, el esfuerzo fue inútil: la manzana se le resbaló y rodó audiblemente por la larga hierba en dirección a donde Tom se encontraba.

—¿Quién está ahí? —gritó él, avanzando a largas zancadas entre la maleza hacia donde Griselda estaba. Tom miró hacia abajo. La vio. La reconoció.

No había más remedio que levantarse y correr. Había un seto con un paso delante de ella y se precipitó hacia él, aferrándose al saco como si fuera su propio hijo. Se lanzó a través del paso y comenzó a correr por el campo.

El terreno estaba lleno de piedras grandes; más que correr, danzaba sobre ellas. Era imposible conseguir velocidad, pues tenía que saltar de un lado a otro para esquivarlas. Inevitablemente, tropezó varias veces, pero el único consuelo era que Thorpe también debía de estar tropezando. Le perseguía, y tenía la ventaja de poseer unas piernas más largas que no habían caminado durante toda la mañana.

—¡No puedes correr para siempre! —vociferó él—. Es absurdo.

—¡Vete! —gritó—. No quiero que me rescaten.

Fue un error. Decidida a mostrarse desafiante, tropezó con una roca especialmente grande y cayó boca abajo. Su saco salió volando y no consiguió protegerse a tiempo. Se quedó tumbada un momento, sin aliento, con la sensación de que al menos debía de tener el tobillo roto, pues el dolor fue instantáneo y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sin embargo, tenía que levantarse y proseguir.

Luchó por ponerse en pie, pero de repente Tom estaba a su lado, intentando ayudarla.

—¡No! —exclamó ella, forcejeando para zafarse de su agarre. El dolor era agonizante, pero no tenía intenciones de ceder.

—Por todos los cielos —dijo, sosteniéndola por las muñecas—. Te has hecho daño. ¿Quieres...?

Ambos estaban de rodillas y luchaban entre sí. Él la sujetaba con fuerza por las muñecas y Griselda intentaba asestarle un puñetazo, con la esperanza de que la soltara. Finalmente lo consiguió: el resultado fue espectacular.

Su puño conectó con alguna parte de su nariz, haciéndole perder el equilibrio. Tom profirió un bramido primitivo y luego otro cuando su cabeza chocó contra una piedra grande y de aspecto muy sólido. Durante un largo segundo permaneció espantosamente inmóvil, con los ojos cerrados.

«Ay, lo he matado», pensó Griselda y avanzó tambaleándose de rodillas, pues no había manera de que se pusiera en pie. Se inclinó sobre el pecho de Tom y se sintió profundamente agradecida al oír los latidos de su corazón. Permaneció allí jadeando un momento o dos y luego él empezó a moverse. Griselda se incorporó y le soltó la corbata mientras él abría los ojos.

—Pero qué demonios... —dijo y seguidamente hizo una mueca de dolor—. Ah, cielos... — Se incorporó lentamente sobre un codo y se llevó la mano a la nuca—. Oh...

Tenía sangre en la mano.

—Oh, cielos —exclamó Griselda—. ¡Oh, no...!

Le ayudó a incorporarse un poco más y luego, cuidadosamente, le exploró la herida.

—No creo que sea muy profunda —dijo—. Al menos, eso espero.

—Bien —respondió Tom—. Porque no quiero morir en medio de un campo. ¿Cómo está usted, señorita Farquarson?

—No creo que pueda caminar —dijo Griselda—. Tampoco quiero morir aquí.

—No, eso sería un escándalo desagradable. Será mejor que revisemos si tiene algo roto.

—¡Ay! —Tom le había quitado la bota, lo que la hizo estremecerse de dolor.

—Seré lo más delicado que pueda —dijo, y le palpó delicadamente la pantorrilla y el tobillo. Ella tuvo que apretar los dientes—. No, no creo que requiera un fijador de huesos, gracias al Cielo.

—Le sangra la nariz —le dijo Griselda.

Tom se la limpió con la manga.

—No es nada. Me sucedía con frecuencia en Eton, pero es primera vez que una mujer es la causante. Le habría ido bien en Eton, señorita Farquarson. Tal vez estuvo allí... disfrazada.

—Estuve en Harrow —dijo Griselda.

Lentamente se puso en pie y se cernió sobre ella.

—¿Desea que la rescaten ahora? —preguntó, mientras se llevaba el pañuelo a la nuca.

—Desgraciadamente no tengo elección al respecto. Sí, gracias, señor, le estaría agradecido si me rescatara.

Tom sonrió, pero solo brevemente, y luego se quitó el pañuelo. Estaba empapado de sangre.

~

Tom no sabía cómo habían llegado a la posada. Transportar a Griselda por el campo ya había sido bastante complicado; era una suerte que fuera delgada, pero tenía la forma larga y robusta de un muchacho y eso la hacía pesada. Se sentía débil por el dolor y algo mareado. Se preguntó si volvería a desmayarse. Probablemente, lo mismo también preocupaba a la señorita Farquarson, pues le sugirió tomar las riendas de Juno.

—Estoy acostumbrada a montar de lado —dijo—. Solo necesito un pie.

Así que ella se acomodó en la silla, con la pierna dañada enganchada donde habría estado el pomo, y él le acortó el estribo antes de subirse detrás de ella.

—Hoy nada de saltos —le dijo, rodeándole la cintura con los brazos.

—No, creo que no —dijo Tom, y puso a Juno en marcha con paso firme.

No había ni una sola posada en el camino en millas a la redonda. Procedían con cautela, a paso de peatón, y su avance parecía interminablemente lento. El viento amainó y el día se hizo sorprendentemente cálido. O eso, o tenía fiebre. Llevaba una petaca de brandy en el bolsillo que le ayudó muy poco. Se vertió un poco en la cabeza, lo que hizo que, además de palparle, le escociese; luego obligó a la señorita Farquarson, que estaba un poco pálida, a beber un trago. Se atragantó.

Por fin llegaron a un pueblo con una posada grande y de aspecto respetable: la *Blue Bell*. De hecho, le habría dado igual que fuera la taberna más cutre de Inglaterra; solo anhelaba resguardarse del sol y tomar algo fresco. Ahora le dolía toda la cabeza, no solo la zona herida, y se sentía débil y con náuseas. Desmontar de Juno fue un acto poco elegante y un pueblerino de aspecto palurdo que estaba parado frente a la posada sonrió con satisfacción hasta que Tom le gritó que sujetara las riendas mientras él bajaba a Griselda.

No tenía fuerzas para llevar a Griselda en brazos y, en cambio, ella tuvo que saltar, apoyándose en él como una suerte de bastón humano, aunque uno inadecuado. Se desplomaron sobre la banca más cercana a la puerta de la sala de té y llamaron a alguien.

El posadero los miró con cierta desconfianza.

—Hemos tenido un accidente —dijo Griselda—. Desearíamos dos de sus mejores habitaciones, por favor.

—Solo nos sobra una habitación —respondió el posadero—. Esperamos una comitiva de Yarmouth más tarde.

—La tomaremos —dijo Tom. Ya no le importaba—. Y haga llamar a un cirujano. El más competente de la zona.

—Aquí no hay cirujano, sino en Cromer, señor. Hay un boticario en el pueblo vecino. Puedo enviar a alguien a buscarlo.

—Le estaría muy agradecido —dijo Tom, poniéndose de pie—. Muéstrenos la habitación, por favor. —Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, levantó a Griselda en brazos y la cargó como si fuera un saco de maíz. Ella no protestó.

La habitación era pequeña, calurosa y sofocante. Estaba dominada por una cama alta de roble viejo en la que apenas podrían caber dos personas de complexión pequeña que estuviesen íntimamente cerca. Tom depositó a Griselda en la cama y se percató de que el posadero seguía de pie en la puerta.

—Debe pagar la mitad ahora, si no es molestia, señor —dijo.

Tom sacó su monedero y le dio al hombre sus chelines.

—Asegúrese de que mi caballo esté bien atendido en el establo —ordenó Tom, y le cerró la puerta en las narices.

Cruzó la habitación y se subió a la cama junto a la señorita Farquarson.

—Lo siento, no hay otro sitio donde sentarse —dijo, y se hundió de nuevo en la única almohada—. Y debo recostarme. —Cerró los ojos—. Debemos mandar a llamar a Gough.

—¿Quién es Gough?

—Mi criado, mi aya, mi... —se rindió.

—Iremos a buscar a Gough —la oyó decir, y le acarició la frente con su mano fría—. Me ocuparé de ello.

~

Habían encontrado al boticario en el camino hacia el pueblo, cosa que Griselda agradeció. No por su propio bienestar, pues estaba segura de que su tobillo se curaría pronto, sino por la herida en la cabeza de Thorpe, que la preocupaba mucho. Parecía tener más dolor del que admitía, y yacía tan quieto y pálido en la cama junto a ella que comenzaba a alarmarse.

El boticario, el señor Harris, resultó ser un hombre sensato y alegre, que limpió y vendó la herida de Thorpe con pericia, le dio un somnífero, hizo que el posadero trajera más almohadas y disipó los temores de Griselda sobre cualquier daño duradero.

—Su esposo no tardará en recuperarse —dijo Harris. Griselda miró a Tom, sorprendida por

la suposición del boticario, pero él estaba demasiado somnoliento para darse cuenta—. Ahora, veamos qué podemos hacer por su tobillo, señora. —Se alegró de que no mencionara su extraña vestimenta; no podía tratar a muchas damas vestidas con pantalones—. Haré que le preparen una cataplasma. Y le recomiendo que tome usted también un poco de la infusión medicinal que le haré. Sentirá dolor por un tiempo, así que será mejor que duerma.

—Sí, por supuesto. ¿Podría llevar un mensaje por mí? —preguntó Griselda—. Es para el criado de sir Thomas Thorpe, Gough, en Cromer, alojado en...

—El número 12 de Marine Terrace —murmuró Thorpe, con la voz adormecida por el sueño—. Pídale que alquile un carruaje y que venga cuanto antes.

—Enviaré a mi criado con el mensaje —dijo el señor Harris—. Esté seguro, sir Thomas y señora.

Se retiró para preparar la cataplasma, dejando a Griselda con una taza de infusión medicinal para dormir.

—Cree que estamos casados —dijo Griselda.

—Tendremos que estarlo después de esto —murmuró Thorpe y luego se quedó dormido.

El señor Harris volvió y le vendó el pie con la cataplasma fría, y luego entró una doncella con unas almohadas extra para que pudiera apoyar el pie en ellas. Luego, a solas con Thorpe, se quitó con dificultad los pantalones —lo cual no resultó tarea sencilla con un tobillo vendado—, sacó su camisión del saco y se lo puso. Si el mundo se inclinaba a creer que era lady Thorpe, al menos debería tener una apariencia más ordinaria.

Griselda como lady Thorpe. No era el papel que había planeado. Se bebió el somnífero y, después de apoyar el pie sobre las almohadas, se recostó una vez más para compartir la cama con
Tom Thorpe.

Capítulo 12

La estaba besando. No en los labios. No, le besaba la espalda. Le había bajado el camisón por los hombros y le estaba besando la espalda desnuda; al hacerlo, le acariciaba los costados y luego se acercó y le acarició los pechos desnudos. La camisa se le cayó al suelo. Ahora él estaba presionado a ella, cuerpo contra cuerpo: estaba tan desnudo como ella y su cuerpo era cálido, firme y musculoso. La estrechó entre sus brazos y la mecía de un lado a otro, con una suave urgencia que hizo que su propia necesidad aumentara de forma explosiva. Le enterró la cara en el pelo, le besó los lóbulos de las orejas mientras sus manos le rozaban el vientre y empezaban a explorar más y más abajo...

Griselda se despertó sobresaltada. La habitación estaba a oscuras. Por un momento se sintió completamente confusa, incapaz de comprender dónde estaba. Extendió los brazos y golpeó a Thorpe, quien murmuró y acto seguido se despertó.

—Disculpeme —dijo ella, enderezándose, alarmada por la cercanía que mantenían—. Lo siento. —Casi le pareció que se estaba disculpando consigo misma por haber tenido un sueño tan sorprendentemente agradable.

—Estaba medio despierto, de todos modos —dijo—. Bueno, esta vez no se ha escapado.

—¿Cómo podría?

Los ojos de Griselda se acostumbraron a la oscuridad.

—Me pregunto qué hora será —dijo él—. Tengo un hambre voraz. ¿Tiene hambre?

—Sí, y también sed.

—Entonces tendremos que hacer algo para corregirlo —dijo Tom, sentándose—. Me pregunto si habrá una vela en esta habitación.

—Hay una a su lado, sobre la mesa. Y una caja de yesca también, me parece. ¿Se siente mejor?

—Mucho mejor, gracias —dijo, buscando a tientas la caja de yesca. Encendió una llama—. ¿Y usted?

—Mejor, gracias.

Encendió la vela y miró a la muchacha. Tom frunció los labios en una sonrisa fugaz, pero luego apartó la mirada. Griselda se alegró de que lo hubiera hecho, porque se dio cuenta de que su camisón estaba mal colocado. Rápidamente se arregló.

Tom se levantó de la cama y buscó su reloj en el chaleco.

—Son casi las ocho. Debo ir a ver si nos traerán algo de cenar. ¿Le apetece un poco de vino?

—Un poco de té —dijo Griselda—. Si es tan amable, sir Thomas.

Tom se sentó en la única silla disponible y se calzó las botas. Griselda apoyó la almohada contra la pared, pues no había cabecera en la cama e, incorporada a medias, le observó mientras se ponía el abrigo. Se estremeció de repente, pues el calor del día había desaparecido por completo y ahora, privada de su cálido cuerpo a su lado, sentía el frío de la noche.

—Necesita una frazada —observó Tom.

—Me bastará con mi tartán —replicó Griselda, señalando el contenido amontonado de su saco, que había tirado al suelo.

Tom cogió la tela escocesa y se la puso por encima.

Griselda le agradeció. Una parte de sí, que seguía sumida en la fiebre de aquel sueño, deseó que él hiciera más. Por un momento deseó que la besara, sobre todo cuando él prolongó su

presencia junto a ella más de lo necesario y la miró directamente a los ojos. Sin embargo, Tom tomó la otra vela de la repisa de la chimenea, la encendió junto a la cama y, sin decir palabra, salió de la habitación.

Volvió con una criada que llevaba una bandeja. La mujer tenía las mejillas sonrosadas y estaba algo nerviosa.

—Le traeré té en cuanto pueda, señora —le dijo a Griselda—. Abajo tenemos una gran comitiva y los invitados son muy exigentes. Pero aquí tiene cerdo asado, patatas y zanahorias para usted, y también una buena tarta de natillas.

—Y una botella de clarete —añadió Thorpe, blandiendo una botella y dos vasos.

La criada dejó la bandeja a los pies de la cama y se retiró.

Comieron de manera poco refinada, principalmente con los dedos, y Thorpe acercó la silla al lado de la cama. Parecía lo más práctico en esas circunstancias. Griselda estaba tan famélica que no le importaba lo que él pensara de sus modales, y a juzgar por la forma en que él devoraba la carne, a Thorpe tampoco le importaba.

—Entonces —dijo, con la boca medio llena—. ¿Por qué escapó realmente? No estará encinta, ¿verdad?

Griselda se quedó tan perpleja que se atragantó y balbuceó con el pedazo de corteza de cerdo en la boca.

—¿Cómo dice? —alcanzó a decir Griselda. Tom estaba desgarrando una loncha de cerdo con los dedos y no levantó la vista—. ¿Qué ha dicho?

—Le he preguntado: ¿está encinta?

Griselda tragó el bocado de corteza y cogió su copa de vino. El tono de naturalidad del hombre era extraordinario.

—Me pregunto cuántas veces le habrá hecho esa pregunta a alguna pobre desgraciada.

—Nunca —replicó Tom—. Nunca he concebido un hijo ilegítimo. No que yo sepa, al menos, y no tengo intención de engendrar uno ahora. ¿Está esperando un hijo, señorita Farquarson? ¿Es por eso que huyó?

—No —contestó ella—. No debe preocuparse por eso. —Vio cómo el alivio cruzaba el rostro de Thorpe mientras se bebía toda su copa de vino. Ligeramente ofendida, no pudo evitar añadir—: Al menos, no lo creo.

Él dejó la copa y se frotó la cara.

—Es demasiado riesgo de cualquier manera —concluyó después de un momento, luego la miró—. Me pregunto cómo conseguiremos una licencia.

—¿Una licencia?

—Una licencia de matrimonio. Leer las amonestaciones llevaría tres semanas.

Griselda se recostó en el almohadón y miró el techo de yeso agrietado.

—¿Me está proponiendo matrimonio, sir Thomas? —inquirió al fin.

—Así es.

—Cielos —dijo ella—. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo puede...?

—Porque no tengo alternativa en este asunto. Si está encinta...

—¿Cree que accederé a casarme en esas condiciones? —preguntó Griselda, incrédula—. ¿Porque existe la posibilidad de estar embarazada?

—Tendrá que hacerlo —afirmó Tom—. Tampoco tiene elección al respecto. ¿De verdad está dispuesta a traer al mundo un hijo ilegítimo, señorita Farquarson?

—Lo que yo haga solo me incumbe a mí —dijo ella, arremangándose el tartán y apartando la mirada—. ¿Por qué de repente le importa tanto, sir Thomas? No parecía importarle cuando nos

conocimos, y desde entonces tampoco ha mostrado la menor inclinación a comportarse de manera honorable hacia mí. ¿Por qué ahora?

—Probablemente porque el golpe a la cabeza me ha hecho entrar en razón.

—Los Amberleigh le llevarán a juicio —señaló Griselda—. Y Caroline le odiará, así como me odiará a mí también.

—Prefiero eso que arruinarla por completo —dijo Tom, levantándose—. Voy a llamar al párroco. Con suerte, podrá casarnos por la mañana.

—Haga lo que le plazca —dijo Griselda—. Yo no lo haré. Usted es el último hombre con el que soñaría casarme.

—¡Por el amor a la bondad, señorita Farquarson, sea sensata! —rogó él—. Debemos vivir con las consecuencias de nuestros actos, y dado que yo la he seducido, debo casarme con usted. ¿Qué preferiría que le propusiera: permitir que se quede en Putney siendo la señora Thorpe? Eso podría complacer sus extrañas ideas, pero no aliviará mi conciencia.

—¡El matrimonio no debería ser cuestión de aliviar conciencias! —exclamó Griselda—. Y pido al cielo no ser la clase de mujer con la que sienta la necesidad de comportarse honradamente. Al menos, si fuera su amante, podría robarle su dinero y huir de nuevo.

—Y acabar en la calle como una vulgar prostituta, sin duda —replicó Thorpe.

—Lo cual no le remordería tanto la conciencia, diría yo. No, es solo porque soy la hija de los Farquarson de Glenmorval que siente obligación de desposarme. No querría casarse conmigo si fuera una criada a la que hubiera seducido, ¿no es así?

Había dado en el clavo. Pudo ver la incomodidad en el rostro de Tom, quien se apartó de ella y recogió su sombrero.

—Voy a buscar al párroco —dijo y se marchó.

~

—Dígame, sir Thomas —dijo el reverendo doctor Hopkins—. ¿Ama usted a esta joven?

La silla del estudio de Hopkins era adecuadamente rígida. No había fuego y no le habían ofrecido un vaso de vino. Tom volvió a sentirse como cuando era estudiante. El director, un caballero recto y digno de sesenta años, tenía el tipo de ojos capaces de fustigar hasta la conciencia más intachable.

—¿Qué es el amor? —respondió Tom—. A decir verdad, señor, no lo sé. Pero ese no es el problema. He hecho mal y debo enmendarlo. ¿No pensará que no debo casarme con ella?

—No. No tiene otra posibilidad. Hablo por preocupación por la joven, quien sin duda estará enamorada de usted.

—No lo creo —dijo Tom—. De hecho, no está dispuesta a casarse.

—Entonces, ¿cómo la llevará frente al altar? —cuestionó Hopkins, tomando su pluma.

—Entrará en razón, espero.

—Los matrimonios pueden existir sin amor, matrimonios buenos —afirma el reverendo—. Pero donde hay acritud y resentimiento no puede haber felicidad. Por el bien de su futuro, espero que pueda sentir suficiente benevolencia y afecto por esta joven.

—Así lo haré —aseveró Tom con sinceridad.

—Existe el peligro en estos casos, y espero que no le importe que le hable con franqueza, sir Thomas, pues intuyo que está usted verdaderamente arrepentido..., cuando se forja una unión mediante la seducción, de que el marido acabe resentido con su mujer y, como resultado, vuelva al camino del libertinaje. ¿Me promete que se esforzará por serle fiel y no quebrantar los votos sagrados que hará ante el Cielo?

—Haré todo lo posible, señor —dijo Tom.

—Entonces los casaré mañana —respondió el reverendo, y empezó a escribir la licencia.

Tom regresó a la posada con la licencia en el bolsillo, sin sentirse para nada como un novio saboreando su última noche de libertad. Estaba agotado y necesitaba un trago de brandy. Decidió postergar la discusión con la futura lady Thorpe, pues sus palabras habían sido demasiado lacerantes y concretas, y no tenía fuerzas para defenderse. Así que se acomodó junto al fuego en la sala común, esperando que ella entrara en razón y viera que aquel era el único camino factible.

—¿Tomará un trago conmigo, señor?

Tom levantó la vista del fuego, apenas de humor para la sociabilidad de un salón de posada.

—Le agradezco la invitación, pero esta noche no soy una compañía grata —replicó.

El caballero que se dirigió a él era alto y vestía con mucha elegancia: portaba un abrigo de montar con un buen corte y un chaleco a rayas espléndido. Tenía el pelo largo, canoso y revuelto, peinado hacia atrás sobre la frente, y la clase de rostro que no desmerecería el busto de mármol de un patricio romano.

—Entonces, permítame que le saque de la melancolía —dijo el caballero. Sonaba bastante ebrio, pero no de una forma desagradable—. Porque no soporto ver a un joven en la flor de la vida, melancólico como una vieja esposa junto al fuego. Vamos, señor, tome un vaso de *usquebaugh*, de whiskey, conmigo.

—Quizá tenga la sabiduría de la edad de su lado —dijo Tom, señalando la silla vacía.

—Es un gran cumplido —dijo el caballero, sentándose frente a él—. Y encontrará que el *usquebaugh* le vendrá mucho mejor para el humor que su brandy francés.

—Nunca lo he probado —dijo Tom.

Aquello hizo al caballero centellear de gusto.

—Ustedes los ingleses no saben disfrutar la vida —dijo, sirviendo dos generosas dosis de la botella que había traído—. A ver qué le parece.

—A su salud —dijo Tom y acto seguido se bebió el whisky de un trago. Sin duda era muy diferente del brandy: áspero, feroz e innegablemente estimulante. «Un poco como Griselda Farquarson», pensó, mientras saboreaba el ardiente sabor que le dejaba en la boca.

—Espléndido —dijo el caballero y se bebió su vaso—. Ahora otro, por las damas —dijo, sirviendo dos tragos más—. Bendiciones.

—Por las damas —repitió Tom, sonriendo irónicamente.

—Otro más —dijo el caballero en el momento en que posaron los vasos sobre la mesa. Tom no protestó cuando volvieron a llenarlos—. ¿Por qué cosa brindamos, señor?

—Usted es mi anfitrión —dijo Tom.

—¡Entonces brindemos por el matrimonio!

Tom se quedó mirándolo.

—¿El matrimonio? —dijo este último. ¿Cómo lo sabía?

—Sí, ese bendito estado. ¿Está casado, muchacho?

—No, todavía no —dijo Tom con alivio—. Pero lo estaré pronto, muy pronto. Mañana, de hecho.

—¿Mañana? —repitió el caballero—. Pues que me parta un rayo. Y está usted sentado aquí con esa cara tan larga. No puedo creerlo. ¿No es atractiva acaso?

—No, no precisamente —dijo Tom. Era más que eso. Bonita era una palabra demasiado simplista para describir a Griselda.

—¿Es rica, entonces?

—No, no exactamente. —De hecho, Tom se dio cuenta de que no tenía ni idea de si sus

bienes mundanos se extendían a algo más que esos viejos pantalones.

—Entonces, ¿le ha atrapado?

—No, ni mucho menos.

—Es un matrimonio extraño entonces, si me permite decirlo, muchacho.

—Ciertamente, lo es.

—Bueno, le deseo que sea muy feliz con su dama, señor. Porque yo mismo estoy recién casado y puedo recomendárselo de todo corazón.

—Enhorabuena —dijo Tom levantando su copa.

—Es el paraíso —continuó el caballero—. Estoy en mi segunda infancia. Es la criatura más hermosa y lasciva que un hombre pueda desear, si no es que más. También dispone de veinte mil esterlinas al año, pero eso es irrelevante. Me habría casado con ella si su única pertenencia fuese su camisón.

—¿Su camisón? —preguntó Tom.

—Su ropa íntima, hombre —dijo el caballero con un guiño—. Y también le queda muy bien.

—Estoy seguro de que así es —dijo Tom—. Mis saludos a la señora...

—Lady Farquarson —dijo el caballero.

A Tom se le cayó el vaso de la mano.

~

Sin quererlo, Griselda había vuelto a dormirse cuando Tom irrumpió en la habitación.

—¡Despierte! —le dijo, sacudiéndola.

—¡Estoy despierta, gracias! —dijo—. ¿Qué pasa?

—Acabo de conocer a su padre —dijo Tom.

Apestaba a whisky.

—Está borracho —dijo—. Y ciertamente equivocado.

—No, me temo que no. Solo he estado brindando con él. No hay ningún error. Ojalá lo hubiera, pero...

—No puedo creerlo —dijo Griselda—. ¿Qué diantres está haciendo aquí?

—Está en su viaje de bodas, aparentemente. Navegó a Yarmouth desde Leith.

—No —dijo Griselda, sacudiendo la cabeza—. No, no puede ser. —Se cubrió la cara con las manos y gimió—. Y con esa mujer, de todas las personas.

—¿Y qué hacemos? —dijo.

—¿Qué hacemos? —repitió ella, mirándole con incredulidad—. Es usted el que toma todas las decisiones. No tengo la menor idea de lo que debemos hacer.

—Afortunadamente, no sabe quién soy —dijo—. Solo conseguí escapar a duras penas. Quería pedir otra botella de whisky para celebrar mi matrimonio inminente.

—¿Le ha dicho que se iba a casar?

—Sí, pero no con usted.

—Menos mal, porque no nos casaremos aunque haya conseguido su preciada licencia.

—Oh, creo que lo hará —dijo—. Si llega a encontrarla aquí...

—No hay razón para que me encuentre, ¿verdad? Tendremos que esperar hasta que partan hacia Cromer por la mañana.

En ese momento se oyeron pasos en el rellano, acompañados de una voz muy familiar que decía: —¿Dónde se ha metido, joven? Salga a saludar a lady Farquarson. Aún no se ha ido a dormir y querrá desearle buena suerte al novio.

El hombre empezó a aporrear varias puertas. Griselda se quedó paralizada y miró fijamente a Thorpe.

—¡Rápido, cierre la puerta! —susurró.

Pero Thorpe actuó muy lento. La puerta se abrió de golpe y sir George entró. Thorpe se interpuso a los pies de la cama tratando, aunque débilmente, de ocultar a Griselda.

—Ajá, conque la novia está aquí con usted —dijo sir George, muy divertido—. Permítame verla, señorita. No hay necesidad de tener miedo. Soy escocés, tengo una visión liberal de estas cosas. Si es que usted es la novia, claro...

Entonces, soltando una carcajada, le dio una palmada en el hombro a Thorpe y luego lo empujó con fuerza para hacerlo a un lado.

—Buenas noches, padre —dijo Griselda, que decidió que no la iban a descubrir con expresión de culpabilidad en el rostro—. Qué alegría verte.

—¡Que el diablo me lleve! —exclamó sir George. Luego su asombro se transformó en justa indignación—. ¿Qué estás haciendo aquí, Griselda? ¿Y quién es usted, si es que puede saberse, señor?

—Sir Thomas Thorpe, a su servicio —dijo Thorpe.

—A mi servicio: ¡lo dudo mucho! ¡Me está robando la hija, maldita sea!

—Nadie me está robando, padre —dijo Griselda, tan implacablemente como pudo—. Jamás lo permitiría.

—¡Pero te casarás con él por la mañana, pequeña ramera! —gritó—. E imagino que te ves en la obligación de hacerlo, ¿verdad?

—Puedes pensar lo que quieras, padre —dijo Griselda, cubriéndose con su tela escocesa, pues era consciente de que el camisón volvía a caérsele de los hombros—. Si me crees capaz de semejante comportamiento, pues piénsalo. Yo tengo la conciencia tranquila.

—Claro que lo creo, insolente —dijo—. ¡Te veo sentada ahí en tu camisón! Así que es por esto que has escapado. Sabía que habría un hombre en alguna parte del cuento.

—Georgie, Georgie, ¿qué alboroto es este? ¡Vas a despertar a toda la posada!

La nueva lady Farquarson se acercaba por el rellano llevando una vela en mano.

—¡La he encontrado, Maggie! He encontrado a esa desobediente a la que me avergüenza llamar hija.

—¿La señorita Grizzy? —inquirió lady Farquarson entrando a toda prisa. Vestida con la sencillez de su camisón, gorro y chal, no parecía estar muy a la moda—. Buenas noches. ¡Vaya! Me atrevo a decir que están tan sorprendidos de vernos como nosotros de verlos a ustedes.

Se había expresado civilizadamente, y Griselda se sorprendió.

—Sabía que venía a Cromer —consiguió decir la muchacha, y añadió—: Señora mía.

—Nunca me acostumbraré a ese tratamiento. Ahora, Georgie, ¿qué es todo este bullicio?

—¿No lo ves, querida? Se está fugando con este tipo.

—No parece estar precisamente en condiciones de consumir nada —dijo lady Farquarson con calma—. ¿Qué se ha hecho en el tobillo?

—Tuve una caída.

—No fue una simple caída, ¿no es cierto? —dijo sir George—. Ahora explíquese, señor —dijo, volviéndose hacia Thorpe—. ¿Niega usted que se va a casar mañana?

—No. Y será con su hija. No puedo negarlo.

—¿Y qué le hace pensar que puede prescindir de la cortesía común de pedir permiso al padre? ¿Y que el matrimonio se lleve a cabo de una manera tan condenadamente clandestina, nada apropiada para una hija de Farquarson de Glenmorval? ¿Qué le hace ser tan insolente con

ella, muchacho, si no la ha arruinado ya? Hay una expresión culpable en sus ojos, si no me equivoco. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Sir Thomas Thorpe —contestó Griselda.

—¿Y quién puede ser usted, sir Thomas Thorpe, para que yo crea que es un caballero digno de mi hija? ¿Qué tiene a su nombre, señor?

—¿No será de casualidad de los Thorpe de Priorscode? —inquirió de pronto lady Farquarson.

—Sí, señora.

—Bueno, no tienes por qué preocuparte por eso, Georgie —tranquilizó lady Farquarson—. Mi prima segunda Jeanie está casada con su antiguo tutor, me parece. ¿Recuerdas, Georgie, a aquel coadjutor astuto que se consiguió en Bath? El señor Clarke. Se jactaba de haber estado al servicio de sir Francis Thorpe.

—¿Conque eso fue de él? —preguntó Tom—. Sin faltar al respeto a su primo, señora, pero era un sujeto odioso.

—Y me atrevo a decir que merecía usted todos los azotes que le ha dado —dijo sir George—. Porque parece que ahora es un triste libertino.

—Tranquilízate, Georgie, no lo tomes así —dijo lady Farquarson—. No es como si tu hija fuera a casarse con un mendigo por la mañana. No podría haberse casado con un hombre mejor ni porque la hubieras estado animando y presionando. Será una dama noble por derecho propio, y puesto que no tienes nada que aportar al matrimonio, deberías considerarte bendecido por haber conseguido un partido tan bueno como sir Thomas Thorpe. Porque tiene bolsillos tan largos como sus piernas.

—¡Pero es la manera de hacerlo, Maggie, es la manera! —se quejó el padre—. Es una desgracia.

—Bueno, entonces lo haremos de esta forma —dijo lady Farquarson—. Puedes entregarla tú mismo por la mañana. ¿Qué podría ser más respetable que eso? Y si no estás demasiado borracho, puedes redactar un acuerdo entre ambos y hacer que el posadero lo atestigüe. Puedes darle los cinco mil que decidimos para ella junto con mi bendición, Georgie. Detesto ver a la muchacha con las manos vacías.

—Cinco mil libras, Maggie, ¿estás loca?

—Quizá, Georgie, pero es tu única hija y me gustaría hacer algo considerado por ella. ¿Me lo permites, querida? —dijo, volviéndose hacia Griselda—. Sé que piensas que soy una vieja y vulgar esposa, pero debo querer a la gente de mi marido como si fuera la mía propia.

—¿Lo ama usted, señora Skene? —Griselda se encontró preguntando.

—¡Claramente, querida! ¿Crees que me habría casado con semejante viejo loco y cascarrabias si no lo hubiese amado?

—Oh, entonces lo lamento, lo lamento tanto. Pensaba que... —Griselda se interrumpió y se miró los dedos.

—Ya, ya, eso no importa. Lo que importa es que tenemos un matrimonio que celebrar mañana. Vamos, George, deja que el muchacho le dé las buenas noches a su señora en privado.

Cogió a su marido del brazo y lo condujo fuera de la habitación.

—No se tarde demasiado, sir *Tam* —gritó George cuando la puerta se cerró tras ellos.

—¿Y ha huido para impedir que se casara con ella? —dijo Thorpe incrédulo.

—Parecía diferente entonces —se explicó Griselda—. Extremadamente vulgar. Y estaba convencida de que únicamente se casaban por conveniencia.

—¡Si eso es vulgaridad, entonces no me interesa ser noble! —dijo Tom—. Es una mujer

absolutamente maravillosa. Darle cinco mil libras en estas circunstancias... bueno, es casi una santa.

—Ojalá también me diera las cinco mil libras si no decidiera casarme con usted —dijo Griselda impetuosamente.

—No sea necia —dijo Tom—. No puede huir de esta situación. Una vez que su padre y yo hayamos firmado un acuerdo, no habrá marcha atrás.

—Ah, sí, ¿y si le hablo de Caroline y lady Mary?

—Eso no importará una vez que la ceremonia haya terminado. Si lord Amberleigh y Wansford deciden demandarme, pueden hacerlo. Y si pierdo y debo pagar daños y perjuicios, al menos sabré que he cumplido con mi deber para usted.

—¿Así que está convencido de que perderá?

—Le he pedido a la señorita Rufford que se casara conmigo, sí. Merezco pagar por eso. Pero no permitiré que se arruine su vida, Griselda Farquarson. No me importa si la gente piensa que soy un hombre que no cumple con su palabra. Es mejor que esté a salvo.

—¡Esto no es lo que quiero! —protestó ella—. Y no creo que sea lo que usted quiere, tampoco.

—No siempre podemos tener lo que queremos. Es un hecho de la vida. —Tom levantó el pestillo y la dejó en su habitación.

Capítulo 13

—¿No vas a ponerte eso? —preguntó lady Farquarson. Había enviado a su criada a ayudar a Griselda a vestirse y luego, sin poder resistirlo, había entrado para ver cómo había progresado su arreglo—. No puedes casarte vistiendo ropa vieja. Traería mala suerte. Ahora, Susan, ve a buscar mi abrigo de terciopelo y mi sombrero... y también ese vestido de tussord al que la señora Preece le hizo la falda demasiado larga... Fue una fortuna que lo hiciera de esa forma, aun cuando me enfadé mucho con ella por ello. Llegaré a la iglesia con un aspecto decente, señorita Grizzly.

Sentada en la dura silla al centro de la habitación, vestida únicamente con su camisón, Griselda hacía un esfuerzo poco entusiasta por peinarse.

—Luces tan pálida como una sábana, querida. No hay nada que temer, te lo aseguro —lady Farquarson cogió suavemente el peine de la mano de Griselda y delicadamente comenzó a desenredar los nudos en su cabello—. Oh, tu padre estaba equivocado. No existe necesidad de que te precipites al altar, puedo verlo a simple vista. Te entregarás a sir *Tam* esta noche, ¿no es así?

—Es usted muy amable por pensar tan bien de mí —dijo Griselda, tratando desesperadamente de reprimir el sollozo que le subía a la garganta—. No quiero casarme con él, y él tampoco quiere casarse conmigo.

—¿Y qué te hace pensar eso? —dijo ella.

—Porque no me quiere —dijo Griselda—. Solo se casa conmigo para evitar que mi reputación se arruine.

—Eso parece amor —dijo lady Farquarson—. Pero ¿quién soy yo para decirlo? No estoy instruida en esta materia como lo está usted, señorita Grizzly.

—No es amor —espetó Griselda, mirando su reflejo en el ennegrecido espejo que estaba sobre la mesa frente a ella.

—¿Y sabes lo que es el amor? —preguntó lady Farquarson.

—No, ese es el problema.

—Bueno, si aceptas el consejo de una vieja tonta, yo diría que podrían haberte sucedido cosas peores que tener que casarte con él. Es un hombre valiente con un buen corazón y está dispuesto a casarse. Si no te quiere ahora, te querrá cuando te vayas al lecho con otro joven que lo remplace. Así es el mundo. No es lo que se dice romántico, pero es como funciona.

Griselda se estremeció. Muchas veces se había preguntado cómo sería la mañana de su boda, porque, a pesar de toda su arrogancia, había pensado en el matrimonio como cualquier otra muchacha. Nunca se había permitido pensar que no se casaría por amor, pero parecía que estaba a punto de hacer exactamente eso. Estaba a punto de apropiarse de un barón y toda la riqueza y consecuencias que ello conllevaba. Se convertiría en lady Thorpe, una muchacha que había aceptado contraer un matrimonio de conveniencia con el propósito de salvar su pellejo. Lady Mary y la querida Caroline, que tenían mucho más derecho sobre él, se verían apartadas bruscamente. Pues ella, con su conducta, había ganado inadvertidamente un juego en el que nunca había planeado participar: la lotería matrimonial. Y lo había hecho haciendo trampas, comportándose como nunca debería comportarse una persona decente. Una señorita de salón desalmada e intrigante no podría haberlo hecho mejor.

—No, no puedo hacerlo, no puedo —dijo.

—Debes hacerlo, de lo contrario lo decepcionarás —dijo lady Farquarson—. Y a tu padre

también. Ya se habituó a la idea de que su hija se case con un hombre que vale cuarenta mil libras al año.

—¿Cuarenta mil? —A Griselda se le secó la garganta—. Pensé que era dueño de alguna propiedad, pero...

—¿No sabías que tendría tanto? —inquirió lady Farquarson, negando con la cabeza y sonriendo—. Eres una muchacha muy afortunada. Ah, Susan, aquí estás. Ahora, ¿crees que podamos darle un poco de estilo a la señorita Grizzy? Está teniendo un ataque de nervios y necesita sentirse lo más hermosa posible para su hombre.

—Ya es usted muy bella, señorita Grizzy —dijo Susan—. ¿Y por qué habría de estar nerviosa? A ese sir *Tam* me lo llevaría yo misma en un santiamén, es muy guapo.

—No es para gente como tú, Susan, no seas una descarada —espetó lady Farquarson, envolviendo a Griselda en el abrigo de terciopelo rojizo—. Ya está, pensé que ese color te quedaría bien, porque resalta el verde de tus ojos.

~

—Griselda Anna, ¿desea aceptar a este hombre como su legítimo esposo, prometiendo siempre serle fiel, en el dolor y en la felicidad, en la salud y en la enfermedad, obedeciéndolo, sirviéndolo, amándolo, y honrándolo hasta que la muerte los separe?

La iglesia era enorme, considerando el tamaño del pueblo, y la diminuta comitiva nupcial casi no se notaba dentro de ella. Pero el reverendo Samuel Hopkins estaba acostumbrado a la dimensión del lugar, así que leyó la misa en voz alta a una congregación numerosa pero invisible. Estar próximo a él en la escalinata del presbiterio implicaba ensordecerse. Debido al problema con su tobillo, a Griselda se le había permitido sentarse en un taburete, y sintió que la pregunta, que debería ir dirigida a ella, en realidad iba dirigida a los monumentos funerarios que poblaban el extremo este de la iglesia. Estaba esperando que otra Griselda respondiera con un «sí, quiero», porque le pareció haber perdido la voz. No creía poder pronunciar las palabras.

El «sí, quiero» de Thorpe había sido tranquilo pero firme. Había hablado con voz grave y convenientemente arrepentida, con la cabeza inclinada para no verse más alto que el clérigo. Ahora era su turno.

Griselda miraba sus manos enguantadas, entrelazándolas para que nadie viera como estaba temblando. La cofia que lady Farquarson le había prestado era de ala ancha y por eso no podía ver bien la expresión de Thorpe. Pero podía percibirlo, sentía su fuerza masculina, y la perfección de aquel cuerpo largo y delgado, percibía todo lo que le atraía de él, que le había hecho tirar la cautela al viento.

¿Obedecerle, servirle, amarle, honrarle y mantenerle? Las palabras resonaban una y otra vez en su cabeza. ¿Sería capaz de hacer todo eso? Prometerle tantas cosas a alguien a quien a duras penas conocía, o peor aún, prometerlo cuando a duras penas se conocía a sí misma.

—¿Señorita Farquarson? —La incitó el clérigo.

Oía a su padre moverse con impaciencia a su lado. Realmente no tenía elección, existía una posibilidad de que estuviera encinta, tal y como Thorpe temía. No tenía derecho a arruinar la vida de un niño, fueran cuales fuesen sus escrúpulos. Tendría que hacer todo lo posible por cumplir su promesa.

—Sí, quiero —respondió ella.

Su padre suspiró aliviado.

—¿Quién entregará la mano de esta mujer para desposar a este hombre? —preguntó el doctor Hopkins.

—Lo haré yo —respondió sir George con entusiasmo, sosteniendo la mano a Griselda para tendérsela a Hopkins, quien luego se la ofreció a Thorpe. Él se quedó inmóvil por un momento, sosteniendo la mano ofrecida como si fuera una bomba, mientras miraba al clérigo. Entonces, inesperadamente, se volvió y se arrodilló a su lado, de modo que su cara quedó a la altura de la de ella. Y la miró a los ojos, con una intensidad tan solemne que hizo que Griselda comenzara a temblar.

—Yo, Thomas Francis, te acepto a ti, Griselda Anna, como mi legítima esposa, para estar y permanecer contigo desde hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe, de acuerdo con la sagrada ordenanza; y a ello te juro mi fidelidad.

¿De qué forma habría mirado a Caroline a los ojos? Griselda no pudo evitar flagelarse con aquel pensamiento. ¿Habrían estado llenos de alegría aquellos ojos azules y claros, proyectando la sensación de felicidad al hacer tales promesas? Porque todo lo que ella podía ver era la fría firmeza de propósito reflejada en esos ojos, decidido a cumplir con su deber lo mejor que pudiera.

Ahora le tocaba a ella cogerle la mano y decir su parte.

—Yo, Griselda Anna, te acepto a ti, Thomas Francis, como mi legítimo esposo, para estar y permanecer contigo desde hoy en adelante, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarte, cuidarte y obedecerte, hasta que la muerte nos separe, de acuerdo con la sagrada ordenanza; y por ello te doy mi compromiso.

—Entregue el anillo, sir Thomas —pidió el doctor Hopkins. A su lado, Thorpe, que seguía arrodillado, se quitó el anillo del dedo meñique y lo colocó sobre el libro de oraciones abierto—. Su guante, querida —dijo el doctor Hopkins.

A Griselda le costó un poco quitárselo porque le quedaba un poco apretado. Se lo había prestado lady Farquarson, y para cuando terminó de hacerlo el guante estaba al revés. Entonces recordó el que le había intentado robar, antes de darle un beso, y cómo se había enfadado tanto con él y al mismo tiempo, había deseado con desesperadamente devolvérselo. Ahora él estaba cogiéndole la mano, poniéndole el anillo en el dedo anular. Griselda estaba segura de que no encajaría, de que le quedaría demasiado flojo o demasiado apretado, pero extrañamente encajó perfectamente en su sitio, como si hubiera sido hecho para su dedo. El sello plano, grabado con el escudo de la casa Thorpe, quedó a la vista del mundo, tal como debía ser. Sus miradas se cruzaron con sorpresa mutua durante un instante.

Pero no duró más que un momento. Tom bajó la mirada hacia la mano de ella y prácticamente en un susurro, como si solo quisiera que solamente ella le oyera, dijo:

—Con este anillo te desposo, con mi cuerpo te adoro y con todos mis bienes mundanos te doto.

Le apretó los dedos con los suyos, haciendo que Griselda sintiera que el corazón le latía con fuerza, pero rápidamente se convenció de que era por la agitación ante la enormidad de lo que había hecho.

—Recemos —dijo el doctor Hopkins, y sir Thomas Thorpe, su marido, la ayudó ahora a levantarse del taburete y a subirse al apoya pie que se encontraba ubicado en los escalones del presbiterio.

~

El casero del Blue Bell se había sentido lo suficientemente intimidado por sir George Farquarson como para ofrecer un desayuno de boda modesto, pero no poco elegante, acorde con

la posición de los novios, así como de sus apetitos.

—No pude encontrar ni gaitero ni violinista —dijo sir George mientras acomodaban en la mesa la carne fría, el vino y un pastel de ciruelas—. Pero cuando vengas a Glenmorval, Grizzy, tendremos de los dos, y bailarás toda la noche, e incluso al día siguiente. Haré que enciendan hogueras, y podrás caminar de casa en casa como solía hacerse. Nuestra gente querrá un banquete de boda apropiado para la hija del terrateniente.

—Me atrevería a decir que para cuando ella y sir *Tam* lleguen a Glenmorval, no estará en condiciones de bailar —aseguró lady Farquarson—. Y mucho menos para pasear por los alrededores.

—Ay, sí, acabo de recordarlo. Mi primer nieto... más vale que sea un niño, Grizzy, o me enfadaré mucho contigo y no te enviaré ni una taza de plata. *Tam*, mi muchacho, debes ocuparte que la dama tenga siempre lo que desee.

Ahora que el registro estaba firmado y el certificado de matrimonio se entregó al esposo, sir George había dejado de lado cualquier noción persistente de indignación paterna. Griselda hizo una mueca de dolor al oír aquel «*Tam*, mi muchacho» incapaz de saber si llegaría el día en el que ella podría dirigirse a su marido por otro nombre que no fuera «sir Thomas». Él no era ajeno a la formalidad entre su familia, Griselda había presenciado como se habla con su madre, así que ¿por qué las cosas tendrían que ser diferentes con su esposa? Sobre todo, si dicha esposa es alguien con la que se casó por deber y no por amor. Es por esa razón que Griselda no podía esperar un cariñoso «Grizzy» de parte de Thomas Thorpe.

Aceptando la taza de chocolate que él le había ofrecido amablemente, se sentó a su lado en la mesa. Se recordó de cuando Tom le había dado aquella taza de chocolate en la otra posada, del modo en la taza se había agitado en el platillo cuando los dedos de ambos hicieron contacto. Ahora se sentía más temblorosa que en aquel momento. Había en el aire un soplo fresco de otoño y la habitación estaba ventilada. Sintió la corriente en los hombros, debido a que estaban bajo la ventana, pero no la hizo temblar. Su mente estaba concentrada en el peso del anillo sobre su dedo, se sentía tan pesado como lo sería un grillete de hierro en el tobillo de un esclavo. Dejó la taza en la mesa y se sentó con las manos sobre el regazo, retorciéndolas, con la esperanza de quitarse el anillo, pero sin atreverse a hacerlo.

—Come algo ahora, querida —dijo sir George, mientras trinchaba una guarnición de carne prensada con su habitual extravagancia—. Necesitarás todas tus fuerzas esta noche.

Fue un comentario tan vulgar que incluso lady Farquarson se sonrojó haciendo una mueca.

—Un poco de pollo frío podría gustarle más —dijo Thorpe—. Debería comer algo.

Estaba rebanando una de las aves frías y le había cortado unas cuantas lonchas de pechuga.

—Sí, escucha a tu marido —dijo sir George—. Sabes que ahora debes hacer lo que él te diga.

Thorpe dejó el plato delante de ella.

—Me gustaría que comiera —dijo, en un susurro—. No está siendo usted misma.

—¿Cómo podría serlo? —respondió Griselda, susurrando también.

Tom se mordió el labio y se volvió hacia lady Farquarson.

—¿Le apetece un poco de pollo, señora?

—Sí quiero, gracias, señor. Es un placer verle rebanar el pollo, pues lo hace con mucha delicadeza. No como mi marido, que corta un pollo como si fuera un corzo que acaba de derribar.

—Ah, sí, quería preguntarle, *Tam* —dijo sir George, con la boca llena de carne—. ¿Ha ido alguna vez a cazar ciervos?

—No en Escocia, señor —dijo Thorpe—. Un amigo de Cambridge tiene una casa cerca de Exmoor. Y ambos aprovechábamos cualquier rara ocasión para ir a cazar, pero me atrevería a decir que cazar ciervos en Escocia sería mucho más especial.

Griselda se imaginó a Thorpe con su abrigo de caza, la escopeta plegada sobre el brazo, mientras una pobre cierva yacía muerta, o peor aún, moribunda, en los matorrales y helechos del páramo de Glenmorval. Ella misma se sentía como una cierva herida, incapaz de ponerse en pie y huir. Sentía que estaba desangrándose mientras todos estaban sentados en aquella farsa de desayuno de bodas. ¿Dónde estaba su fuerza, su voluntad para oponerse? ¿Qué le estaba pasando?

—Entonces se divertirá mucho en Glenmorval —exclamó sir George—. Porque la cacería allá es mejor que en cualquier otro lugar del mundo, se lo puedo asegurar.

—Entonces aún no ha cazado un zorro en mi país, señor —dijo Thorpe, levantando su copa de vino hacia sir George.

Afuera se oyó el ruido de las ruedas de un carruaje que se acercaba a la posada. Thorpe se puso en pie y miró por la ventana.

—Ah, ese debe ser Gough.

—¿Gough? —preguntó sir George.

—Mi criado —respondió Thorpe, sentándose de nuevo.

Sin embargo, unos instantes después, le oyó decir al posadero en el pasillo exterior:

—¿Sir Thomas Thorpe, señora? Siga derecho, se encuentra en la habitación de la primera puerta.

—¿Quién puede ser? —inquirió Thorpe levantándose de su sitio en la mesa. Acercándose a la puerta, la abrió.

Y entonces se quedó de pie, mudo.

—¡Ah, pero si está bien! —exclamó una voz de mujer, con la voz de Caroline—. ¡Gracias al Cielo! He estado muy preocupada, sir Thomas. Cuando Gough vino a verme y me dijo que le habían herido... —continuó Caroline—. Tuve que venir con él. No podría haberme quedado cómodamente en Cromer sabiendo que estaba usted herido. Y él ha estado tan preocupado por usted, pero todo está bien, señor Gough, su señor está a salvo. Cuéntenos qué ha pasado.

—Te dije que el hombre exageraba —oyó decir Griselda a lady Amberleigh—. Buenos días a usted, sir Thomas, me alegro de verle bien. Ahora, me pregunto ¿tiene usted idea de donde puede estar mi sobrina?

—Milady, señorita Rufford, será mejor que pasen —dijo sir Thomas, haciéndolas pasar a la habitación.

—Griselda, querida, tú también estás aquí... ¡te han encontrado! —exclamó Caroline con verdadero placer mientras lady Amberleigh miraba a su alrededor un momento, intentando dominar su sorpresa.

—Bueno, hermano, sabía que habías venido a Cromer de viaje, pero este no es el lugar donde esperaba encontrarte. Aun así, es un placer verte —dijo tendiéndole la mano a sir George para que se la besara.

—Tienes muy buen aspecto, Jacobina —dijo sir George besando vigorosamente a su hermana en ambas mejillas—. ¡Y esta debe ser la pequeña Caroline! Por todos los cielos, en qué belleza te has convertido —Y luego besó a Caroline en cada mejilla—. No es que no fueras una niña muy bonita, pero... bueno, esto es de lo más fortuito. Llegan justo a tiempo para brindar a la salud de los novios.

—Oh, sí —dijo Caroline sonriendo—. El coronel Farquarson me habló de su matrimonio,

señor. Mis mejores deseos

—Oh, no hablo de mi matrimonio —aclaró sir George—. Aunque puedes brindar por eso también, si lo deseas. No, hija mía. Griselda y sir Thomas acaban de casarse esta misma mañana.

—¿Cómo dice, señor? —inquirió Caroline, mirando primero a Tom y después a Griselda—. Me figuro que es una broma, ¿o es que he entendido mal? ¿Sir Thomas, Griselda?

Griselda no pudo soportarlo más. La emoción que llevaba reprimiendo por tanto tiempo surgió en su interior con una fuerza volcánica. Poniéndose de pie de un salto le gritó a Thorpe:

—Bueno, ¿se lo va a contar usted o se lo tengo que contar yo? ¿Le dirá lo que hemos hecho?

—Es cierto, señorita Rufford. Nos casamos esta mañana. —Tom habló en voz baja y con mucho pesar—. Cuando le dije en mi carta que las circunstancias habían cambiado, debí haber sido más franco con usted.

—¿Su carta? —Caroline frunció el ceño.

—¿No se la ha dado Gough?

—No he recibido ninguna carta de parte suya —explicó Caroline.

—Oh, cielos —murmuró Thorpe.

—¿De qué carta están hablando? —inquirió Griselda furiosa, volviéndose hacia Thorpe. Él la ignoró y siguió hablando con Caroline.

—Señorita Rufford, le pido disculpas, pero no hay manera agradable en que pueda decirle esto. Le escribí para pedirle que me liberara de nuestro compromiso. Le di la carta a Gough ayer por la mañana. Debería haber...

—¿Me escribió para pedirme que rompiera el compromiso? —dijo Caroline, con una creciente nota de horror en la voz—. ¿Me escribió sobre semejante asunto en vez de enfrentarse a mí? ¿Por qué? ¿Cómo es posible...?

—¡Cobarde! —gritó Griselda.

—Grizzy, esa no es forma de hablarle a tu marido —regañó sir George—. Un poco de respeto, por favor.

—¿Por qué? No se merece ningún respeto, no sabes ni la mitad de lo que ha ocurrido —despotricó Griselda.

Se hizo un silencio de sorpresa.

—¿Y qué es lo que ha ocurrido? —preguntó sir George, mirándola severamente—. ¿Que te sedujo después de todo?

Griselda no pudo responder. Se sonrojó al tiempo que sir George se volvió hacia Thorpe, sacudiendo la cabeza.

—Ya me parecía que estaba condenadamente ansioso por llevarse a mi Grizzy. ¡Ja! —Sir George soltó un bufido de disgusto, antes de volverse hacia lady Farquarson—. Te dije que se había entregado a él, Maggie, te lo dije. Pero me contaste todas esas tonterías románticas sobre fugarse. Bueno, Thorpe, es usted un maldito canalla, señor, y bien se merece el desastre que tiene por esposa. Pudo haber tenido a mi bella sobrina en lugar de a esta mocosa desobediente. Caroline habría sido un mejor partido, sin duda alguna.

La perplejidad de Caroline parecía transformarse en dolor. Se dio la vuelta apoyando la mano en la barandilla de la silla.

—No puede ser verdad —expresó Caroline con voz débil—. No puedo creer que esto sea verdad. Sir Thomas, ¿usted...? ¿Griselda...? —Se volvió y miró a Griselda, quien, con la cara roja de vergüenza y tristeza, solo pudo asentir levemente.

Caroline se aferró con más fuerza al respaldo de la silla, con los ojos cerrados y el rostro

mortalmente pálido. Se balanceó ligeramente y habría caído al suelo si Thorpe no se hubiera adelantado y la hubiera cogido en brazos, acunándola con tanta ternura que Griselda no pudo soportar mirarlos. Se volvió hacia la ventana, con los brazos cruzados y los ojos llenos de lágrimas.

—Aquí tengo las sales —escuchó decir a lady Farquarson—. Sujétala, George, y usted Thorpe, salga de aquí con su dama. Nos ocuparemos de la señorita Rufford y la llevaremos con su gente. Esto es demasiado para ella. Ahora, vamos, querida... —Caroline balbuceó y tosió las sales mientras volvía en sí.

Griselda sintió la mano de Thorpe sobre su hombro fugazmente.

—Venga, será mejor que nos vayamos —dijo.

Capítulo 14

—Es una casa de hombre soltero —dijo Thorpe, cuando se quedaron solos en la biblioteca de Priorscode—. Me atrevo a decir que querrá hacerle algunas modificaciones. Puede hacer lo que quiera, será mejor que se ponga lo más cómoda que pueda.

Griselda se sintió mortificada por la fría despreocupación de este discurso.

—O tal vez prefiera vivir en Hanstead —prosiguió, sirviéndoles a ambos una copa de Madeira—. Esa es la casa de mi madre en la actualidad, pero si prefiere vivir allí...

—No, no deseo cambiar nada.

—Menos mal. Mi madre detesta la sola idea de una casa viuda.

Griselda tomó el vino que él le ofrecía, sintiendo que lo necesitaba. Se asomó a la ventana para ver el campo. Delante de ella se extendía una gran extensión de césped verde y bien cuidado, rodeado de plantaciones de árboles que lo protegían. Vio el atardecer y pudo sentir en el aire la fresca degradación del otoño.

Miró a Thorpe, que estaba sentado en el suelo junto al fuego, jugando con sus perros, dos galgos canosos que no habían mostrado ningún interés por ella, sino que se limitaban a mirar a su amo. Le hubiera gustado poder decir lo mismo de los criados, pero su sorpresa, curiosidad y, hasta su desaprobación le resultaron evidentes cuando se alinearon en el vestíbulo de mármol para presentar sus respetos a su nueva señora. Ataviada con su viejo vestido marrón, Griselda no había sido digna de admiración y no le cabía duda de cuál sería el tema de conversación de aquella noche, delante de una cerveza en la sala del servicio.

Se preguntó cómo habría sido ese momento si Caroline hubiera llegado allí como la esposa esperada. Habrían sonado las campanas de la iglesia anunciando la fiesta y los residentes habrían estado invitados a bailar toda la noche. Habría habido vestidos de novia y tarta de boda, flores y chocolates. Thorpe habría sido feliz, supuso, y luego se preguntó por qué se preocupaba tanto por su felicidad. Ahora no parecía especialmente feliz, a pesar de estar en casa jugando con sus perros en el suelo.

—Tendré que comprar algo de ropa nueva —dijo Griselda—. Tendremos que ir a presentar nuestros respetos.

—Si los vecinos consideran oportuno recibarnos —comentó Tom—. Será mejor que también busquemos para usted una buena silla de montar. En invierno, los caminos por esta zona no son buenos para los carruajes.

—Gracias —respondió Griselda, afectada por su tono de indiferencia—. Pero me atrevo a decir que no tardaré en tener hijos, y nunca es aconsejable cabalgar en ese estado. —Griselda lo miró—. Bueno, es ese el resultado habitual del matrimonio, ¿no es así? —prosiguió ella—. Ahora es mi esposo y es mi deber someterme a su voluntad cuando lo desee.

Había querido provocarle y vio que lo había conseguido. Tom tardó unos instantes en contestarle, levantándose del suelo para alejarse de los perros y bebiéndose todo el contenido de su vaso antes de hacerlo.

—Si eso es lo que desea pensar de mí, señora, pues piénselo —dijo en voz baja, mirando sus cartas.

Griselda se mordió el labio y se volvió hacia la ventana. La luz gris se cernía por el campo ante sus ojos, y su aliento empañó el cristal de la ventana mientras permanecía parada allí. Deseaba desvanecerse en algún lugar de aquella lúgubre lejanía y no tener que permanecer ni un minuto más en esa habitación, sintiendo la realidad de la situación de una forma tan fuerte, que el

dolor en su tobillo lesionado se hacía cada vez más tangible.

—El boticario dijo que no debería estar mucho tiempo de pie con el tobillo en ese estado —comentó Tom rompiendo el silencio—. Debería sentarse.

Junto al fuego había un gran sillón de aspecto confortable. Probablemente era el sillón favorito de Tom, pues uno de los perros no se apartaba del mueble. Parecía tentador, sobre todo por lo mucho que le dolía el tobillo, pero dudó.

—¿Cuál será mi salón habitual? —preguntó. Estaba segura de que la habitación en la que estaban era el dominio privado de él, y de que no toleraría su presencia por mucho tiempo. Era mejor encontrar su propio espacio de inmediato.

—Puede elegir la habitación que quiera —aseguró Tom—. Hay una muy bonita al final de esta escalera en la que solía sentarse mi abuela. Está soleada casi todo el día y hay una buena vista de los jardines. Tal vez le convenga, pero estoy seguro de que necesitará nuevos cortinajes y mobiliario. Pero venga y siéntese junto al fuego por ahora, esa habitación no está lista y no quiero que lesione de forma permanente su tobillo.

La sostuvo del brazo y la acercó a la chimenea, insistiendo en que subiera los pies a un taburete y luego le llenó el vaso de vino. Ella no se opuso. Si se mostraba así de civilizado, ¿por qué habría que esperar un comportamiento diferente de parte de él?

Tom volvió a su silencioso estudio de las cartas y Griselda lo imaginó sentado en esta misma sala junto a Caroline, manteniendo con ella una animada conversación doméstica, hablando de tejidos y mesas de trabajo. Imaginaba sus ansias de demostrarle a ella que aquel lugar era su nuevo hogar y también su deseo mostrarle a los vecinos la excelente mujer que había conseguido por esposa. Pero en lugar de eso, estaba ahora con alguien que lo haría avergonzarse, un recordatorio constante de su insensatez, que debía soportar diligentemente.

Entró el mayordomo.

—El clérigo y la señora Austin están abajo, señor —dijo—. ¿Desea recibirlos?

—Hágalos subir, Manton —pidió Tom, luego miró al techo murmurando—. Las noticias vuelan en este lugar.

—Debe disculparnos, sir Thomas —dijo el párroco Austin al entrar en la habitación—. Estábamos conduciendo a casa cuando vimos las luces encendidas y adivinamos que usted había regresado. No pudimos resistir el impulso de presentarle nuestros respetos.

—Es una suerte, señor —respondió Thorpe—. Porque significa que tengo el placer de dar a conocer a mi esposa a usted y a la señora Austin.

—¿Su esposa? —preguntó el clérigo, sin poder disimular su sorpresa por un momento, pero recuperándose rápidamente. Se volvió hacia Griselda inclinándose—. Mi señora, no puede concebir el placer que nos produce esta noticia, aun cuando no se nos hubiese avisado previamente.

El hombre habló de forma tan gentil que a Griselda le agradó instantáneamente.

—¿Oyes esto, Ana, querida? —preguntó el señor Austin a su esposa.

—Por supuesto, querido —respondió la señora Austin, una mujer guapa y bien vestida de mediana edad—. Sir Thomas, lady Thorpe, les deseo toda la felicidad del mundo.

Se hicieron los debidos cumplidos, luego se sirvió el vino y los invitados se sentaron alrededor del fuego.

—Ya lo sospechaba, por supuesto, sir Thomas —comentó el señor Austin—. Cuando estuvo aquí para la cosecha y comió su cordero con nosotros la última vez. Tenía usted un aire matrimonial en ese entonces, me parece recordar.

Griselda se dio cuenta de que Tom debió de haberle hablado sobre Caroline al señor Austin,

por lo que se sonrojó.

—De hecho, ese era mi objetivo al ir a Norfolk —explicó Thorpe.

—¿Es usted de Norfolk, entonces, lady Thorpe? —preguntó la señora Austin.

—No, soy de Perthshire.

—¡Una escocesa, por supuesto! —exclamó el señor Austin—. Su marido... bueno, no hace falta que se lo diga yo, siente inclinación por todo lo escocés. En una ocasión, se propuso pasar un año en Edimburgo estudiando en la universidad, y me dijo que ya no hay poetas excepcionales en Inglaterra, sino únicamente en Escocia. Sir Walter Scott y el poeta de *Ploughman*, Burns, se llevan todos sus elogios. Así que ha traído el aire nativo a su propio hogar, muy bien hecho por él. —El rector terminó dedicándole un guiño amistoso a Griselda, a lo que ella tuvo que responder con una sonrisa. Pero se odió a sí misma por hacerlo, pues sabía que estaba engañando a gente tan decente haciéndoles creer que su relación y la de Thorpe se trataba de un encuentro amoroso.

—¿Asistirán a la reunión en Stamford el próximo sábado? —preguntó la señora Austin—. Es la primera de la temporada.

—No nos lo habíamos planteado —afirma Thorpe.

—Todo el condado se sentirá decepcionado si no se presenta —prosiguió la señora Austin—. Pero tal vez usted sea de los que apoyan esa nueva moda de que los recién casados no deben presentarse ante nadie durante al menos un mes.

—Por mi parte, me parece una triste costumbre —aseguró el clérigo—. Nada me agrada más que ver a un recién casado, llevando a su mujer a la iglesia el primer domingo, ella caminando en roda su magnificencia y él portando un abrigo nuevo, como mínimo.

—Entonces intentaremos no decepcionarle, señor Austin —le contestó Griselda, preguntándose dónde podría conseguir ropa decente con tan poca antelación.

—No, desde luego —dijo Tom, en tono seco—. Usted se sentirá satisfecho conmigo por una vez en la vida, señor Austin, pues no soy tan asiduo a la iglesia como debería. Así también contentaré a la señora Austin trayendo a lady Thorpe a la reunión, aunque no sé si podrá bailar todavía. ¿Quizás nos haga el honor de acompañarnos?

—Estaremos encantados —aseguró la señora Austin, levantándose—. Ahora, venga, señor Austin, debemos conducir a casa antes de que se haga más oscuro. Además, debemos dejar de molestar a estos viajeros exhaustos.

—¿Cenarán con nosotros mañana? —invitó Griselda, segura de que Thorpe se alegraría tanto como ella de tener compañía en la mesa.

Ambos aceptaron y se marcharon.

—Lo hemos hecho bien —comentó Thorpe—. Le darán un buen informe a todo el distrito.

—Porque son de esas personas que nunca piensan mal de nadie —dijo Griselda, antes de levantarse de su asiento, el tobillo comenzó a palparle de repente y no pudo evitar una mueca de dolor—. ¿Sería posible que pueda tomar un baño? —preguntó.

—Ya he dispuesto que te lo preparen —le dijo Tom.

~

El baño estaba listo en el vestidor de Griselda, frente a un fuego caliente y brillante. Griselda nunca había tenido su propio vestidor, ni una alcoba tan grande como la habitación contigua. El estilo era decididamente elegante y lujoso, coloridos tapices chinos cubrían las paredes y en la gran cama había colgantes de damasco de seda color verde musgo. El vestidor era de un tamaño moderado y estaba pulcramente amueblado, respondiendo perfectamente a su

propósito, y la bañera de cobre había sido forrada con un paño de lino. Griselda pudo identificar, que el aire de la habitación estaba lleno de un vapor dulcemente perfumado, con el exquisito aroma a un costoso aceite de naranja.

Los baños en Glenmorval nunca habían sido tan agradables como lo era éste. Allí, había que preocuparse por el costo de cada vela y palo de madera. Pero aquí, en Priorscode, eso no importaba. Había velas en todos los candelabros y fuego en todas las chimeneas. A Griselda le parecía una extravagancia y no creía merecer nada de esto. A su alrededor, en las paredes, a la brillante luz dorada de las velas, volaban pájaros chinos y brotaban flores exóticas, mientras las contraventanas cerradas y las pesadas cortinas impedían el paso de la borrasca tarde de septiembre. Se sintió un poco mareada, como si hubiera tomado un opiáceo, y le costó un poco salir de la bañera. Se envolvió en una toalla grande y se sentó en la alfombra junto al fuego, demasiado cansada para molestarse en secarse. La eficiente y callada criada que la había atendido había puesto su ropa íntima a airearse en un perchero junto al fuego. Afortunadamente la ropa era decente, y procedía de la amplia provisión de su nueva madrastra, por lo que Griselda pensó que no tendría que avergonzarse de usarla cuando la criada regresara para ayudarla a ponerse el vestido.

Pero cuando se la puso, decidió que «decente» no era la palabra adecuada para definirlos. El camisón era de lino casi transparente, con un lazo de encaje de estilo de telaraña, las medias eran de seda de color azul y violeta pálido y los ligeros de cinta de un violeta intenso, bordados con volutas. Griselda se miró en el largo espejo del tocador que había en un rincón de la habitación y se sorprendió al ver lo poco que la fina tela ocultaba su cuerpo. Era una ropa seductora: la clase de ropa elegida por una novia para deleitar a su nuevo marido. Se apartó del cristal, reprimiendo el anhelo que comenzó a invadirla, tratando de no ser consciente de la suave pero excitante caricia de la fina tela contra su piel desnuda.

La puerta se abrió. Y apresuradamente cruzó las manos sobre su regazo, viendo a Thorpe entrar a la habitación.

~

—Perdóneme, debí de haber llamado primero —se excusó Tom, deseando por todos los cielos haberlo hecho, porque haberla sorprendido así, vestida solo con su ropa íntima, viéndose con un aspecto tan hermoso, deseable y vulnerable, le hizo agonizar de deseo. Y ella debió de verlo, o al menos adivinarlo, porque en un momento se levantó y cruzó la habitación dando tumbos, cogiendo su vieja manta de tartán y cubriéndose con ella lo más rápido que pudo.

¡Cómo la deseaba! Sí, se había casado con ella para cumplir con su deber, pero no podía negar el orgullo que sentía de saber que ahora ella era de su posesión, de saber que aquella extraña criatura estaría ahora siempre en su casa, en su mesa y en su cama.

En su cama... Griselda no sería verdaderamente su esposa hasta que la hubiese poseído en su lecho, pero no importaba lo que dijera la ley sobre los derechos de un marido sobre su esposa, Tom no podía concebir que ningún hombre pudiera forzar una cuestión así. Podía sentirse como un bárbaro, pero se esforzaría por no comportarse como tal. Solo la aceptaría si ella acudía a él con la misma disposición que había mostrado aquel día en la abadía.

—Preferiría que lo hiciera en el futuro —reprendió ella, envolviendo con más fuerza la manta contra su cuerpo.

—Por supuesto, señora, como desee.

—¿Qué desea? —preguntó al cabo de un momento.

—Vine a decirle que les he pedido a los criados que traigan la cena a su habitación.

Seguramente no querrá sentarse en el comedor conmigo esta noche.

Esa era su excusa, y lo sabía. En verdad había querido encontrarla tal como estaba, en un estado de peligrosa desnudez. Mientras subía las escaleras, había esperado que Griselda se suavizara repentinamente en su presencia, quizá que lo perdonara, y que lo mirara como lo había hecho en la posada cuando él le entregó aquella taza de chocolate, con un deseo genuino, nada condicionado por el conocimiento.

Pero ella no lo hizo, en cambio apartó la mirada de Tom. La había importunado y no era bienvenido.

—Gracias, estoy demasiado cansada —replicó ella apartándose un mechón de pelo de la frente. La acción, tan simple y privada, le dio ganas de estrecharla entre sus brazos y besarla violentamente, pero como no deseaba que Griselda añadiera más barbaridades a la bitácora de sus pecados, apartó la mirada y rebuscó en su bolsillo.

—Aquí está esa novela de Scott de la que hablábamos el otro día —comentó Tom, sacándola de su bolsillo y dándole la vuelta entre sus manos—. ¿Quiere leerla ahora? Estoy seguro de que querrá tener algo en lo que ocuparse.

—Gracias —dijo Griselda, abriendo la puerta de su dormitorio y entrando en él. La cena estaba servida en una mesa junto al fuego. La habían puesto para dos. Esa no había sido la intención de Tom, pero los criados esperaban, por supuesto, que ocuparan la misma habitación. ¿A qué recién casado no le gustaría cenar con espléndido confort ante el fuego de su dormitorio?

Ella le miró.

—Es un error. —Le aseguró él desde la puerta del vestidor—. Comeré abajo.

La siguió hasta la habitación y dejó el ejemplar de Waverley sobre la cama. Ella lo cogió y lo estudió, absorta en él durante un momento o dos. La manta se deslizó al hacerlo, bajándole el vestido y dejando al descubierto un hombro pálido que Tom deseaba besar desesperadamente.

—Gracias —respondió Griselda—. Está muy bien encuadernado.

—Tengo un hombre en Stamford que me encuaderna todos los libros —explicó Tom—. Puede pedirme todos los libros que desee —añadió—. Y él se los encuadernará como usted quiera.

—Será un gran consuelo. De hecho, no debería mostrarme desagradecida. Mi suerte es muy envidiable, y cumpliré con mi deber, señor, tal como a usted le gustaría. —La burla en las palabras de Griselda le dolió a Tom como si le hubieran dado un latigazo. Sintió que ella le estaba poniendo a prueba deliberadamente y que esperaba que él le demostrara ser tan malo como ella creía.

—Ya le he dejado claro que puede estar tranquila en ese sentido —le aseguró él, sabiendo que no sería tan fácil cumplir con su palabra. Deseaba tener el tipo de estupidez común que le diera permiso, con la conciencia tranquila, de insistir en sus derechos como marido de ella. Un coito breve y brusco habría aliviado sus sentimientos sobremanera, pero sabía que el alivio solo sería temporal. No habría placer en ello y lo que él quería era más. Quería a la Griselda que se había entregado a él en la posada, por su propio placer personal, y no por el de él. Tendría que esperar y esperar hasta que ella viniera a él, no por deber, sino por amor.

Sí, primero tendría que hacer que ella le amara.

La observó caminar por la habitación hacia la mesa. Ella estaba de espaldas a él, con la manta alrededor de la cintura, dejándole ver la pálida carne de su espalda y hombros, radiante a través de la fina tela del camisón transparente. Tom necesitó toda su fuerza de voluntad para no avanzar y bajarle el escote de la camisa para poder sostenerle los pechos. Podía oler su piel y su cabello incluso desde donde se encontraba.

Ella le miró y él no pudo descifrar su expresión. Griselda sostenía una pequeña manzana rojiza que había apoyado distraídamente contra su mejilla. Tenía los labios entreabiertos y los ojos abiertos de par en par. Era insoportable seguir mirándola.

—Perdóneme, señora —dijo, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta—. La dejaré en paz.

Capítulo 15

Griselda desayunó a solas en un pequeño y soleado comedor en el que, en otras circunstancias, le habría gustado quedarse. Manton le informó que sir Thomas había salido temprano para ocuparse de asuntos de la finca, por lo que no volvería hasta la cena. La expresión del criado sugería que sabía que aquel no era el tipo de mensaje que debía entregar a una novia, pero Griselda no tenía intención de mostrar desaprobación o decepción alguna.

—Quisiera que trajeran un carruaje a buscarme, por favor —dijo, cuando Manton hubo rellenado su taza de café—. Iré a Stamford esta mañana.

—Muy bien, mi señora. Ah, y sir Thomas me encomendó que le diera esto. —Junto a su lugar, depositó un paquete envuelto en una hoja de lo que parecía ser papel de dibujo, y atado con una cinta de algodón azul.

—Gracias, Manton —dijo ella, sintiendo una inevitable curiosidad.

Cuando Manton se hubo marchado, no perdió tiempo en desatar el lazo y abrir el paquete. Contenía un chal, un auténtico chal de Cachemira, muy grande, extremadamente suave, de forma oblonga y ricamente estampado en negro y rojo sobre un fondo crema. Al envolverse en la prenda, pues no pudo resistirse, descubrió que estaba perfumada y olía a especias y a la India. Era un artículo que denotaba la última palabra en estilo y elegancia, y Griselda sabía que tales chales no eran baratos ni fáciles de conseguir. No podía imaginar de dónde había sacado semejante prenda en tan poco tiempo, y entonces se le ocurrió la terrible idea de que lo había comprado para Caroline. Era el regalo perfecto de un marido a su nueva esposa.

Lo tiró al suelo como si de un trapo se tratase, horrorizada y segura de que debía ser eso. Furiosa, examinó el paquete. Ni siquiera había dejado una nota para explicarse. ¿De qué habría servido una nota? Era una tontería. ¿No se daba cuenta de que la heriría? Y entonces se preguntó si lo había hecho deliberadamente para herirla. Si no podía dársela a Caroline, la mujer para la que la había elegido, se la arrojaría a la cara para recordarle el honor que le había hecho al convertirla en su esposa. Era un insulto, nada menos.

Lo cogió y lo llevó, con su embalaje, a la sala de estar, donde había visto una mesa de escritorio cómodamente dispuesta entre la ventana y la chimenea. Tomó una pluma y escribió la siguiente nota:

Lady Thorpe agradece a sir Thomas su hermoso regalo, pero considera inapropiado aceptar una muestra de estima tan valiosa. Por lo tanto, se lo devuelve, con sus respetuosos cumplidos.

Luego lo volvió a empaquetar, fijando la nota al paquete con un trozo de lacre, utilizando su anillo para sellarlo, e instruyó a un criado que se lo dejara a sir Thomas en su vestidor. Luego, recogiendo su fiel tartán y atándose los cordones del bonete, bajo al vestíbulo para dirigirse al carruaje, que ahora estaba a su completa disposición.

—Por favor, Andrew, primero a la rectoría —dijo.

La señora Austin pareció un poco sorprendida de verla, pero, al igual que su marido, demostró tener la placentera habilidad de adaptarse fácilmente a cualquier circunstancia. Griselda esperaba adquirir pronto esa habilidad, pues estaba segura de que en esta nueva vida tendría que aprender a flexionarse como un junco.

Pero le costaba trabajo encontrar una explicación delicada a sus circunstancias.

—Nuestro matrimonio fue un tanto precipitado —dijo Griselda—. No podíamos esperar a hacer todos los preparativos. Además, mi padre no disponía de dinero para la ropa de la novia,

así que decidió que fuera sir Thomas quien la proporcionase. Por lo tanto, necesito urgentemente ropa nueva. Me pregunto si sería tan amable de acompañarme a Stamford esta mañana y mostrarme las mejores personas a las que acudir.

—Con gusto lo haré —dijo la señora Austin—. Conozco una mujer excelente a la que le compro toda mi ropa. Es un tesoro de los que no se encuentra con facilidad y no cobra montos exorbitantes, aunque los gastos no deben suponer gran problema para usted.

—No deseo parecer extravagante en modo alguno —dijo Griselda. Había decidido gastar lo menos posible del dinero de Thorpe, comprar solo lo necesario y nada más.

—Por supuesto que no —concedió la señora Austin—. Es un sentimiento que le honra, pero se esperará de usted cierta elegancia. Su nueva posición lo exige.

—No, supongo que no debo avergonzarse a mi marido —dijo Griselda, aun cuando sentía un gran impulso que la empujaba a hacer precisamente eso.

—No me parece que algo así sea posible —dijo amablemente la señora Austin, y Griselda sintió el mismo impulso de confesar que la había invadido en compañía de Caroline. Pero una vez más no se atrevió a hacerlo.

La señora Austin resultó ser una buena elección como compañera de compras. Poseía un gusto innato y muchos más conocimientos que Griselda. Sabía exactamente lo que le convenía y dónde comprar cada artículo. Tenía un ojo experto para la calidad de las telas, y no permitió que el mercader de seda distrajera a la nueva lady Thorpe con llamativas novedades recién llegadas de Londres y París.

—Si no es molestia, señor Harrison, desearía un satén de mejor calidad —dijo—. Porque esto se hará jirones en una noche. Ah, eso está mejor, ¿no cree, señorita? —Ante esto, Griselda asintió. El satén era suntuoso, voluptuoso incluso, e irresistible—. ¿Cuánto por un metro, señor Harrison?

—Bueno, es de nuestra mejor calidad, señora —dijo Harrison—. No es barato. Media guinea la yarda. Pero está disponible en los tonos más interesantes. Además de este marfil, tenemos un bronce que le quedaría muy bien a su señoría, ¿quizá con una de nuestras exclusivas gasas negras de céfiro? Y también tenemos este verde manzana, recién llegando: no es un tono que todas las damas puedan llevar con confianza, pero si su señoría me permite decir...

—Me llevaré una pieza de los tres —se apresuró a decir Griselda, ansiosa por terminar con el asunto. Sin embargo, al ver a Harrison midiendo y doblando el satén de marfil, con la luz jugando sobre su suave brillo, la joven se sintió sobrepasada por los placeres de su posición. Después de todo, ¿qué eran un puñado de guineas para Thorpe? Podía darse un capricho y él ni siquiera se daría cuenta.

—Le ruego que corte diez metros, señor Harrison —dijo la señora Austin—. Las mangas son muy anchas este año. Ahora, muselina para prendas íntimas. La mejor muselina india.

—Primero muéstreme las gasas que tiene disponibles —dijo Griselda—. Me parece haber visto que este invierno hay que llevar sobremangas de gasa.

—Por supuesto, señora —dijo el señor Harrison.

Después de eso, su propósito de ser frugal se desmoronó. Griselda lo justificó, aunque sintiendo culpa, como una suerte de venganza contra Thorpe. Los paquetes se multiplicaron: había sarga de seda verde y suave terciopelo gris para los abrigos, cachemira suave y popelina estampada para los vestidos de día, tela Melton marrón para un nuevo atuendo de montar y algunas prendas frívolas y completamente absurdas que tenían un precio tan exorbitante que el señor Harrison terminó incluso más complacido con Griselda que ella consigo misma.

La señora Austin, quien se divertía discretamente con la situación, la llevó a ver a la señora

Shane, la sombrerera. Era la maravilla de Stamford; la señora Austin la consideraba a la altura de cualquier otra modista de Londres. Desde luego, no se parecía en nada a las sombrereras de Perth, donde Griselda había hecho alguna compra ocasional y económica. La señora Shane, en su respetuosa deferencia hacia la nueva lady Thorpe, fue servil hasta el punto de hacer esperar a las demás clientas, y los precios estaban a la altura del servicio.

Mientras se probaba sombreros, gorras y bonetes, Griselda comenzó a pensar que las dos muchachas que también estaban en la tienda, vestidas de modo ostentoso, cuchicheaban sobre ella. Esperaba no estar llamando la atención y empezó a sentirse muy incómoda. La señora Austin se inclinó hacia delante y le dijo en voz baja:

—No les haga caso, querida. Son demasiado mal educadas para no mirarla.

—Pero tienen todas las razones para mirarme —dijo Griselda, que se había ruborizado—. La noticia de nuestro matrimonio debe haberse extendido ya, a todo el mundo debe de parecerle muy precipitada.

—Pronto se olvidará —dijo la señora Austin, entregándole una boina de terciopelo—. Creo que esto le sentaría muy bien .

—Es usted muy amable al no juzgarnos —dijo Griselda.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirió la señora Austin—. No, lo que ha sucedido no me ha sorprendido demasiado. Siempre había pensado que sir Thomas haría algo romántico. Es típico de su carácter actuar siguiendo su corazón más que su cabeza. Quizá la gente tenga demasiado en cuenta las formas. Cuando hay sinceridad de propósito, ¿qué puede importar eso?

Griselda logró asentir y dirigió su atención a la hermosa boina de terciopelo.

El tesoro de modista que había recomendado la señora Austin resultó ser exactamente eso: no solo prometió confeccionar todos los vestidos de Griselda lo más pronto posible, sino que fue capaz de enviarla a casa con un elegante vestido de noche de terciopelo negro con adornos dorados que otra clienta, que resultó estar en una... condición interesante, no necesitó después de todo. Bastó con unas cuantas puntadas y le quedó perfecto, por lo que esa misma noche Griselda bajó al salón sintiéndose mucho más como la señora y dueña de todo el esplendor de Priorscode.

Aquella mañana, Griselda había mirado por la puerta del salón blanco y había visto una habitación envuelta en tela de Holanda marrón. Ahora el salón se había preparado para que ella pudiera sentarse: se habían quitado las fundas a rayas de los sillones con respaldo de lila blanca y dorada, se había levantado la manta para descubrir una deslumbrante alfombra de Aubusson y se habían rellenado los jarrones de flores. Era un salón muy elegante, pero fríamente formal, a pesar del resplandor del fuego. Griselda se alegró del brillo protector que le ofrecía su nuevo vestido y de las lentejuelas doradas que adornaban los largos puños y el bajo escote. Las mujeres de los retratos de las paredes, aquellas otras lady Thorpe, parecían mirarla con menos desdén por ello. Por un momento deseó ser tan insustancial y plana como ellas. Los antepasados pintados no tenían que sentir.

Se sentó a la mesa de palisandro con el ejemplar de Waverley que Thorpe le había obsequiado la noche anterior e intentó distraerse con él, con muy poco éxito. El reloj, sostenido por querubines dorados, marcaba las cuatro y media: la hora acostumbrada de la cena en Priorscode eran las cinco, y pronto llegarían los Austin para acabar con el silencio con su educada pero animada conversación. A veces, en Glenmorval, había evitado de los vecinos que la visitaban, pero sentía que aquí nunca lo haría. En esta nueva vida serían absolutamente necesarios.

Por fin se había inmerso en la novela cuando las puertas dobles se abrieron de repente, y Griselda levantó la vista para ver entrar a sir Thomas. Se había vestido para la cena y sostenía el

chal, que inmediatamente depositó sobre la mesa delante de Griselda.

—¿Qué significa? —preguntó Tom.

—Exactamente lo que digo en mi nota —dijo—. Se lo agradezco, pero debo devolverlo. No me siento cómoda llevando muestras de afecto destinadas a otra mujer.

—¿A qué se refiere?

—Lo ha comprado para Caroline —dijo—. ¿Esperaba que aceptara un regalo que había destinado para ella? ¿Qué tan insensible se imagina que soy?

—¡No lo compré para Caroline! —exclamó Tom—. ¿Cree que sería tan cruel?

Ella no pudo responderle.

—No lo compré para Caroline —repitió—. Es cierto que lo compré como regalo de bodas... pero para dos queridos amigos que iban a casarse. Lo compré para la dama porque a él le dieron empleo en Northumberland, y ella era una criatura tan delgada que siempre sentía terriblemente el frío... Iba a ser mi regalo de bodas para ella.

—¿Era...? —tartamudeó Griselda—. ¿Falleció?

—Sí, antes de que se casaran. Pobre Foster, nunca vi a un hombre tan enamorado..., y ella estaba tan enamorada de él. Su nombre era Marianne. Era... —se interrumpió.

El chal seguía doblado en el centro de la mesa bien pulida y él alargó la mano para tocarlo. Griselda, que había dejado el libro, se sentó con las manos cruzadas sobre el regazo. Observó la inconsciente sensualidad con que él acariciaba la prenda.

—No pretendía nada con ello —continuó—. Pensé que podría serle útil. Supongo que debería haberlo regalado hace tiempo a alguna criatura desfavorecida que de verdad lo necesitara. Eso habría querido Marianne. Siempre sabía lo que era correcto.

—Entonces quizá haya alguien más, o algún familiar dependiente de usted, a quien todavía podría enviárselo. ¿Tal vez a una de sus hermanas... como recuerdo?

—Como guste —dijo Tom, permitiendo que el chal se le resbalara de los dedos con indiferencia—. En vista de que no le interesa.

—No suelo pasar frío —dijo Griselda con cuidado, pero sentía el corazón helado.

En ese momento Manton anunció la llegada del señor y la señora Austin. No hubo tiempo de apartar el chal. Yacía sobre la mesa, gloriosamente apilado, como un regalo recién abierto. El señor Austin fue el primero en comentarlo.

—Ah, hemos interrumpido en medio de algo —dijo—. Deberán perdonarnos.

—En absoluto, señor, no ha sido el caso —dijo Griselda, levantándose y dedicándole la mejor sonrisa que pudo esbozar.

—Qué regalo tan maravilloso —exclamó el señor Austin, levantando el chal—. Debo felicitarle, sir Thomas. Es mucho mejor que las joyas, de cuya posesión ninguna dama modesta puede alegrarse. Hay verdadera belleza en esto, verdadera devoción. Y favorece la tez de la dama perfectamente. ¡Nunca había visto nada tan hermoso!

Y con aire sacerdotal tendió el chal a Griselda, de modo que no pudo evitar ponérselo.

—Es muy bonito, querida —dijo la señora Austin—. Y también muy práctico. Esta región del país es bastante fría.

—Y con ese atuendo... —dijo el señor Austin, que claramente tenía tanto ojo para estas cosas como su esposa—. ¡Ah, sir Thomas, qué ha traído al vecindario!

~

Ante el cumplido del clérigo, Tom pensó que estaría en orden un gesto galante, y deseó con ardor sostenerle la mano a su dama y besársela. Griselda se veía extraordinaria con su vestido de

terciopelo negro y el chal que le cubría los antebrazos. Sabía que le quedaría bien.

Ahora se daba cuenta de que había sido un error, pero eso no le impidió sujetarle brevemente la mano y depositarle un beso. Ella no se inmutó, por supuesto, pero la sonrisa que cruzó sus labios era una de incomodidad. Las yemas de sus dedos se sentían gélidas como el mármol y no hizo intento alguno de aferrarse a su esposo. Estaba actuando a la perfección, pero no haría nada más de lo necesario para interpretar tal rol.

Se alejó hacia la ventana con la señora Austin, y las dos mujeres se quedaron conversando sobre el prospecto mientras Tom servía el vino. De pie, dándole la espalda, el chal pendía en toda su magnificencia y le provocaba con su belleza. Tom se arrepintió amargamente de haberlo enviado. Ojalá hubiera podido predecir que ella lo tomaría a mal, pero no había pensado en tal eventualidad. Lo había enviado como el sustituto de un abrazo. Si a él no se le permitía tocarla, entonces podría hacerlo de esa otra manera. Y en ese punto, justo cuando se daba cuenta de ello, Griselda se aferró más a su chal, quizá sintiendo frío por una corriente inesperada de aire que entró por la ventana. Había querido que el chal fuera un gesto de buena voluntad, un primer paso en su cortejo. No esperaba un rechazo tan espectacular.

Sin embargo ahí estaba, llevándolo a regañadientes, y se veía tan guapa como Tom había imaginado.

Capítulo 16

Después de que los criados retiraran el segundo plato y sirvieran el postre, Manton se detuvo junto a sir Thomas y le comunicó:

—Sir Thomas, hay una comitiva de la escuela del pueblo fuera. Desean saludarles a usted y a la señora.

—Qué encantador —dijo el señor Austin, sonriendo a su esposa.

—¿Podemos atribuirle este gesto a usted, señora Austin? —preguntó Thorpe, divertido.

—Es una costumbre, sir Thomas —respondió la señora Austin—. Y los niños estaban muy ansiosos por ver a lady Thorpe.

—Espero no decepcionarlos —dijo Griselda.

—No sería posible —dijo el señor Austin.

—Permíteles pasar, Manton.

—¿Aquí, señor?— preguntó Manton.

—¿Por qué no? Cuando disponemos de una mesa llena de dulces. —Y entonces se levantó y salió de la estancia, seguido de cerca por Manton.

—La escuela es un proyecto admirable de sir Thomas —explicó la señora Austin.

—Conozco a pocos terratenientes que insistan en que todos los niños del distrito asistan a la escuela hasta los doce años, y que provean los medios para hacerlo —añadió el señor Austin.

—Sí, ha construido una escuela de primera categoría. Fue una de las primeras cosas que hizo cuando alcanzó la mayoría de edad —dijo la señora Austin—. Pero me atrevería a decir que ya lo sabía.

Griselda esbozó una sonrisa evasiva. Cómo podía decirles lo poco que sabía de Tom Thorpe?

Este último regresó a la estancia con un aire divertido, un estado que a Griselda le pareció de lo más favorecedor.

—Es toda una delegación —dijo, acercándose a la silla de Griselda. Miró la mesa, ahora repleta de una deslumbrante variedad de gelatinas, cremas y frutas—. Espero que tengamos suficiente para todos. Señor y señora Austin, espero que no consideren esto una falta de hospitalidad, pero debo solicitarles que se moderen a la hora del postre.

Rieron ante aquello, y entonces el señor Austin le hizo una señal a Tom, pues la cabeza de la comitiva, una niña de unos doce años, acababa de echar un curioso vistazo desde el umbral de la puerta del comedor. Era evidente que estaban en fila fuera.

Griselda se levantó de la silla y se aproximó a la puerta, diciendo:

—Pasen, por favor.

La líder se sobresaltó un poco, pero luego recobró la compostura, avanzó unos pasos hacia delante, hizo una reverencia y le entregó a Griselda un ramo de flores.

—Gracias. Qué bonito. —Y esa fue la señal para que una avalancha de niños se abalanzara sobre ella, entregándole flores en rápida sucesión, sin que todos recordaran hacer una reverencia o saludarla.

Los niños más pequeños, de cinco o seis años, eran los últimos de la fila y Griselda, que se había agachado para hablar con los demás cara a cara, terminó por arrodillarse, encantada con ellos. Eran unos niños preciosos, rebosantes de una mezcla de gracia torpe y sincero terror a que se les permitiera entrar en el comedor de la mansión. El último niño entregó sus flores a Griselda y luego rompió a llorar, como si todo aquello le sobrepasara. Griselda, que estaba a punto de

llorar, no pudo evitar cogerlo en brazos y abrazarlo. Le sorprendió que el niño aceptara el abrazo y aún más que ella estuviera dispuesta a dárselo. Por lo general, no se sentía a gusto con los niños, pero la simple confusión del pequeño resonaba con algo en su propio corazón.

—Bueno, bueno, Dick... —La maestra se cernía sobre ellos, quejándose, pero Dick enterró la cara contra el corpiño de Griselda.

—Sabe reconocer algo bueno cuando lo ve, señorita Finch —dijo Thorpe. Griselda sintió que se le hacía un nudo en la garganta—. Mira, Dick, ¿quieres un trozo de jengibre confitado?

El niño estaba interesado. Miró a Thorpe, se enjuagó las lágrimas y aceptó el trozo de jengibre que Thorpe le tendía. Lo mordisqueó y, gustándole el sabor, sonrió a Griselda.

—¿Quieres dar un paseo a hombros? —preguntó Thorpe.

Una inclinación de cabeza y una amplia sonrisa fue la respuesta. Thorpe abrió los brazos para quitarle el niño a Griselda, pero Dick estaba decidido a tener la última palabra: le dio a Griselda un beso en los labios antes de que Thorpe se lo llevara.

—¡He besado a la esposa! —cacareó, mientras Thorpe le llevaba a dar una vuelta por el comedor.

Griselda seguía arrodillada y rodeada de ramos de flores, y no pudo evitar reírse ante el espectáculo. Thorpe parecía tener hechizados a los niños, y cuando les dijo que lo siguieran, lo siguieron alrededor de la mesa, con los bolsillos y las bocas llenos de los mejores dulces que el cocinero de Priorscoote podía ofrecer.

Thorpe cruzó junto a Griselda e hizo salir a los pequeños por las puertas del comedor, en una procesión serpenteante y saltarina en la que cada niño se aferraba a la cola del abrigo o al cordón del delantal del que iba delante. Olvidándose del dolor de su tobillo, Griselda no pudo resistirse a saltar y unirse a la marcha, para sorpresa del chiquillo corpulento que iba en la retaguardia de la fila.

Thorpe condujo a la procesión alrededor de la doble hilera de columnas de mármol del vestíbulo, y Griselda empezó a preguntarse si iba a llevar a los niños a la gran escalera que había en la habitación contigua. Pero, en cambio, los guio a través de las puertas dobles del salón y se detuvo de repente, por lo que la mitad de los chiquillos cayeron y rodaron por el suelo mientras reían histéricamente, sobre todo las niñas, notó Griselda.

Era un espectáculo espléndido y absurdo, y Griselda se quedó de pie, cubriéndose la boca con la mano, tratando de no ceder a la misma risa deliciosa e irresistible que se había apoderado de las niñas. Y entonces vio que Thorpe la miraba. Acababa de poner a Dick encima del fortapiano cerrado, y estaba de pie con los brazos cruzados, muy satisfecho con el caos. La miró y enarcó una ceja como diciendo: «así que te gustan estas tonterías, ¿verdad?» Y ella se encontró devolviéndole la sonrisa, porque en realidad no había nada más que hacer.

—Niños, niños, por favor, recuerden dónde están. —La señorita Finch, la maestra, parecía preocupada, si no conmovida.

Thorpe se volvió hacia ella.

—¿Le importaría tocar algunas piezas para nosotros, señora? Creo que hay que bailar, ¿verdad? —añadió, dirigiéndose a los niños—. ¿Bailarán? —Tras esto, asintieron con entusiasmo—. Entonces bailaremos. Señorita Sally Perry, ¿es usted quien está en el suelo? ¿Me haría el honor de abrir el baile? —Y la ayudó a ponerse de pie de una manera amable y escandalosa que la hizo reír aún más.

—Sir Thomas —intervino el señor Austin—. ¿No es habitual que el novio abra el baile con la novia?

—Ah, pero sí aquí tengo un compañero —dijo Griselda cogiendo la mano del niño que

había sido el último de la fila—. ¿Me haría el honor?

—El señorito Jones estará encantado, estoy seguro —dijo sir Tom—. ¿Verdad, Sam?

—Oh, sí, señor, por supuesto, señor —dijo Sam Jones.

—Entonces las dos parejas abriremos el baile —anunció Tom, dirigiéndole una sonrisa comprensiva a Griselda que la hizo marearse.

Mientras todos ocupaban sus lugares para el baile, con Thorpe organizando a las parejas y mostrándoles dónde ponerse, Griselda no podía decidir qué la impresionaba más: si el hecho de que Thorpe se hubiera tomado la molestia de aprenderse los nombres de todos aquellos niños, o la prontitud con que los obsequiaba con todas las gracias de su casa. Era verdadera generosidad, una cálida y genuina, no motivada por el deber sino por el placer que le producía el acto mismo de la hospitalidad. No era un hombre corriente, eso estaba claro.

—¿Qué pieza bailaremos, señorita Finch?

Empezaron con una versión muy bulliciosa de *Lilly Bulero*, y luego siguieron con delicias como *Gathering Peasecods* y *The Hole in the Wall*. En la cuarta canción, *Jenny Pluck Pears*, Griselda se encontró de pie en el fondo de la sala, frente a sir Thomas, observando a las parejas que encabezaban la fila danzar con delicadeza entre las demás figuras.

—Bailan muy bien —comentó Griselda.

—Una vez a la semana les envió un maestro de baile desde Stamford —dijo Tom—. Seguramente piensa que soy un tonto tratando de enseñar a los niños del campo las cortesías de la ciudad, pero de todos modos acepta mis guineas.

—No, el tonto es él, y también impertinente —dijo Griselda—. Nunca había visto nada más encantador en la vida.

—Me alegro de que le guste —dijo.

—Me gusta mucho —dijo.

Cambió el compás y Tom empezó a aplaudir, como hacían los demás, mientras subían las filas. Griselda también se unió.

Luego fue su turno de bailar nuevamente. Griselda sostuvo la mano de Thorpe e hicieron juntos los pasos necesarios hasta que llegó el momento de separarse. Al hacerlo, Griselda sintió un repentino dolor en la parte inferior de la pierna y su tobillo cedió, causando que cayese al suelo sin mucha gracia.

Thorpe se agazapó al instante a su lado, con un rostro tierno y preocupado.

—Ayúdeme solamente para poder sentarme—murmuró, intentando levantarse.

—Ni siquiera debería intentar levantarse —dijo Tom con firmeza y la cogió en brazos, como si fuera uno de los niños.

Griselda pensó que la depositaría en el sofá más cercano y sintió que se ruborizaba cuando la sacó del salón y la llevó hacia las escaleras.

—Esto no es necesario... —empezó a decir.

—La llevaré arriba, donde no pueda hacerse más daño —dijo y empezó a subir las escaleras—. Debí haberle impedido bailar en primer lugar, si solo lo hubiera reflexionado por un momento. Pero cuando se trata de usted, nunca pienso: ese es el problema. —Lo dijo de un modo tan directo que Griselda se quedó muda por un momento.

—De verdad no es más que un pequeño esguince, sir Thomas, y me gustaría que no se preocupara tanto —le dijo ella, retorciéndose un poco y tratando de zafarse.

—Quieta, niña tonta —le dijo, sujetándola con más firmeza—. ¿Quiere hacerme caer por las escaleras? No me he recuperado del último golpe que me dio en la cabeza.

Abrió de un empujón la puerta de su dormitorio y la depositó en la cama, para luego

hundirse a su lado, un poco sin aliento por el esfuerzo.

—Iré a Stamford a buscar a Hepburn, el cirujano —dijo Tom tras una pausa.

—No será necesario esta noche. No duele tanto.

—Si fuera uno de mis caballos no dejaría pasar algo como esto.

—Pues no lo soy —dijo Griselda.

—No, es mi mujer y debería cuidar más de usted que de mis caballos —dijo.

—No hace falta llamar al cirujano. Hannah puede prepararme una cataplasma, y si reposo bien el tobillo...

—¿Está segura?

—Muy segura. Quizás el señor Hepburn pueda revisarlo mañana.

—Muy bien —dijo Tom, y se levantó. Metió la mano bajo el cubrecama, sacó un par de almohadas y, tras levantar suavemente la pierna de Griselda, se las puso bajo el tobillo. Luego desató las cintas de sus sandalias elegantes y se las quitó.

—¿Desea que le quite la media? —preguntó Tom—. La cataplasma funcionará mejor si lo hago.

Griselda estaba tumbada boca arriba, mirando el dosel de seda. Intentaba no pensar en nada, pero era demasiado consciente de las yemas de los dedos de Tom rozándole los dedos de los pies.

—¿Lo hago? —volvió a preguntar.

—Eh, sí, está bien —consiguió decir Griselda, pero no estaba muy segura de poder soportarlo si él lo hacía.

Tom le levantó el vestido y ella sintió que tanteaba los alrededores mientras le desabrochaba la liga. Y entonces le rozó la piel desnuda del interior del muslo al bajarle la parte superior de las medias. Ella cerró los ojos y se quedó casi paralizada con una mezcla de placer y horror mientras él se la bajaba hasta el tobillo.

—Intentaré no empeorarlo —dijo, y se lo bajó por el talón. Griselda jadeó. Le había dolido un poco moverlo, pero eso no era lo que más le importaba. Se quedó tumbada respirando agitadamente y pudo oírle respirar también, como si él también se sintiera tentado de nuevo.

Luego tosió un poco y se levantó. Ella abrió los ojos y lo vio de pie, enrollando las medias.

—Iré a decirle a Hannah que le prepare una cataplasma.

—Sí, y entonces será mejor que vuelva con nuestros invitados.

Tom esbozó una sonrisa brevemente.

—Creo que ha hecho muchos amigos —dijo—. Por un momento me preocupó que considerara un tanto extrañas nuestras costumbres, quizá hasta impropias.

—¿Cómo podría? —dijo ella, apoyándose sobre los codos para mirarle bien—. Cuando me pareció que todo era como debía ser.

—Me alegra oír eso. Me alegra mucho —dijo—. Me alegra mucho. —Hubo otra pausa—. Le enviaré a Hannah.

—Gracias.

—Que descanse, entonces. No deseo que cojee —dijo y luego añadió, con un toque de emoción—: Sería intolerable para mí verla en tal estado.

—Prometo descansar.

—Bien —dijo, yendo hacia la puerta.

—Sir Thomas —dijo Griselda, con intención de detenerlo.

—¿Sí?

—Sobre el chal... —empezó—. Cometí un error, un gran error. Espero que pueda

perdonarme.

—Por supuesto. ¿Aceptará el chal?

—Sí. Está muy bien.

—Bien —dijo—. Bien. Bueno, debo buscar a Hannah.

La puerta se cerró tras él y Griselda volvió a tumbarse. Por fuera aparentaba calma, pero por dentro estaba lejos de estar en paz. Le dolía el tobillo, pero no era nada comparado con el dolor de su corazón. Cuán deseable era Tom para ella y, sin embargo, cuán imposible era desearle, al menos sin que su conciencia se redujese a trizas como un trozo de lino desgastado.

~

Tom cerró la puerta y se quedó un momento en el rellano, de espaldas a la puerta, consumido por la tentación. ¿Por qué no ir directamente a su habitación? Griselda no necesitaba una criada y una cataplasma con tanta urgencia como él la necesitaba a ella. Aquella noche había estado encantadora. En cuanto llegaron los niños, pareció olvidar sus rencores. Pensó en ella arrodillada en el suelo, con su vestido de terciopelo negro alrededor, sonriendo y tranquilizándolos a todos. Sabía exactamente lo que tenía que hacer y lo había hecho a la perfección. Y verla reír era como beberse una copa de valioso vino *Tokay*. Se sintió completamente embriagado y desconcertado.

—¿Está todo en orden, sir Thomas?

La señora Austin subía las escaleras hacia él.

—Sí, descansa por el momento.

—Bueno, no la molestaré.

Bajó los últimos escalones para reunirse con ella.

—¿Cómo están los invitados abajo?

—La señorita Finch los está despidiendo. Algunos de los pequeños se están quedando dormidos.

Tom sonrió.

—Las ciruelas azucaradas y la tarta de natillas suelen tener ese efecto.

Capítulo 17

Griselda durmió más tiempo y más tarde de lo previsto. Hannah había traído una cataplasma y un vaso de unos polvos de sabor desagradable disueltos en brandy. El señor Gough, quien al parecer era el boticario aficionado de la casa, lo había preparado especialmente para ella. Griselda no sabía lo que contenía y dudó un momento antes de beberlo. Sin embargo, le hizo mucho bien: durmió profundamente gracias al brebaje y se despertó sintiéndose renovada. Se dio cuenta de que no había dormido bien en semanas, desde que durmió en una zanja de camino a Cromer. Todas las camas grandes y cómodas que había ocupado desde entonces no le habían procurado ningún alivio.

Se vistió con su viejo atuendo de montar que, después de que Hannah lo cepillara y remendara a conciencia, parecía mucho más respetable de lo que Griselda hubiera imaginado. Era una mañana de otoño fresca y brumosa: estaba decidida a pasear a caballo, y aunque aún le dolía el tobillo, nada se lo impedía. Esperaba que Thorpe no interfiriera.

Le habían dicho que estaba en el patio del establo, el cual, afortunadamente para su tobillo, estaba a poca distancia de la mansión. Paseó por el encantador patio de servicio, cuyas paredes color miel, revestidas de rosas en flor, le daban un gran parecido a un cuadrilátero de Oxford. Un arco majestuoso conducía al patio de los establos, donde encontró a Thorpe reunido con su mozo de cuadra principal.

Un muchacho conducía una hermosa yegua blanca y gris por el patio, mientras Thorpe y el mozo de cuadra discutían sus ventajas.

—Bueno, señor, puede preguntárselo a la propia señora —dijo el mozo, divisando a Griselda—. Buenos días, mi señora.

—Buenos días —dijo Griselda.

—¿No deberías más bien...? —comenzó a decir Thorpe.

Griselda levantó la mano.

—Me sentaré enseguida, lo prometo. —Y se dirigió al bloque de montaje y se sentó en el segundo escalón—. Mi tobillo está mucho mejor. Pero necesito algo de ejercicio y pensé que si pudiera montar...

Thorpe asintió y se sentó a su lado.

—¿Qué le parece esta yegua? Se la compré a un vecino, pero no está acostumbrada a tener a una mujer sobre su lomo. Podría ser un tanto impetuosa, pero imagino que tiene experiencia.

—Solo he tenido un poni para pasear —admitió Griselda—. Las finanzas de mi padre no le permitían adquirir tales bellezas.

—¿Le gusta? Ciertamente es grande para una mujer, pero usted es más alta que la mayoría. No creo que haya nada en ella que no pueda manejar. Podría ir de caza con ella, si le apetece.

—¿Las mujeres de por aquí van de caza? —inquirió Griselda.

—No por lo general, pero puede establecer sus propias reglas —dijo Tom, luego se levantó y se acercó al caballo, tomando la brida del mozo de cuadra. Acarició y murmuró algo cariñoso al caballo antes de conducirlo hasta Griselda—. Se llama Bellefleur. Es suya, si la quiere. —Griselda no supo qué decir. Su confusión debió de ser evidente, porque él continuó—: Será mejor que la pruebe primero. Jack, por favor, ve a buscar una silla de montar para lady Thorpe. Y también tráeme a Juno.

Prepararon los caballos y, antes de montar, Thorpe ayudó a Griselda a subir a la silla.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

—Magnífico en verdad —exclamó Griselda una vez que se hubo acomodado en la silla y el mozo de cuadra le hubo soltado la rienda. Bellefleur estaba impaciente por partir, al igual que Griselda, y empezaron a trotar en cuanto salieron del patio empedrado.

Oyó que Thorpe se acercaba por detrás y miró hacia él. Estaba haciendo girar a Juno hacia la amplia franja de hierba que se extendía frente a las ventanas de la casa.

—¿Hacemos una carrera? —preguntó Tom, señalando con su fusta—. Para ponerla a prueba. ¿Hasta el obelisco?

—Para ponerme a mí a prueba, querrá decir —dijo Griselda, sintiendo bullir en su interior la emoción del momento—. ¿Dónde está la línea de partida?

Thorpe encabritó su caballo y Griselda se puso a su lado. Él le dedicó una sonrisa pícaro y Griselda, sin quererlo, recordó cómo había sonreído la primera vez que la había visto en camisón. Si tuviera sentido común, Griselda habría dado la vuelta a su caballo y regresado directamente al establo, antes de ir a la casa y encerrarse en un armario con un libro de sermones. En su lugar, parecía que estaba a punto de dejarse llevar.

—No podemos celebrar una carrera sin una apuesta —dijo Griselda—. ¿Qué sugiere?

—El ganador reclama un beso —propuso Thorpe.

—¿Y el perdedor?

—El perdedor se somete.

—Muy bien —dijo Griselda.

Se pusieron en marcha. Griselda estaba maravillada con el placer de montar un caballo tan fuerte y bien entrenado. Bellefleur quería galopar. No era terquedad, sino velocidad. El verde césped parecía disiparse bajo sus cascos y Griselda, encantada, la apremiaba.

Esperaba ver a Thorpe a su lado, pero no estaba allí. Levantó las riendas y, deteniendo a Bellefleur, miró a su alrededor. Allí, a unos veinte metros, Thorpe y Juno galopaban con toda tranquilidad.

La estaba dejando ganar.

Dio vuelta a Bellefleur y cabalgó hacia él.

—Eso no es nada deportivo —dijo.

—Pero es irresistible —dijo.

Se rodearon mutuamente. Griselda se sintió repentinamente nerviosa, con ese enfermizo sentimiento de culpa que le sobrevino al perder de nuevo el control.

—Aceptaste la apuesta —señaló Tom.

—Sí, pero...

—Pero... —repitió él, sosteniendo la brida de su caballo y acercando a Bellefleur hacia él, de modo que quedaron frente a frente, estribo contra estribo.

—Yo...

—No se puede retractar de una apuesta —dijo Tom—. Especialmente cuando usted ha propuesto que hagamos una.

—Y no debería hacer trampas para conseguir lo que quiere.

—¿Cómo sabe que no es lo que quiere usted también? —dijo Tom, y soltó la brida. Estaba de cara al obelisco y, de repente, salió galopando hacia él. Griselda, que estaba de espaldas hacia la casa, tuvo que dar la vuelta a su yegua y arreglárselas como pudo.

Thorpe fue el vencedor.

~

Una apuesta era una apuesta, sin duda, pero Griselda no era una compañera de copas. Era su

esposa y una dama.

¿Griselda quería que él la besara? Tom no estaba muy seguro, aunque, de lo contrario, ¿por qué habría accedido? Y ese repentino momento de incertidumbre que tuvo fue porque estaba envolviendo de nuevo su conciencia en una red de sutilezas morales que él, debía admitirlo, encontraba admirable. Innecesario, pero admirable.

Se relajó en la silla de montar y la observó recorrer los últimos pasos que los separaban. Griselda había aminorado la marcha, como si de repente le tuviera miedo. Y entonces la propia certeza de Tom se esfumó. No debería haber subestimado su conciencia tan rápidamente. No era honorable de su parte.

Griselda se aproximó a él y le miró directamente a la cara.

—Usted gana, señor —dijo ella.

Tom la tomó de la mano enguantada y se inclinó sobre ella, besándola con tanta delicadeza como pudo.

—Griselda —murmuró—, no puedo soportar... —Se quedó allí, inclinado sobre su mano, con el olor del cuero llenándole las narices. Ella no movió la mano. Tom se enderezó, aun sosteniéndole la mano, y la miró—. No tengas miedo.

En ese punto Griselda apartó la mano.

—Está empezando a llover —informó ella, y Tom se preguntó si acaso había hechizado a las nubes para escapar de la situación incómoda—. Deberíamos volver a la casa.

~

La lluvia arreció con fuerza y Griselda, sentada sola aquella tarde en su pequeño salón, sintió que se merecía la tormenta. Se había comportado indebidamente y ahora debía sentarse en silencio y enfrentarse a la cuestión.

Peor aún, había recibido una carta de Hugh:

Querida Griselda:

lamento informarte que tu prima no se encuentra bien. Ella y mi tía se quedarán en Cromer por el momento, pues Caroline está demasiado indispuesta para viajar. Me gustaría serle de utilidad, pero siento que mi propio apellido es una fuente de dolor para ella.

El Señor sabe que no soy de los que juzgan fácilmente, pero no puedo evitar pensar que esta ha sido una decisión despreciable. El precio a pagar de tu locura ha sido alto, aunque no para ti, pues tienes todo el honor de una posición muy respetable y me atrevo a decir que Thorpe no sufrirá excesivamente. Confío en que pienses en tu prima; de hecho, estoy convencido de que así es, pero siento que debo decir que me parece un asunto imperdonable.

¿Por qué no fuiste honesta conmigo desde el principio? ¿Por qué ocultarlo todo? Tenías todo el derecho a recurrir a mi protección después de que él te sedujera. Y cuando hablaste de Thorpe con tanta dureza...

Griselda tiró la carta de Hugh tras haberla leído dos veces. No sabía por qué la había vuelto a leer, salvo, quizá, para extraer alguna pizca de consuelo que le había faltado.

Recordó lo mucho que siempre había esperado sus cartas en Glenmorval; entonces habían sido de apoyo, pero en estas misivas no había más que reproches. Y que Hugh se lo reprochara era lo peor del mundo.

Griselda se levantó y se dirigió al escritorio, donde los libros de la casa habían sido dispuestos para su inspección. Se alegró de tener algo en lo que ocuparse. La administración de una mansión tan grande como Priorscode no era tarea sencilla, y Griselda se contentaba de poder guiarse de la experiencia acumulada en Glenmorval. Por lo menos la ama de llaves, la señora Pierce, que había ocupado ese puesto desde que Thorpe era un niño, parecía complacida de que

su nueva señora supiera lo que hacía.

Recogió los libros y salió de la sala después de haber acordado en ver a la señora Pierce en el cuarto de las conservas. Desde el salón, se abrió camino a través de la hilera de habitaciones: pasó por el dormitorio principal pintado en tonos verdes y el vestíbulo de la biblioteca, hasta llegar a la propia biblioteca.

No pudo evitar detenerse en la biblioteca vacía, torturándose con la visión de las cosas de Thorpe, que estaban desperdigadas sin cuidado. Tom no era en absoluto una persona metódica: necesitaba la gran extensión de varias mesas de caoba para sus propósitos, y había libros y papeles sobre el suelo. Un volumen de versos de Byron yacía boca abajo sobre el mapa de una granja, mientras que un volumen aún sin encuadernar sobre las últimas teorías agrícolas aguardaba, con los bordes intactos, sobre otra mesa, además de uno de sus cuadernos de dibujo. Pasó las páginas del cuaderno y descubrió que era el que había estado utilizando en la abadía. Allí estaba el rosetón que le había visto dibujar por primera vez y en la página siguiente se vio a sí misma, estirada en el suelo y dormitando, con el sombrero tapándole los ojos. El papel seguía arrugado por la lluvia y el dibujo estaba manchado, pero su energía era innegable: captaba la emoción del momento de un modo que hizo que Griselda pasara rápidamente la página.

Pero no era tan fácil de olvidar. Cruzó la habitación, abrazándose a sí misma un momento, y sintió bajo las yemas de los dedos la suavidad del chal de cachemira, mientras recordaba el placer del paseo que habían dado aquella mañana.

Sí, aún le deseaba. De pie, en medio de su habitación, en el corazón de su casa y entre todas sus posesiones, se le secó la garganta de anhelo. A pesar de todo lo que había transcurrido. Pero no iba a dejar que esos sentimientos la dominaran. Estaba decidida a no hacerlo.

~

Tom no la acompañó a la casa. ¿Por qué iba a hacerlo, si era probable que ella le hubiera cerrado la puerta en las narices?

A medida que avanzaba el día, Tom descubrió que su confusión y frustración se convertían en ira, al igual que empeoraba el clima. Cabalgó durante un rato para ocuparse de varios asuntos de la finca, pero únicamente logró atenderlos en parte. Ella estaba siempre presente en su mente, como una herida que no cicatrizaba. Le hacía sentirse como un perro azotado.

Y ahora su paciencia se había agotado. Tenía frío y estaba mojado, y necesitaba compañía femenina.

Al entrar, todavía empapado, subió directamente a su salón, pero descubrió con molestia que ella no estaba allí. Lo que encontró en su lugar fue una carta de Hugh Farquarson tirada en el suelo. Le echó un vistazo y salió airado de la habitación.

—¿Dónde está lady Thorpe? —preguntó al criado que atizaba el fuego en la biblioteca.

—Creo que está en el almacén, señor.

Allí fue donde la encontró: con el delantal puesto parecía un ejemplo de virtud femenina, mientras arrancaba pétalos de rosas secas para hacer *pot pourri*. Afortunadamente estaba sola.

Tom dejó la carta sobre la mesa. Griselda se acercó a ver qué era y luego lo miró a él.

—¿Qué hace con eso?

—La encontré.

—¿Ha tomado una carta que estaba en mi escritorio y la leyó?

—Vine a verla, señora, y estaba tirada en el suelo, a la vista de miradas indiscretas.

Griselda la tomó y se la guardó en el bolsillo del delantal.

—¡Cómo se atreve! —exclamó—. ¿La ha leído?

—Sí.

—Debe de afligirle saber que no se encuentra bien —dijo Griselda al cabo de un momento, arrancando un puñado de pétalos de rosa.

—¿Afligirme? ¿Qué se imagina que soy? Oír que está enferma... Que nosotros, con nuestro comportamiento desconsiderado hemos provocado esto...

—Sí —estalló ella—. Y sin embargo, anoche se comportó como si esto fuese motivo de celebración. Me sorprende oír que hoy le preocupa.

—¿Y usted tiene la conciencia tranquila al respecto?

—¡No, claro que no! —exclamó Griselda—. Nunca me he sentido más desgraciada. Esto es incorrecto, completamente mal, y no podemos pretender lo contrario. Nada puede arreglarlo. —Tiró la rosa que había estado destruyendo y se acercó a la ventana, con los brazos cruzados, dándole la espalda a Tom.

—Comprendo —dijo él, sintiendo la frialdad en su voz.

—Si le sucede algo, lo llevaré en la conciencia el resto de mi vida —añadió Griselda—. Esa es la cuestión. Ya hemos arruinado su felicidad, así que ahora debemos pagar por ello.

Tom metió la mano en la gran vasija de barro y cogió un puñado de pétalos de rosa secos. Abrió los dedos y vio como se le resbalaban. Ella seguía de pie junto a la ventana, tentándole con su silueta.

Tom se acercó por detrás, desesperado por convencerla de que volviera a mostrarse afectuosa. No podía soportar tal tristeza en ella.

—La deseo —susurró él, poniéndole las manos en los hombros.

Griselda se dio la vuelta, apartándole.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo puede siquiera pensar en eso? —dijo ella. Había verdadera repulsión en su voz, lo que sorprendió a Tom.

—Me das asco —terció Griselda y, pasando a su lado, se retiró de la habitación.

Tom la siguió, irritado por el insulto pero escéptico, incluso sintiéndose desesperado por ella todavía. Persiguió a Griselda por el pasillo de servicio y salió a la parte principal de la casa. Estaban al pie de la escalera de roble cuando Manton apareció en el vestíbulo.

—Sir Thomas, sir Thomas, discúlpeme.

—¿Qué pasa, Manton?

—Ha venido un hombre. Dice que debe verle. Tiene una orden que solo puede entregarle personalmente. He hecho todo lo posible para que se vaya, pero no quiere.

—¿Una orden?

—Sí, señor.

—Creo que podemos adivinar de qué se trata —le dijo Tom a Griselda—. Amberleigh o quizá Wansford han decidido demandarme por incumplimiento de promesa. Manton, ¿podrías decirle a Gough que empiece a hacer mi equipaje? Mañana salgo para la ciudad.

—Sí, por supuesto, señor.

—Y dile al hombre de la orden que le veré en el salón de negocios directamente. Dale algo de comer y beber. No es más que un pobre mensajero.

—Por supuesto, señor.

Cuando Manton se hubo ido, Griselda dijo:

—¿Va a la ciudad?

—Debo ver a mis abogados. No tengo ni idea de lo que puede suponer un caso de incumplimiento de promesa.

—¿Debo ir con usted? —preguntó al cabo de un momento. Sonaba como si la idea le

pareciese insufrible.

—Oh, haga lo que quiera —contestó él, repentinamente harto de Griselda—. No me importa.

Capítulo 18

—Mira este espejo, Georgie. ¿Alguna vez has visto algo semejante? Todos esos pequeños chinos y abanicos y todo lo demás. ¡Y el chapado en oro! —Lady Farquarson estaba fuera de sí de placer mientras daba una vuelta por el salón del primer piso de la casa de Thorpe en Upper Brook Street—. No creo haber visto una residencia más elegante en mi vida y que le siente tan bien a una dama. Estas cortinas verdes se adecúan perfectamente a tu tez, no podrían ser de mejor color.

—Sir Thomas me ha dicho que puedo a redecorarla a mi antojo —dijo Griselda.

—No deberías cambiar nada —dijo lady Farquarson—. ¿Qué opinas?

Era evidente que sir George no estaba de humor para sostener una conversación civilizada. Acercó una silla al fuego y se sentó con el ceño fruncido, mientras lady Farquarson inspeccionaba el salón.

—Bueno, te ves hermosa, Griselda, eso puedo decirlo —dijo sir George, después de su primer vaso de Madeira—. Está claro que el estado de casada te sienta bien, aunque haya sucedido de forma singular.

—Georgie, no hablemos más de eso. Lo hecho, hecho está —dijo lady Farquarson.

—Y no olvidaré lo ansiosa que estabas por pactar su unión —replicó George agriamente.

—¿Cómo está Caroline? —inquirió Griselda.

—Tu desafortunada prima está en casa de su hermano en la ciudad —informó sir George.

—Me alegra saber que estaba lo suficientemente bien como para viajar. Hugh dijo que estaba...

—Ah, tiene buena constitución, después de todo es una Farquarson. Pero este tipo de cosas arruinan a una mujer de por vida, ya ves.

—¿Crees que no he pensado en eso, papá?

—No creo que lo hayas considerado. Estabas demasiado ocupada construyendo tu propio nido. Y es un nido muy bonito. Pero ni todos los chinos dorados y el damasco de seda exonerarán la mancha de tu conducta.

—Pero George, ¡difícilmente veo el sentido de reprender a la pobre muchacha de semejante forma! No debía saber que sir Thomas se había comprometido a tal punto antes de...

—¿Antes de permitir que la sedujera? Para empezar, no tenía por qué comportarse de una manera tan escandalosa. Nunca hubiera pensado que una hija mía pudiera actuar tan inapropiadamente y permitirse tales libertades... —Se interrumpió y miró fijamente a Griselda antes de terminar su segundo vaso de Madeira. Enseguida se sirvió otro.

—No puedes sentarte a beber el vino de un hombre y hablar así, Georgie —dijo lady Farquarson, suavemente—. Oh, qué perspectiva: ¡toda la alta sociedad pasando bajo tus ventanas!

—Sin duda murmurando sobre el escándalo.

—Bueno, espero que estés preparado para ser cortés, porque está llegando un carruaje. Hombres a pie con librea azul cielo y plata, ¿será...?

—¿La duquesa de Renfrew? No puede ser —dijo sir George, levantándose de un salto de su asiento y acercándose a la ventana—. Cielos, ese es el escudo, por los cielos.

—¿La duquesa de Renfrew? —repitió Griselda—. ¿Qué quiere?

—Dicen que tiene un vicio terrible por el escándalo —dijo lady Farquarson.

—Probablemente quiera ensuciar la reputación de nuestra familia propagando rumores de

su indecencia —dijo sir George, bebiendo un poco más de Madeira—. Será mejor que seas educada con ella, Grizzy, o nunca te aceptarán en ningún sitio.

—Me pregunto si debería recibirla —dijo Griselda—. No estoy segura de querer conocerla.

—¿Has dicho que no quieres conocerla? —preguntó sir George—. Santos cielos, ¿acaso no hay fin a tu locura, niña? Tendrás que encantarlo. Es tu única oportunidad de dejar este asunto atrás. Si le pareces simpática, entonces...

Sir George no tuvo tiempo de decir nada más. Manton entró en la habitación para preguntar si lady Thorpe estaba en casa y, unos minutos después, anunció:

—Su Gracia, la duquesa de Renfrew, y lady Eliza Poole.

Entraron dos señoras, ambas de unos cuarenta años, vestidas llamativamente con abrigos de piel y sombreros de plumas.

—¡Pero si es una belleza, Eliza! —exclamó la más regordeta y extravagantemente de las dos—. ¡Una nunca lo hubiera pensado, al oír lo que Arabella Thorpe, esa víbora rencorosa, ha estado diciendo! Mi querida lady Thorpe, perdone esta impulsiva intrusión, pero no podía descansar hasta haberla visto, y nunca he visto nada más encantador en estos diez años en la ciudad. ¡Qué criatura tan divina! Por supuesto que Thorpe debe casarse con usted. ¡Claro que sí! Es una pena que acabe de acompañar a mi propio hijo al altar.

Era demasiado extravagante para hablar con sinceridad, y a Griselda no le costó mantener la compostura.

—Agradezco a Su Gracia sus amables atenciones. Permítanme presentarles a mi padre y a mi madre, sir George y lady Farquarson.

Probablemente lady Farquarson nunca había esperado que la presentaran como la madre de Griselda, pero a esta última no le resultaba difícil hacerse a la idea en aquel momento. Estaba más agradecida de lo que creía por su perdón y aceptación ante una situación tan difícil, y en circunstancias como esta representaba un arma muy útil: se encontraba perfectamente a gusto con aquellas grandes damas, y consiguió entablar una conversación trivial muy aceptable y agradable del tipo que Griselda aún no dominaba. Aquello la avergonzó de nuevo por haberla juzgado tan mal, y agradeció al menos que le hubieran dado una segunda oportunidad tan generosa. Thorpe había tenido razón al calificarla de noble: era más fina que la duquesa, eso estaba claro. Cuán acertado había sido su juicio en este caso y cuán equivocado el de ella.

—Deben venir a mi fiesta. Todos —dijo la duquesa, como si su mundo dependiera enteramente de su respuesta afirmativa. Griselda se vio obligada a aceptar con elegancia, aunque no estaba segura de que Thorpe quisiera ir. De hecho, ni siquiera estaba segura de que ella misma quisiese acudir.

—Bueno, tendré que tomar un trago de ese vino, si es que has dejado siquiera una gota en la jarra, George —dijo lady Farquarson cuando la duquesa y su hermana se hubieron marchado—. Una fiesta en Renfrew House. Ni en cien años lo habría imaginado posible. ¿Y qué diablos nos pondremos, señorita Grizzy? Debemos ir de compras hoy y no perder más tiempo.

—¡Gracias al cielo que saldrá de tu bolsillo! —agradeció sir George.

~

—¡Will, no has perdido tu predilección por los lugares extraños! —exclamó Tom mirando a su alrededor. Will Randall, un amigo de Eton y ahora abogado en ascenso, le había llevado a una lúgubre casa de comidas en una tranquila callejuela de la ciudad.

—Pensé que, dadas las circunstancias, apreciarías la discreción —dijo Will, acomodándose en una mesa esquinera bajo una ventana enrejada.

—Bueno, no creo que haya un alma aquí que nos conozca.

—Exactamente. Aquí podemos ser francos el uno con el otro.

—Más bien, yo puedo ser franco con usted.

—Por supuesto. —Sonrió Will—. Y la carne de cordero siempre es buena, lo que es más importante.

—Apenas tengo apetito.

—Tal vez no tengas, pero después de una mañana de circunloquios legales con gente como George Woburn, podría comerme un cuarto trasero de cordero. Cuanta más verborrea escupe mi erudito maestro, más hambre me entra. Por no mencionar la sed. Señora Taylor, ¿podría traernos una botella de clarete?

—Para ahogar mis penas.

—No hay necesidad de tal cosa —dijo Will—. Te sacaremos de esta.

—Pero Woburn y mi abogado...

—Son unos condenados pesimistas. Y temen un enfrentamiento, a diferencia de ti.

—Hay demasiadas damas nobles implicadas como para ir a juicio abierto —dijo Tom—. Sería mejor llegar a un acuerdo extrajudicial, por el bien de ellas, al menos.

—¿Y admitir culpa cuando no la hay? Tom, amigo mío, esta es la ocasión que has estado buscando toda tu vida. Para vengarte de ese canalla de Wansford. Es una oportunidad maravillosa.

—Si solo se tratara de Wansford y de mí, sí, pero... el escándalo que causará...

—Sea como sea, habrá escándalo, Tom —dijo Will—. Así que limpia tu nombre. ¿Y cómo puedo estar tranquilo y ver el nombre de un amigo manchado cuando es un hombre inocente? Tienes que luchar y lo sabes.

—¿Cómo?

—Debemos encontrar a quien haya falsificado esas cartas. No hay duda de que son falsas, porque me has dado tu palabra de que no las escribiste. Es así, ¿verdad?

—¡Maldición, Will, sabes que no tengo nada que ver!

—Bien, ese es el espíritu. Recuerda que debes convencer al tribunal de que eres un hombre que cuida su reputación.

—Pero, dadas las circunstancias, quizá parezca que no tenga reputación alguna. Mi matrimonio y las razones para ello, bueno...

—¡Bah! —dijo Will con un gesto de la mano—. Eso se explica con facilidad. No hay nada que guste más a un jurado que una historia de amor. Con la señora presente y sentada en pleno tribunal, con un bonete parisino y expresión preocupada, estarán de tu lado antes de que puedas decir...

—Es una sugerencia repugnante, Will.

—¿Por qué, no es guapa?

—Sí, pero... es mi mujer, maldita sea. Lady Thorpe.

Will se rio y bebió un sorbo de vino.

—Entonces estás enamorado de ella.

Tom vaciló un momento.

—No estoy seguro de lo que signifique, este asunto con Griselda...

—Griselda. ¿Es escocesa?

—Hasta la médula: es orgullosa, impetuosa, muy perspicaz y mejor que una cantante de ópera en el lecho.

Will silbó.

—Menos mal que vinimos a un lugar tranquilo —dijo—. Y será mejor que no me invites a cenar, pues me enamoraré de ella.

—Entonces me vería obligado a matarte, Will —dijo Tom—. Si no me mato yo primero.

—¿Qué quieres decir?

—No le intereso, y esa es la pura verdad.

—¿Cómo puedes estar tan convencido?

Tom no dijo nada. Contemplaba a la camarera cruzar la habitación con una bandeja. Era una muchacha fuerte, de rostro despierto, ojos oscuros y lustrosos tirabuzones. Lo sorprendió mirándola y sonrió, como si el verlo la complaciera. Era como entrar en una habitación con un fuego cálido. La muchacha se aproximó a la mesa y se tomó su tiempo para servir los platos de chuletas de cordero.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes, caballeros? —inquirió con expresión provocativa.

Tom supuso que por unos chelines podría ser suya, y tal era su irritación con Griselda en aquel momento, que casi se sintió tentado de hacerlo. Pero la tentación pasó en un momento. Sus brazos no eran los que él quería sentir entrelazados con los suyos, y los besos de la camarera no saciarían su deseo. Quería a Griselda o a nadie más.

Will la despachó con una señal y empezó a atacar sus chuletas de cordero con otro tipo de apetito.

—Entonces —dijo, con la boca llena—. Un falsificador. ¿Cómo podría Will Randall encontrar un falsificador en una gran ciudad como esta?

Capítulo 19

Sir George no necesitaba preocuparse por su dinero; lady Farquarson no se permitía a sí misma ni a Griselda excederse. En su larga expedición de aquella mañana por todas las tiendas de Oxford Street, solo adquirieron nimiedades: unos metros de cinta, un par de guantes y algunas plumas para adornar un bonete. Y, sin falta, nunca pagaron el primer precio mencionado por el comerciante. Lady Farquarson era una negociadora consumada. Estaba claro que, para ella, ir de compras una especie de juego, uno que estaba acostumbrada a ganar.

—Me abochornaría pagar estos precios londinenses —le comentó a Griselda mientras una ayudante intimidada de la Schomberg House iba a empaquetar la pieza de encaje que le habían rebajado tres chelines por una minúscula inconsistencia en el patrón—. Nací a tiro de piedra del Mercat Cross de Glasgow, así que llevo el comercio en la sangre.

—Hace que las compras parezcan un deporte —dijo Griselda.

—Bueno, para mí tiene más sentido que jugar a las cartas por dinero, como hacen algunos tontos. Los juegos de azar son un pecado, esto te lo digo sin rodeos. Pero eres muy sensata como para dejarte atrapar por ese podridero. ¿Ves a ese caballero, junto a la columna?

—¿Con el abrigo burdeos?

—Sí. Ese es el Coronel Nisbet de Achlmahoy. Dicen que ha perdido dos fortunas en las mesas, la suya y la de su esposa, y aun así se pavonea como si fuera el dueño del mundo. Antes preferiría disparar a un hombre de tal calaña que tomar el té con él.

—¿Y la mujer que está a su lado?

—Es la señorita Lucy Pérez, que trabajaba en el teatro Royal y ahora se ha posicionado como la prostituta más cara de la ciudad.

—Conoces todo y a todos, *belle-maman* —dijo Griselda, mirando a Lucy Pérez y su deslumbrante abrigo de seda color bronce. Luego se ruborizó, avergonzada por la familiaridad que acababa de extender imprudentemente, y añadió—: Si me permite que la llame así...

Lady Farquarson la cogió del brazo.

—Me gusta mucho, querida mía. Ahora, vayamos a lo de Pattinson a buscar tus zapatos de baile.

Desde la calle, la pequeña zapatería de Pattinson parecía abarrotada. A través del escaparate, Griselda vio a un grupo de niñas probándose zapatillas de raso rosa, mientras una criada, la institutriz y la madre de la familia les asistían con preocupación, así como el señor Pattinson y sus dos empleados. Y en un rincón, bastante despreocupado por todas aquellas molestias, estaba sentado un caballero leyendo el periódico.

—Pero bueno, ¿puedes creerlo? —murmuró lady Farquarson mientras entraban en el establecimiento—. Son mi prima Jeanie y su marido, Clarke.

—¿No era el tutor de sir Thomas? —preguntó Griselda.

—Sí, el mismo —dijo lady Farquarson, a la que ahora había reconocido la señora Clarke.

—¡Prima Margaret! —exclamó la mujer—. ¡No tenía ni idea de que estabas en la ciudad! Niñas, niñas, vengan a hacerle una reverencia a lady Farquarson. Señor Clarke, deja el periódico por un momento, por favor. Mira quién está aquí.

«Astuto»: así le había definido lady Farquarson. Mientras el hombre se inclinaba y se presentaba ante Griselda, aquello le pareció una descripción acertada, pues a Clarke le distinguía un aire falso y petulante.

—Lady Thorpe —dijo el caballero—. Acepte mi más sincera enhorabuena por su

matrimonio. —Había una cierta impertinencia en su cuidadosa cortesía que la irritó. Se figuró enseguida que Tom Thorpe habría detestado someterse a la autoridad de un hombre semejante.

—Ahora vivimos en la ciudad —explicó la señora Clarke—. El señor Clarke ha tenido la fortuna de que le nombrasen para una posición eclesiástica muy buena, tanto que asumirá el puesto de coadjutor.

«Suficiente para pagar cuatro pares de zapatillas de seda rosa de una guinea», pensó Griselda, observando que las niñas iban vestidas con la misma sofisticación que su madre.

—Deben venir a cenar con nosotros —continuó la señora Clarke.

—Oh, estoy seguro de que sir Thomas y lady Thorpe no tendrán tiempo ahora para visitar nuestra humilde morada, querida —dijo el señor Clarke.

—Pero ahora todos somos familia —insistió la señora Clarke—. Una simple cena familiar, ¿qué podría ser más encantador?

—Me parece que no, querida —dijo el señor Clarke en voz baja, con un tono de vergüenza en la voz—. Quizá en otra ocasión.

—Nuestra residencia está en Ellis Street —dijo la señora Clarke, sin inmutarse—. No creo que hayas visto casa más bonita, Margaret. Te ruego que vengas. Clarke, anota nuestra dirección para mi prima: aún no tenemos tarjetas de visita. Siguen en la imprenta.

—Como gustes, querida —dijo el señor Clarke, metiendo la mano en el bolsillo del abrigo y sacando un pequeño cuaderno de notas. Garabateó la dirección con un lápiz, arrancó la página y se la entregó a lady Farquarson con una reverencia—. Y ahora, creo que debemos seguir con nuestras obligaciones.

Tras un considerable revuelo de chales y cintas de sombreros, y unas cuantas lágrimas que derramó una de las niñas al haberse encaprichado con un par de zapatillas escarlata, el séquito de Clarke se despidió.

—Al menos tuvo la decencia de saber que sir Thomas no querría involucrarse con él de ninguna manera —dijo Griselda, mientras esperaban sentados a que el señor Pattinson le trajera unos zapatos para probarse.

—Me sorprende, pues yo creía que él era tan ambicioso como ella —dijo lady Farquarson. Todavía sostenía la página arrancada del libro de notas—. ¿Cuánto crees que cueste al año una casa en Ellis Street?

Le entregó la nota a Griselda.

—No lo sé —dijo Griselda—. Parecían muy prósperos. ¿Es una buena calle?

—Muy elegante. Tan elegante como el sombrero que llevaba. Es toda una transformación. La última vez que los vi llevaban vestimentas un tanto raídas.

Griselda miró el papel.

—Su caligrafía se parece mucho a la de sir Thomas —dijo—. Debe haberle enseñado a escribir.

~

Tom vagaba por las brillantes calles de la ciudad, embriagado de necesidad, pensando que debía de ser un tipo extraño entre todos los hombres de negocios con sus vidas ordenadas. Sintió deseos de tomar a uno de ellos por el codo, uno de los de aspecto sensato, con canas en las sienes, y preguntarle, como hombre de negocios, cómo podía empezar a tratar con Griselda. ¿Cómo iba a hacer las paces con una criatura que con sus palabras y sus acciones podía encender su temperamento tan rápidamente como un trozo de yesca seca sobre un fardo de paja? ¿Cómo iba a aprender a ser paciente cuando cada discusión le provocaba un deseo enfermizo? ¿Cómo

iba a cumplir con su deber si ella no se lo permitía, por el amor a la bondad?

Caminó desde la ciudad hacia el West End, acelerando el paso, preso de una energía que no sabía cómo gastar. La ciudad le parecía una prisión de piedra. Deseaba la comodidad de sus caballos y sus tierras, pero sobre todo quería recostarse con Griselda y verla sonreír, o mejor aún, oírla reír y sentir su cabello entre sus dedos.

Pasó frente a una joyería, Garrard's, y vaciló, preguntándose si podría encontrarle alguna bagatela. Sería un gesto tonto, sin duda, y no recibiría ningún crédito por ello, pero quería el consuelo de un ritual. Era costumbre que un hombre regalase esas cosas a su mujer, y una mujer, por particular que fuese, podía descifrar el ritual y conocer el verdadero significado del gesto. Quizá.

Se sentó y pidió ver unas perlas. Se le ocurrió que las perlas y Griselda tenían afinidad. El elemento de azar del asunto, la arenilla en el vientre de la ostra que se transformaba en un objeto de belleza..., tal vez, si la naturaleza podía lograr tales milagros, también había esperanza para él.

—Sí, señor, ciertamente disponemos de perlas. ¿Son para una señorita?

—Para mi esposa. Perlas negras. ¿Un collar y pendientes, quizá?

—Está de suerte, señor. Hace poco recibimos un cargamento de las mejores perlas negras de Oriente. Cuentan con una calidad soberbia, un brillo incomparable.

El hombre depositó el collar de perlas sobre una almohadilla de seda blanca. Parecían haberlas diseñado pensando en Griselda. Estaban engarzadas con sencillez, con delicados anillos de oro, pero su color era extraordinario. Como el cielo resplandeciente de aquella abadía de Norfolk, bajo la lluvia.

—Y pendientes a juego —continuó el comerciante—. Son ejemplares muy raros, y tienen un precio que va acorde. —Mencionó el precio en un discreto susurro.

—El dinero no es un problema —dijo Tom, que en aquel momento habría estado dispuesto a renunciar a todo su patrimonio con tal de conquistarla. Tomó la perla y la alzó a contraluz, embelesado. Era como si la perla encerrara todo el tributo que deseaba rendirle, y más. Parecía contener el recuerdo de los primeros besos que se habían dado.

Pero no podía dárselos. Lo supo súbitamente y con toda certeza. Recordó lo que ella le había dicho en la habitación: «Nada puede arreglarlo», y a su modo de ser obstinado, sabía que Griselda consideraría aquel collar de perlas como un simple soborno. Tendría que pensar en otra forma de llegar a su corazón.

—¿Señor?

—En otra ocasión, quizá —dijo Tom, dejando el pendiente. Esperaba algún día poder obsequiarle cosas como aquella.

~

Solo había una habitación en la casa de Arlington Street en la que Griselda se sentía a sus anchas: era el comedor de la planta baja, decorada con un reconfortante color ocre, con sillas tapizadas en tela de cuadros y una pared de armarios acristalados para libros.

Fue allí donde se quedó de pie mientras esperaba a que Thorpe regresara para cenar, tomando libros de las estanterías y devolviéndolos enseguida, pues aunque estaba ansiosa por distraerse, carecía de concentración para leer. Llevaba un rato arreglada, con un vestido de seda gris plateado y una chaqueta de gasa de céfiro negra bordada que le había confeccionado la modista de Stamford, y que había llegado aquella tarde en adición a las misivas de Thorpe desde el campo y una gran cesta de caza.

—¿El señor Randall no ha llegado todavía, Manton?

—No, señor.

—Bueno, haz que se acomode en el salón cuando venga. Y prepara algo de vino. Bajaré en cuanto me haya vestido. ¿Está mi señora en casa?

—Me parece que está vistiéndose, señor.

Griselda oyó el intercambio en el vestíbulo y se preguntó si debía salir, pero al oír a Thorpe corriendo escaleras arriba, decidió que iría al salón cuando hubiera encontrado algo que leer. Después de todo, para eso había entrado: para encontrar lectura, no para esconderse como una pariente pobre. Era la dueña de la casa, aunque no se sintiera así.

Se decidió por un libro de comedias de Shakespeare y subió al piso superior, a la majestuosidad verde pálida del salón. Las velas estaban encendidas, las sillas dispuestas junto al fuego y una bandeja de vino en una mesa auxiliar. Se acercó a la ventana y abrió el libro al azar, deseosa de perderse en algún bello verso.

Varias páginas después de empezar a leer Como gustéis, Thorpe entra en el salón y la distrae de las arboledas del bosque de Arden.

—Señora —anunció Tom, con una inclinación de cabeza y una leve reverencia.

—Sir Thomas.

—Le he pedido a Will Randall que cene con nosotros esta noche. Espero que le parezca bien.

—Por supuesto —aceptó Griselda, observando cómo se servía un vaso de vino. Iba vestido de blanco y negro, un atuendo apropiado para la ciudad, pero Griselda pensó que no le sentaba bien. Estaba de espaldas al fuego, con la copa de vino en la mano y un aspecto extrañamente incómodo, como si no fuera el dueño de la propiedad. «Es tan desdichado como yo», pensó Griselda, mientras dejaba su libro.

Se dio cuenta de que él la observaba con franco escrutinio, como si la delicada gasa y la seda de su vestido revelaran más de lo que ella pretendía. Así que comenzó a caminar por la habitación, con la intención de mirar el paisaje clásico del cuadro que colgaba de la pared del fondo; motivada, quizá, por el deseo de ser arrastrada por su brumosa luz dorada y desaparecer en lugar de sentir sus ojos clavados sobre ella.

—¿Qué estabas leyendo? —preguntó Tom.

—Como gustéis de Shakespeare.

Miró hacia atrás y le vio coger el libro. Ella había marcado su lugar con una cinta y Tom se quedó leyendo en silencio las páginas que ella acababa de leer antes de entrar. La rígida torpeza de su cuerpo se esfumó al quedar absorto en la obra. A Griselda le pareció que se había despojado de su aire de formalidad y que estaba como en la biblioteca de Priorscode, vestido con su camisón de tafetán carmesí un tanto desgastado, el pelo revuelto y la corbata floja. Lo que ella veía era el yo privado de Tom, y sintió un repentino anhelo por él y por todas las intimidades que implicaba. Deseó ser una esposa normal, amada y apreciada por un hombre como él, casada de la forma habitual, sin ninguna de las complicaciones que los envolvían. Y deseó tenerlo para sí, en su cama, con su carne desnuda contra la suya.

Griselda reprimió rápidamente el pensamiento y se concentró en su paseo por la habitación mientras él seguía leyendo. Solo leía, insistió para sus adentros, porque así se ahorraba la molestia de hablar con ella.

—*Los hombres son abril cuando hacen la corte, diciembre cuando se casan; las doncellas son mayo cuando son doncellas, pero cuando el cielo cambia son esposas* —citó Tom y cerró el libro con una mueca.

Reinó un largo silencio durante un momento. Luego hablaron los dos a la vez. Griselda deseó no haberlo hecho, porque él le cedió la palabra al instante.

—La duquesa de Renfrew llamó esta mañana —le informó Griselda.

Tom frunció el ceño.

—¿Qué quería?

—Invitarnos a su fiesta esta noche.

—Oh, Señor —dijo—. Bueno, supongo que nos vemos en la obligación de ir. De lo contrario corremos el riesgo de ofenderla.

—¿Qué iba a decir hace un momento? —preguntó Griselda.

—Nada.

—¿Está seguro? —insistió.

—Iba a preguntarle su parecer sobre Rosalind —replicó Tom—. En mi opinión es una de las mejores creaciones de Shakespeare.

Fue una observación sorprendente. Un verdadero intento de conversación.

—Eso es porque puede expresar lo que piensa y lo que siente. Gracias a su disfraz puede ser ella misma —dijo Griselda.

—Porque está fingiendo. Sí, una ironía interesante. Ser más sincero cuando se finge.

—Su farsa es simplemente superficial. Cuando vuelve a ser Rosalind, es menos fiel a sí misma. Es muy extraño y sin embargo tan cierto.

—Quizá debería ir y disfrazarse de hombre de nuevo —dijo Tom, mirándola—. Así podría volver a encontrarla.

—No estoy segura de que le guste lo que vaya a descubrir —dijo ella con cautela, dándose la vuelta. Habría vuelto a subir por la habitación, pero Tom extendió la mano y la giró por el hombro para que volviera a estar frente a él. Su mano se posó, cálida y firme, en su hombro y su pulgar le recorrió suavemente la clavícula. Griselda se estremeció de placer.

—¿Por qué tienes tanta certeza de eso? —preguntó. Dejó la otra mano junto a la mejilla de Griselda por un instante antes de rozarla con el dorso de los dedos, casi imperceptiblemente. Pero Griselda sintió como si la hubiera tocado con la hoja de una espada al rojo vivo. Se estremeció, no de dolor, sino de placer.

—Porque... —Griselda luchaba por resistir los impulsos de su cuerpo. Quería entregarse a su abrazo y dejar que la besara, que fuese como en la posada. No quería otra cosa que besarle a su vez, enroscarse en sus brazos como zarzas y no volver a soltarle.

Tom se inclinó y la besó, no en los labios, sino en la frente con suma delicadeza. Griselda echó la cabeza hacia atrás, sintiéndose como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Apenas podía sostenerse. El deseo que sentía por él la había dominado, y sintió un exaltante triunfo cuando él la agarró por la cintura mientras ella se tambaleaba hacia atrás. Empezó a besarle la garganta con tierna urgencia, su brazo alrededor de su cintura se hizo más fuerte mientras rodeaba una de sus nalgas con la mano, una sensación que se intensificó por la suavidad de la fina camisa de lino que llevaba sobre la piel.

Luego, en un instante, él le subió las faldas y apoyó la mano en su carne desnuda. Al mismo tiempo, la besó en los labios y ella le devolvió el beso con la avidez de un niño que engulle un melocotón maduro. Tom cerró los ojos. Griselda sintió su vertiginoso placer y lo besó más, disfrutando del embriagador aroma de su colonia de sándalo, mientras presionaba los labios contra sus sienes y su cuello.

—Ven —le dijo, y cogiéndola de la mano, la condujo al diván.

Permanecieron sentados un momento, abrasándose la boca del otro con labios ardientes.

Entonces Tom le subió las faldas y le quitó con delicadeza la última capa de ropa, que se había enredado entre sus piernas temblorosas. Con un dedo le acarició el cabello, y Griselda levantó las piernas, deseosa de más.

Ahora yacía boca arriba mientras él se posicionaba sobre ella, sin dejar de besarla en los labios y acariciarle entre las piernas. Le pareció ser un violín en manos de un músico magistral, capaz de producir los efectos y sonidos más extraordinarios. Se quedó recostada, con los ojos abiertos de asombro, mientras Tom seguía tocándola, haciéndola bailar a un ritmo que Griselda llevaba semanas deseando bailar. Y sobre ella, el elaborado techo de yeso pintado del salón, con sus rombos dorados y sus cupidos mohínos, se desdibujaba a medida que su cuerpo cedía al asalto incesante de un placer extraordinario.

—Oh... yo... —No conseguía pronunciar palabra.

—*Le petit mort* —murmuró Tom, presionando suavemente su mano contra ella y provocándole descargas que le recorrían el cuerpo. Mientras Griselda jadeaba, él la rodeó con sus cálidos brazos y la estrechó contra sí. Ella cerró los ojos y hundió la cara en el chaleco de seda de su esposo. De repente quiso mucho más y empezó a besarle de nuevo, ahora con frenesí, deseando no solo sus dedos, sino sentirle dentro y verle llegar a la cúspide con ella. Deslizó la mano para bajarle los calzones. Empezó a desabrochar los botones torpemente y Tom, riendo un poco, la ayudó. Se levantó rápidamente, se bajó los calzones y volvió a sentarse, atrayéndola hacia él y subiéndole las faldas.

—Ven, arrodíllate sobre mí —le dijo, con las manos en la cintura, como si estuviera a punto de hacerla girar en un baile campestre. Pero en lugar de eso, la hizo descender suavemente sobre él.

Griselda no pudo evitar gritar de asombro al sentir cómo la penetraba.

—Estoy a su servicio, señora —le dijo, y luego empezó a moverla de un lado a otro, hasta que ella captó el movimiento y se dio cuenta del poder que desataba en ella.

Y también de las sensaciones que provocaba en Tom. Griselda volvió a verle y entonces ya no era sir Thomas Thorpe, sino el atractivo desconocido de la posada, una extraordinaria escultura viviente con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, el suave cabello dorado cayéndole hacia atrás, más brillante en textura y color que cualquiera de los objetos dorados de la habitación. Vio cómo se relamía los labios con lento placer mientras ella se mecía sin cesar. Le puso las manos en las mejillas y lo besó, deteniéndose un instante.

—No, no pares... —dijo Tom, entre susurros—. Te lo ruego.

En realidad, Griselda ya no podía contenerse. Esa descomunal sensación de deseo estaba aumentando de nuevo en ella, y podía sentir que él también estaba a punto de alcanzarla.

Tom soltó un gruñido grave al encontrar la culminación de su placer y abrazó a Griselda, mientras esta última se elevaba, presa de la risa por puro placer salvaje, sintiendo aquel extraño calor envolver su cuerpo.

—Calma —le dijo Tom. Griselda lo contempló: sonreía y hacía muecas al mismo tiempo. Se separaron con mucha delicadeza y permanecieron sentados un par de segundos, sin musitar palabra. Entonces él la tomó de las manos y se las besó.

—Eres una criatura tan dulce —le dijo Thorpe, sonriéndole—. Y tienes el cabello en la cara. —Le apartó el pelo del rostro—. ¿Debería llamar a la criada?

—No... —replicó ella, todavía aturdida—. Puedo arreglarme el peinado sola. Todavía no hay mucho, ya que me lo corté con las tijeras de ovejas cuando me fui de Glenmorval.

Tom se levantó del sillón y se abrochó los calzones riendo. Luego le tendió la mano y tiró suavemente de ella para ponerla en pie.

—¿Qué le he hecho a tu ropa? —dijo Tom, mientras ella se levantaba. Extendió la mano e intentó alisarle las faldas—. Bueno, si las arrugas no se alisan, no importa. Tal vez comiences una nueva moda: la de tener la vestimenta un tanto desordenada. —Y entonces volvió a rodearla con sus brazos y comenzó a besarla en los labios—. Querida mía...

—Tengo que componer mi peinado —dijo ella, separándose de él y acercándose al espejo del tocador. Su cabello, que Hannah había arreglado con tanto esmero, ahora tenía el aspecto de trigo maltratado tras una repentina tormenta de verano, mientras que sus mejillas estaban ruborizadas. «Tienen un color rojo culpable», no pudo evitar pensar, mientras se tocaba una con las yemas de los dedos y sentía su calor.

—¿Sabes? —inquirió él, acercándose por detrás y mirando su reflejo—. Me parece que nunca te he visto más bella. —Volvió a cogerle las manos, se inclinó sobre ellas y se las besó.

—Por favor... no —dijo ella, repentinamente incómoda. Sintió que la marea de placer disminuía y le daba paso a la confusión.

—¿Qué pasa?

—No lo tengo claro —contestó Griselda, apartándose rápidamente del cristal y de su reflejo, que había comenzado a perturbarla. Ahora comprendía por qué: lo había visto en Cromer besando las manos de Caroline cuando le había hecho aquella promesa pública.

—¿Griselda? —la llamó Tom, acercándose a ella.

Ella levantó las manos para hacerle guardar las distancias.

—No, por favor. Le ruego que no continúe. No quiero que sea amable conmigo.

—¿Pero qué dices, Grizzy?

Pero no hubo tiempo de contestar. La puerta se abrió y Manton anunció la llegada del señor Randall.

Capítulo 20

—Creo que nuestros jóvenes recién casados deberían inaugurar el baile, ¿no le parece, mi querido duque? —preguntó la duquesa de Renfrew—. ¿Qué podría ser más encantador?

«Bueno», pensó Tom, «si uno debe convertirse en entretenimiento público, bien podría ser por una duquesa». Trataba de disimular sus reparos. Estaba convencido de que la duquesa tenía intenciones de causar serios problemas: durante la cena, Will les había dicho que todo el mundo hablaba de cómo su madre y la duquesa se habían peleado.

Pero al tomar la mano de Griselda y conducirla a la parte delantera de la formación, sintió enfado al ver lo pálida que estaba. Aunque no lo expresara, estaba claro que no estaba acostumbrada a reuniones tan grandes como la de Renfrew House. Y vaya si lo era: cuatro salas decoradas en exceso y en las que hacía demasiado calor, abarrotadas de tontos con miradas lascivas y vestimentas vulgares que no tenían nada mejor que hacer con sus vidas que deleitarse con los errores y las desgracias de los demás, pensó Tom. Cuanto antes se marcharan de la ciudad, mejor. Esperaba que Griselda tampoco estuviese de acuerdo con vivir en aquel lugar y, mirándola ahora, tenía la sensación de que no le gustaría hacerlo. Aunque su presencia fuera lo más llamativo de la habitación. Tenía al duque de Renfrew mirándola como un estudiante inexperto. Pero él sabía que ese mundo no era de su gusto, y era una de las cosas que le hacían admirarla aún más.

—¿Aceptaría bailar un *reel*, lady Thorpe? —preguntó el duque a Griselda—. ¿En honor a nuestro país natal? —Ella asintió con elegancia y luego hizo una reverencia a Tom cuando comenzó la música.

Fue un placer volver a bailar con ella, aunque las circunstancias fueran menos agradables que aquel baile improvisado en el salón de Priorscothe. Aquí estuvo impecablemente elegante y refinada, pero también natural. No era una maestra del baile. Bailaba bien porque mostraba seguridad y la música la guiaba. El color volvió a sus mejillas a medida que la danza progresaba, y sonrió con auténtico placer cuando se giró, con sus faldas plateadas y negras reflejando la luz como el lomo de un salmón. Se había dejado llevar, exactamente como lo había hecho en el salón antes de la cena, y quizá se había encontrado de nuevo.

Y entonces terminó el baile y Griselda se quedó sin aliento y con las mejillas enrojecidas, mientras le cogía del brazo y caminaba con él por la sala para el siguiente baile.

—No sé cómo espera que no sea amable con usted —dijo Tom mientras ocupaban sus lugares—, cuando es usted la mujer más hermosa de la sala.

—Entonces desearía no serlo.

—Nunca se me han dado bien los enigmas —dijo, decidido a no dejarse provocar por la joven. Decidió que la sacaría lentamente de su distanciamiento. Era como un caballo que se resistía a saltar una valla. No serviría de nada obligarla: la amabilidad, la persuasión y la cortesía bastarían. Al final, ella acudiría a él.

—No estoy hablando con enigmas —dijo—. Hablaba con total franqueza cuando dije lo que dije. Por favor, haga lo que le he pedido.

Habría contestado, pero la música volvió a sonar. Tras otro vigoroso baile *country*, no hubo posibilidad de que los dos hablasen más.

Después de pasar las dos primeras piezas bailando con Thorpe, Griselda se vio escoltada por el duque. El caballero la tomó del brazo y, sujetándola con más de cercanía de lo necesario, la condujo por los salones, presentándole a tanta gente que Griselda solo logró quedarse con una vaga impresión de nombres y caras. Se sintió como un oso al que arrastran entre la multitud en un mercado del campo y se preguntó si el duque no le pondría pronto un collar de oro y una cadena para confinarla en su patio.

Por el rabillo del ojo pudo ver a sir Thomas en una situación similar. Le hablaban constantemente, pero Griselda percibía su profundo desagrado. Cuando saludaba a alguien, lo hacía con tanta rigidez que apenas había deferencia en su acción.

Y entonces, por supuesto, tuvieron que volver a bailar, aunque no el uno con el otro. El duque insistió en bailar dos piezas con ella, durante las cuales se quedó sin aliento. Declaró que debía sentarse y tomar un poco de vino, e invitó a Griselda a acompañarle. La tomó de las manos y se las besó de una manera que sugería que le gustaría hacer mucho más. Presa del pánico, Griselda miró a su alrededor buscando una excusa para escapar, con la esperanza de llamar la atención de Thorpe. Pero no lo veía por ninguna parte y se dio cuenta de que no podía esperar que la rescatara después de lo que le había dicho. Pero entonces, ¿por qué le parecía tan necesario? ¿Acaso era la única persona de la sala con la que podía imaginarse manteniendo una conversación racional?

En su lugar vio a Hugh. Estaba apoyado en su bastón, al margen de la multitud, pero no parecía incómodo en lo más mínimo a pesar de estar solo. La divisó, pero no sonrió. En cambio, le dedicó una inclinación de cabeza severa y brusca, tan gélida como el hielo.

—Debe disculparme, Su Gracia —dijo Griselda—. Hay alguien con quien debo hablar.

—Bueno, vuelva pronto, lady Thorpe, o moriré con el corazón roto —dijo el duque, y la despidió con una palmada en el trasero que la inquietó sobremanera.

Se abrió paso entre la multitud hasta donde había visto a Hugh, pero este había desaparecido. Sin embargo, la puerta de otra habitación estaba ligeramente entreabierta, y Griselda miró dentro para ver si estaba allí.

Lo estaba. Hugh estaba de espaldas a ella, mirando el contenido de un armario acristalado y no se volvió cuando ella entró. Debió de ver su reflejo en el cristal.

—Griselda —dijo.

—Hugh.

—Este debe ser el famoso gabinete de rarezas de los Renfrew —afirmó—. Un muy buen lugar para sostener esta conversación. Entre las ramas de coral y un gato momificado.

Hugh se apartó del armario y se sentó en un banco, observándola.

—No me mires así —dijo ella—. No soy una rareza.

—Lo eres para toda la gente que está afuera.

—Pero no para ti.

—Ya no puedo fingir que te entiendo, así que quizás lo seas.

—Eres duro conmigo —dijo Griselda—. Sé lo que he hecho y asumo mi parte de la culpa. Pero eres demasiado severo.

—Es miserable, Griselda. Si la hubieras visto... oh, casi no puedo soportarlo.

—¡Estás enamorado de ella! —dijo su hermana tras una pausa—. ¿Lo niegas?

—Eso no es lo importante.

—Me parece que sí —dijo Griselda—. Te he dicho que lo lamento, pero te tomas el asunto muy a pecho. Siempre la has admirado.

—No importa si la quiero o no —replicó Hugh—. Lo que importa es lo que ella siente, y el

hecho de que esto le ha hecho daño. Me hace rabiar...

—¿Y acaso a mí no? —contestó Griselda—. ¿No eres capaz de ponerte en mi lugar por un segundo? Estoy casada con él. Estoy casada con un hombre en quien nunca podré confiar.

—Entonces no deberías haberte casado con él —dijo Hugh.

—No tuve elección.

—Yo no creo eso. Uno siempre tiene elección. Incluso en las situaciones más difíciles siempre hay una oportunidad, si uno tiene el valor suficiente, de hacer lo correcto. Nunca hubiera pensado que te faltara valor, Griselda.

—Hizo falta valentía para casarme con él, créeme.

—Estuvo mal y lo sabes. ¿Por qué, si no, te quejarías de esa manera?

—Quizá sea mejor que se haya casado conmigo y no con Caroline —dijo Griselda—. Por lo menos sé a lo que me enfrento. Y tú tienes a Caroline... sí, ahora es toda tuya —agregó, sentándose a su lado e intentando tomarle la mano, pero él no se lo permitió—. Y debes casarte con Caroline. Estoy segura de que eres la única persona que puede remediarlo.

—Ella no me consideraría de ese modo.

—¿Ahora quién carece de valor? —inquirió Griselda.

Después de un momento, Hugh la tomó de la mano y le dijo:

—La amo, no puedo negarlo. Pero es un asunto irremediable. Tendrá a Thorpe o a nadie más, y dado que ya no está disponible, sufrirá sola. Esa es su decisión y debo aprender a vivir con ello.

—¿Le has preguntado? —preguntó Griselda.

—No tienes tacto en lo más mínimo —respondió Hugh—. ¿Cómo puedo pedírselo en estas circunstancias? Por el amor a la bondad. —Le apartó la mano—. No todos somos tontos impetuosos, Griselda.

—Hablaré con ella —dijo Griselda, levantándose. Él la agarró del brazo y la obligó a sentarse de nuevo.

—No harás nada por el estilo —dijo—. Ya has causado suficientes problemas. ¿Puedes imaginar algo peor, algo más insultante para Caroline que decirle semejantes cosas? Está enamorada de tu marido. No lo olvides nunca.

~

Las habitaciones se vaciaron repentinamente cuando todos se fueron a cenar, y Tom, buscando a Griselda, avistó a Caroline en su lugar, que estaba a solas en un rincón de la estancia. Sabía que tenía que hablar con ella; sería un cobarde si no lo hacía.

Vio su oportunidad y se dirigió al otro lado de la habitación. Ella lo vio venir y estaba a punto de alejarse, pero él extendió el brazo y la tocó con suavidad en el antebrazo para detenerla.

—Señorita Rufford, unas palabras, si me lo permite.

Caroline se sonrojó presa de la agitación, cual pajarillo asustado que ha caído en una trampa, y miró a su alrededor, buscando un medio de escapar.

—Mi hermano no estará contento si lo encuentra hablando conmigo.

—Lo sé, lo sé, lo entiendo perfectamente. Se lo pido... —Retiró la mano.

—En verdad no debería.

—Sé que le he hecho daño.

—Y sufriré de nuevo si hablase con usted.

—Esa no es mi intención. Por favor, señorita Rufford.

—Pienso en usted y sufro, sir Thomas. El hecho de verle me aflige aún más. Preferiría no

prolongar esta conversación.

—Le ruego que me permita hablar, aunque solo sea un momento.

—Espero que no haya venido a pedir perdón. Si así fuese, no estoy dispuesta a concedérselo.

—No, no podría esperar tal cosa de usted. Solamente quería saber cómo se encontraba. Oí que estaba indispuesta.

—Estoy bien, gracias —dijo ella. Tom no la creyó, pues estaba pálida.

—No puedo expresar cuánto lamento que esto haya sucedido.

—Pero ha desposado a mi prima. Cuando me habló por primera vez de sus afectos, percibí una sinceridad auténtica, y aun así...

—Fui sincero. Créame...

—¿Creerle? ¿Cómo podría hacerlo cuando permitió que esto ocurriera? ¿Qué tan sinceros pueden haber sido sus sentimientos hacia mí?

—Un hombre puede amar de muchas maneras —consiguió decir Tom al cabo de un momento.

—¿Y aun así una mujer solo ama una vez y eso debe ser bastarle? —replicó Caroline—. Si una mujer se comportara con tal libertad, la despreciaría.

—¿Me desprecia usted?

—No, pero ya no lo respeto, sir Thomas. Y en lo que respecta al amor, sea lo que sea, no lo sé. Quizá usted pueda decírmelo.

Tom no pudo responder.

—Ahora tiene esposa —continuó Caroline—. Ella debería ser su prioridad en todas las cosas. Es una buena persona. No debería haberla utilizado como lo hizo.

—Es considerada al pensar en ella habiendo sufrido usted.

—Todavía tengo mi reputación —dijo Caroline—. A ella, usted se la ha robado. Griselda confió en usted, como yo lo hice, y como lady Mary bien pudo haberlo hecho. ¿Quién sabe con cuántas mujeres ha jugado, Thomas Thorpe? —Caroline se dio la vuelta bruscamente, y su actitud desafiante se transformó en una expresión de dolor más transparente de lo que él podía soportar.

—Caroline, por favor... —rogó, tomándola de las manos para atraerla de nuevo hacia sí—. Oh, Caro, te pido que me perdones. —Inclinó la cabeza sobre sus manos y las besó.

—Sir Thomas, por favor —dijo ella, apartando sus manos—. Usted es un hombre casado. Lo hecho, hecho está. Por favor, déjeme en paz o me veré obligada a llamar a mi hermano. Ahórreme el hacer una escena.

Le soltó las manos y la vio cruzar la estancia. En la puerta de la habitación contigua se dio cuenta de que el coronel Farquarson estaba vigilando, tan rígido como si estuviera de guardia, con evidente disgusto en el rostro. Caroline lo tomó del brazo en cuanto se lo ofreció y luego, por un momento, se volvió hacia Tom; su esbelta figura estaba envuelta en pliegues de seda verde pálido, con la misma gracia de una figura danzante en un friso griego. Pero no había serenidad de ninfa en su rostro.

Capítulo 21

—Desearía irme, si no es molestia —dijo Griselda.

—Por supuesto que no. Haré que nos traigan el carruaje.

Tom la había encontrado al fondo de la multitud que se reunía para cenar. Tenía un aire desdichado, tan desdichado como él se sentía después de aquella terrible conversación con Caroline.

—No tengo ningún deseo de quedarme. Tenga, apóyese en mi brazo.

—Puedo ir por mi cuenta, gracias.

Bajaron juntos la gran escalera. Solamente los criados esperaban en el vestíbulo, pues todos los invitados de arriba se acomodaban para escuchar a una famosa soprano italiano que cantaba las últimas arias.

—Espere aquí, no me tardaré mucho.

—Iré hacia el carruaje a pie —dijo, yendo directa a la puerta—. Será mucho más fácil para Andrew.

El patio estaba repleto de carruajes y caballos que piafaban, y los cocheros estaban acurrucados bajo abrigos de muchas capas, fumando sus pipas y cotilleando en los rincones; sus rostros parecían convertirse en grotescos bajo las luces de las antorchas. Griselda, que no quería detenerse, cruzó el patio empedrado que daba a Renfrew House, como si quisiera salir directamente a la calle. Tom tuvo que trotar detrás de ella para alcanzarla, despojándose de su abrigo entretanto.

—No debería pasar de estar en un ambiente tan cálido a exponerse al aire de la noche sin abrigarse —le dijo, poniéndole el abrigo sobre los hombros.

—¿Andrew? —exclamó Griselda al ver el carruaje.

—¿Diga, mi señora?

—Regresaré a casa a pie —dijo—. Pero me llevaré el abrigo que está en el carruaje —añadió a George, el criado, que bajó de la parte delantera del carruaje para abrir la puerta. —Luego le devolvió el abrigo a Tom.

—Caminaremos los dos —dijo Tom—. Síguenos con el carruaje, Andrew.

—Muy bien, señor.

George se metió en el carruaje y cogió el abrigo de Griselda. Era el chal de cachemira, pero se lo puso encima como haría una campesina con su manta, cubriendo así todas sus galas. Y entonces empezó a caminar de nuevo, enérgicamente.

—No conoce el camino —dijo Tom yendo tras ella.

—No me importa.

—¿Qué ha pasado? Debe decírmelo.

—Verdaderamente preferiría no hablar en este instante. Quiero caminar y estar en silencio, si puede entenderlo.

—Sí, lo entiendo mejor de lo que cree —replicó Tom, y se metió las manos en los bolsillos. La noche era tan rígida como sus nervios.

Detrás de ellos, el carruaje traqueteaba sobre los adoquines a un ritmo fúnebre.

Griselda no dijo una palabra, pero, cuando pasaron por el umbral de una puerta bien iluminada, Tom vio su aliento en el aire húmedo, cuando pasaron por el umbral de una puerta bien iluminada, lo que le hizo recordar los besos que ella le había dado aquella misma tarde. Sintió la tentación de detenerla y estrecharla entre sus brazos, pero no se atrevió.

En cambio, caminaron en silencio hasta llegar a la casa.

—Griselda, por favor —dijo, mientras entraban en el vestíbulo interior—. Hay algo que debo decirle.

—Me duele la cabeza —replicó Griselda subiendo las escaleras. El dobladillo de sus faldas estaba lleno de barro—. Tengo que irme a la cama.

—¿Tienes colonia?

—Oh, no lo sé.

—Dígale a Hannah que venga para que le lleve un poco —dijo, siguiéndola y subiendo dos escalones a la vez.

—Gracias.

Él mismo hubiera llevado la colonia, aunque Hannah llamó a la puerta de su vestidor para recogerla. Gough acababa de quitarse las botas y se quejaba del barro que habían acumulado.

—Mi señora me envió por el agua de colonia, señor, como usted mandó. Pobre señora, tiene un terrible dolor de cabeza. Quizá podría hacerle uno de sus polvos, señor Gough.

—No, no creo que sea necesario —dijo Tom—. Y yo mismo le llevaré la colonia. —Miró a su alrededor. —¿Dónde está la maldita cosa?

—Aquí, sir Thomas —dijo Gough, proporcionando un paño con el frasco—. ¿Está seguro del polvo? Un poco de arrurruz mezclado con...

—Deja un brebaje aquí afuera —dijo Tom—, donde pueda encontrarlo si lo necesito. Pero no quiero molestar más a la señora. Hannah, puedes irte a la cama.

Y se encaminó por el pasillo hacia la alcoba de Griselda.

Estaba sentada, vistiendo su corsé y su camisón, en una silla baja junto al fuego. Sus medias yacían en el suelo junto con sus zapatillas de baile grises plateadas, que se habían arruinado un poco por la suciedad de la calle.

—¿Dónde está Hannah? —inquirió ella al verlo.

—La he mandado a la cama.

—Ojalá no lo hubiera hecho... —dijo alarmada.

—Por favor, permítame ayudarla. ¿Le deshago el corsé?

—Supongo que no tengo elección.

Tom dejó el agua de colonia y empezó a deshacer el nudo.

—¿Es tan espantoso permitir que tu marido te ayude? —preguntó él, mientras desbarataba el nudo y empezaba a aflojar la parte posterior de la prenda. Griselda había agachado la cabeza como para ocultarle el rostro y Tom no pudo resistirse a la imagen de los finos vellos de su nuca. La besó con delicadeza en el cuello.

—¡Sir Thomas, por favor! —exclamó, y se levantó de la silla de un salto—. No puedo...

Se interrumpió a sí misma y terminó de quitarse el corsé. Lo tiró al suelo y se quedó de pie, con los brazos cruzados. Griselda se agarraba los codos con tanta fuerza que él podía ver sus nudillos tornándose blancos.

—¡No puedo soportarlo! —exclamó.

—¿No puede? —dijo—. ¿Cuando es usted quien nos está causando desdicha a ambos, sin razón alguna? ¿Qué sucede, por el amor a la bondad? ¿Por qué siempre me aparta como si fuera el mismísimo diablo?

Ella le miraba fijamente.

—No lo entiende, ¿verdad? —dijo al cabo de un momento—. No tiene ni idea del daño que está causando. Sería casi perdonable si no fuera así...

Luego se agachó y le arrojó el corsé.

Tom lo recogió y, perdiendo la compostura, lo arrojó de nuevo al suelo, aunque no le habría importado en absoluto tirárselo a la cara.

—Te he visto hablando con Caroline —prosiguió Griselda.

—Ah —dijo Tom lentamente.

—¡Sí, Caroline! Caroline, quien está enamorada de usted. Caroline, que no tendrá a nadie más que a usted. ¡Caroline, cuya vida se ha arruinado por su culpa! ¿Cómo puedo permitirle ser amable conmigo y continuar con la pantomima del matrimonio cuando sé lo que ella siente y cómo sufre...?

—Le estaba pidiendo perdón.

—¿Con su habitual y refinado encanto? Dudo que esté menos enamorada de usted después de esa actuación. He visto cómo le besaba las manos: de la misma forma en que besó las mías esta tarde. Mirándola con esos grandes ojos azules suyos... ¿Cómo se supone que una mujer se resista? ¿Alguna puede? No, todas ceden, como madera en su bosque, ¡estrictamente a su orden! Pero no permitiré que lo haga conmigo, Tom Thorpe, ¡aunque sea su esposa!

—¿Y qué fue lo de esta tarde? —preguntó Tom—. En aquel momento estuvo complacida con mi comportamiento, me parece.

—¡Me estaba utilizando, como utiliza a todas las mujeres! Y fui tan estúpida como para permitirlo. Al igual que en esa posada. Pero no volverá a ocurrir. ¡No permitiré que me use, y mucho menos que me compadezca!

Se acercó a la puerta y se la abrió.

—Por favor, en el futuro, me gustaría que sea mi criada quien me atendiera.

—Entonces la dejo —dijo Tom, tras un largo silencio en el que, con todas las fuerzas que tenía, se tragó las palabras amargas que habría querido dirigirle—. Espero que duerma bien. Puede estar segura de que yo no lo haré.

~

Ni siquiera dio un portazo.

Griselda se sentó a llorar junto al fuego durante algún tiempo, envuelta en su vieja y reconfortante manta de tartán.

Tom era todo lo que había dicho que era, pero a la vez no lo era. Todo lo que había hecho era inexcusable y, sin embargo, Griselda podía excusarlo todo por el efecto embriagador que tenía sobre ella. Se sentía esclavizada por él y su corazón se rebelaba ante la idea, en especial cuando sentía que la sobornaban para que se sometiera silenciosamente a sus deseos egoístas con bonitos caballos blancos, chales de cachemira y besos.

Estaba suficientemente esclavizada como para encontrarse en la puerta de su alcoba, con una vela en la mano y una disculpa preparada.

Se detuvo antes de llamar por primera vez. Sabía, con toda honestidad, que no podía retractarse de lo que había dicho, por muy fuerte que fuera el impulso de romper su reserva. El hecho de que Griselda le quisiera como un niño quiere un juguete reluciente no era suficiente.

Así que se dio la vuelta y se quedó de pie en el rellano, con la vela en la mano, mirando la escalinata.

Su futuro con él se extendía ante ella como aquella escalera: lujoso pero solitario, elegante pero sin amor. Y no sabía cómo empezar a cambiarlo. Porque ella no lo amaría en sus términos, sino solamente en los suyos propios.

Capítulo 22

—Lady Mary, ¿podría referir al tribunal, en sus propias palabras, la naturaleza de su relación con sir Thomas Thorpe? —preguntó James Reinfield KC, abogado del demandante.

—Estamos comprometidos y nos casaremos —dijo en un susurro apenas audible.

—Lady Mary, ¿podría hablar un poco más alto, si es tan amable? —dijo el señor Reinfield.

—Estamos comprometidos y nos casaremos —dijo, esta vez con más firmeza.

Se oyó una risita en la tribuna del público y algunas personas se volvieron para ver a Griselda. Estaba sentada de la forma más discreta posible.

—Pero creo que ahora está casado con otra mujer —continuó lady Mary con disimulo, y las risitas se convirtieron en franca hilaridad.

Will Randall había insistido en que Griselda acudiera a la corte. «Debe demostrar que es una esposa leal y cariñosa», le había dicho. Podía entender la teoría, pero en la práctica no era agradable sentarse bajo la mirada de todos, aunque lady Farquarson estuviese a su lado.

—Su observación es correcta, milady —dijo el señor Reinfield—. Ahora, tal vez quiera decirme cuándo se decidió que sir Thomas y usted harían pareja.

—Oh, me temo que no lo sé, señor.

—¿No lo sabe?

—No, verás, siempre se ha sabido. Recuerdo que mi padre me dijo cuando era aún muy niña que estábamos comprometidos.

—¿Y usted no se opuso?

—No, señor. Es mi padre.

Griselda miró a lord Wansford, que sonreía con satisfacción. Sintió un peso en el estómago.

—Por supuesto, por supuesto —continuó el señor Reinfield—. ¿Y conoció usted a sir Thomas en esa época, cuando era niña?

—Sí. A menudo se quedaba en Felsham con nosotros. Era muy amable conmigo. Me enseñó a montar, aunque yo tenía mucho miedo de los caballos. Pero me enseñó a superar ese temor.

—¿Y cuántos años tenía?

—Siete u ocho.

—¿Y sir Thomas?

—Todavía estaba en Eton. Fue durante las vacaciones.

Griselda contempló sus guantes. Era demasiado fácil imaginárselo: un grácil estudiante de cabellos dorados, que ya había superado una edad problemática, pero aún no era un hombre, enseñando a montar a una niña temerosa. Tal vez lady Mary le quería. Habría sido difícil no hacerlo a esa edad. Y quizá el efecto de aquella bondad temprana e inocente se había cimentado en un amor profundo, aunque no correspondido, hacia Tom. Si una mujer como Caroline, que contaba con las defensas de su inteligencia, no podía resistirse a él, ¿qué posibilidades tenía entonces una chica tan joven e inexperta como lady Mary? «¿Y qué posibilidades tengo yo de defender mi corazón?» pensó de pronto, levantando la vista de sus manos y mirando los anchos hombros de Tom Thorpe en su abrigo exquisitamente confeccionado.

Esa era la verdad: su corazón estaba en peligro. Era tan simple y tan complicado como eso.

Sobre todo después de lo que le había dicho anoche.

—Y después de aquello... —continuó el señor Reinfield—. ¿Recibió alguna muestra de afecto de su prometido?

—Oh, sí, señor. Me envió cartas.

—Le ha enviado cartas —repitió Reinfield lentamente para que nadie pasase por alto la insinuación, aunque para cualquier persona educada de la sala estaba suficientemente claro—. ¿Qué clase de cartas? —Ella no contestó. Sin embargo, se sonrojo levemente—. ¿Eran acaso cartas de amor, lady Mary?

—Objeción, Señoría —intervino George Woburn, arrastrando las palabras perezosamente e incorporándose de igual modo—. Mi colega está influyendo en el testimonio.

—Es una suposición razonable, milord —dijo Reinfield—, que las cartas a una joven con la que uno está comprometido versen sobre el tema del amor.

—Solo cuando es relevante para el caso del demandante —añadió Woburn.

—Objeción denegada —dijo el juez. Se volvió hacia lady Mary.

—Por favor, milady, conteste al caballero sobre la naturaleza de dichas cartas —dijo el juez. Lady Mary miró a su alrededor, como buscando a alguien que hablara por ella.

—¿Milady? —preguntó Reinfield.

—Eran cartas afectuosas —dijo—. Muy afectuosas.

—Gracias, milady —dijo Reinfield—. No hay más preguntas.

—¿Desea interrogar a la testigo, señor Woburn? —preguntó el juez. El abogado principal de Thorpe se levantaba de su asiento para empezar, y entonces Griselda vio que Thorpe se inclinaba hacia delante y hablaba con Randall. Randall, a su vez, contuvo al viejo abogado y murmuró algo que le hizo fruncir el ceño.

—Le ruego que me permita un momento de indulgencia, milord. Mi cliente... —dijo volviéndose hacia el juez. El juez hizo un gesto afirmativo con la mano y Randall, Woburn y Thorpe inclinaron sus cabezas para conversar. Griselda se apoyó al borde de su asiento para poder oír lo que ocurría.

—No debe interrogarla —oyó Griselda que decía Thorpe—. Es demasiado cruel.

—Debemos interrogarla, sir Thomas —dijo Woburn—. Es nuestra mejor oportunidad. Permita que la interroge y tanto ella como el caso contra usted se desmoronarán en cuestión de segundos.

—Ya ha sufrido bastante. Permítale que se retire, por favor.

Woburn parecía extremadamente molesto con Thorpe, pero Randall intervino:

—Señores, no viene mal que el jurado vea que podemos comportarnos como caballeros.

Woburn se quedó reflexivo un largo rato y luego exhaló audiblemente.

—Muy bien, sir Thomas, no la interrogaré, aunque me parece que está siendo imprudente. No es momento para florituras públicas de honor.

—No se me ocurre mejor momento —dijo Thorpe y volvió a sentarse.

—Oh, qué bien —dijo Griselda a lady Farquarson—. Muy bien hecho.

Thorpe debió de oírla porque se volvió y la miró, con expresión perpleja. Griselda apartó la mirada, sintiendo que sus mejillas se ruborizaban al punto de hacer juego con las de lady Mary.

A lady Mary se le permitió bajar del estrado y fue a sentarse junto a lord Wansford, que seguía sonriendo. El señor Reinfield dejó que el tribunal se calmara y volvió a empezar.

—Para concluir mi alegato, me gustaría presentar al tribunal, milord, las cartas de amor de sir Thomas Thorpe a su prometida, lady Mary Liston. Prueba A: la primera carta que tenemos está fechada el domingo de Pascua de 1815. *Mi querida lady Mary, le ruego que perdone la presunción de dirigirla una carta por el entendimiento que ahora existe entre nosotros. Le escribo para agradecerle de todo corazón que me haya hecho el honor de consentir en ser mi esposa.* —Reinfield hizo una pausa para que sus palabras surtieran efecto—. *Puede contarme*

entre los hombres más felices sabiendo que he conseguido una criatura como usted. Le ruego que crea que la estimo por encima de todas las cosas del mundo, y será mi único objetivo velar por su bienestar y cuidado —prosiguió Reinfield—. Usted y su padre deben venir pronto a Priorscoote y podremos planificar todas las reformas necesarias. He omitido cualquier modificación desde que alcancé la mayoría de edad, pues consideré mejor esperar la guía de un gusto femenino.

Griselda frunció el ceño. Aquello no tenía sentido. Thorpe había hecho muchas modificaciones en la casa. El ama de llaves le había hablado de ellas, de cómo sir Thomas había hecho varias cosas: cómo había repintado la biblioteca e instalado una estufa Rumford en la cocina; la lechería se había retejado y los establos reconstruidos.

Se dio cuenta de que las cartas eran falsas. En el fondo sabía que Thorpe no podía escribir tales cosas. Era tal como él decía. Pero lady Mary no sabía que eran falsas, por lo que todo era parte de un plan: la muchacha era una pobre víctima indefensa que había sacado conclusiones erróneas para poder subir al estrado y, aparentemente, decir la verdad. Por supuesto, lord Wansford no obligaría a su hija a cometer perjurio. No, únicamente pretendía engañarla, como intentaba engañar a todos los demás, a costa de Thomas Thorpe.

Frente a ella estaba sentado sir Thomas, con la espalda tan recta como siempre, y parecía no estar moviendo ni un solo músculo. Griselda lo consideró un milagro de autocontrol. Si hubiera tenido que sentarse a escuchar semejantes mentiras sobre sí misma, se habría levantado de un salto y abofeteado a Reinfield. Pero Tom Thorpe era capaz de controlarse de una forma extraordinaria. Ella misma lo había visto. Anoche le habría resultado muy fácil insultarla, pero en su lugar la había dejado; con frialdad, sí, pero también con cierta dignidad. «Mientras que yo no tuve dignidad alguna», pensó, recordando que se había sentado a llorar en el suelo, lacerándose a sí misma con su propio sentimiento de autodesprecio.

«Al menos puedo creerle en esto», pensó. «Al menos en este asunto no ha dicho más que la verdad». Y aceptando eso, sintió que su conciencia se aligeraba un poco.

Pero, ¿quién podría haber escrito esas cartas? Randall les había dicho durante la cena que había tenido poco éxito en la búsqueda del falsificador. Griselda había escuchado sus palabras con escepticismo, pero ahora, enfrentada a la verdad y espantadas todas sus dudas, se dio cuenta de que podría tener la clave de todo este extraño asunto. Su mente estaba desarrollando una curiosa teoría que por un momento la sorprendió, pero que parecía cada vez más plausible.

Reinfield seguía leyendo.

—Esto es más de lo que puedo soportar —murmuró a lady Farquarson—. Saldré a tomar aire.

—¿Te acompaño?

—No, no, volveré enseguida.

Y así se escapó de la sala.

~

A Tom le pareció que Reinfield iba a leer en voz alta ante el tribunal toda la sucesión de mentiras y calumnias. Afortunadamente, la paciencia del juez se agotó y lo interrumpió:

—Creo, mi ilustre amigo, que hemos entendido lo esencial de estas cartas. Por favor, concluya sus argumentos. Será hora de levantarse para la cena.

—Gracias al Cielo, por el estómago de un juez —dijo Will, cuando Reinfield hubo pronunciado un alegato final devastador y rencoroso, tras lo cual el juez levantó la sesión hasta el día siguiente y se retiró a su despacho.

—Siento que me han atacado con una fusta —dijo Tom frotándose la cara. Estaba agotado y desmoralizado. Ya había tenido que soportar el asalto verbal de Griselda la noche anterior—. ¡Vaya sarta de mentiras! ¡Y tener que oír como las hacen pasar por verdades ante un tribunal...!

—Se lo podría haber ahorrado si me hubiera dejado interrogar a la muchacha —sentenció Woburn, recogiendo sus papeles.

Tom se levantó, se volvió y divisó el asiento vacío donde Griselda había estado sentada. Su ausencia lo deprimió aún más.

—¿Adónde ha ido? —preguntó a lady Farquarson.

—A tomar aire.

Tom no estaba convencido.

—Probablemente se haya marchado disgustada —murmuró. Will lo oyó.

—Anímate, hombre. Probablemente esté sentada en el carruaje, esperando para consolarte.

—No lo creo. Ven, vamos a tomar algo.

Salieron a la calle.

—Maldita sea, ¿dónde está el carruaje? —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Dónde se ha ido?

~

—Hemos llegado, mi señora —anunció George, el criado, abriéndole la puerta del carruaje—. La número 60 de Ellis Street. La señora está en casa y se alegrará mucho de verla.

Estaban en una calle tranquila de Islington, una terraza de casas nuevas pintadas de blanco, con los campos aún a la vista más allá.

—Gracias, George —dijo Griselda.

—¿Cree usted que esto salvará al señor? —inquirió el criado mientras la ayudaba a apearse del carruaje.

—Si estoy en lo cierto, sí —dijo Griselda. George esbozó una sonrisa de satisfacción. Era increíble lo mucho que los criados se preocupaban por Thorpe, y que su relación con ellos fuese tan amable y cordial. Era una virtud que no debía subestimarse.

Griselda subió los escalones hasta la número 60, donde una criada con vestido estampado le abrió la puerta.

La señora Clarke bajó las escaleras para saludarla. Parecía nerviosa. Al fondo, las niñas se arremolinaban en el rellano hasta que la institutriz francesa las condujo al siguiente.

—Qué casa tan bonita —elogió Griselda cuando la señora Clarke la condujo a un salón que olía a pintura fresca. Había un nuevo y deslumbrante conjunto de muebles de madera satinada, un elegante papel tapiz francés de color azul con dibujos de magnolias a la manera china, y los grandes ventanales estaban decorados con un complejo arreglo de seda a rayas azules y narcisos, la última moda en cuanto a cortinas, según parecía—. Y qué estancia tan encantadora.

—Gracias, señora, muchas gracias —dijo la señora Clarke, que, ahora que Griselda había llegado, parecía no saber muy bien qué hacer con ella.

—Me gusta que todavía se pueda ver la campiña desde aquí —dijo Griselda, admirando la vista desde la ventana, aunque tuvo que levantar una o dos cortinas para verla—. Debe recordarle a su rectoría en... ¿Lincolnshire? Creo que mencionó que era Lincolnshire, ¿verdad?

—Oh no, fue Staffordshire. Compton End. El marqués de Wansford tiene una casa allí... una cabaña de caza en realidad, y fue tan amable de cederle la vivienda al señor Clarke.

—¿En serio? —dijo Griselda—. No tenía ni idea de que lord Wansford fuera el mecenas de su marido. —Pero ella esperaba que así fuera, pues era el principio de la prueba que necesitaba.

—Oh, sí, lo es. Hemos sido muy afortunados. La querida lady Thorpe, la madre de su marido, fue tan amable de proponer a Clarke. Es maravilloso que nos haya aceptado como lo ha hecho. Es un hombre verdaderamente amable y hospitalario. Incluso hemos tenido el honor de quedarnos en Felsham.

—Qué bondad de su parte.

—Extraordinaria —dijo la señora Clarke—. Oh, ¿por qué no se sienta, lady Thorpe?

—Gracias, señora —dijo Griselda, tomando una silla. La señora Clarke cogió una silla y la acercó un poco a Griselda.

—Y su actitud en todo momento fue tan... —empezó ella—. ¿Cómo decirlo? Nunca fue condescendiente. Disponíamos de lo mejor. Y tenía tantas preguntas que hacerle a Clarke sobre documentos antiguos, etcétera. Justo el tipo de cosas que a Clarke le fascinan. Es una suerte de erudito, ya ve, y mientras a algunos hombres les gusta disparar y montar a caballo, no hay nada que le guste más a Clarke que pasar el día en una biblioteca con todo tipo de cosas antiguas para entretenerse. No podría haber sido más feliz.

La criada trajo un poco de ratafía y Griselda sorbió un vasito rebosante mientras la señora Clarke proseguía con candor. Estaba en medio de una compleja explicación de cómo lady Mary le había enseñado una nueva puntada para tejer un monedero cuando se abrió la puerta y entró el señor Clarke.

No pudo disimular su sorpresa.

—Mi señora —dijo—. No esperaba verla aquí hoy.

—¿Dónde creía usted que podría estar? —Griselda no pudo resistirse a decir.

—Imagino que una dama como usted debe tener cosas mucho más importantes que hacer que conducir hasta Islington y honrarnos con su presencia —dijo.

—Créame, señor Clarke, esto es muy importante. Es una cuestión de... —Griselda respiró hondo—. Reputación. La reputación de mi marido.

Clarke arrugó la frente, perplejo. Al menos Griselda esperaba que fuera una señal de perplejidad. Si se equivocaba, estaría calumniando a un hombre inocente. Deseó tener a su lado al señor Woburn o a Will Randall para sonsacarle la verdad con preguntas ingeniosas.

—¿De qué forma me concierne eso, lady Thorpe?

—La señora Clarke estaba hablando de su estancia en Felsham —dijo—. Y sobre cómo lord Wansford lo ha mantenido ocupado en la biblioteca.

—Ciertamente. Tiene una excelente colección de documentos de la Guerra Civil. En verdad es fascinante.

—Dígame, señor Clarke, ¿cómo sabe un erudito si tales documentos son auténticos o no? —inquirió Griselda, y le dirigió la mirada más gélida de la que era capaz—. ¿Cómo se puede saber cuándo una cosa es falsa?

Notó que un músculo de su rostro se contrajo en un espasmo de nerviosismo mientras reflexionaba por un momento.

—Veo que tiene usted un carácter académico —dijo—. Tal vez le gustaría bajar a mi sala de libros y ver algunos ejemplos de mi humilde colección.

—Me encantaría.

La señora Clarke parecía desconcertada mientras su marido acompañaba a Griselda fuera del salón. Cuando estuvieron abajo, en la diminuta y sofocante biblioteca de la parte trasera de la casa, que olía a rapé y a brandy español barato, él cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella como si temiera que Griselda fuera a escaparse.

—Bien —dijo—. Me parece que debe ser clara conmigo, lady Thorpe. Deduzco que ha

venido a hacer algún tipo de acusación.

—Oh, no —dijo Griselda—. No se me ocurriría acusarla de nada. No, solo deseo exhortarle, de dama a caballero, a que considere su sentido del honor.

—¿Mi sentido del honor?

—Sí.

Cruzó la habitación y se sirvió una copa de brandy que se bebió de un trago.

—Creo tener razón —empezó a decir Griselda suavemente tras una larga pausa— a propósito de lo que he intuido. Fue por ese trozo de papel, ya ve, cuando su esposa le hizo escribir su dirección. —Clarke volvió a llenar su vaso y suspiró lentamente. Griselda continuó—: Y, por supuesto, usted instruyó a Tom Thorpe en la escritura cuando era niño. Es con toda naturalidad entonces que su caligrafía se asemeje. La S mayúscula en particular...

—¡Basta, lady Thorpe, basta! —exclamó el hombre—. ¿Y dice usted que no ha venido aquí a acusarme? —Se bebió el brandy de un trago y luego la miró con dureza—. Tom Thorpe tiene mucha suerte de haber encontrado una esposa tan inteligente. Pero la suerte siempre le sonríe a esa gente, a la que nunca les falta de nada. Gente como usted, con sus guineas y exquisito refinamiento. ¿Tiene idea de lo que es no tener nada, ni perspectiva alguna? Tener cuatro hijas a las que casar y disponer a duras penas de dinero para alimentarlas, por no hablar de vestir las de acuerdo con su posición. Y entonces todo lo que uno hace se reduce a polvo. La suerte siempre está en mi contra. —Se volvió hacia el escritorio y la botella de brandy. Después de rellenar su copa, se sentó junto a la chimenea, mirando fijamente al fuego.

—Lord Wansford le tentó, entonces. —Griselda sintiendo su debilidad, decidió persistir—. Le ofreció una renta.

—Y saldó todas mis deudas —dijo Clarke—. Tenía unas cuantas. Una tal generosidad y una tal pequeñez para cerrar el trato... escribir unas míseras cartas. —Volvió a suspirar—. Entonces, lady Thorpe, ahí lo tiene. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Eso depende más bien de usted —le contestó ella—. Pero como he dicho, he venido aquí para apelar a su sentido del honor.

—No es cierto —dijo—. No cree que posea sentido del honor. —Se rio—. Supongo que la pregunta es: ¿cuál sería una compensación adecuada por mi inminente ruina, lady Thorpe? Creo que debería animarme a actuar con decencia, ¿no le parece? —Se levanto de la silla y la miro de frente, con una sonrisa desagradablemente sugerente. Alargó la mano y le pellizcó la mejilla.

Griselda le apartó la mano.

—¿Cuánto ama a su apuesto marido, lady Thorpe? —inquirió—. ¿Qué será: la reputación de Thorpe o la suya?

—No, no posee ningún sentido del honor —dijo Griselda—. Y afortunadamente no tengo necesidad de negociar con el mío. No soy tan ingenua como para pensar que debería hacerlo y no me inquieta usted en lo más mínimo. Sé que el tribunal puede obligarle a comparecer como testigo en el caso, y si usted me ha confesado todo esto, señor, entonces el más inexperto de los abogados de Grey's Inn no tendrá ninguna dificultad en exponerle ante el tribunal.

—Señora, por desgracia para mí, es usted una mujer de gran temple —dijo Clarke, dosificándose de nuevo con brandy—. Y lamentablemente para mí, soy un sinvergüenza y siempre lo he sido. —Esbozó una sonrisa de pesar y volvió a sentarse—. Oh, ¿pero qué le diré a la señora Clarke? ¿Qué le diré?

—Le propondré un trato mejor —dijo Griselda—. Se lo explicaré todo a su mujer y usted irá a hablar con el abogado de mi marido.

—Es muy considerada —dijo—, pero no será usted quien deba vivir con ella.

—Tengo mis propias complicaciones domésticas —respondió Griselda con el mayor desenfado posible, pero se le había encogido el corazón.

Capítulo 23

—¿Tom?

Eran casi las cinco, y Tom encontró a Will avivando el fuego en el salón principal de sus sencillas pero cómodas habitaciones.

—Espero no molestarte, Will.

—Tal cosa sería imposible. Ven, siéntate y tómate algo. Cielos, amigo, estás empapado.

—Cabalgué hasta aquí.

—Siempre como un campesino.

—A veces, el único lugar donde un hombre se siente a gusto consigo mismo es a caballo —dijo Tom quitándose el abrigo empapado.

—Parece como si hubieras estado fuera toda la tarde —observó Will, sirviendo dos vasos de clarete.

—Algo así.

—Toma —dijo Will, entregándole el vino a Tom.

—Pareces ocupado —expresó Tom mirando la mesa cubierta de papeles y libros abiertos, el tintero también estaba abierto—. Te estoy importunando.

—Me alegró que me importunaras —Aseguró Will—. He estado escribiendo la opinión de un abogado para unas viejas litigantes de propiedades en Berkshire y en esta última media hora estuve rezando por alguna interrupción, así que esta es bienvenida.

—Al menos aún puedo complacer a alguien. —Se lamentó Tom, colocando una silla junto al fuego.

—¿Encontraste a tu esposa en casa? —preguntó Will al cabo de un momento.

—No —suspiró Tom—. Pero tampoco esperé hacerlo. Es curioso, ¿verdad? Es ella la criatura a la que más deseo ver en el mundo, y en lugar de verla mando a preparar mi caballo y paso el resto de esta miserable tarde, dando tumbos por las sucias calles de esta espantosa ciudad. Supongo que es cobardía.

Will silbó suavemente.

—Eres un caso serio.

—Sí. Cielos, estoy listo para cortarme la garganta.

—Eso sí que sería cobardía —afirmó Will.

—Pienso que simplificaría mucho las cosas. Y haría feliz a mi esposa.

—Eso no lo sabes con certeza.

—Ella no se preocupa por mí, Will. ¿Y por qué debería? Después de todo lo que le he hecho...

—La convertiste en tu esposa. No creo que a muchas mujeres les parezca esa una situación tan insoportable. No es que seas un mendigo.

—La forcé y la asusté. No tuvo elección porque le negué su derecho a decidir. Todo porque yo la quería, y por eso quise hacer valer mis derechos sobre ella. Me comporté como un niño.

—Te comportaste como un hombre enamorado —señaló Will—. Es una cosa que te hace honor.

—No. ¿De qué sirve mi amor si ella no siente nada por mí?

—Eso no lo sabes.

—Gracias por tu amabilidad, Will, pero no hay motivos para seguir engañándome. Ella no me quiere y ese es el fin. El amor es como un contrato. Ambas partes deben estar dispuestas a

firmar, y ella no lo hará. Y encuentro abominable el matrimonio sin amor, tanto para mí como para ella.

—Entonces están ustedes dos de acuerdo en algo. Algo importante, siendo este el caso.

—Con mayor razón, debo encontrar una solución.

—Entonces sobrelleva esta tormenta, llévala al campo. Haz que te ame, eso es lo normal que se debe hacer en esta situación.

—Ella no es una mujer normal. Tiene principios, orgullo y espíritu, Will, de tal manera que mantenerla a mi lado sería como hacerme de un animal salvaje e intentar domarlo.

—Tal cosa se puede lograr.

—Pero no debería hacerse. Cada vez que domo un caballo joven me pregunto si es correcto. Esto sería un crimen mucho peor. La amo, por eso no la encarcelaré.

—Entonces... —prosiguió Will, después de un momento de reflexión—. Supongo que has venido a preguntarme cómo remediar esta situación por los medios legales.

—Sí, a eso he venido.

Will se levantó de la silla y empezó a pasear lentamente por la habitación, pensando.

—La cuestión es, Tom, que sería prácticamente imposible resolver este asunto. ¿Supongo que el matrimonio ha sido consumado?

—Sí.

—Entonces me temo que una anulación está fuera de discusión.

—Un divorcio, entonces.

—¿Un divorcio? Eso requeriría una ley privada del parlamento, y aunque sé que tus ingresos son amplios, no es la fortuna de un príncipe, que según mis cálculos es más o menos lo que se requeriría. Y luego está la nada despreciable cuestión de los motivos. ¿Qué motivos hay? ¿Se ha encontrado ella un amante? ¿Te ha abandonado? No, por supuesto que no. Por lo tanto, Tom, no tienes motivos.

—¿No puede ella encontrar motivos en mi contra?

—Para que un tribunal pueda ver con buenos ojos la petición de divorcio de una mujer, tendrías que ser el monstruo más terrible de la cristiandad para que pudiera divorciarse de ti, Tom. Tendrías que haberla mantenido encerrada en una celda y prácticamente muerta de hambre, además de instalar a tu amante en su lugar y asesinar a los hijos que tengas con ella. Y entonces, solo se evaluará la petición si los dioses son clementes contigo.

—Sería mejor cortarme la garganta, entonces —dijo Tom.

—Hay otra solución, una que está a tu disposición, pero en mi opinión tiene una crueldad propia.

—Dímela.

—Una escritura de separación. Le entregas a ella una propiedad separada y un ingreso monetario adecuado. Además, renuncias a tus derechos conyugales sobre ella. Solo se verán obligados a convivir el uno con el otro según lo establecido en las escrituras redactadas, ni más ni menos que a lo impuesto en el documento. Por supuesto, ninguno de los dos es libre de casarse nuevamente y, aunque un hombre de su posición puede encontrar una discreta comodidad para sí mismo, la mujer queda en una situación que, en el mejor de los casos, puede calificarse de ambigua.

Will hizo una pausa para rellenar las copas de vino y dejar que Tom asimilara sus palabras.

—No es ni esposa ni viuda. ¿Qué puede hacer una mujer de buena cuna con una vida así? —continuó—. Esa es la pregunta que debes hacerte. En el caso de lady Thorpe se le negará la comodidad de su posición en la sociedad, la amistad de sus iguales y el placer de tener hijos. Y,

por supuesto, una unión legítima con cualquier persona de la que pueda enamorarse. Hablando con franqueza, no puedo imaginar una cosa más cruel para hacerle a alguien a quien se profesa amar tan profundamente.

—¿Es necesario que hables como si estuvieras en un tribunal? —preguntó Tom irritado.

—Me has pedido consejo.

—¡Todo lo que quiero es liberarla! —exclamó Tom—. ¿Es eso tan difícil? No soy un esclavo de Newgate, obligado a hacer lo que me diga mi amo, el que dirige la prisión.

—La sociedad es tu amo, Tom —afirmó Will—. Y la sociedad no ve con buenos ojos la libertad, especialmente para las jóvenes de buena familia. Pero tú sabes todo sobre esto, el problema es que el amor te ha vuelto olvidadizo.

—¡Tiene que haber otra manera! —voceó Tom acaloradamente—. Tiene que haberla.

—Haz que te ame —declaró Will—. Hazla procrear y te amará.

—Por el amor a la bondad, Will, ¿debes desviarte a estos tópicos tan vulgares? Ella no es de esa forma. Si lo fuera, yo no habría...

Se interrumpió.

—¿No la habrías desposado? —preguntó Will—. ¿Así que has adquirido un jarrón chino de incalculable valor y ahora quieres quebrarlo? Y cuando se quiebre, te sentirás miserable. Apuesto mi fortuna a que así será.

Tom rellenó su vaso y volvió a sentarse junto al fuego, mirando fijamente las llamas.

—Soy tu amigo, Tom, antes que tu consejero, y no deseo verte infeliz. O perder mi fortuna, siendo ese el caso.

Llamaron a la puerta y entró el criado de Will.

—Hay un mensaje para usted, señor Randall —anunció—. Del señor Woburn. Espérelo de inmediato en su despacho.

—¿A estas horas de la noche? —preguntó Will incrédulo—. ¿Qué querrá?

—Su asistente dijo que tenía que ver con Thorpe y Wansford, es sobre nueva evidencia.

Tom giró en su sillón y miró al criado.

—¿Qué ha dicho usted?

—Hay nuevas evidencias, señor.

Will vació su vaso y luego arrojó los restos al fuego.

—¡Gracias, grandes dioses del azar! —exclamó—. Vamos Tom, vamos a probar la buena sercial del señor Woburn.

~

—Así pues, señor Clarke —dijo George Woburn—. Para confirmar: ¿El marqués de Wansford le ofreció vivir en San Lorenzo, Compton End, en el condado de Staffordshire, y saldó sus deudas, que ascendían a tres mil guineas, a cambio de la creación de estas cartas?

—Sí, así fue —afirmó Clarke.

—¿Con qué fin?

—Me parece que lady Thorpe... es decir, la rica viuda lady Thorpe, y lord Wansford deseaban consolidar sus propiedades casando a sus propios hijos —expresó Clarke.

—Y un heredero varón nacido de sir Thomas y lady Mary Thorpe heredaría todos sus bienes —dijo Woburn asintiendo—. Una manera muy curiosa de crear una dinastía.

—Muy costoso, tres mil guineas no es poco —afirmó Will.

—Eso es una nimiedad para Wansford —dijo Tom—. Y no hay mucho que ese hombre no haga para complacer a mi madre. Todo esto es un plan suyo, estoy seguro de ello —añadió con

un suspiro.

—Ella dictaba las cartas —dijo Clarke.

—Lo que explica esos tontos comentarios sobre la redecoración —dijo Will—. Porque ella no ha cruzado el umbral de Priorscode desde que tú alcanzaste la mayoría de edad.

—No —respondió Tom—. Siempre detestó la casa, porque era demasiado pequeña para ella. Y había demasiado de mi padre allí. —Hizo una mueca y se sentó a la mesa frente a Clarke—. Bueno, señor Clarke, espero que esté satisfecho consigo mismo por su participación en este conflicto.

—No, sir Thomas, no lo estoy. Lo lamento profundamente. Soy un hombre débil y tonto, su difunto padre me lo dijo cuando me despidió de mi puesto como su tutor. Debí haberme dado cuenta de lo que me decía, sobre todo cuando tuvo la amabilidad de darme buenas referencias. Creyó que yo era capaz de reformarme y me dio la oportunidad de hacerlo, pero no la aproveché. En lugar de eso me sentí amargado, al ser exiliado de los cómodos placeres de la casa de su padre. Cuando se cena en la mesa de un caballero todos los días y lo tratan a uno como a un igual, es difícil conformarse con viviendas precarias.

—Imagino que tendrá que conformarse con un alojamiento muy precario cuando todo esto salga a la luz —señaló Will—. Del tipo que se encuentra en la cárcel.

—Y menos mal que contrajo nupcias en el momento en que lo hizo, sir Thomas —prosiguió Woburn—. Porque no se sabe qué problemas podría haberle traído si no lo hubiera hecho. Por como están las cosas, el incumplimiento de promesa es un simple arrebato de lord Wansford al ver obstaculizados sus planes. Y mañana en el tribunal, desestimaremos sus palabras vacías con el fresco aliento de la verdad.

—Sí, no podría haber elegido una mejor esposa —dijo Clarke.

—¿Qué sabe usted de mi mujer? —cuestionó Tom.

—¿No le dije? —preguntó el señor Woburn—. Es gracias a lady Thorpe que el señor Clarke ha sido persuadido para presentarse, ella resolvió el enigma que nosotros no pudimos. Hay que felicitarle por su elección. Un hombre no puede equivocarse cuando tiene una mujer ingeniosa a su lado en la vida.

Tom sintió los ojos de Will clavados en él y se puso en pie, repentinamente incómodo. El triunfo de saber que el caso estaba ganado se evaporó, dejándolo confundido. ¿Por qué demonios Griselda se había tomado tantas molestias por él?

Estaba de pie junto a la ventana y Will se paró a su lado.

—Creo que deberías irte a casa —dijo Will—. Ve y haz las paces con ella.

—No es tan sencillo —dijo Tom, con un suspiro—. Creo que existe una solución, aunque necesitaré tu ayuda, Will.

~

—Creo que su señora se encuentra durmiendo, sir Thomas —dijo Manton.

No era de extrañar. Era más de la una de la madrugada cuando Tom volvió a su casa de Upper Brook Street.

—Y tú también deberías estarlo, Manton. Lamento haberte tenido despierto hasta tan tarde. Tú y Gough se alegrarán de saber que pronto mi horario de asocial ya no será un problema.

—¿Por qué, señor? ¿Volvemos al campo tan pronto?

—Bueno, eso dependerá más bien de su señora.

—Ya veo, sir Thomas —dijo Manton, aunque parecía no haberlo comprendido.

No era el momento de dar explicaciones esclarecedoras, aunque habría que darlas más

pronto que tarde. Así que Tom subió las escaleras, haciéndolo con menos vigor del habitual. Estaba agotado, pero sabía que aún estaba demasiado enfadado para poder dormir bien.

Pero al menos la decisión estaba tomada. La decisión que él sabía que era la correcta. Will había argumentado en su contra con todas sus facultades profesionales y, sin embargo, el plan que había decidido permanecía en su mente como el único curso de acción correcto. Will se había puesto furioso, como solo un viejo y querido amigo podía estarlo, pero al final había accedido a ayudarlo, aunque negó con la cabeza al hacerlo.

Entró en el vestuario y encontró a Gough profundamente dormido y roncando en la silla junto al fuego. Tom lo cubrió con una manta y luego se despojó de su propio abrigo y se quitó las botas, tareas que según Gough, él no habría podido realizar solo. Luego, poniéndose su vieja bata carmesí, entró en su alcoba y se dirigió a la puerta que daba a la habitación de Griselda.

Su intención era despertarla y hablar con ella en ese momento. No le parecía justo dejarla esperar hasta la mañana, aunque hubiera algo cruel en despertarla. Pero estaba seguro de que ella preferiría despertar. Se lo diría ahora. Cualquier demora más solo demostraba su cobardía. Además, ¿cómo podía dormir en estos momentos?

Llamó a la puerta y, al no oír respuesta, giró el picaporte y entró con cuidado.

Llevaba una vela y recorría la habitación encendiendo otras. Parecía que Griselda había estado sentada leyendo por mucho tiempo. Las velas se habían consumido y había una pequeña pila de libros sobre la mesa, junto al sillón, al lado del fuego. Los cogió y echó un vistazo a los títulos: *Waverley* de Scott, *Tragedie* de Shakespeare y un volumen de sir Charles Grandison. Esbozó una sonrisa involuntaria al ver el último, preguntándose cuáles serían sus escenas favoritas y pensando cuánto le habría gustado hablar del libro con ella.

Se volvió hacia la cama donde ella yacía dormida, perfectamente relajada, con un brazo extendido sobre las almohadas. El anillo de Thorpe seguía decorándole el dedo, ajustándose a su forma con una precisión asombrosa. En el momento, en que él le puso el anillo, sintió un simple placer y una profunda sensación de dignidad, que se desvaneció al ver el destello de sorpresa en los ojos de ella, cuando lo miró desde debajo del ala ancha de aquel absurdo sombrero prestado. Él había visto el miedo en los ojos de Griselda en aquel momento. No podía seguir negándolo. Sería deshonesto hacerlo.

Aun así, dudó en despertarla. En parte era una cuestión de autocomplacencia, algo de lo que era muy capaz. Quedarse parado mirándola, siguiendo con la mirada la forma de su cuerpo bajo las sábanas, deleitándose con los perfectos contornos de su perfil, con el sensual mohín de sus labios dormidos y la delicada floritura de sus largas pestañas...

«Fue verte dormida lo que me hizo desearte» pensó, recordando cómo la había retratado en la abadía mientras ella dormía, ignorante e indemne de sus necesidades egoístas. Desear a una mujer mientras dormía no era desear a un ser vivo, sino a un objeto, como una estatua de mármol sobre un pedestal. Ese no era el tipo de deseo o admiración que ella necesitaba. Necesitaba verdadero amor y verdadera libertad, y ahora no podía tener ninguno de los dos por su culpa. Por culpa del egoísta, irreflexivo y testarudo Tom Thorpe.

Y despertar a Griselda ahora... no, era mejor no hacerlo. Pensó que haciéndolo se mostraría honesto, pero no era verdad: solo estaría arruinando su sueño para satisfacer su propia conciencia. La dejaría dormir, y pronto le haría saber lo que había decidido.

Así que volvió a apagar las velas. Y le besó la mano una vez, pero únicamente con ternura, antes de dejarla.

Capítulo 24

Griselda no había dormido bien, pues la habían atormentado unos sueños muy extraños. A eso de las seis de la mañana, el ruido de los comerciantes que hacían sus entregas y el bullicio general de la calle londinense la habían despertado por completo. Temblando de emoción y energía confusas, solo estaba segura de una cosa: necesitaba ir a caminar.

Se había vestido rápidamente y, atándose aún los cordones del gorro, bajó las escaleras y vio que las criadas se dispersaron ante su llegada. Todavía estaban fregando el suelo del vestíbulo.

Manton vino corriendo tras ella.

—¿No quiere el carruaje, señora?

—No, Manton, hoy no, gracias.

—¿Tiene algún mensaje que desee que entregue, señora? —dijo él, abriendo apresuradamente la puerta para ella. Ella sabía a qué se refería: si tenía algún mensaje que darle a Thorpe. Sacudió la cabeza y esperó satisfacerle con una sonrisa.

Era una fresca mañana de septiembre, soleada pero lo bastante fresca como para que Griselda encontrara reconfortante el abrigo de piel que llevaba. También se alegró de tener puestas sus viejas botas. El día anterior había llovido tanto que las calles estaban llenas de charcos y barro. Apenas combinaban con la elegancia del abrigo, pero Griselda supuso que a esas horas no habría ninguna mujer a la moda que pudiera criticar la combinación.

Bajó por Brook Street hacia el parque, que brillaba en la bruma matinal, tentadoramente vacío y verde. Aceleró el paso, ansiosa por llegar. Mientras llegaba a Park Lane, una pareja de caballeros a caballo entraba en el parque con la intención de hacer ejercicio a primera hora de la mañana. Griselda los observó emprender un vigoroso galope en cuanto llegaron a un tramo despejado, envidiando su libertad y velocidad. Sería agradable salir a poner a Bellefleur a prueba, con la conciencia tranquila y el corazón ligero.

En lugar de eso, se distrajo por la velocidad y la energía de la cabalgata. Qué fácil sería para Griselda lanzarse en el sendero y dejar que los caballos la pisotearan hasta matarla. Se quedó un buen rato mirando los cascos atronadores en el barro blando, contemplando si tenía el valor de arreglarlo todo de una forma tan espectacular, pensando lo impensable.

—¡Griselda! —Una voz de mujer la llamaba por su nombre—. Prima Griselda.

Levantó la vista y vio que una mujer que iba a caballo la miraba. Vestida con aquel immaculado vestido de montar verde oliva sobre un elegante gris, era una figura inconfundible, aunque tuviese el rostro cubierto por un velo.

—Caroline... —dijo Griselda, antes de darse la vuelta y echar a correr.

—Griselda, para, por favor —gritó Caroline, pero Griselda no le hizo caso. Hugh le había dicho que no le hablara y por una vez en su vida intentaría hacer algo para complacer a alguien. Así que se recogió las faldas y corrió por la hierba húmeda tan rápido como pudo.

—¡Griselda, por favor! —gritó Caroline detrás de ella sin aliento.

Griselda miró por encima del hombro y vio que Caroline también corría. Había desmontado su caballo y se había precipitado en una carrera poco decorosa, con la falda del vestido recogida sobre un brazo y sus largas piernas cubiertas por pálidos pantalones de montar a la vista de todo el mundo. Griselda se detuvo en seco. ¿Qué podría querer Caroline que la hiciera olvidarse de las formas de aquel modo?

—No, Caroline, por favor. No puedo hablar contigo —suplicó levantando las manos—. Por

favor.

Caroline se detuvo, dejando media docena de pasos entre ellas. Soltó de nuevo la falda de su vestido de montar. A poca distancia, Griselda vio al mozo que había cabalgado detrás de ella guiando a sus dos caballos.

—¿Por qué no puedes hablar conmigo? —inquirió Caroline.

—Porque... —dijo Griselda, sin saber cómo continuar—. ¿Por qué demonios querrías hablar conmigo?

—Estaba por llamarte esta mañana, lo decidí anoche —dijo—. No podía dejar pasar otro día sin hablar contigo. Por eso cuando te vi parada allí, me pareció que el destino estaba siendo benévolo conmigo. Por favor, hablemos. No huyas de mí.

—Es mejor que huya, porque solo te causaré problemas. No debería hablarte, de verdad que no. Y tú no tendrías porqué suplicarme un favor como este —dijo Griselda, sintiendo los ojos llenarse de lágrimas—. Es demasiado terrible. Soy yo quien debe implorar tu perdón.

Apartó la mirada, tapándose la mano con la boca, incapaz de contener los sollozos que sacudían todo su cuerpo.

—Oh... —Se lamentó Griselda—. ¿Qué debes pensar de mí?

De repente, Caroline la rodeó entre sus brazos, pero Griselda no pudo aceptar el abrazo, así que la apartó.

—¡Por favor, no creas que tienes que ser amable conmigo! —exclamó, y entonces recordó que le había dicho la misma frase a Tom. Se percató de que estaba sollozando violentamente de nuevo.

—Tranquilízate —dijo Caroline, posando una mano en el hombro de Griselda con delicadeza—. No importa. Verdaderamente no importa.

—¡Claro que sí! —exclamó Griselda—. Te he arruinado la vida. ¿Cómo puedes perdonarme?

—Porque... —Caroline hizo una pausa y Griselda la miró a través de sus ojos empañados por las lágrimas. Había escuchado que la voz se le quebraba y eso la alarmó—. Porque no lo amo.

—¡No, Caroline, no! —exclamó Griselda, poniendo las manos sobre los hombros de Caroline—. No debes decir eso... no debes decirlo. Puedes pensar que decir eso es lo correcto, pero no lo es. No puedes negarlo solo para calmar mi conciencia, no permitiré que lo hagas. ¡Te lo ruego!

—Pero es verdad —dijo Caroline—. No lo amo.

—No lo es —replicó Griselda con un enfático movimiento de cabeza—. Estás siendo amable y buena como siempre... y por lo tanto sé que estás mintiendo.

—No lo amo.

—¿Cómo puedes no amarlo? —insistió Griselda—. Cuando es alguien tan digno de amor. Cuando es tan amable, paciente, y generoso. Cuando trata tan bien a toda su gente. Cuando no muestra malicia ni siquiera bajo la mayor provocación. Cuando piensa más en el dolor de una muchacha que en su propia reputación... —Se interrumpió y miró a Caroline—. Oh...

—Mi querida Griselda —dijo Caroline con ternura—. Entonces tú lo amas.

—¡Por supuesto que lo amo! —exclamó, furiosa por haberlo dicho. Así que se esforzó por recobrarse—. Pero ese no es el punto, Caroline. Tú lo amaste primero y...

—No —dijo Caroline—. Nos gustábamos. Disfrutábamos de nuestra mutua compañía. Nos hicimos amigos, igual que tú y yo. Pero no era amor. Ahora puedo ver que, de habernos casado, habría sido un error.

—¿Cómo?

—Porque... —dijo Caroline— entiendo cómo funciona el amor. Entiendo lo que se siente el estar enamorado, porque ahora sí lo estoy.

Griselda la vio sonreír.

—Oh, Caroline no puede ser... —dijo ella.

—Si el destino lo desea—dijo Caroline, asintiendo—, espero que seamos más que amigas. Espero que seamos hermanas.

—Entonces Hugh... —Griselda logró decir—. Oh, ¿cuándo sucedió esto?

—Anoche —respondió Caroline, cogiéndola del brazo—. Cenó con nosotros y después en el salón... fue toda una sorpresa, pero se sintió tan natural. Simplemente acercó su silla a mí y me dijo... me dijo que ya no podía guardar silencio. —Caroline de repente soltó una risilla—. Y luego, nos ocupamos jugando a los anagramas con mi pequeña sobrina... Nada es demasiado difícil para él, y yo dije algo muy tonto, me atrevería a decir, pero le hizo reír. Fue una gran transformación. Creo que nunca le había visto reír así... o quizá sí. —Se interrumpió sonriendo—. Aquel verano vino a vernos antes de alistarse en su regimiento. Lo recuerdo riéndose, se había reído mucho.

—Sin duda fue por algo que le dijiste, entonces —comentó Griselda.

—Me parecía muy atractivo en esa época. Y cuando se fue, esperaba que volviera cuando yo tuviera edad para casarme con él. Así que debo haberlo amado incluso entonces.

—Y él te amaba a ti —dijo Griselda.

—Como todavía lo hace —dijo Caroline con naturalidad—. ¿Quieres venir a desayunar conmigo? Hugh también vendrá, estoy segura de que querrá verte.

~

Tras ver a la feliz pareja, Griselda regresó a Upper Brook Street. Intentó imaginarse a sí misma entrando al comedor para decirle a Thorpe que Caroline iba a casarse con Hugh y que ya no estaba enamorada de él. Y si conseguía decirle eso, ¿podría decirle lo que realmente sentía por él?

«Que te amo, Tom Thorpe, a pesar de todo lo que sé de ti».

Pero ¿sería correcto admitirle eso sin saber lo que sentía él? ¿Y si Tom no decía nada y todo lo que ella había sospechado de él era cierto? ¿Y si no era capaz de mantener ningún tipo de apego duradero? ¿Y si solamente se limitaba seducir a las mujeres para luego abandonarlas?

¿Era su destino descubrir que amaba a un hombre que no podía amarla del modo en que ella quería que lo hiciera?

Manton le abrió la puerta.

—Mi señora, todos estábamos alarmados.

—No había necesidad de tal preocupación, he estado paseando por el parque —dijo Griselda—. Eso es todo. ¿Dónde está sir Thomas?

—Fue a la corte, mi señora. Hace una hora. Sin embargo, esperó hasta el último momento. Me parece que tenía esperanza de verla antes de partir.

Griselda entró en el vestíbulo y se desató la cofia. Observó cómo uno de los criados subía un gran baúl mientras Gough le asistía atentamente.

—¡Ten cuidado con eso, torpe! —gritó Gough.

—¿Nos vamos, Manton? —dijo Griselda—. ¿Volveremos a Priorscoote?

Manton miró a Gough, y Gough miró a Manton.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Griselda.

—¿El señor no ha hablado con usted, señora? —cuestionó Manton—. ¿No lo sabe?

—Parece que no, señor Manton —contestó Gough—. Oh, cielos.

—Tal vez debería decírmelo, entonces. ¿Qué es lo que debo saber? —Gough ya estaba subiendo las escaleras tras el baúl—. Por favor, que alguien me explique lo que está sucediendo —ordenó Griselda, siguiéndolos.

Manton habló desde el final de las escaleras.

—Señora, hay otro asunto que debería atender primero: la viuda lady Thorpe está en el salón. Insistió en esperar para verla y no pude rechazar su entrada.

—No, claro que no —exclamó Griselda, con el corazón encogido—. Gracias, Manton.

Griselda subió y se quitó los guantes. ¿Qué diantres quería? Dudó un momento delante de la puerta del salón antes de entrar con paso seguro.

Arabella Thorpe estaba sentada junto al fuego, con semblante aburrido.

—Mi señora —se presentó Griselda, haciendo una ligera reverencia—. Lamento no haber estado aquí para recibirla. Estaba afuera tomando aire fresco.

—¿Y has caminado hasta Fulham para hacerlo? —inquirió lady Thorpe, levantándose—. Tienes el dobladillo de la falda manchado de barro.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora?

—¿Qué puedes tú hacer por mí? —preguntó ella—. Me temo que muy poco. —Dio un suspiro de cansancio y caminó unos pasos por la habitación, hasta donde colgaba un cuadro de Claudio de Lorena en la pared—. Que paisaje tan lúgubre. ¿Acaso Thorpe no ha cambiado nada? Tal vez haga venir a los tapiceros. Aunque tu gusto en tapicería no es algo de lo que el pueblo quiera hablar.

—¿Disculpe, señora?

—Oh, no te hagas la inocente. Sé lo que eres, un lastre ambicioso que ha logrado embaucar a mi hijo. Y estoy segura de que lo has hecho por los medios más degradantes. Supongo que no se casó contigo solo porque pensara que tenías una cara bonita. Se casó contigo porque tenía que hacerlo. ¿Cuándo tendré que enfrentarme al cuestionable honor de convertirme en abuela? Dentro de ocho meses, supongo.

—Se equivoca sobre eso, señora.

—Oh, ¿entonces fue un encuentro amoroso? Lo siento. ¿Acaso te robó el corazón? No serías la primera, querida, y no serás la última. No te engañes pensando que ser su esposa hace alguna diferencia. Anoche estuve hablando con lady Happisburgh... ambos tuvieron una aventura por algún tiempo, siendo una de las relaciones más duraderas de él, y me contó cómo la abandonó por una chica de la ópera. «Compadezco a la criatura que se convierta en su esposa», me dijo, a mí, su propia madre. Y esa mujer es la persona más dulce que existe, no es dada a la malicia.

—Ojalá pudiera creerlo —consiguió decir Griselda.

—No te hagas ilusiones, querida muchacha —dijo lady Thorpe—. Es mejor enfrentarse a los hechos que vivir en una nube de fantasía. Yo nunca me hice ilusiones con mi marido y no creo que tú debas hacértelas con el tuyo.

—Si ha venido aquí solo para crear problemas entre mi marido y yo, me parece que lo mejor será que se marche.

—No hay necesidad de que cause problemas —agregó lady Thorpe con una sonrisa malévola—. Los hechos son evidentes. ¿Emprender un viaje a Italia y Grecia? Es evidente que ya está aburrido de ti. Estás encinta. ¿Qué más diversión puedes ofrecerle? Volverá dentro de nueve meses en caso de que sea un niño y puede que entonces logres que te dé un collar de

perlas, si es que el encierro no te mata antes.

—¿Italia...?

—¿No lo sabías? —Se echó a reír—. Por supuesto que no.

—¿Se lo ha dicho él mismo? —preguntó Griselda.

—Me lo ha dicho Manton, y el viejo tonto de Gough. Los sirvientes pueden ser tan maravillosamente leales a veces.

Y salió de la habitación diciendo:

—Adiós, pobre mujer. Te deseo que seas feliz con mi hijo.

Capítulo 25

Tom llegó a la sala justo cuando Clarke bajaba del estrado.

—Te has perdido todo el drama, Tom —murmuró Will mientras Tom se sentaba—. Clarke estuvo magnífico.

—Estaba esperando a Griselda.

—¿Conseguiste hablar con tu mujer?

Tom negó con la cabeza, contento de ver que Woburn se acercaba al juez, así se ahorraría el interrogatorio de Will.

—A la luz de esta nueva evidencia, me gustaría convocar a lord Wansford, milord.

—Concedido —dijo el Juez.

—¡Llamen a lord Wansford! —gritó el guardia de sala.

—¿Por qué no? —le preguntó Will a Tom.

—Porque ha estado fuera desde el amanecer. Solo el Cielo sabe dónde se encuentra.

—¿Y no conseguiste abordar el tema anoche?

—No —dijo Tom—. Estaba dormida. ¿Cómo se puede molestar a una mujer dormida para decirle que la dejas?

—Efectivamente —respondió Will, bastante crítico.

—Sé que no apruebas mi decisión, pero tienes que entender que es lo mejor.

—Eso no puedo aceptarlo —dijo Will—. Ah, aquí viene Wansford. Debes estar ansioso por lo que pasará a continuación, ¿no, Tom?

Tom observó cómo su antiguo verdugo cogía la Biblia y juraba decir la verdad, con aire despreocupado.

—Se muestra muy apático —observó Will—. Ojalá Woburn me dejara interrogarle.

—Es muy inferior a ti, Will —dijo Tom.

—Lord Wansford —empezó Woburn—. Estuvo usted atendiendo las declaraciones del señor Clarke, supongo.

—Lamentablemente, sí.

—¿Lamentablemente?

—Es doloroso oír a un hombre cometer perjurio —explicó Wansford—. Un caso trágico, está claro que es un vil granuja.

—¿Podría decirle al tribunal la razón por la que le ofreció una vida tan acomodada?

—Es bueno ser caritativo —dijo Wansford con un gesto de la mano—. Y el caballero me engañó tristemente. Su angustia fue muy evidente.

—Y fue muy generoso de su parte ayudarle a saldar sus deudas —dijo Woburn.

—Por su tono, parece que me cree incapaz de una acción tan desinteresada, señor Woburn —espetó Wansford, airado.

—Lo que yo piense carece de importancia en este juicio, lord Wansford. La opinión del tribunal es lo que debería preocuparle. Han escuchado un testimonio muy creíble de parte del señor Clarke.

—Está mintiendo —dijo Wansford con toda tranquilidad—. ¿Cómo puede ser verdad semejante farsa? ¿Lady Thorpe dictando cartas de amor en nombre de su hijo en la biblioteca de Felsham? Me pregunto qué clase de delirios habrán producido tal fantasía.

—Bastará con llamar a lady Thorpe al estrado —comentó Woburn.

—Y usted encontrará su testimonio muy creíble. Su reputación es intachable. —Tal

afirmación divirtió a la tribuna, pero Tom sintió que su corazón se hundía. La notoriedad de su madre estaba fuera de discusión. Sin embargo, la reacción del público pareció poner a Wansford en su sitio, así que prosiguió hablando, alzando levemente la voz—: A diferencia del señor Clarke, de quien podrían contarse muchas historias desafortunadas. Por ejemplo, la razón por la que sir Francis Thorpe le echó hace tantos años.

—¡No! —exclamó Clarke saltando de su sitio—. No, Wansford.

El juez comenzó a golpear su mazo.

—Siéntese, señor Clarke —ordenó—. Ya ha tenido su oportunidad de hablar.

Pero Clarke parecía decidido a hablar con el juez. Empujó a los ujieres y se acercó al estrado.

—Mi señor, no puedo soportar esta situación.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el juez.

—No puedo soportarlo. ¡No puedo!

Y entonces Clarke se metió las manos en los bolsillos del abrigo y sacó un par de pistolas de duelo con las que apuntó directamente a Wansford.

Y entonces disparó dos veces, con una precisión formidable.

~

Tom, acompañado de Will Randall, fueron invitados por el mayordomo a esperar a lady Mary en la exótica vulgaridad del salón chino de la casa Wansford.

—No es el lugar apropiado para tener esta conversación —dijo Tom, mirando el dosel de seda dorada y con borlas que se encontraban suspendido sobre la larga banqueta en la que estaban sentados.

—Este es el tipo de habitación que te daría dolor de cabeza si tuvieras que pasar más de diez minutos en ella —comentó Will.

—Ya me duele la cabeza —dijo Tom, masajeándose las sienes—. Oh, señor, qué historia.

—Parecía tan racional cuando Woburn lo estaba interrogando —dijo Will—. Y quién hubiera pensado que sería tan buen tirador. Yo no podría disparar una pistola con tanta precisión. Ni tú tampoco, y eres mucho mejor tirador que yo.

—No —dijo Tom—. Yo siempre disparo a la izquierda.

—Entonces habrías disparado al juez —dijo Will.

—Lo admito, no puedo decir que no se me ocurriera de vez en cuando querer dispararle a Wansford. Pero ahora ya está hecho y él... —Tom se interrumpió levantándose de la banqueta, cruzando la enorme habitación—. ¿Dónde está?

Will inclinó ligeramente la cabeza y Tom se volvió para ver cómo se abrían las puertas dobles.

Lady Mary entró en la habitación. Iba vestida con un sencillo vestido blanco que, en opinión de Tom, le sentaba mejor que cualquiera de los caros vestidos que le había visto usar antes. Resaltaba su delicadeza, y destacaba su delicadeza y sencillez, haciendo que la tarea a la que Tom se enfrentaba fuera mucho peor. Por eso, se alegró de ver que la acompañaba una mujer de mediana edad y aspecto respetable que parecía ser una institutriz.

—Sir Thomas, buenos días —dijo ella.

—Buenos días —respondió Tom, haciendo su reverencia—. Lady Mary, me temo que tengo noticias muy graves para usted. ¿Puede sentarse, por favor?

—¿Qué clase de noticias? —preguntó ella, sentándose obedientemente. Tom le acercó una silla.

—Es sobre su padre. Ha habido un... —vaciló—. Un incidente y me temo que está muerto. Ella le miró fijamente.

—¿Muerto? ¿Ha sido por causa de un accidente de carruaje o algo por el estilo?

Tom negó con la cabeza.

—Un hombre llamado Clarke le disparó en el juzgado esta mañana.

—¿Le disparó? —Lady Mary abrió mucho sus ojos azules de muñeca fugazmente, y luego apartó la mirada, haciendo una mueca—. No, no, eso no puede ser verdad...

—Lo siento mucho, pero me temo que así es.

—Falleció casi al instante —explicó Will acercándose—. Es seguro que no sintió nada.

Lady Mary se volteó a mirar a Tom, y él pudo ver las lágrimas en sus ojos.

—Lo siento, esto es... —Empezó a decir, pero se dio por vencida. Luego aspiró con fuerza, intentando no derrumbarse, y se llevó las yemas de los dedos a los labios.

—Lady Mary, iré a buscar las sales —le dijo la mujer que la atendía.

—No, no, señorita Price, no voy a desmayarme —dijo con una resolución que sorprendió e impresionó a Tom.

—Tal vez requiera usar esto —dijo Will, tendiéndole un pañuelo blanco pulcramente doblado que sacó del bolsillo de su abrigo.

—Gracias, ¿señor...?

—Randall —dijo Tom—. Sir William Randall. Es mi amigo... y también estuvo presente.

Lady Mary asintió con la cabeza, luego extendió la mano y aceptó el pañuelo de Will. Se lo presionó contra los ojos por un momento, tras lo cual se alejó hasta el otro lado de la habitación y les dio la espalda a ambos hombres.

—¿Cómo ocurrió? —dijo, tras una larga pausa y sin girarse para mirarlos—. ¿Cómo?

—Señorita, si me permite, yo podría explicarle como aconteció —dijo Will dando un paso adelante—. Porque Thorpe debería, con toda honestidad, ir a hablar con su madre.

—¿Por supuesto! —exclamó volviéndose hacia ellos—. Por supuesto que debe hacerlo. Ella estará... —Respiró hondo para estabilizarse—. ¿Me ha dicho que fue un hombre llamado Clarke?

—Un clérigo, me parece que usted lo conoció. Vino con su esposa a Felsham —dijo Tom.

—Oh sí, los recuerdo. ¿Por qué querría matar a mi padre?

—Porque... —Tom comenzó a decir, pero Will se aproximó súbitamente a lady Mary.

—Fue Clarke quien falsificó las cartas que usted pensó que había escrito sir Thomas. La idea fue de su padre, quien en recompensa le dio dinero para que pudiera tener una vida acomodada —explicó Will—. Y aunque Clarke admitió lo que hizo bajo juramento, lamento decir que su padre no quiso admitir su participación en el plan. Así que Clarke le disparó, supongo que, porque no tenía nada que perder, pues ya había admitido ser un vulgar falsificador.

—¿Eran falsificaciones? —preguntó ella, cubriéndose la cara con las manos y empezando a llorar desconsoladamente—. Oh..

—Venga, siéntese —dijo Tom, tomándola del brazo y conduciéndola a uno de los taburetes que estaba contra una de las paredes de la sala. Tom y Will se sentaron a su lado, mientras ella lloraba amargamente durante algunos minutos.

Luego se controló y volvió a sentarse erguida, mirando directamente a Tom y secándose las lágrimas de la cara con el pañuelo de Will, que ahora estaba empapado.

—Lo siento mucho —dijo ella—. Lamento cualquier angustia que mi estupidez le haya causado. Debí haberlo visto, No debí haber sido tan...

Tom no pudo soportarlo más, pues entonces recordó a la nerviosa niña a la que una vez

hubo de sentar en un poni.

—No es culpa suya, así que no me debe nada —le dijo, abrazándola con fuerza. Ella se aferró a él durante unos segundos y luego lo soltó, levantándose y dando unos pasos por la habitación para serenarse.

—Bueno —dijo ella, con voz seca y quebrada—. Entonces estamos libres de él. Usted y yo. Finalmente, somos libres. Debo confesar que a veces me resultaba muy difícil quererle. Sobre todo, después de lo que le hizo a mi pobre madre. —Guardó silencio por un momento, retorciendo el pañuelo entre sus manos antes de tenderlo hacia Will—. Gracias, aunque creo que lo he estropeado.

—Puede estropear tantos pañuelos míos como le plazca, lady Mary —dijo Will levantándose de su asiento y dirigiéndose hacia ella—. Siempre estaré a su servicio —Le aseguró, cogiendo el pañuelo de su mano. Ambos se quedaron viéndose a los ojos, sosteniendo entre ambos el pañuelo, y Tom notó una leve sonrisa formarse en las facciones de lady Mary al percibir la serena sinceridad del hombre que tenía delante.

—Será mejor que vaya a hablar con mi madre —dijo Tom, levantándose de su asiento e intuyendo que lady Mary estaba ahora en manos más seguras de lo que había estado en muchos años.

~

—Oh, eres tú... ¿qué quieres? —preguntó lady Thorpe cuando Tom entró en su tocador en Portman Square—. ¿Has venido a reprocharme? Solo mantuvimos una conversación amistosa. —Su madre estaba sentada a su mesa de naipes, echando una partida de solitario y no se dignó a levantar la vista mientras le hablaba—. ¿No quieres que seamos amigas, Thorpe?

Tom entró y se sentó, congelado y mudo por la aparente indiferencia de su madre.

—Le hablé de tu disparatado viaje a Italia —continuó—. No parecía tener conocimiento alguno al respecto. Fue un descuido por tu parte no informárselo, pero supongo que la consideras meramente un objeto sin importancia. Será conveniente que la envíes al campo y te asegures de que se quede allí, pues no tiene buena presencia en la ciudad. Tiene tanto estilo como una campesina, no es de extrañar que Renfrew estuviera tan cautivado con ella: posee una lamentable inclinación hacia la servidumbre. Sin embargo, su linaje es respetable y me atrevo a decir que se reproducirá bien. Supongo que esa es tu intención.

Tom se quedó mudo, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Podrías haber contado con un linaje respetable y duplicado tu fortuna si me hubieras hecho caso —prosiguió lady Thorpe—. Qué desagradable y desobediente has sido siempre. Es una carga abrumadora tener un hijo tan decepcionante como tú. Algún día lo comprenderás. Quién sabe qué clase de monstruos pelirrojos y de larga melena engendrarás con ella.

—Si me permite preguntar, ¿cómo ha descubierto que me voy a Italia? —inquirió Tom.

—Cuando era criado, Manton tenía la mala costumbre de echar mano de lo ajeno —replicó su madre, examinando las cartas críticamente—. Pudo haber ido a la horca por ello, así que siempre me está agradecido por no denunciarlo. —Levantó la vista y le dedicó una sonrisa radiante pero desagradable—. Entonces, ¿por qué te has presentado en mi habitación?

—Tengo noticias desagradables para usted, señora —respondió Tom—. Muy desagradables, me temo.

Capítulo 26

—¿Todavía no hay señales de mi esposa, Manton? —preguntó Tom, volviendo a Upper Brook Street.

—No, señor, lo siento —dijo.

—Estaré en la biblioteca, Manton. Avísame en cuanto vuelva.

—Por supuesto, señor.

«Si es que regresa» pensó Tom mientras se tumbaba en su silla junto al fuego. Había huido de su casa en Escocia y también en Cromer. ¿Por qué no huir ahora? Las circunstancias justificaban la fuga. Sería algo típico de ella, sobre todo después de la dolorosa charla con lady Thorpe. No tendría por qué quedarse allí si sabía que él se marchaba. Ella habría interpretado el gesto de la manera más dura, lo haría creído un rechazo, y él sabía que ella era demasiado orgullosa para quedarse a escuchar explicaciones de su parte. Claro que no. Su dulce Griselda era pelirroja, indomable, temeraria y no se dejaba someter por nadie.

Se sirvió un gran vaso de clarete y lo bebió de un trago. Después de una hora tener que escuchar los lamentos de su madre, sentía que sus nervios estaban a punto de estallar. Si Griselda hubiera estado allí, al momento en que él retornara a la casa... Había esperado encontrarla sentada junto al fuego.

En aquel momento Tom se agitaba por cualquier mísero ruido, en caso de que alguno de ellos presagiara el retorno de ella. Bebió más vino y decidió que se arrojaría a los pies de ella si volvía. No podía soportar la idea de dejarla. Viviría con Griselda en las condiciones que ella eligiera, siempre y cuando lo aceptara a su lado. Después de haber bebido media jarra de clarete lo decidió, había hasta elaborado el discurso que le diría, cuando oyó el tintineo del timbre de la puerta principal.

Salió corriendo al pasillo mientras Manton abría la puerta.

—Señor Randall, buenas noches.

—Buenas noches Manton. ¿Está tu señor en casa?

—Aquí estoy, Will —dijo Tom, acercándose—. ¿Cómo estaba lady Mary cuando la dejaste?

—Estaba tranquila —dijo, mientras entraban juntos a la biblioteca—. Es una mujer con una fuerte determinación.

—Me sorprendió lo bien que se tomó la noticia.

—Es como una reina aceptando su herencia —explicó Will—. Ha sido impresionante, desde luego. Más que impresionante, me atrevería a decir —añadió, con una sonrisa ligeramente avergonzada.

—Una reina necesita un consorte —dijo Tom, tendiéndole un vaso de vino.

—No creo que sus fideicomisarios me permitan acercarme a menos de cinco millas de ella —dijo Will—. Será mejor que ni se me ocurra.

—Deberían permitirlo, si tienen sentido común. Me pregunto quiénes serán. Si es que los conozco les escribiré una carta de tu parte. Aunque, a juzgar por como están las cosas, entendería si no confías en mis habilidades como casamentero —continuó Tom, sentándose de nuevo—. Teniendo en cuenta que mi vida amorosa es un desastre.

—¿Así que no ha progresado nada?

—No, ni siquiera he tenido la oportunidad de hablar con ella todavía. No está aquí, y estoy comenzando a sospechar que se ha escapado. Mi madre estuvo aquí y le contó que me iría.

—¿Escapado? ¿Qué quieres decir?

—Tiene un temperamento aventurero, Will —explicó Tom—. Así es como la conocí. ¿Crees que me la presentaron en el salón de alguien? No.

Así que explicó las circunstancias. Y terminando su recuento, añadió:

—Y en vez de casarse conmigo, me propuso que la mantuviera como amante para poder robarse mi dinero y huir de nuevo.

—¿Y has comprobado que las bandejas de plata sigan en la casa? —preguntó Will.

Tom esbozó una breve sonrisa.

—No me quitará nada, eso es lo peor de la situación. Y si vuelve, haré el ridículo y no cambiará nada.

—Creo que deberíamos ir a buscarla.

—Sería como buscar una aguja en un pajar.

—¿Así que nos sentaremos aquí a emborracharnos mientras te compadeces? ¿Qué pasa si ella vuelve y te encuentra bebiendo? Eso no la impresionará. ¿Dónde crees que puede haber ido?

—Pero, ¿cómo voy a saberlo?

—Ya estás borracho, ¿verdad, amigo mío? —inquirió Will.

—Si pudieras entender la agonía de mi situación —dijo Tom—. Ya habrías bebido el doble que yo.

—Pero será mejor que no tomes más. Vamos, busquemos el carruaje. Tal vez si conducimos un rato, podríamos verla.

—¿Y entonces qué? —preguntó Tom—. No, permítele que se marche. Si ella quiere volver lo hará. Y si no, entonces...

—Debes encontrarla —insistió Will—. Esto es una absurdez.

—¿Y decirle qué? ¿Intentar obligarla a volver conmigo, cuando fui yo quien decidió que lo mejor era abandonarla? ¿Qué persona respetable haría eso? Ciertamente Griselda no. Aunque yo sea el ser más lamentable que exista en la faz de la tierra, no lo haré. No iré a buscarla. — Tom volvió a llenar su vaso y luego le entregó la jarra a Will—. No. Mejor hálame de Mary Liston, Will. Dime si es una historia de amor que pueda tener un final feliz.

~

Griselda caminaba por Londres bajo el crepúsculo inminente, sin rumbo fijo. Apenas sabía lo que hacía, y mucho menos adónde iba. La ira mezclada con la desdicha eran las que impulsaban a sus cansados pies a seguir caminando. No le dio importancia a las miradas curiosas que le dirigían: una mujer vestida con un abrigo de piel y un caro bonete deambulando a la hora de la cena en la ciudad, cuando las mujeres respetables a esa hora presidían sus mesas.

No había podido quedarse en la casa. Se había sentido como una prisionera esperando su ejecución, sentada y aguardando el regreso de Tom para que este le dijese en la cara: «me voy, no te quiero». Ésa era, por encima de todas las cosas, la perspectiva más insoportable. Ser abandonada del mismo modo en que había sido aceptada por un hombre al que le había entregado su corazón.

Se encontró junto al río, al borde del agua, a la sombra de la Torre, recuperando el aliento. ¿No le había dicho Manton, cuando ella le presionó para que le dijera la verdad, que Thorpe iba a partir en un bote desde un embarcadero junto a la Torre? Era su vía de escape, la gran ruta que era el Támesis, gris y resbaladizo, se extendía a lo lejos. Griselda frunció el ceño. ¿Cómo se atrevía a huir de ella?

Entonces supo que debía enfrentarlo, no dejaría que se marchara sin antes darle un buen

sermón. Era lo único que podía hacer para consolarse.

Un hombre estaba sentado en una barca de remos, esperando a un pasajero. La vio acercarse y se levantó.

—Por un penique puedo llevarla al otro lado del río, señora —dijo.

—No quiero cruzar, gracias. Pero le daré un penique si puede decirme si alguno de estos barcos zarpa mañana hacia Italia —le dijo, entregándole una moneda.

—Creo que ese bergantín de allí, el *Fair Lucia*, parte mañana hacia Italia —respondió el hombre, señalando un barco de dos mástiles amarrado en el extremo más alejado del pontón—. El capitán Marshall me lo mencionó. Pero creo que lo ha alquilado un caballero. Me parece que fue un barón, así que no habrá puestos libres. Sin embargo, el Capitán Brown lleva su barco a Leghorn al final de esta semana, y siempre está dispuesto a llevar un pasajero de más. ¿Le parece bien Leghorn, señora? Supongo que está buscando un pasaje.

Griselda sonrió, sin saber qué responder. Tal vez un viaje a Leghorn fuera lo mejor para ella: sería como desvanecerse en el aire. Una perspectiva peligrosa a la vez que fascinante. Tenía algunas guineas de oro en su monedero. Se preguntó si sería suficiente.

—¿Cuánto suele cobrar generalmente el capitán Brown por un pasaje?

—No sabría decirle. Tendría que llegar a algún acuerdo con él usted misma, señora. Le encontrará en el *Dog and Grapes*, en la orilla sur. Con gusto la llevaré hasta allá.

Era tentador, pero por una vez en su vida tenía que ser sensata, se dijo a sí misma. Había venido a esperar a Thorpe y eso es lo que haría.

—No, gracias, quizá algún otro día —dijo ella.

El barquero se encogió de hombros y volvió a acomodarse en su barca, por lo que Griselda siguió caminando hasta llegar al pontón que salía al río. El pontón estaba un poco resbaladizo y tuvo que andar con cuidado por él hasta llegar al *Fair Lucia*.

No parecía haber nadie a bordo, pero Griselda esperaría hasta que alguien viniera. Si la interrogaban le sería fácil responder. ¿Dónde podría ir una esposa, sino es a la embarcación que su marido acababa de alquilar para realizar un largo viaje?

Mientras subía al barco, se preguntó si Tom tenía intención de subir a bordo aquella noche. Manton había dicho que la intención era aprovechar la marea temprana, así que era muy probable que sucediera.

Había empezado a llover con fuerza y Griselda decidió bajar y refugiarse. Había una escotilla delante de ella, que tal vez conducía a la cabina principal.

Se agachó y abrió el pestillo. No podía ver nada, delante de ella había un espacio completamente oscuro. Tanteó el interior y encontró una pequeña rampa de madera, casi tan empinada como una escalera de mano, cuando se dio la vuelta y comenzó a bajar, con la esperanza de encontrar cerca una caja de yesca y una vela.

Acababa de llegar al fondo cuando una ráfaga de viento cerró la escotilla. Griselda se acercó y empujó, pero se había atascado. Nerviosa, empezó a buscar una vela.

Avanzó a tientas en la oscuridad, tratando de que sus ojos se acostumbraran a la negrura. El lugar olía fatal y parecía estar lleno de maderos. Ya había chocado con un barril y acababa de esquivar otro.

Se detuvo un momento, muy enfadada consigo misma por haberse metido en semejante lugar y haber llegado a ese punto. Luego, sintiendo un grado de pánico inevitable, reanudó apresuradamente su búsqueda a tientas.

Pero no por mucho tiempo, porque tropezó con algo y su tobillo lesionado sufrió un violento tirón que la hizo gritar de dolor. Sintió que se tambaleaba hacia delante y, de repente, se

oyó un enorme crujido cuando chocó con algo grande y muy sólido.
Y luego todo se volvió negro.

Capítulo 27

Eran las cinco de la mañana: el amanecer era húmedo y sombrío, y el cielo gris lucía como el cañón de un rifle. Envuelto en su gabán, Tom estaba de pie en la cubierta del *Fair Lucia*, contemplando los muelles e imaginando que Griselda podría aparecer en cualquier parte. Había permanecido allí durante algunos minutos al subir a bordo, complaciéndose en lo que ahora sabía que era una fantasía inútil y desesperada.

—Me temo que no podemos esperar más tiempo, señor —dijo el capitán Marshall—. Si no zarpamos dentro de una hora, viajaremos a contra marea.

—Muy bien —respondió Tom, sin entusiasmo.

El capitán se alejó a toda prisa, gritando sus órdenes. Tom se dirigió a la popa del *Fair Lucia*, con la intención de observar cuando Londres se perdiera en la distancia.

En el bolsillo de su gabán llevaba aún una carta que había pensado entregarle a Andrew al momento de embarcar. Era una carta larga, llena de explicaciones apasionadas, que quería que Hannah llevara a la casa vacía de Brook Street y dejara en el vestidor de Griselda. Incluso mientras se sentaba a escribirla en la biblioteca, estaba seguro de que ella volvería.

Pero a medida que pasaba la noche y Tom emprendía el camino hacia la Torre, su convicción se había esfumado, como la marea que lo llevaría mar adentro.

Así que en ese momento sacó la carta, justo cuando el barco se soltó de las amarras. Se dirigían a Ramsgate, así que podía enviarlo desde allí, pero la esperanza de que llegara a manos de Griselda era nula.

Así que esperó a que se alejaran del todo y avanzaran más allá de los enormes muelles comerciales que se extendían por la ciudad, en dirección a Greenwich. Sostuvo la carta entre sus manos por unos instantes, golpeándola contra la palma de su mano antes de arrojarla al mar.

Mientras le era visible, observó como el pequeño cuadrado blanco se mecía en la turbia superficie del Támesis. Pero pronto desapareció por completo de su vista.

~

Griselda se mecía suavemente. Era de nuevo una niña, bamboleándose en su vieja cuna de Glenmorval, oyendo la suave voz de su nodriza cantando una canción de cuna: «*Duérmete, niña chiquita, duérmete y no llores más. Que se irán los angelitos, para no verte llorar*» No lograba ubicar de donde provenía la canción.

Sentía que todo el cuerpo le dolía, en especial la cabeza. Se dio cuenta de que yacía encorvada, como si fuera un trozo de lino tirado en el suelo, y tenía la mejilla aplastada contra unas tablas ásperas y desnudas.

El aire estaba lleno de un intenso hedor a ron rancio, tabaco y carne cruda. Eso la hizo recordar donde se encontraba. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sentarse, tambaleándose al hacerlo, pues sentía como si sus miembros hubieran estado atados con grilletes de hierro.

Estaba en el *Fair Lucia*. En el oscuro compartimento de la bodega en el que se había aventurado imprudentemente la noche anterior. Y el barco ya había zarpado.

Había un hilo de luz que se filtraba por debajo de una puerta, pero la penumbra seguía siendo profunda. Lentamente, fue capaz de distinguir algo con la vista. Se sentía mareada y enferma. ¿Cuánto tiempo llevaba allí abajo?

Se dio cuenta de que debía de haberse golpeado con algo, probablemente con uno de los

enormes trozos de tocino que podía ver colgando del techo. En la noche habían sido invisibles. Tiró de las cintas que sujetaban su sombrero y se lo quitó. Al hacerlo, se dio cuenta de que el ala ancha había sido aplastada hasta quedar inservible. Se dio cuenta de que había tenido suerte de no haber sido estrangulada por las cintas de su bonete.

Suspiró aliviada, preguntándose cómo proceder. Sentía un deseo desesperado de vomitar, no por el movimiento del barco, sino por los olores que había en el aire y el dolor en su cabeza. Primero que todo, intentaría llegar a la puerta.

Se sentía como un cordero recién nacido intentando ponerse de pie por primera vez. La manera en la que se balanceaba el *Fair Lucia* no ayudaba a mejorar su estado. Con cautela, apoyándose en los barriles y las cajas, se acercó al hilo de luz que entraba por una escotilla.

De pie en el último peldaño de la escalera, dio un fuerte empujón a las puertas, que emitieron un sonido, pero no se abrieron. Estaban aseguradas, así que tendría que golpear y gritar si quería ser libre. Empezó a golpear con fuerza las puertas de la escotilla.

—¿Hay alguien ahí? ¿Alguien puede oírme? ¡Hola! ¿Puede alguien ayudarme?

No tardó mucho tiempo, para que las puertas se abrieran, y un atónito marinero se encontrara frente a ella.

—¡Capitán! —gritó—. ¡Tenemos un polizón a bordo, maldición! —El hombre le dirigió una mirada desagradable a Griselda—. ¡Es una prostituta!

Griselda subió los últimos peldaños de la escalera y salió a una cubierta que estaba resbaladiza por la lluvia. Llovía a cántaros y el barco osciló, obligándola a aferrarse a una de las puertas para no caerse.

Y entonces lo vio: Tom Thorpe estaba de pie, de espaldas, mirando por encima de la popa. Vestía un abrigo y un sombrero de ala ancha.

Era momento de que le diera la explicación que ella tanto anhelaba. Ahora lo obligaría a hablar, haría que le rindiera cuentas por aquella muestra de cobardía tan poco caballerosa.

Pero cuando él se dio la vuelta al oír el alboroto, y ella vio su rostro, tan gris y severo como el clima, sintió que se le partía el corazón.

Thorpe avanzó por la cubierta hacia ella.

Griselda bajó la mirada hacia el sombrero destrozado que sostenía entre sus manos, sin querer ver el reproche en sus ojos.

—Está bien, capitán Marshall, conozco a la dama —le oyó decir. Griselda alzó la mirada. Él tenía un semblante serio y confuso, pero enseguida le tendió la mano—. Grizzly, ¿estás bien?

Ella no podía hablar.

—Ven, apóyate en mi brazo —insistió Tom—. Bajemos a mi recámara.

—Puedo arreglármelas sola —se obligó a decir.

—Estás temblando como una hoja.

—Me estoy acostumbrando al movimiento del mar, eso es todo.

—Estás enferma —observó Tom—. Oh, ¿qué te ha ocurrido? —Le puso las manos en las mejillas y luego en la frente—. Tienes fiebre.

—Yo... yo...

—Silencio —dijo Tom—. No digas ni una palabra más. —Y la cogió en brazos. Griselda estaba tan cansada y débil que se dejó llevar sin ninguna protesta.

Tom la sentó en la amplia y cómoda litera, acomodando las almohadas para que tuviera donde apoyarse.

—¿Cuándo subiste a bordo? —preguntó—. ¿Y por qué lo hiciste?

—Porque... oh, no sé... —Se frotó las sienes con las yemas de los dedos—. Oh, mi cabeza.

Tom rebuscó en su neceser y sacó un frasco de agua de colonia, con el que empapó su pañuelo, luego lo dobló y se lo puso a Griselda en la frente.

—Cierra los ojos —dijo.

Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar, del solo pensar en el placer que le producía su amabilidad y en lo mucho que le gustaba cada pequeño gesto de ternura que él estaba realizando para reconfortarla. Tom le desató las botas quitándoselas con cuidado. Le preparó un vaso de brandy con agua caliente y se lo acercó a los labios, de modo que ella ni siquiera tuvo que hacer el esfuerzo de sostener el vaso.

—Listo, ¿te sientes mejor? —Le preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—No debería estar aquí —Se lamentó.

—Me alegra mucho que estés aquí, no puedes imaginar lo feliz que estoy en estos momentos. —aseguró Tom.

—No, no puedo —Consiguió decir Griselda con cierto desafío en su voz—. ¿Cómo podría imaginarlo, cuando estabas a punto de abandonarme?

—Esa no era mi intención. Si te hubieras molestado en volver a casa habría podido explicarte cuáles eran mis intenciones —explicó Tom—. Lo que pretendía hacer era darte tu libertad, darte lo que querías. ¿No es eso lo que querías, el liberarte de mí? Sé que me desprecias. ¿Cómo puedes querer seguir siendo mi esposa y cómo puedo mantenerte como tal, siendo ese el caso? Eso me reduciría al mismo nivel que un carcelero en Newgate. No quiero ser tu carcelero, Grizzly.

Griselda apartó la mirada, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas. Podía percibir la pasión de Tom en la forma en la que pronunció esas palabras.

—Solo quiero hacerte feliz —añadió él al cabo de un momento.

—¿Feliz? —preguntó ella, sin atreverse aún a devolverle la mirada—. ¿Deseas que sea feliz?

—Más que nada en el mundo. Y si eso significa dejarte ir, entonces lo haré.

Griselda se limpió las lágrimas de la mejilla y se volvió hacia él, respirando hondo. Mientras hablaba, Tom estudiaba sus dedos entrelazados.

—Lo que importa —continuó—. Es que yo no me interponga en tu camino. Eso es lo único que me hará feliz: saber que tú lo eres. Y si no puedes estar contenta viviendo conmigo, entonces tendré que alejarme. Por eso me voy a Italia. Es así de simple.

—¡Oh, no, no, eso es demasiado complicado! —exclamó Griselda ahogando un sollozo mientras hablaba—. Y extremadamente innecesario... —Extendió la mano y tocó la manda del abrigo de Tom. Él levantó la vista y sus ojos se encontraron.

—¿Innecesario? —preguntó sorprendido.

—Muy innecesario —aseguró ella—. Nada me haría más desdichada. Oh, cielos, ¡detesto tener que admitirlo, sobre todo porque llevo demasiado tiempo mintiendo!

—¿Me has mentado? —preguntó él

—Me he mentado a mí misma y a ti —afirmó ella—. ¡He sido tan estúpida!

En ese momento, Tom la rodeó con sus brazos y ella no se resistió.

—¿No querrás decir...?

Ella asintió y le miró a los ojos, que ahora lucían esperanzados.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Yo... yo te amo. Te amo con todos tus defectos y no puedo seguir reprochándotelos cuando he sido igual de insensata y he estado tan equivocada y... —Apoyó la frente en su pecho—. No me digas que me vas a dejar, te lo pido. Es algo que no

puedo soportar.

—Oh, no tengo intención de dejar que eso ocurra jamás —aseguró él, estrechándola con más fuerza entre sus brazos—. Oh, Grizzy, no tienes idea de cuanto te amo y de lo imprescindible que eres para mí. No sabía cómo podría estar sin ti, pero no podía soportar verte tan infeliz en mi compañía. Tuve que darte la posibilidad de elegir. Es una mísera prueba de mi amor, lo sé, pero...

—No, no fue mísera en absoluto —le aseguró Griselda, sujetando el rostro de Tom—. Fue la cosa más bella que pudiste haber hecho. Oh, Tom, he sido tan cruel contigo. Te he echado en cara tu amor tantas veces... el problema fue que no podía creer en él, imagino que es porque no podía creer en mi amor por ti. O quizá es porque sentía temor.

—Tú no le temes a nada —Le dijo él, pasándole los dedos por el pelo.

—Oh, sí le temo a algo. Estaba asustada de algo a lo que no debía tenerle miedo. Tenía miedo de perderme a mí misma, pero ¿cómo podría? Tú no habrías dejado que eso ocurriera. Hay tanto que no hiciste, pero que podrías haber hecho. Pensé que quizás era porque aún amabas a Caroline, pero ahora veo que era porque me amabas a mí, ¡porque me respetabas! ¡Oh, qué estúpida he sido! ¿Serás capaz de perdonarme?

Griselda vio la comisura de los labios de Tom levantarse en una sonrisa torcida y curiosa.

—Amaba a Caroline del mismo modo en que amo a la luna —aseguró Tom—. No, lo mío con Caroline no fue amor. Pero contigo lo es Grizzy, tú eres mi ángel temerario. —La besó suavemente en los labios—. Tú eres la mujer que amo, eres la persona que me ha enseñado lo que es el amor. Por eso me destrozó pensar que la única mujer con la que quería compartir mi vida no podía soportar estar cerca de mí. Empecé a notar que te había atrapado en un matrimonio sin amor. Y cuanto más lo veía, más sabía lo equivocado que estaba y lo egoísta que era con mi amor. Así que decidí dejar de ser egoísta por tu bien.

—No eres egoísta, Tom —aseguró ella, acercándose a él, agarrándolo por los hombros—. Nunca lo has sido.

—Lo he sido, con frecuencia. Y tú lo viste y tuviste el valor de decírmelo. —Alargó la mano para tocarle la mejilla—. Queridísima Grizzy, ¿puede ser verdad? ¿Realmente me amas?

—Sí —asintió ella apretando labios contra los de él—. Sí, y para siempre. —Él la abrazó e inclinó la cabeza sobre su hombro. Griselda sintió sus músculos relajarse como reflejo de los suyos—. Y lamento todas las cosas crueles que dije. No sé cómo puedes seguir queriéndome.

—Es extraordinariamente fácil —respondió él, apoyando sus manos contra las mejillas de ella—. Eres una perfecta hija de la naturaleza. ¿Recuerdas? Es lo que te dije antes.

—Por supuesto —dijo ella mientras un agradable escalofrío le recorría el cuerpo al recordar cómo habían estado juntos bajo el tejado de la antigua sala capitular.

—¿Cómo es posible, que lo más tonto que podíamos hacer, haya resultado ser lo mejor que hemos hecho nunca?

—No lo sé —dijo ella, acercándose a él y aflojándole la corbata—. Lo único que sé es que cuando desperté y te vi sentado con tu cuaderno de dibujo, me sentí perdida. Desde entonces he intentado negarlo, pero no he podido. Y nunca volveré a hacerlo, te lo prometo.

Y volvió a besarle en los labios, con tanta pasión que ambos cayeron de espaldas sobre la cama, enzarzados entre sí.

—Será mejor que cierres la puerta —murmuró ella, besándole el cuello.

—¿Está haciendo una sugerencia impropia, lady Thorpe? —preguntó Tom, con una sonrisa.

—Bueno, ya has oído lo que ha dicho el marinero, tal parece que soy una prostituta, así que será mejor que me comporte como tal.

—No tienes ni idea de cómo se comporta una prostituta —dijo Tom, riendo.
—Entonces enséñame, Tom. Enséñame.

~

Griselda se despertó en un sopor delicioso, envuelta en los brazos de Tom. Pero el movimiento del barco era más evidente.

Tom dormía profundamente, así que ella se levantó sigilosamente de la litera y, envolviéndose en la raída bata carmesí de él, fue a mirar por la ventana, ubicada al otro extremo del camarote. Afuera no se veía tierra.

Tom se revolvió en sueños y Griselda no quería molestarle. Se veía tan hermoso, allí tumbado en un estado de lánguida indiferencia, con el pelo castaño dorado suelto sobre la almohada. Esculpido en mármol blanco habría sido un espléndido dios durmiente, en espera de ser engañado por una diosa. Griselda le besó la frente y juró que nunca lo haría. La única manera en la que podrían tener juntos una vida dulce y sin complicaciones, era si ambos eran francos el uno con el otro.

Recogió su ropa. Parecía que había dejado de llover, así que quería subir a la cubierta y saborear el comienzo de esta gran aventura.

~

—¿Grizzy? —Tom parpadeó, consciente de que la cálida piel que había estado apretada contra él había desaparecido. Por un instante sintió pánico, abrumado por la tortuosa sensación de pérdida, pero entonces vio el corsé de Griselda en el suelo de la cabaña.

Se levantó de la cama vistiéndose rápidamente, ansioso por seguirla a la cubierta.

La encontró de pie en la popa del barco, mirando absorta las olas que el *Fair Lucia* dejaba a su paso. Se divirtió al ver que estaba vestida con un uno de sus pantalones, una de sus camisas y su camisón carmesí favorito. Se acercó y se posicionó a su lado, rodeándole la cintura con un brazo. Ella le sostuvo las manos y presionó su cuerpo contra el suyo.

—Nos dirigimos a Ramsgate, creo —dijo, con la barbilla en su hombro—. Entonces podemos desembarcar y hacer los arreglos pertinentes.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué querríamos ir a tierra firme?

—Porque... —Tom calló, captando su insinuación—. Ya veo. ¿Quieres ir a Nápoles? Allí es adonde el capitán Marshall planear ir.

—Entonces iremos a Nápoles.

—¿Pero y tu equipaje...?

Griselda se dio la vuelta en sus brazos y le sonrió.

—Aquí tengo todo lo que quiero, Tom Thorpe. Todo.

~ FIN~

Sobre la autora

Harriet Smart nació y creció en Birmingham. Estudió Historia del Arte en la Universidad de St. Andrews y se casó con uno de sus compañeros de estudio. Ahora vive con su marido en una casa del siglo XVIII en Northumberland.

Harriet tiene un máster en escritura de guiones cinematográficos. Ha publicado veinte novelas y colaborado en el diseño del programa informático de escritura creativa Writer's Café y del programa de edición de libros electrónicos [Jutoh](#).

También escribe la saga Northminster Mysteries desde 2010.

Puedes seguir a Harriet en www.harrietsmart.com y [BookBub](#).